



Robertson Davies
Levadura de malicia

Traducción de Concha Cardenoso



Lectulandia

El anuncio, en un periódico local, del falso compromiso matrimonial entre dos jóvenes de la alta sociedad de Salterton revoluciona la vida en la ciudad. El padre de la supuesta novia, el profesor Vambrace, no está dispuesto a olvidar una ofensa que él considera injuriosa y su anunciada demanda podría tener consecuencias impredecibles.

Mientras, en la redacción del *Evening Bellman* se desata una tormenta en la que se ven inmersos su afable director, que teme que esa broma sin importancia pueda hacer peligrar viejos proyectos; la intrigante nuera del dueño del periódico y uno de los redactores más veteranos. Y el resto de la ciudad también se convierte en un hervidero de rumores. ¿Qué tienen que ver en el escándalo el alocado organista de la catedral o un advenedizo profesor de canto? ¿Cómo se tomarán los supuestos novios el anuncio?

Tras *A merced de la tempestad*, la vetusta ciudad de Salterton fue de nuevo el escenario de *Levadura de malicia*, la segunda novela de Robertson Davies, en la que retrató, con su magistral ironía, la tranquila vida provinciana de una ciudad canadiense.

Lectulandia

Robertson Davies

Levadura de malicia

Salterton - 2

ePub r1.0

Titivillus 31.01.16

Título original: *Leaven of Malice*
Robertson Davies, 1954
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Diseño de cubierta: Enric Jardí, Fede Yankelevich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Líbranos, Señor,
de la levadura de malicia
para poder servirte siempre
en esta vida con sinceridad y verdad.

Libro de Oraciones

UNO

El trigésimo primer día del mes de octubre apareció el siguiente anuncio en la sección de «Enlaces» del *Evening Bellman* de Salterton:

El profesor Walter Vambrace y señora se complacen en anunciar el próximo enlace de su hija, la señorita Pearl Veronica, con el señor Solomon Bridgetower, hijo de la señora Bridgetower y del difunto profesor Solomon Bridgetower, vecinos de esta ciudad. La ceremonia se celebrará en la catedral de St. Nicholas, el día 31 de noviembre, a las once de la mañana.

Pocos lectores encontraron en la noticia algo fuera de lo común o dieron importancia a la coincidencia de que el anuncio se hiciera público el mismo día de la festividad de Halloween.

Cuando a la fortuna se le ocurre afligir a un buen hombre y privarlo de la tranquilidad suele elegir, para iniciar su actividad, un día bonito.

El primero de noviembre lo era, hacía una espléndida mañana de otoño cuando Gloster Ridley, director del *Bellman*, cruzaba el parque a pie en dirección a su puesto de trabajo. Las hojas crujían a su paso y le gustaba impulsarlas con la punta de los zapatos. Le daba la sensación de ir pisando copos de cereales y le hizo gracia que se le ocurriera una idea tan poco romántica. Al señor Shillito, su colega, no se le ocurriría ni remotamente pensar una cosa así de las hojas de otoño. Se le ensombreció el rostro al acordarse de lo que había escrito el señor Shillito el día anterior a propósito de Halloween (por cierto, tuvo el capricho de referirse cinco veces a la festividad por el nombre de «Víspera de Todos los Santos» y dos por el de «esta Noche Pagana»); Carcamal Plomo había redactado un artículo de lo más florido y majadero. Sin embargo, Ridley lo olvidó enseguida; no tendría que vérselas con él hasta unas horas más tarde. Entre tanto, el paseo a la oficina era todo suyo, podía entregarse a agradables reflexiones. Había empezado el día con buen pie; Constancia Lectora le había preparado un desayuno estupendo y el repelente Pachito no se había dejado ver, aunque lo oía débilmente en la cocina. Aspiró el aire otoñal, deliciosamente fresco y ahumado. Se le presentaba una jornada prometedora.

Esa misma semana cumpliría cincuenta años. Plena madurez, sin la menor duda, ¡pero se encontraba mucho mejor que en toda su juventud! Desde los diecisiete años hasta hacía relativamente poco, la ansiedad lo había vapuleado a espuela y látigo, y solo a partir de los cuarenta y pico había empezado a atisbar alguna esperanza de superarla. ¡En cambio hoy...! Le parecía que el soberano de su pecho ocupaba, risueño, su trono. ¿De quién era la frase? De Romeo. ¡Bah! Romeo no tenía ni idea de lo que era la satisfacción serena y controlada de un hombre que bien podía llegar a ser doctor en Derecho Civil antes de los cincuenta y uno.

¡Sería doctor! Naturalmente, no obligaría a nadie a llamarlo por el título, pero ¡lo

tendría! Y si alguna vez, cuando le presentasen a un desconocido, lo llamaban «señor», seguro que siempre habría cerca otra persona que, quizá con una agradable carcajada, puntualizase: «Creo que debería usted decir doctor Ridley, ¿no es eso?». No es que concediese a esas distinciones más importancia de la debida; sabía cómo funcionaban las cosas exactamente. Había hecho mucho por la Universidad de Waverley y tendrían que compensárselo con unos emolumentos elevados o con un doctorado *honoris causa*. Como todas las universidades canadienses, la de Waverley siempre adolecía de falta de fondos, mientras que las reservas de doctorados eran inagotables. Ni siquiera le regalarían la toga, pues tendría que devolver la excelsa prenda tan pronto como concluyera la ceremonia. Se lo concederían, sin duda, y sabría apreciarlo. Era un símbolo de éxito y seguridad que se convertiría en un arma más con la que mantener a raya a su enemiga de siempre, la ansiedad. Se consideraría recompensado cuando fuera doctor.

Se lo merecía. Hacía dos años, cuando algunas autoridades de la universidad pensaron en ofrecer estudios de Periodismo, fue a él a quien pidieron consejo. Cuando se tomó la decisión de hacer el plan de estudios correspondiente, fue él la única persona ajena al mundo académico que formó parte de la comisión, y supo orientarla con discreción y mano izquierda. Sin dejar traslucir sus emociones, escuchó las opiniones de los profesores sobre la prensa y las de quienes se creían en el deber social de reformarla. Sin burlarse ni ironizar, analizó con ellos las diversas propuestas sobre los conocimientos necesarios para preparar a buenos periodistas. Se pronunció en contra de gastos inútiles y defendió sin desfallecer las inversiones que consideraba necesarias. Poco a poco, los miembros universitarios de la comisión reconocieron que sabía de lo que hablaba. Logró convencerlos de que la duración de los estudios fuese de tres años, en vez de dos. La opinión más influyente en la planificación de la carrera fue la suya, como también lo sería, sin duda, cuando llegase el momento de contratar al profesorado. Los estudios de Periodismo entrarían en el programa de Waverley a partir del otoño y con ello concluiría prácticamente su contribución.

Todavía le quedaba una cosa por hacer, y era agradable: abrir el ciclo de conferencias Wadsworth del año académico. Dichas conferencias, que eran públicas y se impartían desde hacía veinte años para formar a los estudiantes en asuntos de interés general, se dedicarían ese año a «La prensa y el pueblo». Hablaría también un ministro y un alto comisario del Reino Unido, un filósofo famoso y un psicólogo casi igual de famoso expondrían también sus respectivos puntos de vista. Pero la primera conferencia la daría él, Gloster Ridley, director del *Evening Bellman* de Salterton, y estaba decidido a que la suya fuese la mejor, puesto que, a fin de cuentas, conocía por experiencia propia lo que era un periódico, al contrario que los otros conferenciantes. Además, según la opinión general, el *Bellman*, bajo su dirección, era un periódico muy bueno.

Sí, creía que tenía una idea acertada de lo que era la prensa, pero no la de tres al

cuarto; tampoco la prensa quimérica a la que se habían referido los reformadores de la universidad en las primeras reuniones. Además conocía al pueblo, sí, porque él era pueblo. No había cursado estudios universitarios, y ese era uno de los motivos por los que le hacía tanta ilusión que pudieran llegar a llamarlo doctor.

¡Sí, claro que sí! Hablaría de la prensa y el pueblo. Diría que la prensa era del pueblo, de todo el pueblo, tanto si sus gustos y necesidades eran vulgares como si no. La conferencia sería amena, pero daría al público mucha miga que digerir. Empezaría con una cita de Shakespeare, de *Bien está lo que bien acaba*; aunque muchos de los asistentes serían universitarios, la mayoría no habría leído la obra, pero así les recordaría que también se podía ser culto sin haber pasado por las aulas universitarias. Para referirse a un periódico, citaría: «Es como la silla del barbero, que sirve para todos los traseros, para los respingones y para los planos, para los gordos y para cualesquier otros» y, a continuación desarrollaría el tema del contenido: en cualquier edición de un buen diario, cada uno de los lectores debería encontrar no solo las noticias del día, sino también algo que, en sentido amplio, le interesara personalmente.

Sería una buena conferencia. Seguramente se la publicaría su editor en una hoja volante y le daría amplia distribución entre otros periódicos. Podía insinuarle la idea discretamente, sin ser grosero.

Y dando vueltas en la cabeza a tan agradables pensamientos, llegó al edificio del periódico.

Subió las escaleras hasta su despacho, situado en la segunda planta, un tanto furtivamente, pues no tenía ganas de encontrarse con el señor Shillito y saludarlo. Estaba decidido a no hacer nada que pudiera parecer hipócrita, y el señor Shillito empleaba unas fórmulas de salutación tan corteses y pasadas de moda que muchas veces caía en la tentación de responder con total simpatía, pero luego se avergonzaba. No debía dar caramelos a Plomo con una mano y esconder el puñal en la otra. De todos modos, encontró el camino despejado y entró a hurtadillas en su despacho sin que lo viera nadie, salvo su secretaria, la señorita Green, que entró detrás de él.

—No hay correo personal esta mañana, señor Ridley. Solo lo habitual. La telefonista dice que recibió usted una llamada poco antes de las nueve de la mañana, pero que no dejaron recado.

Lo habitual estaba pulcramente ordenado encima de su mesa. La señorita Green filtraba las cartas de la mañana con mucho cuidado desde el día, hacía más de tres años, en que su jefe recibió una rata muerta envuelta para regalo, con una tarjeta en la que decía que lo considerase un comentario a la postura del *Bellman* ante un asunto de debate público. Desde entonces, solo se le había escapado un sobre que contenía papel higiénico usado (una alusión política), pero, por lo demás, ejercía un control eficaz. Había diez cartas al director; las cogió sin curiosidad, armado con un grueso

lapicero negro.

Dos eran de «Juego Limpio» e «Indignado» respectivamente; ambos criticaban al Ayuntamiento de Salterton, el primero, por no rehacer el firme de la calle en la que vivía, y el segundo, porque la municipalidad se proponía pavimentar la calle en la que él poseía una propiedad y, de paso, aumentar la contribución. Ambos firmantes habían optado por el anonimato y habían añadido sendas notas personales solicitando que se omitiera su verdadero nombre, pues temían posibles represalias indeterminadas. En la carta de «Juego Limpio», Ridley borró varias frases y cambió la palabra «deshonesto» por «mal aconsejado». La de «Indignado» le llevó más tiempo, pues el autor no había utilizado verbos suficientes para dar a entender lo que quería y, por lo visto, había colocado los signos de puntuación después de escribirla siguiendo un criterio propio, generoso, pero desacertado.

La tercera carta estaba tan mal escrita que apenas pudo leerla, a pesar de lo acostumbrado que estaba a letras de todas clases, aunque parecía ser de un ciudadano agraviado que se quejaba porque un vecino tiraba basura deliberadamente a su patio trasero. Describía otras cuantas iniquidades del vecino, pero Ridley separó la carta para la señorita Green; ella se la devolvería con la disculpa de costumbre: que no podían publicar escritos difamatorios.

Las tres siguientes eran legibles, gramaticalmente correctas y sensatas, y hablaban de unos planes para construir una ronda para el tráfico en una de las encrucijadas principales de la ciudad. Rápidamente les puso título y las separó para el impresor.

La séptima exhortaba a evitar, aunque fuera por la fuerza, que un entrenador de hockey que había preparado a unos niños el invierno anterior continuara con ellos la siguiente temporada. Al parecer, era un monstruo y un hereje cuya perniciosa influencia podía destruir las tácticas del hockey y acarrear el fin de ese deporte en Canadá. La firmaba el remitente con nombre completo y domicilio particular, pero eso no engañó al director. Consultó la *Guía de la Ciudad* y descubrió que, tal como sospechaba, ni existía el número 183 de la calle Maple ni persona alguna con el nombre de Arthur C. Brown. La hipocresía de la humanidad le arrancó un suspiro y tiró la carta a la papelera. De todos modos, le compensó un poco comprobar que su intuición para detectar firmas falsas funcionaba tan bien como siempre.

La octava era de un granjero que acusaba al jurado de la Feria de Salterton de gran injusticia y cierta falta de honradez en la concesión de los premios de la subcategoría Gallinas Jóvenes, de la categoría Aves de Corral, del concurso de ganado de la feria de otoño. Decía que comprendía que la feria se había celebrado hacía siete semanas, pero que le había llevado tiempo ponerse «a escribir la presente». Fue directa a la papelera.

La novena carta contenía una sorpresa y un fastidio para Ridley. Decía:

Señor:

Mi más sincera enhorabuena por el artículo titulado «Qué se hizo del mondadientes», publicado en el número del 28/X. Son esos deliciosos caprichos los que elevan el tono del *Bellman* por encima de cualquier otro periódico de los que están a mi alcance y lo dota de una gracia literaria tanto más meritoria por cuanto vivimos en un mundo que va relegando el estilo al pasado. Guardo esta joyita junto a otras muchas en mi álbum de recortes. ¡Afortunada la ciudad que puede presumir de un *Bellman*! ¡Afortunado el *Bellman* que puede presumir de un colaborador capaz de escribir tan memorable «Mondadientes»!

Suyo afmo.
ELDON BUMFORD

No podía ser otro; el anciano Bumford, a sus ochenta y cuatro años, representaba la excepción de la tendencia general de los viejos a despotricar de todo y se dedicaba a alabar prácticamente todas las cosas en voz alta y clara. No había motivos para no publicarla. Con toda seguridad, si no aparecía al cabo de un día o dos, el viejo Bumford cogería el teléfono, o, peor aún, se presentaría en su despacho a preguntar por qué. De todos modos, no podía publicarla, desde luego. La dejó a un lado, tomaría una decisión después.

Conocía bien la letra y la tinta verde del décimo sobre. Cada dos semanas llegaba a su mesa una carta con esa misma letra y esa misma tinta, y siempre con idéntico mensaje: el mundo había olvidado a Dios. Una vez era porque se permitía a los niños leer libros de historietas; otras, el mal era la bebida, a la que siempre llamaba brebaje alcohólico; otras, lo que más afligía a la autora era el descenso de asistentes a la iglesia; en invierno se quejaba de la iniquidad de los trenes de esquiadores, que viajaban en horario de oficios eclesiásticos y se llevaban a los jóvenes lejos del tañer de las campanas; en verano, lo que consumía a la sociedad era la desvergüenza de los trajes de baño de dos piezas y los pantalones cortos, con los que las muchachas enseñaban las piernas. La escritora podía defender sus argumentos con abundantes citas de las Sagradas Escrituras, y así lo hacía; de vez en cuando relacionaba una barbaridad de los tiempos modernos con un monstruo de la Biblia. En su última carta instaba a aconsejar al primer ministro que declarase el 11 de noviembre Día Nacional de la Oración, para que así pudiera Canadá, mediante un acto general de contrición, limpiarse de todos sus pecados y tal vez alcanzar el perdón al final de la jornada. En el sobre ponía: «Urgente: Imprímase Inmediatamente». La dejó a un lado con hastío. Tal vez fuera la voz del pueblo, y ningún director debe olvidar jamás que la voz del pueblo es la voz de Dios. Pensó que era una lástima que la voz de Dios necesitase tanta revisión antes de ser publicada.

El resto del correo de la mañana no le dio ningún trabajo. Ojeó los sobres rápidamente: propaganda, alguna escrita por expertos, la mayoría por aficionados, de

unas doce agencias mantenidas por otros tantos gobiernos extranjeros. Invitaban al *Bellman* a comprometerse con dos causas opuestas de la India; le ofrecían una denuncia clamorosa de la división de Irlanda; lo instaban a celebrar el 250 aniversario de un poeta francés de quien Ridley no había oído hablar; le recordaban siete pintorescos festejos que tendrían lugar en Gran Bretaña en el mes de noviembre.

Había asimismo cuatro largas declaraciones fotocopiadas, remitidas por otras tantas organizaciones sindicales, en las que se exigía al gobierno la inmediata reparación de unos agravios de complejidad extrema; un folleto de una sociedad que quería reformar el calendario y, para llevarlo a cabo, contaba con la aprobación de Ecuador, Liberia, Islandia y el gobierno letón en el exilio, además de un montón de material de la ONU y cinco comunicados de diferente extensión de unas sociedades religiosas y filantrópicas. Había una cosa con la palabra «Newsflash» impresa en rojo, que anunciaba una nueva marca de aceite sin querer parecer propaganda. Un libro blanco, con una tarjeta de visita de un ministro, presentaba una gran cantidad de valiosas estadísticas de hacía dieciocho meses. En cuatro paquetes se ofrecían al *Bellman* nuevas historietas cómicas de comicidad inigualable: las leyó con inmutable seriedad.

Lo tiró todo a la papelera, la cual quedó prácticamente llena hasta el borde.

Fuera, a la puerta del despacho, se oía un barullo de voces. Una dijo: «¡Ah, señorita Green, tan encantadora como siempre, ya veo! Supongo que el jefe no está atendiendo ninguna visita, ¿verdad?», y de pronto se abrió la puerta y apareció Swithin Shillito.

El señor Shillito tenía setenta y ocho años y a menudo ponía a la gente en la tesitura de tener que decir que no los aparentaba, ni mucho menos. Tenía el pelo canoso, peinado con raya al medio, con una gruesa onda de cabello echada hacia atrás a cada lado, y un enorme bigote blanco en forma de cuernos de carnero. Unos bigotes menores, pero igual de blancos, gruesos y largos, le hacían las veces de cejas. Tenía la cabeza tan grande y atractiva que parecía añadida al cuerpo, menudo y delgado, por un cuello alto y duro y una corbata primorosamente anudada, sujeta con una pepita de oro a modo de alfiler. Le cruzaba el chaleco una leontina de eslabones muy grandes, uno de ellos adornado con un diente de alce engastado en oro. Otros complementos interesantes de su atavío eran unas lustrosísimas botas altas, un guardapolvos de alpaca y unos manguitos de mimbre hasta los codos. Llevaba unos quevedos sujetos con una cintita prendida al chaleco, listos para subírselos a la larga nariz siempre que la ocasión lo requiriese. Traía unos papeles en la mano.

—Nada fuera de lo normal esta mañana, jefe —dijo, avanzando garbosamente—. Se me ha ocurrido hacer los deberes temprano. Nada importante, solo una o dos cosillas que pueden resultar entretenidas o llenar algún hueco suelto. Quería tener el día libre para dedicarme a escarbar. Siempre se lo digo a los jóvenes de la sala de

redacción: «Escarbad, escarbad, es el secreto de nuestro oficio. A mis setenta y ocho años sigo escarbando». Algunos no me creen. El editorial lo hará usted, supongo, ¿no?

—Sí, señor Shillito —dijo Ridley—, quiero escribir sobre dos o tres asuntos.

—Yo incluso juraría que en estos momentos ya lo tiene todo escrito mentalmente —dijo el señor Shillito, meneando la cabeza con entusiasmo en señal de admiración—. ¡Hay que planificar, sí señor! Es la única forma de hacer algo en un periódico. Sin embargo, no se lo creen, los jóvenes no se lo creen, pero es la pura verdad.

—He leído un par de informes sobre el proyecto del canal de San Lorenzo que me han inspirado.

—¡Ah, eso es! Leer sin parar, escarbar sin parar, planificar sin parar. Eso es lo que lleva a un periodista a la cima. Pero los jóvenes no hacen caso. Las malas hierbas caerán solas con el tiempo. Los que lean, escarben y planifiquen crecerán hasta la cima, y los demás... bueno, no hace falta decirlo. ¿Quiere echar un vistazo a estas cosas? Yo espero.

«¡Y qué más!», pensó Ridley. Al señor Shillito le encantaba ver a la gente leyendo algo suyo y, entre tanto, sonreía, soltaba gruñidos elogiosos, asentía y emitía continuamente señales de satisfacción y admiración, hasta que todos, menos los más fuertes, se veían obligados, por algo semejante a una presión espiritual, a seguirle la corriente. En ese sentido, Carcamal Plomo intimidaba tanto como un matón; tenía su trabajo y a sí mismo en tan alta estima que discrepar de sus opiniones era prácticamente una descortesía.

—En estos momentos estoy muy ocupado —dijo Ridley—. Lo leeré más tarde.

—¡Ah, sé perfectamente lo mucho que tiene que hacer! —dijo el señor Shillito—. Seguramente nadie sabe mejor que yo la presión que conlleva su trabajo, pero, si le parece, me paso otra vez por aquí a media mañana, cuando haya tenido usted tiempo de leer lo que he escrito. Me he dado cuenta de que hay algunos artículos míos que todavía no han salido en prensa, aunque hace quince días o más que se los entregué a usted en mano. Bueno, jefe, ya me conoce. Soy el más veterano de la plantilla, puede que incluso sea el periodista en activo más veterano del país. Si ve algún fallo o señales de cansancio en mi trabajo, no tiene más que decirlo. Sé que no soy inmortal. Un día u otro se me parará el reloj, aunque reconozco que me encuentro en plena forma, de momento. Pero, dígame sinceramente: ¿me estoy haciendo viejo para esto?

«¡Ay, Dios! —pensó Ridley—. ¡Me toma la delantera! ¡Me obliga a decirlo de la forma más baja y ruin! Me adjudica el papel de jefe despiadado que echa a la calle al empleado fiel porque es viejo. ¡Qué hábil! Tengo que hacerme con las riendas de esta conversación, de lo contrario, estoy perdido».

—No piense usted esas cosas, señor Shillito —dijo—. Tengo la impresión de que su trabajo está a la altura de siempre. Sin embargo, ni el editor ni yo deseamos escatimarle la tranquilidad que se ha ganado con su veteranía y dentro de unos días hablaré con usted del futuro. Entre tanto, debo atender unos asuntos muy urgentes,

conque, si me disculpa...

—¡Claro, claro! —dijo el señor Shillito, en un tono que insinuaba movimiento, aunque se quedó firmemente sentado en la silla—. Pero compréndame. No quiero ponerme sentimental. Bien sabe usted lo mucho que me repugnan las manifestaciones de sentimentalismo. Soy inglés, un inglés de la vieja escuela, creo que debería decir a estas alturas, y como tal acataré lo que sea necesario antes de demostrar mis sentimientos. Pero, ya sabe, jefe: el oficio periodístico lo es todo para mí. No quiero verlo desde la barrera cuando no pueda seguir practicándolo. Mi mayor deseo es morir al pie del cañón. No soy un hombre religioso, en el sentido convencional de la palabra; mi credo, si así lo podemos llamar, ha sido la honradez, sencillamente. Sin embargo, he rogado muchísimas veces a cuantos dioses puedan existir que me permitan morir al pie del cañón, que la vieja espada caiga de agotamiento, ¡pero que no se oxide!

El señor Shillito formuló el ruego con una voz que debió de llegar a la sala de redacción, a pesar de que la rotativa ya había iniciado el turno de mañana, y Ridley sudaba de agobio. La situación empeoraba por momentos. Para su inmenso alivio, entró la señorita Green.

—Tiene una conferencia importante por teléfono, señor Ridley, si puede atenderla —dijo.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Me disculpa, señor Shillito? Es confidencial.

Pronunció las últimas palabras entre dientes, como si se tratase de asuntos del más alto nivel gubernamental. El amante del oficio periodístico levantó sus grandes cejas con complicidad y salió de puntillas del despacho.

—¿De qué se trata, señorita Green? —preguntó Ridley enjugándose la calva frente.

—Me lo he inventado, señor Ridley —dijo ella—, porque me ha parecido que le gustaría cambiar un poco de ambiente; de todos modos, ha tenido una llamada hace unos minutos. El profesor Vambrace quiere verlo a las once.

—¿Para qué?

—No ha querido decírmelo y además ha sido muy brusco. Ha dicho que era la segunda vez que llamaba.

—¡Es que el profesor Vambrace siempre es brusco! —dijo Ridley—. Gracias, señorita Green. Durante unos cuantos días estaré siempre muy ocupado para el señor Shillito.

La señorita Green se limitó a asentir; era tan buena secretaria que no hacía falta añadir nada más: el sencillo gesto corroboraba que las grandes dotes del señor Shillito para colarse fracasarían con ella a partir de ese instante.

Con un suspiro, Ridley emprendió la siguiente tarea, que consistía en una reflexión sobre los artículos editoriales de treinta y ocho contemporáneos del *Bellman*,

convenientemente recortados y dispuestos al alcance de la mano. Le habría gustado disponer de diez minutos para pensar un poco en el inconveniente que presentaba el señor Swithin Shillito, pero no podía permitírselo. Las personas que piensan que las oficinas de un diario funcionan como en las películas se imaginan que la vida de un periodista está llena de acontecimientos emocionantes e imprevistos; Ridley tenía intención de explicar en la conferencia Wadsworth que, en realidad, el trabajo periodístico se basaba en una rutina estricta; aunque los cielos se desplomasen y las llamas arrasaran la tierra, la prensa no podía retrasarse; para que el público lector disfrutase del exceso desenfrenado de noticias del mundo, el periodista debía ajustar ese exceso a las exigencias de la rutina mecánica de una plantilla de empleados fijos. Antes de la una, tenía que leer todo lo que había encima de la mesa, hablar con el jefe de redacción, esbozar y escribir al menos un artículo de fondo y recibir a las visitas que lograsen pasar la barrera de la señorita Green. No podía perder diez minutos en pensar en el señor Shillito. Debía leer sin parar, escarbar sin parar y planificar sin parar, como recomendaba Plomo.

En el tablero extensible de la derecha de la mesa estaba la máquina de escribir; puso una hoja en el carro y escribió un titular: *Apuntes y comentarios*. El periódico tenía desde siempre la costumbre de terminar los editoriales y artículos de fondo con unos párrafos de observaciones breves, sucintas y, si era posible, divertidas, y casi siempre las escribía Ridley. No es que se creyera un genio, pero alguien tenía que hacerlo y prefería sus dotes a las del señor Shillito; a Plomo le gustaban los retruécanos y lo que él llamaba los *aperçus* ingeniosos. Cogió la primera página editorial y la leyó rápidamente: el artículo principal, que se quejaba de lo altos que estaban los impuestos, y dos secundarios, uno que atacaba tajantemente a una república sudamericana por una perversidad relacionada con el café y otro que explicaba que la causa más importante de los accidentes de tráfico no era el alcohol ni el fallo mecánico del vehículo, sino los más elementales malos modales de los conductores. No encontró ningún párrafo plagiable ni inspirador; solo había un chiste. Decía:

ERA COMO ÉL

Botones: Un caballero desea verlo, señor.

Jefe: No tengo tiempo que perder. ¿El caballero parece importante?

Botones: Pues... no mucho, señor. Más o menos, como usted.

Ridley suspiró y tiró la página a la papelera. En la siguiente tampoco encontró nada útil. En la cuarta había una nota que parecía prometer. Decía:

Según un doctor en medicina estadounidense, los pelos de la oreja contribuyen a oír mejor. Barberos: ¡ojito con las tijeras!

Seguro que de ahí podía salir un *aperçu* ingenioso. Se quedo pensando un momento y luego escribió:

Un médico de Montreal afirma que los pelos de la oreja mejoran la capacidad de audición. Así, pues, a partir de ahora tendremos que elegir entre cortárnoslos o quedarnos cortos.

Una vez que lo hubo escrito lo miró con tristeza, cambió «afirma» por «dice» y cogió la hoja siguiente. Era de un periódico de las Grandes Llanuras, en cuya opinión la principal causa de los accidentes de tráfico era el fallo de los frenos. No valía la pena robarle nada, pero en una esquina encontró lo siguiente:

UNO DE LOS JEFES

Jefe: ¿Dices que ha llegado un señor que quiere verme? ¿Tiene pinta de caballero?

Botones: No exactamente, señor. ¡Es solo un hombre como usted!

No encontró inspiración en los tres periódicos siguientes, pero entre las «Notas» del cuarto halló lo siguiente:

Un comerciante de la localidad todavía no se ha recuperado de la impresión que sufrió cuando su secretaria le describió a una persona que preguntaba por él: «No es nadie importante —le dijo ella—, es solo una persona como usted».

Ridley siguió leyendo. En la hoja siguiente encontró una severa admonición que advertía al gobierno que el alza constante de los impuestos podía acarrearle una venganza terrible en las siguientes elecciones, y otro artículo menor que decía que la tendencia a la delincuencia entre los niños de hoy descendería si los menores leyesen menos historietas de criminales y admirasen a algún héroe famoso del pasado, por ejemplo, a Robin Hood. En el periódico había también un artículo de fondo que hablaba de algunas opiniones defendidas por el *Bellman* unos días antes sobre la reforma de las cárceles. Daba a entender que el director del *Bellman* adolecía de cierta falta de comprensión y bondad. Ridley anotó que debía escribir una respuesta destacando que Robin Hood era un delincuente y que practicaba el comunismo, y que solo a un majadero se le ocurriría ponérselo a los niños de modelo.

Y así fue revisando todo el montón de opiniones contemporáneas. Se detuvo a leer lo que decía un articulista especializado en medicina a propósito de los cálculos

biliares. Al parecer, podían pasar muchos años «en estado latente» sin provocar más molestias que una esporádica sensación de malestar. Ridley se preguntó si tendría él cálculos biliares en estado latente; la verdad era que a veces notaba un malestar, aunque no era nada, en comparación con lo que había pasado unos años antes. Ocupar la poltrona de director e incluso leer el mismo chiste en todas partes e inventar *aperçus* ingeniosos era una buena vida, mejor, sin duda, que la época de reportero o la siguiente, la de redactor. Siguió leyendo, zambulléndose en las profundidades de la opinión editorial canadiense: la maldad del gobierno, la de la nación, que gastaba mucho más en licores que en obras de caridad; la de los Estados Unidos, que no reconocían debidamente la grandeza de Canadá, la de Gran Bretaña, que no invertía dinero suficiente en Canadá. Leía los repetitivos artículos por encima, sin emoción, pensando solamente en que los periódicos, igual que las iglesias, estarían perdidos si no existiera la maldad en el mundo. Tanto es así que parecía que bastantes directores se las daban principalmente de predicadores y clamaban por el arrepentimiento de los múltiples pecados de este mundo descreído. Otros, en cambio, parecían considerarse campesinos sencillos y astutos como los de antes; escribían con nostalgia sobre los idílicos tiempos pasados, cuando todo el mundo vivía tan cerca del campo que siempre se llevaba un poco de estiércol en las botas; por lo visto, opinaban que los campesinos, como clase social, eran más honrados que los habitantes de las ciudades y menos dados a vicios vulgares. Ridley, que de pequeño había vivido varios años en una comunidad rural, no había podido dilucidar en qué se sustentaba esa opinión. Y otros, que no se disfrazaban de predicadores ni de campesinos, se revestían con togas de papel de periódico y semejaban reencarnaciones modernas de Catón, dispuestas a derramar hasta la última gota de tinta en defensa de las virtudes que consideraban propiedad exclusiva del partido que no estuviera en el poder; estos también criticaban con vehemencia a las nuevas generaciones y las metían a todas en el mismo saco con la etiqueta de «adolescentes». El director tenía que ser un grifo de opinión. El fiel decano de la prensa debía abrir el chorro de los comentarios sin ser tan provocativo como para quedarse sin suscriptores ni tan necio como para ganarse el desprecio absoluto. El director no debía insultar a la inteligencia de sus mejores lectores, pero tampoco debía dejar de decir algo aceptable a quienes solo leían los chistes y el horóscopo diario. Sí, la silla de barbero, que sirve para todos los traseros.

Mientras reflexionaba, dibujó bigote y gafas a cuatro políticos que aparecían en el recorte que tenía a mano. A un hombre calvo le puso una peluca de tirabuzones. Con dos puntos bien trazados a lapicero dejó bizca a una chica de pechos inmensos; al pie de la foto decía: «Por su destacado físico, un jurado de destacados artistas ha proclamado Miss Camiseta del mes a la encantadora Dinah Ball». Si cada mes tenía su Miss Camiseta, ¿por qué no instituir el Día de las Ubres, para honrar debidamente a todos los mamíferos? ¿Podría sacar de ahí un *aperçu* ingenioso? Seguramente no sería apto para un periódico que leía toda la familia.

Pero estaba perdiendo el tiempo. Tenía que trabajar. El director de un periódico vespertino no puede permitirse pensar en las musarañas hasta después de la tres. Hizo pedazos las fotografías pintarrajeadas para que no las encontrase la señorita Green y reanudó la tarea.

Veinte minutos después había terminado de mirar por encima el chorro de opinión de sus treinta y ocho contemporáneos y había escrito cuatro párrafos más de *Apuntes y comentarios*. Sabía que se podía comprar esa clase de material en agencias, pero prefería escribirlo personalmente; era un ejercicio que no carecía de encanto. A falta de algo sustancioso, siempre se podía escribir algo sobre prácticamente cualquier cosa, o sacárselo de la manga. Por ejemplo, el asombroso éxito que había tenido el pasado mes de junio: había un mosquito en el despacho que no paraba de molestar y, cuando se lo dijo a la señorita Green, ella pidió prestado al bedel un atomizador lleno de una sustancia en spray, buscó al monstruo y acabó con él. «Ahora hay sprays para toda clase de mosquitos, señor Ridley», dijo ella. «Menos para el mosquito muerta, señorita Green», replicó él, pensando en el señor Shillito. Y ahí tenía el apunte, recién salido del horno. Inmediatamente escribió:

Un científico eminente afirma que ahora hay sprays para todos los mosquitos, menos para el mosquito muerta, naturalmente.

Para convertir en un juego de palabras cualquier disparate espontáneo siempre había que atribuírselo a un científico eminente, a un médico famoso o a un comentarista político; era una forma de dar elegancia y verosimilitud al *aperçu* ingenioso. Dieciocho periódicos copiaron su joyita, pensada y escrita tan rápidamente, atribuyéndosela justamente al *Bellman*; otros cuantos se la robaron y, al cabo de un mes, apareció en la revista del *New York Times*, atribuida al difunto Will Rogers.

Ahora tocaba ponerse a redactar el artículo principal del día, su editorial sobre el canal de San Lorenzo. Era un momento tenso, porque aborrecía escribir los primeros párrafos de cualquier escrito. Como había dicho Plomo, ya lo tenía escrito mentalmente, pero lo que se escribe mentalmente siempre es mucho más contundente y se expresa con más firmeza que lo que aparece después en el papel. Echó de menos una distracción, algo que le hiciese retrasar el comienzo unos minutos más. Su deseo se cumplió; entró la señorita Green con tres libros.

—¿Pongo estos libros con los pendientes de reseña, señor Ridley?

—No, vamos a echarles un vistazo, señorita Green.

Reseñar libros siempre le proporcionaba un momento de emoción. Cabía la posibilidad, remota, pero siempre posible, de encontrar entre ellos algo que le apeteciese leer. Sin embargo, esta vez no fue así. El primero contenía unas piadosas reflexiones de un famoso teólogo canadiense: perfecto... para Shillito. El segundo era un delgado libro de versos de una poetisa canadiense. ¿Por qué siempre se decía que

esos libros eran «delgados», se preguntó, y no «escuálidos», que se acercaría mucho más a la verdad? Que se encargase la señorita Green de sacar brillo a la poetisa. El siguiente... ¡Ah, sí! Uno seleccionado por un club estadounidense del libro, un ejemplar algo más voluminoso y pesado que un ladrillo, con una sobrecubierta sorprendente, impresa en un papel tan acharolado que resultaba un poco pegajoso al tacto. Se titulaba *Plonk* y en la solapa interior de la cubierta decía: «Pone al desnudo el alma de un hombre y la de una mujer que están atrapados en el torbellino de la vida metropolitana moderna. Rusty Maloney logra abrirse camino desde el barrio irlandés de Boston hasta un importante puesto de ejecutivo de publicidad, para terminar cayendo en el hechizo de la bella y seductora Siva McNulty, que es adicta al *plonk*, la traidora mezcla de cerveza negra, *brandy* y cápsulas machacadas de adormidera, que tranquiliza los nervios más alterados y las pasiones más descarnadas. Esta odisea espiritual de proporciones ambiciosas recuerda a...». Sería inútil pasárselo a Shillito. La mujer que siempre se encargaba de las reseñas de novelas que recordaban a algo estaba de parto en el hospital y Ridley no quería que Plomo escribiera medio palmo de reseña descaradamente moralizante. Entonces, ¿quién? ¡Ah, sí! ¡Rumball!

Llamó al timbre y pidió a la señorita Green que localizase al señor Rumball y se lo mandase al despacho. Entre tanto, apostó consigo mismo a que la primera escena de sexo de *Plonk* estaba entre las páginas quince y treinta.

Henry Rumball era un joven alto y desaliñado de la sección de reporteros; entre sus deberes diarios se encontraba el de hacer una ronda de visitas a los muelles, la universidad y las funerarias. Se presentó en el despacho del director sin decir una palabra.

—He pensado que le gustaría hacer la reseña de *Plonk* —dijo Ridley—. Sé que le interesa la novela moderna. Tengo entendido que esta es bastante curiosa, un tanto cruda. Diga lo que le parezca, pero no me asuste a las ancianitas.

—Gracias, señor Ridley. ¡Caramba, *Plonk*! —dijo Rumball, y cogió el libro como si lo acariciase.

—¿Lo conoce?

—He leído las reseñas estadounidenses. Dicen que lleva la novela a unas alturas jamás alcanzadas. El crítico de *Saturday Review* decía que, cuando la terminó, tenía exactamente la misma sensación que si hubiera estado tomando *plonk* toda la noche. Es tangible, como si dijéramos.

—Bien, pues dígalo en su reseña. «Tangible» es una palabra útil que puede hacer citable cualquier frase.

Rumball titubeó un poco, respiró hondo y dijo:

—No sé si debo hacerlo, en realidad.

—¿Por qué? Creía que le gustaban estas cosas.

—Sí, señor Ridley, pero es que quiero mantener la cabeza despejada, comprenda. Quiero evitar influencias externas para que no se me contamine el río, no sé si me entiende.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere. ¿De qué río está hablando?

—El río de la inspiración, para *La pradera*, mi libro, ya sabe.

—¿Está escribiendo un libro?

—Sí, ¿no se acuerda? Se lo conté hace casi un año.

—No recuerdo nada. ¿Cuándo me lo contó?

—Pues, vine a pedirle un aumento de sueldo...

—¡Ah, sí! De eso sí me acuerdo. Le dije que hablase con el señor Weir. Nunca me entrometo en los asuntos de sus subordinados.

—Sí, bueno, pues fue entonces cuando le conté que estaba escribiendo una novela. He empezado a trabajar en el primer borrador y no quiero leer nada, para que no me influya. Es el mayor peligro, claro, las influencias. Hay que ser uno mismo por encima de todo.

—¡Ajá! Bien, si no quiere *Plonk*, se lo daré a otro. Haga el favor de decir al señor Weir que venga a verme cuando tenga un momento.

—¿Puedo hablar un minuto con usted de la novela? Le agradecería un poco de orientación, señor Ridley.

—Estoy muy ocupado ahora.

Pero Rumball, perdida la timidez, se sentó. Le brillaban los ojos.

—Va a ser una obra grande, lo sé. No es presunción, es que lo noto, como si el libro fuera de otra persona. Es una cosa que nunca se ha intentado en Canadá, sobre el Oeste...

—Me acuerdo de unas cuantas novelas del Oeste.

—Sí, pero son todas de la conquista de las praderas. En mi caso, es exactamente lo contrario: es la pradera la que conquista al hombre, ¿lo ve? Es una gran idea. Un panorama inmenso. Espero poder con ello. ¿Se acuerda de una película que se titulaba *El arado que venció a la pradera*? Pues mi libro se titula *La pradera que venció al arado*. Empiezo con una descripción tremenda de la pradera: inmensa, primitiva, imponente, adormecida; calculo al menos unas cinco mil palabras para el comienzo. Después llega el hombre, pero no el piel roja, porque él entiende la pradera, le canta suavemente. No, se trata del hombre blanco, que no la entiende, le abre las entrañas con la hoja, la viola. «Cálmate», dice el piel roja. «¡Muérete!», dice el hombre blanco. ¿Lo ve? ¡Ahí está el conflicto! Aunque el verdadero conflicto es entre el hombre blanco y la pradera. La lucha se desarrolla a lo largo de tres generaciones y, al final, la pradera vence al hombre blanco. Sencillamente, lo expulsa.

—Muy interesante —dijo Ridley al tiempo que recogía unos papeles de la mesa—. Tenemos que hablar más de su libro en algún momento. Tal vez cuando lo termine.

—¡Ah! Podría tardar otros cinco años —dijo Rumball—. Estoy completamente volcado en el libro, completamente.

—No en detrimento de su trabajo diario, espero.

—Eso lo hago casi mecánicamente, señor Ridley, pero en mi fuero interno, mi creatividad es para la novela todo el tiempo.

—¡Ajá! Diga al señor Weir que quiero verlo, por favor.

—Claro, señor; una sola cosa sobre la que agradecería su consejo. Los nombres, ¡son tan importantes en los libros! Verá, la fuerza de la pradera es tan grande en mi libro, que simplemente la llamo la Pradera, pero los personajes que luchan contra ella son dos familias, una inglesa, del norte, y había pensado llamarlos los Chimneyhole, aunque ellos lo pronuncian Chumnel. La otra es escandinava y había pensado en llamarlos los RuokatavaraKauppa. Me preocupa que las vocales de esos apellidos no se diferencien lo suficiente. Porque, verá, quiero que todo sea muy poético, pero si las principales palabras de la novela no son acertadas, puede que todo se hunda como en un cenagal, ¿comprende?

—Necesito que el señor Weir venga inmediatamente —dijo Ridley con voz fuerte y autoritaria.

—Ahora mismo se lo digo —afirmó Rumball dirigiéndose a la puerta—, pero si se le ocurriese un nombre que tuviera el mismo ritmo que RuokatavaraKauppa, pero con las vocales un poquito más cerradas, le agradecería mucho que me lo dijera. Va a ser una gran saga y quisiera que se leyera en voz alta con la mayor frecuencia posible, por eso son tan importantísimos los nombres.

Muy a su pesar, salió del despacho; poco después apareció Edward Weir, el jefe de redacción, y ocupó el asiento del que tan difícil había sido despegar a Rumball.

—¿Algo fuera de lo normal anoche? —preguntó Ridley.

—Lo típico de Halloween, menos una anécdota que no hemos podido verificar sobre un incidente en la catedral. El deán no quiere decir nada, pero tampoco negó que hubiera sucedido algo. Un poco después de medianoche, cuando Archie volvía a casa, se encontró con la señorita Pottinger, que volvía de la puerta oeste de la catedral. Le preguntó si pasaba algo y ella dijo: «Yo no pienso decir una palabra», y cruzó la calle rápidamente. Archie se fijó en que la anciana iba en zapatillas y sin medias, y claro, ¿qué hacía ella en la catedral, sin medias, a las doce de la noche de Halloween?

—A su edad, no ponerse las medias puede indicar una gran perturbación mental, pero nada que nos interese, en realidad. ¿Intentó Archie entrar en la catedral?

—Sí, pero la puerta estaba cerrada. Vio luz por el ojo de la cerradura, pero no oyó nada.

—Lo más seguro es que no pasara nada.

—No sé. Esta mañana, cuando llamé a Knapp, estuvo muy escueto, y cuando le pregunté si era cierto que anoche habían intentado robar en la catedral, me preguntó que quién me había dicho eso y luego quiso convencerme de que su pregunta no significaba nada.

—¿Por qué no tanteas al organista? El tipo ese, ya sabes... ¿cómo se llama?... ¡Cobbler! Siempre habla por los codos.

—Lo he llamado y me dijo que no podía cantar. Es un borrico, ya sabes.

—Es mejor que sigamos intentándolo. Dime, ¿vale algo nuestro empleado Rumball?

—Bastante, aunque era mejor al principio, cuando llegó. Ahora se distrae a menudo. A lo mejor se ha enamorado.

—Puede que el señor Shillito quiera echarle uno de sus sermones sobre las virtudes del escarbar aplicadas al oficio periodístico.

—Dios nos libre. ¿Piensas hacer algo respecto a él?

—Avanzo lo más rápido posible. Es muy difícil. No tienes corazón, Ned. ¿Qué tal te sentaría a ti que te echaran del trabajo a los setenta y ocho años?

—Nada me gustaría tanto, si me dieran una pensión vitalicia, hubiera terminado de pagar mi casa, tuviera una bonita renta propia y unos buenos ahorros, como seguramente tendrá nuestro querido Shillito.

—¿Tanto tiene?

—Lo sabes mejor que yo, pero es que le gusta rondar por los despachos haciendo perder el tiempo a todo el mundo.

—Dice que lo único que pide a los dioses es morir al pie del cañón. Aunque no sea lo que se dice un gran creyente, esa es su plegaria.

—¡Qué impostor! Esta mañana, en cuanto se enteró de lo de la catedral, fue disparado a mi despacho y me dijo: «Ned, muchacho, haz caso a este viejo reportero y deja correr ese asunto; no he faltado a mis deberes para con la Iglesia en toda mi vida y haré lo que sea preciso por protegerla del menor soplo de difamación». Por supuesto, intenté sonsacarle lo que pudiera saber, pero no dijo ni pío. Oye, Gloster, ¿por qué no lo despides? ¡Es un pelmazo!

—Lo heredé, incluso fue director unos meses, antes de que me nombraran a mí. No quiero que nadie diga que lo he tratado mal.

—Allá tú, pero es un fastidio mayúsculo. Siempre está en la sala de redacción distraendo a alguien. Los chicos están de él hasta las narices, ya ni siquiera lo tratan con educación, pero él no se da por aludido.

—No tardaré en hacer algo, pero quiero hacerlo bien. Lo mejor sería liberarlo a lo grande. Había pensado en un discurso inspirado que surtiera efecto, pero déjame madurar la idea unos días más. ¿Alguna otra cosa que destacar?

No había nada más en las noticias del día que al jefe de redacción le pareciese digno de comunicar al señor Ridley y volvió a su despacho dejando al director una vez más ante la tarea de escribir el artículo principal. Para retrasar un poco más el temido momento, cogió las páginas a las que el señor Shillito había llamado «los deberes» y leyó la primera.

UN UTENSILIO EN EXTINCIÓN

El bastón desaparece de nuestras calles... mas, no: también de los paragüeros de nuestros vestíbulos; es una verdad que ni el más osado puede

contradecir. Mientras que, hace un tiempo:

Sir Plume, ufano con su ambarina caja de rapé
y su selecto bastón de caña,

se enorgullecía de poseer diez bastones diferentes, uno para cada ocasión —de gala, para ir a la iglesia, para pasear por la ciudad o para salir a estirar las piernas al campo—, nuestro hombre moderno, que va a toda prisa de sus negocios a casa y de casa al club en un coche cómodo, no lo necesita para nada y, digámoslo con todas las letras, tampoco lo desea. Podemos excusar que los alumnos de Macaulay, jóvenes modelos de erudición, no sepan distinguir la caña del ébano, el entrañable endrino del conocido fresno. Es indiscutible que el bastón se ha ido —*hinc illae lacrimae*— a donde trepa la madreSelva.

Ridley suspiró y, poco a poco, dolorosamente, lo poseyó la cólera. Por ser débil para deshacerse de Carcamal Plomo se veía condenado a publicar esa bazofia en un periódico del que se sabía que él era director. Swithin Shillito se adornaba con el aura de ensayista dieciochesco —vieja, rancia, casposa, sebosa y remendada con harapos gotosos de Addison y los fondillos de los pantalones del gentil Elia— y el hombre se pavoneaba con ella y la lucía a diario en las columnas del *Bellman*. ¿Y por qué? Porque él, Gloster Ridley, no tenía agallas para decirle que estaba despedido. Renegó de sí, de su debilidad. Y a pesar de todo... por una consideración piadosa con la vejez y un deseo sincero de ser justo y utilizar su poder sabiamente, no quería actuar como lo habría hecho si el obstáculo hubiera sido, por ejemplo, Henry Rumball. ¿Y quién podía saber si muchos lectores del *Bellman*, la mayoría incluso, no participaban de la opinión de Eldon Bumford, que tanto disfrutaba con las reflexiones de Shillito sobre el destino del palillo de dientes y tanto se animaba con sus diatribas acerca de la importación de rapé y alpiste? ¿Hasta qué punto era lícito imponer los criterios personales a los suscriptores del periódico? Aunque, ¿no era precisamente por eso por lo que cobraba un sueldo excelente, más el extra anual por participación en los beneficios? ¿Y la silla de barbero? ¿Es que no podía haber unas cuantas posaderas a la medida de Shillito? Aunque siguiera todo el día discurrendo al estilo de Hamlet, la situación solo podía remediarse de una forma. Llamó a la señorita Green.

—Haga el favor de preguntar al señor Warboys si podemos vernos media hora esta tarde —le dijo.

—Sí, señor Ridley. El profesor Vambrace ha vuelto a llamar; dice que no puede venir a las once e insiste en verlo a usted a las dos.

—Muy bien, señorita Green. Pero ¿qué tripa se le habrá roto al profesor Vambrace? ¿Para qué quiere verme?

—No lo sé, señor, porque no ha querido decirme nada por teléfono. Pero estaba

de muy mal humor. No paraba de repetir «a las dos en punto» en un tono que no me ha gustado nada.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Bien, cuando venga, sea la hora que sea, hágalo esperar cinco minutos. Y no quiero interrupciones hasta la hora de comer.

—Sí, señor. Le traigo unas pocas cartas más que han llegado en el segundo reparto.

Terminó con ellas rápidamente. Una asociación proabstinencia pedía «mayores esfuerzos» y la asociación de Rearme Moral afirmaba en tres párrafos que, si todo el mundo procurase tratar bien al prójimo, desaparecerían todas las desavenencias entre la patronal y los obreros. Un joven nigeriano decía: «Soy nigeriano, pero siempre uso calzado estadounidense», y buscaba un corresponsal canadiense, preferiblemente chica, entre catorce y dieciséis años. Otra persona, muy crítica con el *Bellman*, empleaba una ortografía y una sintaxis tan excéntricas que Ridley tardó cinco minutos en preparar su carta para la imprenta; cuando más se identifica un director con san Francisco —el amante de los burros— es cuando tiene que aplicar paliativos de esa clase a cartas que lo acusan de injusticia o estupidez. Por último, Ridley estaba preparado para escribir el editorial del día. Le salió con bastante facilidad, después de tanto darle vueltas, y a mediodía lo tenía todo preparado para la imprenta y se disponía a pensar en la hora de comer.

Teniendo en cuenta que comía en la más estricta intimidad, el almuerzo de Gloster Ridley despertaba mucho interés en Salterton. Se puede ser excéntrico en algunas cosas sin que a nadie le importe; en otras, en cambio, la excentricidad llega a desatar críticas moralistas. Puesto que no tenía mujer que lo esperase a mediodía, lo normal habría sido que comiera en un hotel o restaurante. Sin embargo, prefería prepararse el almuerzo en el despacho y comérselo allí mismo. Esa rareza se habría podido pasar por alto si hubiera consistido en devorar incómodamente, sin moverse de la mesa del despacho, un sándwich regado con un vaso de leche; en tal caso, es posible que se hubiera granjeado fama de periodista muy diligente que no quería dejar de pensar ni un momento en los horrores del día; tal vez le hubiera provocado los estigmas que marcan a los ejecutivos ambiciosos y celosos de su trabajo: un par de úlceras. Pero era bien sabido que se preparaba y se comía un plato caliente y, a continuación, queso o fruta, y que se hacía él mismo el café en una cafetera de filtro especial. Se sospechaba que incluso a veces tomaba una copa de jerez con la comida.

Se le habrían podido perdonar tamaños excesos si al menos se riera de ellos o si convidara a algún compañero a compartirlos con él, pero se empeñaba en considerar el almuerzo un asunto estrictamente privado; en consecuencia, despertaba mucha inquina, las malas lenguas decían que para hacerse la comida se ponía un mandil azul con puntillas blancas y le dirigían cartas al director diciéndole que si supiera de política, economía, negocios o lo que fuera tanto como de cocina, el *Bellman* sería un

periódico de más calidad.

A pesar de todo, cocinar era su afición y no veía motivos para dejar de hacer lo que le viniese en gana. Seguramente habría reconocido —como lo reconocía muchas veces ante su mejor amiga, la señora Fielding— que era un poco maniático con la comida, como algunas señoras mayores. No le gustaba nada comer en público, como tampoco lo que ofrecían los restaurantes de Salterton. En su modesta medida, era un *gourmet*. En casa, se hacía la cena también e invitaba a menudo a sus amistades. Todos estaban de acuerdo en que era un cocinero excelente. Permitía que le preparase el desayuno la criada (a quien llamaba para sí «Constancia Lectora», porque devoraba el *Bellman* todas las noches y le daba consejos espontáneamente todos los días), pero, por lo demás, se ocupaba personalmente de todo lo relacionado con su alimentación. No tenía conciencia de que varias señoras de Salterton, recelosas de los solteros en general, consideraban su almuerzo diario casi una afrenta personal, y aunque sabía que algunos hombres se reían de él, no le importaba.

Tal vez lo más irritante, para quienes no aprobaban esa costumbre, era lo extremadamente delgado que se mantenía. Según todas las leyes de la moral y la justicia, quien es tan exigente con la comida debería estar gordo. Debería estar marcado con la pesada prueba palpable de su vergonzosa y poco masculina manía. Pero Ridley era alto, delgado y calvo, y en la redacción lo llamaban «Huesitos» a sus espaldas.

Le gustaba su hora de comer porque le daba tiempo para pensar. Ese primero de noviembre, sacó el infiernillo del armario como de costumbre, dos huevos y algunos ingredientes más del maletín y se hizo una tortilla excelente. Se sentó a una mesilla, cerca de la ventana, y se la comió contemplando el mercado de Salterton, que era uno de los últimos al aire libre que quedaban en esa parte de Canadá y le proporcionaba una vista amena.

Naturalmente, pensaba en el señor Shillito. Esa misma tarde, cuando viera al editor, le diría que era necesario despedirlo y le pediría ayuda para suavizar el golpe a Plomo. Por abominables que fuesen sus artículos y por más que en las oficinas todos lo detestaran, era un anciano que tenía un gran concepto de sí mismo y Ridley no se veía capaz de herirlo. Pero ¡nada de medias tintas! Shillito tendría que oír un discurso brillante, presentado preferiblemente por el propio señor Warboys. Convocarían a toda la plantilla y el homenajeado también tendría derecho a pronunciar un discurso. Tal vez pudieran engatusar al alcalde para que asistiera. Además, el *Bellman* publicaría una fotografía del acontecimiento en la que se viera claramente que el señor Shillito se retiraba por voluntad propia. Se haría por todo lo alto. ¡Caramba! Incluso tal vez el señor Warboys estuviera de buen humor y propusiera un pequeño banquete en su honor, en vez de una reunión de toda la plantilla. Se le empañaron los ojos pensando en una despedida esplendorosa.

«Pero ¿por qué me preocupo por él? —se preguntó—. ¿Acaso piensa él alguna vez en lo que me convendría a mí? ¿Acaso no se aprovecha de mí sin el menor recato

siempre que puede? ¿Cómo fue el incidente de hace tan solo una semana?». El señor Shillito había irrumpido en su despacho con un tipo rarísimo y horrible, un individuo menudo y risueño llamado Bevill Higgin —¡qué pesado se había puesto repitiendo que su apellido era sin s final!— que quería que Ridley le publicase seis artículos sobre un método para cantar que enseñaba él. ¡Que se los publicase y se los pagase, por favor! Ridley se enfadó mucho, pero cuando se enfadaba de verdad no lo demostraba. Se limitó a aplicarles lo que consideraba el tratamiento de «la callada por respuesta». Sin decir una palabra, solo haciendo rechinar de vez en cuando las tijeras que tenía en la mano, dejó explayarse a gusto al pequeño Higgin: contar chistes tontos y dedicarle alabanzas desmedidas. Ese tratamiento nunca fallaba y, por fin, Shillito dijo: «Seguro que lo estamos entreteniéndolo, jefe; ¿quiere que me ocupe yo de la publicación de esos artículos?». Y él contestó: «No, señor Shillito, no es necesario que se moleste usted». Higgin se sonrojó y sonrió y hasta Plomo se dio cuenta del desaire que había hecho a su amigo. Pero ¿merecía algo mejor quien invadía su despacho sin permiso con la pretensión de imponerle cosas que no quería? Una de las peores manías de Shillito era que consideraba el *Bellman* algo parecido a un albergue de caridad para todos los inútiles que se encontraba por la vida, una vida, por cierto, en la que los inútiles proliferaban de manera anormal. «Bufón lunático e insulso que se escuda en un delirio febril», citó para sí, e inmediatamente se compadeció de Carcamal Plomo. Tenía que dejar de llamarlo así, en serio. Era uno de sus peores defectos mentales, esa manía de poner a la gente motez inadmisibles, aunque fueran solo para él. Seguro que algún día se le escaparía alguno, por ejemplo, en la camilla de un quirófano, bajo los efectos de la anestesia.

Y así, pasando de la irritación a la compasión por el señor Shillito, Ridley se comió su queso con galletas, se tomó su excelente café, dejó los platos en la mesa de la señorita Green para que los fregase y se dispuso a dormir su invariable siesta de veinte minutos en el sillón.

La señorita Green tosió discretamente.

—El doctor Vambrace está esperando —dijo.

Ridley se levantó como movido por un resorte. No soportaba que lo sorprendieran de esa manera, tenía la incómoda convicción de que estaba horrible cuando dormía, y había dormido diez minutos más de la cuenta.

—Entreténgalo hasta que toque el timbre —dijo.

Cuando la señorita Green hubo salido, se peinó y lavó el puente postizo en el diminuto cuarto de baño. Se sentó a la mesa de despacho y se puso a revolver papeles, pero no podía tranquilizarse. Lo avergonzaba desproporcionadamente que la señorita Green lo hubiera sorprendido durmiendo. La siestecilla en el despacho, igual que el almuerzo, no era un secreto vergonzoso, pero no podía sufrir que lo pillaran de improviso. ¿Cuánto tiempo había estado mirándolo la secretaria, oyéndole roncar,

observando incluso la sustancia iridiscente y seca que, como una película en el ala de una mariposa, se le formaba en el labio inferior mientras dormía? Para huir de tan incómodos pensamientos, tocó el timbre y el profesor Vambrace avanzó desde la puerta hasta el espacio de delante de la mesa de despacho y lo fulminó con la mirada.

—Bien —dijo, con voz grave y vibrante de cólera—, ¿ya sabe lo que va a hacer?

—Puesto que no tengo la menor idea de a qué se refiere, profesor —dijo Ridley—, no sabría decirle con certeza. ¿No quiere tomar asiento?

El profesor se sentó majestuosamente.

—No lo creo, pero enseguida le diré a qué me refiero —contestó— y también qué es lo que tiene que hacer.

Walter Vambrace era un hombre alto y adusto que parecía un actor trágico de la vieja escuela; echaba chispas por los ojos, grandes, oscuros, ensombrecidos por cejas demoniacas. Sacó una billetera de un bolsillo interior, de la que, con cuidado, extrajo un recorte de prensa. Puesto que Ridley reconocía los periódicos como las caras de sus amigos, vio inmediatamente que se trataba de un recorte del *Bellman* y se preparó para una bronca.

—Publique esto en las tres próximas ediciones, además de la retractación y la disculpa que voy a entregarle, en letras grandes, en la parte superior de la primera página de su diario —dijo el profesor Vambrace.

—¡Ajá! —dijo Ridley en un tono neutro—. ¿Me permite el recorte, por favor?

—¿Insinúa que no sabe lo que dice aquí? —dijo el profesor moviendo las cejas con gesto amenazador.

—No tengo la menor idea de a qué viene esto.

—¡Por Dios santo! ¿Es que no lee su propio periódico?

—Claro que sí, pero sigo sin saber qué es lo que le ofende tanto.

—Entonces, refrésquese la memoria —dijo el profesor con toda la ironía posible, y le entregó el recorte que contenía el anuncio de boda que ya obra en conocimiento del lector.

El director lo leyó con atención.

—Parece que todo es correcto —dijo.

—¿Correcto? No hay una sola verdad en ese anuncio, de principio a fin. ¡Es una calumnia vil!

—¿Quiere decir que su hija no va a casarse con el señor Bridgetower?

—Ni va a casarse ni se casará, y ese condenado infundio nos deja en ridículo a los tres ante toda la comunidad: a mi mujer, a mi hija y a mí.

A Ridley le dio un vuelco el corazón. Dicen los médicos que eso no puede pasar, pero se trata de una sensación muy conocida entre los directores y no se puede describir de otra forma.

—Es verdaderamente lamentable. Haré cuanto esté en mi mano para averiguar cómo llegó esa noticia a la imprenta, aunque le advierto que disponemos de un sistema para protegernos por completo de casos así y no entiendo en qué ha podido

fallar.

La expresión del profesor Vambrace, que hasta el momento había sido de cólera, se agudizó hasta convertirse en una mueca horrible de ira y sarcasmo.

—¡Disponen de un sistema! —aulló—. ¡Léalo otra vez, necio, y dígame, si se atreve, que disponen de un sistema o de cualquier otra cosa que justifique el insulto, aparte de la malvada incompetencia de su despreciable negocio!

Ridley estaba ya muy enfadado, también, pero había aprendido a ser cauteloso y volvió a mirar el recorte.

—«La ceremonia se celebrará el día 31 de noviembre» —leyó el profesor entre dientes—. Y dígame, mequetrefe, ¿cuándo es el 31 de noviembre? ¿Es que su sistema tiene programada esa fecha? ¿Eh? —dijo a voz en grito.

A Ridley se le disolvió la ira en un cansancio inmenso, aunque no desconocido. Era un buen director y cuando el *Bellman* recibía alabanzas, consideraba que el mérito era de toda la plantilla, pero cuando se trataba de acusaciones, las asumía él solo. Por ley y según su concepción del periodismo, era personalmente responsable de todas y cada una de las palabras que aparecían en cada ejemplar del periódico. Miró al visitante a los ojos y dijo lo que le pareció justo para situaciones como esa.

—Me faltan palabras para expresar lo mucho que lamento lo ocurrido —se disculpó—; sin embargo, ha ocurrido y, aunque es la primera noticia que tengo, asumo toda la culpa. Alguien ha gastado una broma de mal gusto al periódico y, naturalmente, a su familia y a usted. Siento profundamente que haya sido así y me uno a usted para hacer cuanto sea preciso para descubrir al bromista.

—¡Bah! —soltó el profesor Vambrace con tanta violencia que unas abundantes gotas de saliva cruzaron por encima de la mesa de despacho y fueron a parar a los papeles que allí había—. ¿Qué clase de periódico es este, que nadie sabe cuántos días tiene noviembre? Ese simple detalle tenía que haber bastado para hacer sospechar a cualquier persona inteligente, incluso al director de un periódico, de que todo era un vil engaño. Eso, sin contar con la ridiculez intrínseca de la noticia; ¿cómo ha podido creer que mi hija iba a casarse con semejante imbécil?

—Como ya le he dicho, no había visto el anuncio hasta este momento. Además, ¿por qué debo yo saber con quién podría su hija casarse o dejar de casarse?

—¿No ve lo que pasa en su propio periódico?

—Veo muy poco, y mucho menos los anuncios de boda. Esas cosas quedan en manos de nuestros empleados.

—¡Menudos empleados deben de ser! Todo esto es absurdo, a la vista está. ¿Conoce usted a ese Bridgetower?

—Hemos coincidido un par de veces.

—¿Y qué? ¡Un idiota, ni más ni menos! ¿Qué iba a hacer mi hija con semejante individuo?

—No conozco a su hija.

—¿Insinúa que se conformaría con cualquier pelele que pasara por su lado?

—Profesor Vambrace, eso no viene a cuento.

—¡Ya lo creo que viene a cuento! ¡Es el quid de la cuestión! Ha relacionado usted a mi hija con ese Bridgetower. Los ha emparejado públicamente.

—Yo no he hecho nada de eso. El *Bellman* ha sido víctima de una broma, y usted también. Debemos hacer lo que podamos para arreglar las cosas.

—Exactamente. Por lo tanto, publicará usted esta nota en primera página, además de la disculpa que traigo aquí, tres días seguidos a partir de hoy.

—Publicaremos una fe de erratas...

—Una fe de erratas no: una disculpa.

—Una fe de erratas, pero no en primera página ni tres días seguidos.

Tres días seguidos, a partir de hoy.

—Imposible. El periódico ya está en prensa.

—En primera plana.

—En la página correspondiente a esa clase de anuncios. Sepa que nuestra fe de erratas aparecerá un día solamente y en el mismo lugar en el que se produjo la noticia falsa.

—Usted publicará esto —insistió el profesor al tiempo que empujaba un papel hacia Ridley.

Empezaba con ritmo de encíclica papal: «Presentamos nuestras más sentidas disculpas y nos retractamos incondicionalmente»; Ridley dejó de leer.

—Oiga, profesor —dijo—, nos han tomado el pelo a los dos y no nos conviene empeorar las cosas. Deje el asunto en mis manos, haré lo necesario para remediarlo de una forma adecuada y discreta.

—O se remedia a mi manera o lo denuncio —dijo el profesor.

—Muy bien, pues denúncieme de una maldita vez —dijo Ridley.

Al profesor le salía fuego por los ojos porque no sabía qué decir. Ridley comprendió que en ese momento tenía ventaja y la aprovechó.

—Y ahórrese el histrionismo —remató—, porque no me intimida.

Fue una puntilla astuta, pero un error táctico. El profesor era un gran actor aficionado y se consideraba el «peso pesado» del Teatro Joven de Salterton; el comentario de Ridley lo desconcertó pero su furia aumentó. Sin embargo, el director le había ganado la batalla y continuó.

—Comprenda que, en estas situaciones, tengo más experiencia que usted.

—Eso no demuestra nada más que su propia ineptitud —dijo Vambrace.

—Permítame decirle lo que tengo que decir. El *Bellman* no va a disculparse, porque ha actuado de buena fe y ha sido tan víctima de esa broma como usted. Sin embargo, corregiremos el error publicando una fe de erratas en el mismo sitio y con el mismo cuerpo de letra que el original; lo haremos en una sola edición, puesto que el anuncio salió solo un día. Si lo piensa con calma, verá como es lo mejor que podemos hacer; seguro que no desea airearlo más ni que la gente que no se haya enterado de la falsa boda tenga que enterarse ahora. En comparación, son muchos

menos los que lo habrán visto...

—Mi familia no es completamente desconocida —dijo el profesor Vambrace irónicamente— y la sección de Anuncios por Palabras es una de las pocas de su periódico que lee todo el mundo. Ya me ha preguntado mucha gente por el compromiso...

—¿Mucha, profesor Vambrace? ¿He oído bien? ¿Ha dicho usted «mucha»?

—Sí, señor, he dicho «mucha».

—Veamos, ¿cuánta, exactamente?

—Haga el favor de no hablarme en ese tono.

—Según mi experiencia, cuando una persona enfurecida habla de «mucha gente», por lo general se refiere a seis personas a lo sumo.

—¿Duda usted de mi palabra?

—Creo que la irritación le hace exagerar.

—Nadie menos indicado que un hombre de su profesión para acusar a otro de exagerar.

—Bueno, seamos sensatos. Claro que haremos cuanto esté a nuestro alcance por descubrir al autor de la broma...

—A mí no me parece una broma.

—A mí tampoco. Del atentado, digamos.

—Esa palabra es más adecuada. ¿Y qué piensa hacer?

Y entonces fue cuando el señor Ridley perdió la ventaja que había ganado. No tenía la menor idea de qué hacer. Por lo tanto, poniendo cara de sabio, dijo:

—Hay que pensarlo detenidamente. Tendré que hablar con algunos empleados del periódico.

—Pues que sea ahora mismo.

—Será dentro de un rato, por la tarde.

—Permítame aclarar que en estos momentos mi hija y toda mi familia se encuentran afectadas por una vil imputación que ha salido de este periódico. Hay que poner en marcha inmediatamente las medidas pertinentes. Por tanto, reúna aquí a sus hombres ahora mismo y hablaré con ellos el tiempo justo para averiguar si de verdad se propone usted hacer algo o solo está dándome largas. Y si no se le ocurre qué hacer inmediatamente, iré directo de este despacho al de mi abogado.

De nuevo tenía ventaja el profesor, y no estaba dispuesto a perderla. Ridley llamó a la señorita Green.

—Busque al señor Marryat y pregúntele si puede reunirse aquí con nosotros —le dijo—. Es urgente.

La secretaria se marchó y se hizo un silencio incómodo que duró unos tres minutos, hasta que la puerta se abrió de nuevo y apareció el director general del *Bellman*.

El mayor interés del señor J. A. Marryat era la publicidad y tenía el optimismo y el aplomo de un publicista. Entró sonriendo y saludó cordialmente al profesor. Le dijo

que tenía muy buen aspecto.

—¿Qué tal se encuentra la señora Vambrace? —le preguntó.

—Mi mujer está en cama y ha tenido que tomar calmantes fuertes por lo que han hecho ustedes aquí —contestó Vambrace, y echó aire sonoramente, con fuerza, por la nariz.

Ridley agarró al director general por el brazo, lo llevó hasta una silla y le explicó la situación lo más brevemente que pudo.

El señor Marryat tenía por norma no mostrar malestar por nada. Siguió sonriendo.

—Mal asunto —dijo—, pero averiguaremos quién lo hizo y le enseñaremos un par de bromitas.

El plan le hizo gracia y se rio, pero, a pesar de la máscara de afabilidad, tomó nota de la situación. Evidentemente, Ridley estaba en un apuro, de lo contrario, no lo habría llamado para hablar del asunto delante de la persona ofendida. Bien, A. J. Marryat dominaba los momentos de apuro como nadie y uno de sus puntos fuertes era que sabía que el buen humor, la amabilidad y una actitud serena suavizan hasta la furia más enconada, y que todo eso podía combinarse con la negativa a emprender cualquier acción en contra de la propia voluntad. Se dirigió a Ridley.

—Cuénteme los pormenores —dijo.

Los pormenores del 31 de noviembre inquietaron al señor Marryat, pero no lo dejó traslucir.

—Eso es una estupidez inexcusable —dijo—, pero, profesor, estoy seguro de que sabe lo difícil que es que la gente preste atención a los detalles.

—Eso es trabajo suyo, no mío —dijo el profesor—. Lo único que me interesa es que su periódico ha implicado a mi familia en un escándalo. Por mi dignidad profesional y por el honor de mi familia, es imprescindible que se retracten ustedes de ese anuncio y se disculpen debidamente sin la menor pérdida de tiempo. Quiero que lo hagan en la edición de hoy.

—Eso es mecánicamente imposible —dijo el señor Marryat—. La rotativa se pone en marcha dentro de quince minutos, más o menos.

—Se puede detener, ¿no es eso?

—Con un gran coste, desde luego.

—Siempre inferior al que tendrán que pagar si el asunto llega a los tribunales.

—Un momento, profesor. No hace falta llegar tan lejos. ¿Quién ha hablado aquí de tribunales?

—Su colega, aquí presente, me ha dicho que lo denuncie de una maldita vez.

—Lo lamento —dijo Ridley—, pero es que usted me provocó. Sepa que me ha llamado necio y mequetrefe.

—En efecto, y no tengo motivos para retractarme.

—¡Ah, vamos, profesor! —dijo el señor Marryat con su risa pronta y afable—. ¡No perdamos la perspectiva!

—Señor Marryat —dijo el profesor, levantándose—, no he venido aquí a que me

tomen el pelo ni a que me den lecciones. He venido a decirles lo que deben hacer y veo claramente que pretenden pasarse el día esquivando sus obligaciones. No tengo tiempo que perder y este ambiente me repugna. Pronto tendrán noticias de mis abogados.

El profesor salió del despacho a paso vivo.

—¡Vaya! ¿Qué te parece? —dijo el señor Marryat.

El señor Ridley gimió y se limpió la frente.

—¡Qué rostro tiene ese tío! —dijo Marryat—. ¡Su dignidad profesional! ¡El honor de su familia! ¡Como si lo hubiéramos hecho adrede! ¿Y por qué dice que es un escándalo? ¿Conoces a ese tal Bridgetower?

—Sí, es profesor auxiliar en Waverley.

—¿Y? ¿Tiene dos cabezas, está amancebado o le pasa algo raro?

—Que yo sepa, lo único malo que tiene es ser hijo de la anciana señora Bridgetower.

—No es moco de pavo, te lo aseguro. ¿Y la hija de Vambrace?

—Hace dos o tres años que no la veo. Creo que trabaja en la biblioteca de Waverley, en alguna sección, pero no la he visto nunca allí. Que yo sepa, no es más que una niña.

—Es probable que sea la prometida de otro. El anuncio ha sido una broma muy desacertada. Bueno, descubriremos al autor. Voy a ocuparme de ello ahora mismo, y si los abogados de Vambrace nos dicen algo, se lo explicaremos todo. No le dejarán seguir hablando de escándalo, seguro.

—Te agradecería que me informaras enseguida de lo que descubras, A. J. —dijo Ridley.

—Inmediatamente —contestó Marryat, con la sonrisa de quien está seguro del buen funcionamiento de los engranajes de su oficio.

El señor Marryat volvió una hora y media después.

—Bueno —dijo, y se sentó enfrente de la mesa de Ridley—, no va a ser tan fácil como me parecía.

—¿Qué ocurre? —dijo Ridley.

—Si no se lo he dicho un millón de veces, no se lo he dicho ninguna: ¡hay que llevar control de todos y cada uno de los anuncios personales y de los clasificados que publicamos en el periódico! —dijo el señor Marryat—. Cuando se rellena el formulario amarillo para la sala de composición, la copia azul de carboncillo se archiva y al cliente se le entrega la de color rosa con todos los datos, a modo de justificante. Los tres papeles tienen que llevar la firma de quien recoja el anuncio, así como la del anunciante. Es perfecto, ¿no? Sin embargo, fíjate en esto —dijo, y le

pasó una copia azul.

Contenía el texto del anuncio de la falsa boda y unos códigos que el director no sabía interpretar, pero que el señor Marryat le explicó enseguida.

—Número de inserciones: uno. Pago: orden de pago en efectivo, tres dólares con veinticinco. Fecha de recepción: 30 de octubre. Fecha de inserción: 31 de octubre. Recibido por: L. E. Anunciante: en blanco. ¿Qué te parece, eh?

—No dice el nombre del anunciante —contestó Ridley, aun sabiendo que era una respuesta tonta, pero la que se esperaba.

Cuando es necesario dar la réplica (sea al señor Marryat, sea a cualquier otra persona agobiada) no deben pasarse por alto esos pasos.

—Exacto. ¿Y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Estos son los fallos que me ponen malo; crees que cuentas con unos empleados bien preparados para impedir que pasen estas cosas; crees que puedes confiar en todo el mundo, y ¡zas! ¡Pasan!

—Sí, pero ¿cómo?

—La que se encarga de recoger estos anuncios es Lucy, una chica estupenda, de buena familia, pero es joven y por Dios que a veces juro no volver a poner en las oficinas a ninguna mujer menor de cincuenta años. Cada vez que se levanta de su sitio, tiene obligación de comunicárselo a la señorita Ellis; dispone de un descanso de quince minutos por la mañana y por la tarde, para tomarse algo o para lo que necesite. Pero a ella le gusta escaparse al baño de las mujeres a echar un pitillo cuando la señorita Ellis no está en su mesa. Este anuncio entró el 30 de octubre a las doce menos dieciocho minutos. La señorita Ellis estaba en mi despacho repasando las cuentas del extracto del mes. Lucy estaba abajo fumándose un cigarrillo y recogió el anuncio la señorita Porter. La señorita Lucy firmó los formularios cuando volvió.

—Ya.

—He tardado una hora en sacarles toda la historia. ¡Cómo lloran! Esas malditas chicas, cuanto peor es la metedura de pata, ¡más lloran!

—¿Y a la señorita Porter no se le ocurrió que el anunciante tenía que firmar en el espacio correspondiente?

—Me ha jurado que sí, y que el anunciante firmó. Supongo que firmaría la copia del cliente y se la guardaría en el bolsillo y ella no se dio cuenta.

—¡Ajá! Entonces sabe que era un hombre, ¿no?

—Sí, al menos de eso se acuerda. El hombre le entregó la nota escrita a máquina y ella la grapó a la orden para la sala de composición. Aquí está, pero no nos dice nada más.

—Menos una cosa: que el escribano no está acostumbrado a escribir a máquina y que la escribió en un papel de carta corriente, y que la cinta estaba bastante gastada. ¿Se acuerda de cómo era el hombre?

—Cree que llevaba una camisa azul, o gris oscura, tal vez.

—Eso no sirve de nada. ¿Qué más?

—Nada más. Aunque parezca increíble, no recuerda si era joven o no, o rubio o moreno, ni si llevaba gafas, pero sí que tenía una voz muy curiosa.

—¿Curiosa? ¿Cómo?

—Curiosa, nada más. Le pedí que la imitase, ella abrió la boca y así se quedó, hasta que se echó a llorar otra vez. ¿Tú crees que se puede ser tan corto y no estar internado en un psiquiátrico?

—Los malos observadores abundan.

—Y que lo digas. Bien, hazte cargo de la situación en que nos deja todo esto.

—En el aire.

—Ni más ni menos.

—De todos modos —dijo Ridley— el anuncio no es difamatorio y los abogados no aconsejarán a Vambrace que siga por ese camino.

—No, por supuesto —dijo Marryat—, pero si por casualidad se enteran de que ha habido alguna irregularidad por nuestra parte, nos harán la vida imposible. Por lo tanto, voy a sacar estos papeles del archivo para guardarlos en sitio seguro hasta que veamos lo que pasa.

—Esta tarde tengo que ir a ver al señor Warboys para tratar de otro asunto. ¿Te parece que le hable también de este?

—¿Para qué? No serviría de nada. Yo no lo molestaría.

Después de algunos comentarios más sobre lo poco dignas de confianza y lo lloronas que eran las chicas, el señor Marryat se retiró.

Eran las tres y media y Ridley había quedado con el propietario del periódico a las cuatro y media. A las cuatro recibió una llamada del bufete de abogados de Snelgrove, Martin y Fitzalan; le dijeron que fuera a ver al señor Snelgrove a las diez de la mañana del día siguiente por un asunto urgente.

El mayor interés de Clerebold Warboys no era la publicación del *Evening Bellman* de Salterton; era un hombre rico de nacimiento y, al tiempo que se había enriquecido mucho más, había adquirido varias propiedades, entre ellas, el *Bellman*, que había salido al mercado cuando era un periódico anticuado y prácticamente arruinado; lo había comprado porque no le gustaba que desapareciese una institución emblemática de su ciudad natal; además pensaba que si aplicaba al diario un poco de perspicacia comercial, tal vez mejorase su situación. Y acertó, como solía en ese terreno, y entre el señor Marryat y el señor Ridley no solo lo convirtieron en una publicación superior a la que era hasta entonces, sino también en un negocio rentable.

Nunca se entrometía en los asuntos del periódico, actitud que le originaba desavenencias con su nuera, la señora de Roger Warboys, que vivía con él y le hacía las veces de ama de llaves y anfitriona. La señora de Roger Warboys, viuda desde antes de los cuarenta años, tenía tal cantidad de energía que no la gastaba toda entre

cuidar al señor Warboys y dedicarse a las múltiples causas que emprendía. Su sueño dorado era «hacerse cargo» del *Bellman* y orientarlo en el sentido de sus propias convicciones. Le apasionaban las cruzadas y creía que, con un periódico a sus órdenes, podría hacer grandes cosas para vencer la delincuencia juvenil, el tráfico de drogas, las publicaciones de historietas, los trajes de baño indecentes y otros muchos males que carcomían los cimientos de la sociedad; también podría hacer una gran labor en pro de la situación de las mujeres, que ella creía que dejaba mucho que desear. Sin embargo, su suegro, que había pasado la mayor parte de la vida en asuntos públicos y había adquirido un considerable conocimiento del mundo, no prestaba la menor atención a los deseos de la nuera. Tenía por costumbre decirle:

—Nesta, dispones de lo que desea casi todo el mundo: tiempo libre y dinero para disfrutarlo; ¿por qué no le sacas más jugo?

Pero para la señora de Roger Warboys, no había felicidad posible si no era con mucho alboroto alrededor e imponiendo su voluntad a otras personas. Reemprendía el ataque contra su recalcitrante suegro unas dos veces al año y el resto del tiempo aprovechaba cualquier ocasión para llamarle la atención sobre lo que, a su modo de ver, eran fallos garrafales en la dirección de Gloster Ridley.

Así pues, no le hizo ninguna gracia encontrarse en el estudio del editor con la señora de Roger Warboys, que estaba sirviendo el té.

—Ridley —dijo el patrón—, ya tengo el título para mi libro, por fin.

—¡Espléndido! —dijo el empleado con entusiasmo fingido.

—Sí. *La política: el Gran Juego*. ¿Qué le parece, eh?

—¡Absolutamente estupendo!

—¿De verdad? No lo juzgue precipitadamente. ¿De verdad le parece que es lo que necesito?

—Es muy original —dijo Ridley.

—Suenan bien, aunque, desde luego, no lo oírán mucha gente, sino que lo leerán. ¿Le parece que quedaría bien? Nesta, acércame esa prueba.

La nuera le pasó un libro que estaba en la mesa. El señor Warboys lo había forrado con papel blanco, para simular la cubierta, y había escrito en él, con mala letra: «*La política: el Gran Juego*, de clerebold warboys».

—Muy bien —dijo Ridley—, tiene encanto incluso escrito.

Mientras tomaban el té, toda la conversación giró alrededor de la obra del señor Warboys. El libro llevaba ocho años *in utero*, por así decir, pero ni a sus setenta años encontraba su autor tiempo para escribirlo. En cambio, redactaba muchas notas de preparación y las repasaba cada vez que moría un político; cuando hubieran muerto todos sus contemporáneos y la pista estuviera despejada, tal vez llegara a escribirlo de verdad. Entre tanto, su gran entusiasmo de autor no se empañaba con el paso del tiempo y cuando Ridley iba a verlo raras veces dejaba de pedirle consejo sobre algún aspecto de la gran obra. Por fin llegó el momento en que Ridley pudo plantear la cuestión del señor Shillito.

—No es nada fácil —dijo—, porque el señor Shillito representa el legado, por decirlo de alguna manera, de la antigua dirección del periódico. Es el vínculo con el pasado. Sin embargo, sus artículos ya no tienen sitio en el *Bellman* y considero que diferir su jubilación no beneficia nada al periódico.

—No cabe la menor duda de que es un estorbo considerable y no vale lo que cobra —dijo el señor Warboys, que solo era ocho años más joven que el señor Shillito y no tenía necesidad de andarse con rodeos—. Bueno, tenemos un plan de jubilación, ¿para qué sirve? Lo despediremos con todos los honores, como propone usted.

—El señor Shillito no llegó a firmarlo —terció inesperadamente la señora de Roger Warboys.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su suegro.

—Me invitó a tomar el té el domingo pasado. Ese pobre hombre se está quedando sin fuerzas, padre, y tiene algunas cosas bonitas que le gustaría ver en buenas manos antes de morir. Fue verdaderamente enternecedor. Me regaló un cuenco de bronce de lo más precioso... chino, muy bueno; lo tengo en mi sala de estar. En cuanto al dinero, dice que no tiene mucho, pero posee algunos tesoros y no quiere que se los quede cualquiera, cuando fallezca. Me dijo que siempre le había parecido que no podía pagarse el plan de jubilación.

—No sé cómo es posible —dijo Ridley—. La señorita Ellis siempre ha sabido hacer muy buenos planes de jubilación a cualquiera que necesite ayuda de alguna clase.

—Tal vez no entienda usted su punto de vista, señor Ridley —dijo la señora de Roger Warboys en tono reprobatorio—. El señor Shillito es un inglés orgulloso que prefiere morir antes que pedir ayuda.

—Entonces, ¿por qué no aprovechó el plan de pensiones? —preguntó el señor Warboys.

—Porque no creía que fuera a vivir para disfrutarlo —dijo la nuera—. Me dijo que, unos años antes de que comprases el periódico, trabajó tanto en el *Bellman* que estaba seguro de que no llegaría a la edad que tiene ahora. Siempre ha creído que moriría al pie del cañón.

—Bueno, esperemos que tenga el sentido común de abandonar el cañón —dijo el señor Warboys— y seguro que no muere tan pronto.

—Sé que no tengo derecho a entrometerme —dijo la señora de Robert Warboys en el tono que siempre empleaba cuando se proponía entrometerse—, pero creo que el señor Shillito merece toda la consideración. Solo sus criterios ya tienen valor. Haría una gran labor si se quedase en el *Bellman*, aunque fuera únicamente para supervisarlos todo en general. Seguro que sabe de la ciudad y sus gentes más y mejor que cualquier otro empleado. Por ejemplo, estoy convencida de que jamás habría dejado pasar el ridículo anuncio de la boda de Pearl Vambrace y el joven Bridgetower.

—Ese asunto está en vías de solución —dijo Ridley, palideciendo.

—Me alegro —dijo la señora de Roger Warboys con una sonrisa desagradable—, porque esta misma tarde me ha llamado el profesor Vambrace para puntualizar que si tiene que llevar el caso a los tribunales, no es por nada personal contra mí. He estado muchos años trabajando con él codo con codo —explicó— en el Consejo de Antiguos Alumnos de la universidad.

Entonces, el señor Ridley tuvo que contar al señor Warboys la discusión que había tenido el *Bellman* con el profesor Vambrace, pero el anciano caballero no tenía muchas ganas de prestar atención al asunto.

—Estas cosas se enfrían enseguida —dijo.

—No obstante, creo que lo que he dicho sobre el señor Shillito es pertinente —insistió la señora—. Acababa de colgar el profesor cuando me llamó el señor Shillito. Dijo que, nada más verlo, supo que alguien había metido la pata hasta el fondo, porque la enemistad entre los Vambrace y los Bridgetower data de los tiempos en que el profesor Bridgetower estaba vivo. Solo quería comunicarme que él jamás habría consentido que apareciera en la prensa semejante anuncio, pero, claro, él tiene muy poco poder allí... de momento.

Pronunció las últimas palabras sonriendo de manera especial a Ridley.

—¡Maldito traidor! —dijo el señor Warboys, que comprendía muy bien esos asuntos.

A Ridley no se le ocurría nada que decir, más que algunas variaciones groseras y blasfemas de lo dicho por su patrón, conque optó por callar y poco después volvió a su despacho.

Eran más de las seis, cuando llegó. Pasó por la mesa de la señorita Green y, después de revolver un poco, sacó una hoja de papel de un archivo y se la llevó a su mesa. Era una nota necrológica, preparada unos años antes y que se iba poniendo al día para publicarla cuando fuera necesario. Decía así:

VAMBRACE, WALTER BENEDICT, nacido en Cork (Eire), el 5 de marzo de 1899, hijo único del reverendo Benedict V. y Cynthia Grattan V., primo en segundo grado del marqués de Mourne y Derry; educado en casa y en el Trinity College de Dublin (lic. Humanidades). Emigrado a Canadá en 1922, ingresó en el Departamento de Clásicas de Waverley como profesor auxiliar. Casado con Elizabeth Anne Fitzalan, hija de Wolfe Tone Fitzalan, el 18 de junio de 1925; una hija, Pearl Veronica, nacida en 1933. Profesor numerario en 1935, jefe del Departamento de Clásicas en 1938. Candidato al decanato de Humanidades en 1939, pero vencido por un voto por el difunto decano Solomon Bridgetower. No volvió a presentarse después de la muerte del decano Bridgetower, en 1940. Obras: *Contra Celso, anotado y comentado*, 1924; *Nueva visión de*

Eneas de Plotino, 1929 (en *Suplemento literario del Times*: «aportación valiosa, pero controvertida» en reseña, probablemente del deán Inge); *Manual de métrica latina*, 1938 (150 000 ejemplares vendidos).

El profesor Vambrace no era un erudito austero, sino que se entregaba generosamente a diversas causas. Siempre estuvo a la disposición de sus alumnos, a quienes abrió las puertas del conocimiento que trajo consigo del Trinity College de Dublin. Los licenciados de Waverley no olvidarán la voz potente y emocionada con que leía poesía latina en voz alta; en palabras de un licenciado: «con una sonrisa, parecía que levantase a Horacio de la tumba y a Virgilio del reino de las sombras». Esa misma noble voz se oyó durante años en las actuaciones del Teatro Joven de Salterton, del que el profesor Vambrace fue vicepresidente. Su mejor papel, con diferencia, fue el de Próspero, en *La tempestad*, del que el señor Swithin Shillito, a la sazón crítico del *Bellman*, dijo: «Se dijo del Shylock de Kean: “Este es el judío que Shakespeare habría querido”; meciéndose todavía en las alturas de la poesía que evoca Walter Vambrace (huelgan los tratamientos de señor y profesor en presencia del genio), este humilde analista solo puede murmurar: “Este es el mago que Shakespeare ha creado”».

Después de quince minutos de cuidadosos retoques, Ridley dejó el párrafo como sigue:

El profesor Vambrace, erudito austero, tomó parte en muchas causas. Dio a sus alumnos los conocimientos adquiridos en el famoso Trinity College de Dublin. Los licenciados de Waverley no olvidarán la voz con que leía poesía latina en voz alta; en palabras de un licenciado: «parecía que levantase a Horacio de la tumba y a Virgilio del Hades». El difunto profesor Vambrace tenía una fuerte vocación de histrión y actuó unos años con el grupo de aficionados del Teatro Joven de Salterton.

No era gran cosa y podía tardar años en dar sus frutos, pero Ridley se animó un poco.

Dos

El incidente del fraudulento anuncio de boda no amargó el día solo a Gloster Ridley. La primera persona a la que afectó la noticia tan pronto como la leyó en el periódico fue Jevon Knapp, el deán de la catedral de St. Nicholas. El 31 de octubre a las cinco y media de la tarde recogió su ejemplar del *Bellman* de camino a la casa. Al entrar, tuvo la prudencia de quitar el rascabarros de la puerta y llevárselo adentro, para que los niños traviosos no lo robasen durante la celebración de Halloween, y se fue al estudio a leer el periódico. Por su profesión, tenía la costumbre de leer primero los anuncios de nacimientos, bodas y defunciones —«la salida del cascarón, el emparejamiento y el pasaporte», como decía él cuando quería hacer una gracia—, por si había algo que requiriese atención. El anuncio de la boda de Pearl Vambrace y Solomon Bridgetower le fastidió; si alguien tenía intención de casarse en su iglesia, lo menos que podía hacer era comunicárselo a él antes de anunciarlo al mundo. Habló de ello con su mujer durante la cena.

—Me molesta que se dé por sentado que estoy a las órdenes de cualquiera y con la catedral preparada para celebrar bodas al antojo de todo el mundo —dijo—. Además, ¡qué estupidez, anunciar la ceremonia para el 31 de noviembre! Todo el mundo sabe que no existe esa fecha.

—Los Vambrace son muy raros —dijo la señora Knapp—. La mujer es católica, tengo entendido, y, en cuanto a él, no tengo noticia de que sea nada en particular. La única que puede querer la boda en la catedral es la señora Bridgetower.

—Entonces, ¿por qué no me lo ha dicho? —preguntó el deán—. La llamé justo la semana pasada y lo único que hizo fue quejarse de Rusia y de su corazón. Me dio a entender que sufrirá un infarto si los rusos no cambian de actitud ante la ONU... para hacerlos rabiarse, supongo. No dijo ni pío de la boda de su hijo y nadie ha pedido la catedral para el último día de noviembre, que supongo que será la fecha a la que se refieren. ¡No consiento que me manejen de esta manera!

—Bueno, Jevon —dijo su mujer—, ¿por qué no llamas al profesor Vambrace y se lo dices?

—Pienso llamarlo después de cenar —dijo el deán, aunque no le apetecía nada. No soportaba las situaciones tensas, pero a las ocho en punto cogió el teléfono.

—Buenas noches, profesor Vambrace; soy el deán Knapp, de St. Nicholas. Espero que se encuentre bien de salud.

—Buenas noches, señor Knapp.

—Esta tarde he leído el anuncio de la boda de su hija en el *Bellman* y me gustaría hablar de ello con usted.

—Está usted en un error, señor Knapp; mi hija no se va a casar.

—Pero en el periódico vespertino se anuncia la boda y dice que se celebrará en St. Nicholas.

De pronto, el teléfono del deán hizo «clic» y empezó a zumbear; comprendió que se había cortado la comunicación con el profesor y, con paciencia, volvió a marcar el número y oyó de nuevo la voz de Vambrace.

—¿Quién es?

—Soy el deán Knapp, de St. Nicholas. Se ha cortado la comunicación.

—Óigame, sea usted quien sea. Esta broma me parece de muy mal gusto.

—No es una broma, profesor Vambrace. Soy el deán Knapp...

—¡El deán narices! —aulló el profesor—. ¿No se da cuenta, quienquiera que sea usted, de que sé perfectamente que hoy es Halloween? —y el teléfono empezó a zumbar otra vez.

El deán se enfureció, pero no tenía la suerte de que la furia lo refrescara, como a otros; a él le hacía dudar de sí mismo, le cortaba la digestión y lo dejaba en desventaja ante el mundo. Así pues, no estaba preparado cuando, unos minutos después, sonó el teléfono y oyó al profesor Vambrace muy enfadado.

—¿De modo que en el periódico han publicado el anuncio de la boda de mi hija!

—Sí, ya se lo he dicho, profesor Vambrace; por eso lo he llamado.

—¿Y qué sabe usted de esa calumnia, eh?

—Nada de nada, y me gustaría saber algo.

—¿Cómo? ¡Explíquese!

—Es lo que quería hacer, pero usted ha cometido la grosería de colgarme.

—Eso ahora no importa. ¿Qué sabe usted?

—Lo que he visto en el anuncio. No me han dicho nada de esa boda y por eso he llamado a su casa, para informarme.

—¿De qué?

—Bueno, soy el deán de St. Nicholas y si se anuncia una boda en mi templo, creo que debo saberlo yo antes.

—¡Todo esto es escandaloso!

—¿A qué se refiere, profesor Vambrace?

—Mi hija no se va a casar con nadie, menos aún con ese niño de Bridgetower.

—Por supuesto. Entonces, ¿cómo justifica la noticia?

—¡No la justifico! ¿Cómo la justifica usted?

—¡Yo no tengo nada que ver!

—¿Acaso no se nombra su iglesia?

—Sí, por eso lo llamo a usted.

—¡Pues yo tampoco tengo nada que ver, se lo aseguro!

—No es necesario que levante tanto la voz, profesor.

—¡Pues claro que la levanto! ¿Qué sabe usted de este embrollo? ¡Conteste! ¿Qué sabe?

—Solo sé que si no dio usted autorización para publicarlo y la fecha que consta no existe, debe tratarse de una broma.

—¿Una broma? ¡Una broma! ¿Cómo se atreve a llamar broma a un acto tan ruin?

—Profesor, tengo que pedirle que modere el tono de voz cuando hable conmigo.

Se oyó un gruñido furioso al otro lado y, por tercera vez, se cortó la comunicación, seguramente porque el profesor había colgado de golpe. El incidente

destrozó la noche al deán Knapp; estuvo una hora despotricando con su mujer, a quien quiso adjudicarle el papel de Vambrace, pero la mujer lo hacía tan mal que el hombre dejó de hablar y se puso a leer, aunque no leyó nada, porque no dejaba de pensar en réplicas aplastantes, las que tenía que haber dado en el momento oportuno. No hay nada peor para la digestión y, antes de irse a la cama, tomó un vaso de leche caliente y dos pastillas de bismuto.

Estaba en el primer sueño cuando sonó el teléfono y, espoleado por unos codazos de su mujer, fue abajo a cogerlo repasando mentalmente los fieles de la parroquia que podían estar tan cerca de la muerte como para necesitarlo a esas horas. Sin embargo, la voz que oyó temblaba de vitalidad y emoción.

—¡Señor deán, señor deán!

—Al habla el deán Knapp, ¿quién es usted?

—Soy yo, señor deán, Laura Pottinger.

—¿Qué sucede, señorita Pottinger?

—Sé que en la catedral está pasando algo horrible. Se ven luces que se encienden y se apagan y estoy segura de que oigo sonar el órgano.

—¿El órgano, señorita Pottinger? No puede ser.

—Sí, el órgano; salí a la puerta de la calle y estoy segura de que lo oí, y gritos. ¡Un barullo horrendo y pecaminoso!

—No sería en la catedral, señorita Pottinger. Seguro que se confunde.

—Le aseguro que no. Y lo he llamado para que tome las medidas pertinentes ahora mismo.

—¿Qué quiere que haga, señorita Pottinger?

—¿Yo? No me corresponde a mí decirle lo que debe hacer, pero ¿es que no sabe lo que debe hacer, si pasa algo en la catedral?

—Señorita Pottinger, estoy convencido de que se equivoca.

—¿Que me equivoco, señor deán? ¿Cree que, porque ya no soy joven, no sé lo que oigo? ¿Es que piensa pasar esto por alto? ¡Quién sabe lo que puede ser! Quizá estén cometiendo un sacrilegio o un robo. Hay mucha plata de ley en la catedral, señor deán, y, como muy bien sabe, no está guardada en la caja fuerte.

Eso fue un golpe contundente. Al deán le gustaba dejar fuera la patena de la comunión por la noche, preparada para la mañana siguiente, pero muchos fieles, entre ellos la señorita Pottinger, pensaban que debía tenerla guardada bajo llave hasta el momento de usarla. Si se llegara a cometer un latrocinio, a nadie le pasaría por alto esa manía del deán; por eso, dijo:

—Muy bien, señorita Pottinger. Me acercaré a ver si todo está en orden.

—Nos encontramos en la puerta oeste.

—No, no; no se le ocurra arriesgarse a salir de casa.

—Sí, sí, salgo ahora mismo. Quiero saber qué es lo que pasa.

—Si faltase algo, podrían surgir complicaciones y no debe usted ponerse en peligro.

—Soy hija de militar, señor deán.

—Señorita Pottinger, por la autoridad que me confiere ser su párroco, le prohíbo que se acerque ahora a la catedral. Haga el favor de volver a la cama y deje de preocuparse.

Sin más palabras, el deán colgó el teléfono con la esperanza de haberla aplacado. A la señorita Pottinger, que tenía más de ochenta años y opiniones religiosas muy de la Alta Iglesia, no le disgustaba recibir órdenes de los clérigos y siempre la impresionaba la palabra «párroco».

El deán estaba ya completamente despierto... y destemplado y abatido. Tenía retortijones de estómago y quería volver a la cama, pero si no iba a la catedral, los fieles no dejarían de reprochárselo. Lo más fácil era que la señorita Pottinger se hubiera equivocado e hiciera el viaje en balde, pero, por otra parte, tal vez sucediera algo y tuviera que enfrentarse... ¿a qué? Ya había pasado la guerra de 1914 y, con ella, su época de valentía; ahora lo único que quería era vivir tranquilo. Sin embargo, a veces servir a la Iglesia comportaba estos quehaceres. Así pues, volvió al dormitorio, se puso un jersey y la sotana encima del pijama y unos calcetines y zapatos. Su mujer, que estaba acostumbrada a que lo llamaran de noche, no se movió. Después descolgó del armario un manto grande que usaba en invierno para los funerales y salió de casa.

Entre la casa del deán y la catedral no mediaba más que una manzana y hacía una noche clara, de luna llena, con una misteriosa y fina capa de humedad en el aire. Al acercarse a la catedral le dio un vuelco el corazón, porque, en efecto, se oía música, una melodía fuerte y alegre del órgano mezclada con voces que cantaban y algún que otro estallido de risa. Además había luz, sin ninguna duda, no mucha, pero algo. Se dirigió a la puerta oeste y le pareció ver a alguien al acecho, pero cuando llegó no vio a nadie. La catedral de St. Nicholas de Salterton no es una catedral canadiense al uso, de falso estilo gótico; es una reproducción a mucha menor escala de la de St. Paul y alza su cúpula con dignidad. La puerta oeste tenía un pórtico con columnas y, a esa hora de la noche, estaba envuelta en sombras.

El deán sacó la llave y se quedó escuchando. La música y la risa no se oían tan claramente como en la calle, pero sí lo suficiente para dar escalofríos. Hubo de reconocer que tenía miedo. Era un hombre devoto, y aunque, sin duda, la devoción conlleva compensaciones espirituales, no son menos los terrores espirituales que inspira. Era noche de difuntos: si de verdad creía en Todos los Santos del día siguiente, ¿por qué no había de creer en los poderes de la oscuridad de la víspera? Él no adaptaba la fe cristiana a su conveniencia, como los que predicán el amor de Dios y niegan la existencia del demonio. Bien, pues si en cumplimiento del deber debía enfrentarse a lo peor, lo haría como un hombre. Musitó una oración, abrió la puerta y entró de puntillas en las inmensas tinieblas del templo.

Al principio le pareció que había mucha gente en el presbiterio, pero, tras unos momentos de perplejidad, calculó que debían de ser solamente seis o siete personas. Encima del cojín de su asiento del coro —¡el asiento del deán!— había un hombre de pie moviendo los brazos al compás de la música del órgano y la voz del organista. Era una buena voz de tenor que cantaba:

El varón, ron, ron
se hizo para la hembra
¡y la hembra para el varón!

En los peldaños del presbiterio, un grupo de gente daba vueltas en corro como si bailara y de vez en cuando uno gritaba: «¡eh!», con voz aguda, como en las danzas montañosas de Escocia.

Como la espuela para el rocín,
y la vaina para la espada,
y para cavar, la pala
y para beber, la jarra,
así el varón, ron, ron
se hizo para la hembra.

La voz era potente y gozosa y los tubos de lengüeta del órgano la acompañaban vibrando y silbando. El deán se quedó estupefacto un rato —no pudo ser muy largo, pero la perplejidad le impidió calcularlo— y después se preguntó qué debía hacer. No eran demonios, ni siquiera eran personas que inspirasen miedo. Tanto es así que, con asombro, cayó en la cuenta de que estaba contemplando sus travesuras con admiración, pensando que daba gusto verlas allí bailando, y lo bonita que estaba la catedral con esa luz, con esa música y con esos habitantes. No estaba bien pensar de esa forma. Avanzó a grandes pasos y dijo en voz alta:

—¿Qué significa esto?

El efecto fue tan fulminante como podía desear, aunque la música no cesó. Los hombres gritaron y se pusieron rápidamente a cubierto detrás de la sillería del coro; las mujeres —o niñas, le pareció— chillaron y se escondieron; una se metió de un salto en el trono del obispo y cerró la trampilla de un portazo; otra se refugió debajo de un banco y, siguiendo el supuesto principio predilecto de los avestruces, escondió la cabeza, aunque se le veía perfectamente una larga porción de pierna y media, hasta los muslos.

Sea viuda, soltera o casada,
sea muy sosa u osada,

elegante o desastrada,
bruja, furcia o alcahueta,
así el varón, ron, ron
se hizo para la hembra
¡y la hembra para el varón!

La voz terminó triunfalmente. Entonces, cuando las notas del órgano se alejaron volando hacia las sombras del techo del presbiterio, volvió a gritar:

—¿Qué os ha parecido?

—Señor Cobbler, ¿qué significa esto? —dijo el deán severamente.

—¡Ay, Dios mío! —replicó la voz con consternación.

De la consola del órgano surgió Humphrey Cobbler, el organista de la catedral, despeinado y greñado, mal vestido y evidentemente borracho, pero con una expresión resplandeciente de alegría invencible, aunque lo habían pillado con las manos en la masa.

—Señor deán —dijo ampulosamente—, ¡qué inesperado placer!

—Señor Cobbler —dijo el deán, con las riendas de la situación en sus manos—, responda a la pregunta. ¿Qué pasa aquí?

—Verá, señor deán, no es nada fácil de explicar. Es muy raro, a la vista de los hechos, lo reconozco abiertamente. Sin embargo, considerado con perspectiva histórica, a la luz de todas las cosas que han sucedido antes, ha sido inevitable, si se me permite la expresión, justificable y nada reprehensible, no sé si me explico.

Pronunció con elegancia el retórico discurso y uno de los escondidos soltó una risita de admiración.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó el deán con un amplio movimiento de la mano. Había entrado en la catedral con la sensación de insuficiencia que acobarda al hombre cuando no lleva pantalones debajo de la sotana, pero entonces, libre ya de ella, adoptó la actitud ampulosa y autoritaria de quien tiene derecho a llevar el elegante manto que llevaba—. ¡Salgan todos aquí inmediatamente! —gritó.

—Por favor, señor deán —dijo Cobbler—, no les pida eso. Es todo culpa mía y asumo toda la responsabilidad. No les pida que salgan, no sería justo. Es culpa mía.

—Guarde silencio, señor Cobbler —dijo el deán con severidad—. Salgan todos aquí y rápido.

Salieron arrastrándose, arañando el suelo. El deán no podía creerlo: no era un hatajo de juerguistas adultos, sino cuatro jovencitos y tres jovencitas de edad universitaria, alumnos de Waverley, evidentemente, y tan avergonzados que habrían derretido corazones más duros que el suyo.

—Estudiantes, ya veo —dijo el deán, a falta de mejores palabras.

—Son alumnos míos, señor deán, y si están aquí es solo por mi culpa —dijo Cobbler—. Espero que me permita mandarlos a casa ahora mismo, porque de verdad que no tienen ninguna responsabilidad en lo que ha pasado.

—¡Váyanse ahora mismo, jovencitos! —dijo el deán—. En cuanto a usted, señor Cobbler, venga a verme mañana a las diez y media a la casa del deán. Ahora, váyanse todos —y les indicó la puerta oeste.

Sin embargo, cuando estaban a punto de salir, tuvo una idea repentina; se adelantó a los jóvenes, abrió la puerta un poco y atisbo por la rendija. Sí, había alguien al acecho y solo podía ser la señorita Pottinger. Eso le fastidió. Necesitaba tiempo para pensar y tomar una resolución, y no quería interferencias. Se enfureció con la señorita Pottinger, por haber ido a merodear por allí, cuando le había dicho expresamente que se quedara en casa. Por absurdo que pareciese, estaba más enfadado con ella que con los acobardados estudiantes que habían estado de juerga en su catedral. Dio media vuelta y, sin explicaciones de ninguna clase, los hizo desfilar delante de él hasta una puerta que comunicaba con la casa parroquial y la escuela dominical anejas a la catedral; desde allí los sacó a una calle alejada del puesto de vigilancia de la señorita Pottinger. Unos minutos después de verlos desaparecer, salió él también y volvió a la casa del deán envuelto en pensamientos.

La señorita Pottinger, temblando de frío y de curiosidad insatisfecha, se quedó en las inmediaciones de la puerta oeste hasta que Archie Blaine, reportero del *Bellman*, que había salido tarde de la oficina, se le acercó y le preguntó si pasaba algo. Y, como suele suceder cuando pasa algo, la señorita Pottinger negó enérgicamente y cruzó la calle enseguida en dirección a su casa.

Probablemente sería injusto tildar de entrometida a la señora Pottinger; ella prefería pensar que tenía un acusado sentido de la responsabilidad para con el prójimo. Era hija de militar, como le había recordado al deán; su padre había sido capitán del ejército muchos años y, si los compromisos no le hubieran impedido ir a servir en la primera guerra de los bóers ni el exceso de años en la segunda, sin duda se habría distinguido en el campo de batalla. Se dedicó con buena fortuna al comercio mayorista de verdura y el negocio le permitió sostener la dignidad militar en el más alto nivel; tanto es así que en su casa se podían cultivar las convicciones más idealistas sobre los conceptos de honor militar, buena educación y anglicanismo Victoriano sin necesidad de tener nunca en cuenta consideraciones tan rastreras como el dinero. La señorita Pottinger, a su avanzada edad, no había hecho ninguna concesión al espíritu de los tiempos; dos guerras mundiales se habían estrellado en vano contra sus nociones del decoro, y la reducción de sus medios de subsistencia (aunque vivía con gran holgura) solo había servido para acrecentar su devoción por lo que ella consideraba el bien público.

Le dolió, aunque no la sorprendió, el extraño comportamiento del deán Knapp en el asunto del escándalo a medianoche en la catedral. Hacía tiempo que estaba convencida de que el deán carecía de ciertas cualidades, como la capacidad de decisión, la de mando y la de censurar con rigor, que ella clasificaba bajo la

denominación general de «redaños». Sin embargo, era ferviente asidua de la catedral y estaba dispuesta a poner su inagotable reserva de redaños a su servicio. Así pues, el día de Todos los Santos fue temprano a la iglesia con ánimo marcial y, en cuanto terminó el servicio, interpelló al señor Matthew Snelgrove, el abogado, a la salida.

—¿No guarda bajo llave la patena de la comunión, señor Snelgrove?

—No hay necesidad, señorita Pottinger. A las once hay otro oficio.

El señor Snelgrove era el consejero legal de la diócesis y, aunque estrictamente no era obligación suya, solía encargarse de guardar los tesoros de la iglesia en la cripta y se hacía responsable de su custodia.

—Espero que no haya echado nada de menos esta mañana.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

—Anoche pasó algo muy raro en la catedral, de la medianoche en adelante. Se oyó una barahúnda espantosa, como si la hubiera tomado un batallón de jueguistas. Llamé al deán y creo que hizo algo, aunque no lo sé, claro. Estaba muy preocupada, como es lógico, teniendo en cuenta la cantidad de objetos valiosos que pasan toda la noche encima del altar, entre ellos, el cáliz que donó mi padre cuando terminó victoriosamente la guerra en Sudáfrica. Estaba preocupada y, claro, he llegado a la conclusión de que usted, en calidad de asesor legal, sabrá cosas que tardarán en llegar a oídos de los que no somos más que simples parroquianos.

Por sencillo que el discurso pueda parecer, la carga de insinuaciones ocultas y alusiones implícitas que llevaba demostraba el notable, aunque no reconocido, dominio de la retórica que poseía la señorita Pottinger. Despertó las sospechas del señor Snelgrove y atizó la animosidad fundamentada que albergaba el abogado contra el deán; insinuó actos sacrílegos profundamente repugnantes para su mentalidad de experto en leyes; sacó a colación una vez más la antigua controversia sobre la conveniencia de dejar la patena en el altar por la noche (era más práctico) o por la mañana (era más seguro); recordó al señor Snelgrove que la familia Pottinger era influyente en la catedral y se portaba generosamente desde hacía casi un siglo, y que cuando ella muriese podía legar su pequeña fortuna al templo si conseguía que algunos asuntos se resolvieran a su gusto; con su fingida humildad halagó y espoleó al abogado y le proporcionó una excusa para hostigar al deán. Con su perspicaz entendimiento de abogado, el señor Snelgrove captó todos esos aspectos inmediatamente y, después de hablar un poco más con ella, encrespado como una cigüeña vieja, se fue rápidamente a la sacristía a tantear al deán.

No se debe concluir que el deán Knapp fuera un clérigo inútil solo porque no gozase plenamente de las simpatías de la señorita Pottinger, el señor Snelgrove y algunos parroquianos más. Muy al contrario, profesionalmente estaba mejor capacitado que la mayoría. Sin embargo, en todas las iglesias hay personas que, por motivos justificados, según ellos, no están conformes con su pastor y procuran moldearlo a su

gusto acosándolo y amedrentándolo. La democracia que la Reforma llevó a la Iglesia Católica se rebela ardorosamente en el pecho de esas personas; aunque negarían que tratan a sus pastores como peones espirituales a su servicio y que los manejan y los vigilan por su bien, es precisamente la impresión que dan. El deán Knapp se atraía esa clase de trato, pues era bastante vanidoso y deseaba que lo considerasen refinado. Aunque vivía en Canadá en pleno siglo xx, su ideal eran los pastores ingleses decimonónicos, ingeniosos hombres de mundo, además de hombres de Dios. No tenía grandes aptitudes para farsas de ese estilo, pero lo intentaba con ahínco y, a menudo, por mantener una actitud refinada, cometía disparates inocentes. Hacía chistes literarios que la gente no entendía; a veces, en vez de pasar por alto totalmente algunos pecados veniales, como haría cualquier pastor canadiense discreto de verdad, les quitaba importancia e incluso afirmaba que resultaban bastante graciosos; carecía de entusiasmo para los juegos masculinos más fogosos y, cuando había que recaudar fondos para una buena causa, no demostraba suficiente respeto por el dinero para ganarse la confianza de un rebaño compuesto en su mayoría por gente de negocios. Y, lo peor de todo, algunas veces se negaba a hablar en serio con las personas cuando se enfadaban. Era esta la característica del deán que más irritaba al señor Matthew Snelgrove, quien se enfadaba a menudo y prefería que los demás se enfadasen con él o bien temblasen; y el deán le hacía perder mucho tiempo cuando él quería hablar en serio y el sacerdote se ponía refinado.

Llamó someramente a la puerta de la sacristía y entró sin más en el momento en que el deán se había quitado la sotana y estaba a punto de ponerse el chaleco y la chaqueta. No es fácil ser tan refinado en mangas de camisa como completamente vestido.

—¿Qué es eso que dicen de que anoche hubo jaleo en la iglesia? —preguntó el señor Snelgrove.

Pero al deán no lo iban a pillar tan fácilmente y replicó:

—¿Y qué es lo que dicen, señor Snelgrove? —y sonrió como dando a entender que el abogado hacía una montaña de un grano de arena.

—La señorita Pottinger cree que el cáliz y la patena que se encontraban en el altar han podido correr peligro. Son muy valiosos, ¿comprende?

—Sin duda lo son más de lo que parecen, aunque no tanto como suponen quienes los donaron —dijo el deán, y soltó una risita refinada.

«No está mal —pensó—, para no haber desayunado todavía». Sin embargo, al señor Snelgrove no le satisfizo la respuesta.

—Deberíamos encargarnos de copias de las piezas más valiosas, por si alguna vez nos las roban —dijo.

—En tal caso, sería conveniente aumentar la póliza de seguros —replicó el deán.

—La póliza está bien como está —dijo el señor Snelgrove—, aunque no cubre las implicaciones, el sentimiento y la devoción por la catedral que representan esos objetos.

—No, por supuesto —dijo el deán, dando marcha atrás. Pocas veces cometía la temeridad de mantener el refinamiento hasta el final en una conversación breve.

—¿Qué pasó aquí anoche?

—¿Qué fue lo que no pasó? Era Halloween, ya sabe. En primer lugar, alguien tuvo la insolencia de utilizar el nombre de la catedral para gastar una broma.

El deán le contó el caso del anuncio de boda falso y el trato irracional de que había sido objeto por parte del profesor Vambrace. Pero eso no bastó para saciar la curiosidad del abogado.

—¿Y qué sucedió en la catedral? La señorita Pottinger se ha referido a unos juerguistas.

—Entraron unas personas e hicieron una travesura, pero no tenían malas intenciones. Los expulsé inmediatamente.

—Si entraron fue porque alguien se lo permitió. No hay tantas llaves, ¿quién les abrió la puerta?

—No se lo pregunté.

—¡No se lo preguntó, señor deán! ¿Por qué? ¿Es que no tiene ninguna importancia que entre aquí cualquiera y se ponga a hacer travesuras, como lo llama usted? ¿Les abrió la puerta Smart?

—Smart es el más sensato de los porteros, señor Snelgrove.

—Entonces, ¿quién fue? ¿Cobbler, acaso?

—Le aseguro, señor Snelgrove, que tengo el asunto bajo control y que tomaré las medidas necesarias para que no vuelva a suceder nunca más.

—Ya; fue Cobbler. Señor deán, he dicho muchas veces que es necesario despedir a ese hombre.

—El señor Cobbler tiene sus defectos, pero es un músico extraordinario. Sería mucho más fácil despedirlo que sustituirlo.

—No entiendo mucho de música, señor deán y, francamente, me trae sin cuidado, pero tarde o temprano, el carácter de Cobbler acarreará alguna desgracia a esta catedral y si insiste en defenderlo puede que se vea usted gravemente implicado.

—No me preocupa correr ese riesgo, señor Snelgrove, y, puesto que el señor Cobbler está directamente bajo mi autoridad, creo que la cuestión del castigo puede quedar en mis manos. Por cierto, le recuerdo que es usted, no yo, quien lo ha relacionado con el nimio incidente de anoche.

—Y usted no ha negado que fuera él. Le recuerdo, señor deán, que, como abogado que soy, no me gustan las evasivas.

Aunque el señor Snelgrove se fue con la sensación de no haber impresionado nada al deán y de que este lo había despachado con impertinencia o algo muy parecido, la verdad es que el deán se quedó muy preocupado. En toda su vida en la iglesia, nunca había tenido que soportar que los parroquianos observasen tan de cerca hasta el

último de sus movimientos, ni sabía que los rumores y las conjeturas circularan con tanta rapidez entre ellos. Pensó que si pusieran tanto empeño en lograr la salvación como en meterse en los asuntos del deán, enseguida tendrían la Nueva Jerusalén al alcance de la mano. Quería que el percance de los estudiantes en la catedral pasara lo más inadvertido posible; no le gustaba regañar a la gente, tanto por timidez como por verdadera bondad, y tenía una opinión muy buena del organista de la catedral. En colaboración con Cobbler, había conseguido elevar el aspecto estético de los oficios de la catedral a un nivel que le llenaba de orgullo; siempre lo asombraba el poco efecto que parecían tener en la congregación esos esfuerzos suyos. Tanto es así que, cuanto mejor era la música de Cobbler, más parecía molestar la personalidad del organista a unos cuantos feligreses influyentes. Cuando el deán recibió a Cobbler en su despacho a las diez y media de ese día de Todos los Santos, se preguntó si tal vez los feligreses descontentos no tendrían razón.

El organista había dado por sentado que debía presentarse vestido de gala a tan solemne cita. Es decir, llevaba un traje azul de sarga bastante sucio y que le sentaba mal, cuyos pantalones le quedaban tan cortos que era imposible no darse cuenta de que no se había puesto calcetines y de que los cordones de sus gastados zapatos negros eran de colores distintos: uno negro y otro marrón. La camisa estaba limpia, pero deshilachada, y la corbata se le había torcido hacia la oreja izquierda. El pelo, negro, abundante y muy rizado, le sobresalía de la cabeza al estilo hotentote; se había cortado varias veces al afeitarse y se había restañado las heridas con hilas de algodón. Sin embargo, no eran la pobreza y el desaliño de su aspecto lo que le hacían inquietante, sino la risueña concentración de su cara, morena y enjuta, y los movimientos nerviosos de sus grandes y negros ojos de ave. Parecía un gitano cuya sola presencia alarma tanto a las amas de casa que estas corren a guardar bajo llave cuberterías e hijas.

—Es un asunto muy grave, señor Cobbler —dijo el deán, que no sabía cómo empezar.

—Grave de verdad —afirmó Cobbler cordialmente.

—Tenía la esperanza de que su escapada nocturna no corriera de boca en boca, pero hasta la prensa me acosa con preguntas sobre lo sucedido anoche en la catedral.

Cobbler chasqueó la lengua dando a entender que lo sentía por él.

—La prensa —dijo el deán, encolerizándose de pronto con el *Bellman*— es un organismo poderoso y a menudo perverso.

—Terrible —dijo Cobbler con sinceridad.

—No puedo asegurarle que su escapada no vaya a hacerse pública —dijo el deán, y era cierto, porque no podía saber si la señorita Pottinger o el señor Snelgrove no dirían algo que un periodista pudiera aprovechar—. ¿Se da cuenta del jugo que le sacarían al incidente?

Cobbler cerró los ojos imitando poco convincentemente la actitud de quien tiene pensamientos tan profundos que no los puede expresar. El deán comprendió que no

iba conseguir lo que quería y lo intentó de otra manera.

—Señor Cobbler, ¿es que no me porto bien en todo lo relacionado con sus obligaciones en la catedral?

—Señor deán, su apoyo y su comprensión convierten mi trabajo en un placer, como dijo el ginecólogo a una contorsionista —replicó Cobbler con entusiasmo. El deán parpadeó, pero prefirió pasar por alto la comparación.

—Entonces, ¿por qué no se porta usted bien conmigo? —preguntó—. Sepa que no siempre me es fácil defenderlo ante los feligreses que no lo aprecian a usted. ¿Por qué complica las cosas gratuitamente?

—Lo de la catedral no fue un acto premeditado —dijo Cobbler—, y en ningún momento pensé que pudiera traer complicaciones.

—¡Canciones escandalosas! ¡Y bailes! ¿Y dice que no pensó que pudiera traer complicaciones?

—Sucedió, sencillamente. Estaba hablando de música con un grupo de alumnos; de camino a casa, se me ocurrió otra idea y, como casualmente llevaba encima las llaves, entramos un momento en la catedral para hacerles una demostración práctica.

—Me pareció que cantaba usted una canción procaz.

—Las palabras son engañosas. La melodía es una canción de corro y es muy difícil encontrar auténticas canciones de corro. Los poetas dicen que escriben poesía, pero ya sabe lo imprecisos que suelen ser. La letra no tiene ninguna importancia.

—Los jóvenes estaban bailando y había tres muchachas entre ellos, jóvenes y atractivas —añadió el deán con severidad, pues, como saben los moralistas, la juventud y el encanto femeninos son agravantes de cualquier conducta que se salga de lo normal.

—Tal vez se movían un poco siguiendo el ritmo. Ya sabe lo desarrollado que tiene la gente el sentido musical.

—Estaban bailando, sin la menor duda. Vi mucha pierna. —Cobbler no respondió, pero puso los ojos en blanco de una manera que al deán no le gustó nada—. Si era todo tan inocente, ¿por qué corrieron todos a esconderse cuando los sorprendí?

—Me imagino que se asustaron. Hay que tener en cuenta que era la noche de Halloween.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Cobbler?

—Nada, solo que, con el manto, impone usted mucho, señor deán.

—Estaba usted bebido, señor Cobbler.

—La verdad es que no. Bueno, suelo beber un traguito de vez en cuando, pero muy poco, en realidad. Es posible que hubiera tomado una cerveza por la tarde.

—Señor Cobbler, hablemos claro. Estaba usted bebido y llevó a la catedral a un grupo de juerguistas. Tocó música profana, muy alto, y cantó una canción obscena. Puedo pasar por alto semejante conducta una vez, en atención a la excelencia general de su trabajo, pero ¿cómo voy a defenderlo ante los feligreses a los que ofende con su

conducta?

—¿Se refiere a la tía Puss?

—No falte al respeto a la señorita Pottinger.

—No le faltó al respeto en absoluto, señor deán. Es como la llaman sus amigos más íntimos.

—Usted no se cuenta entre ellos.

—No será porque yo no lo quiera, se lo aseguro.

—Usted la molesta, y también a algunos más.

—¿Por qué, señor deán? Es decir, sin contar lo de anoche.

—Por algo que depende de usted. No parece un organista catedralicio.

—Mejor para mí. La mayoría son la mar de raros, como si no tuvieran cara. Pero ¿cómo lo puedo remediar?

—Vístase con un poco más de decoro. Tiene usted un aspecto demasiado bohemio para el cargo que ocupa.

—¡Ah, seguro que no es eso! Cuando decimos bohemio nos referimos a las malas costumbres de nuestros amigos. Estoy seguro de que la tía Puss no dice que parezco un bohemio.

—Por si le interesa, dice que parece un muñeco de trapo con cara de gitano.

Cobbler abrió la boca de par en par y soltó una carcajada larga y sonora que arrancó ecos de unos cuantos adornos de la repisa.

—Nunca hubiera creído que esa escoba vieja tuviera tanta imaginación —dijo, después de reírse.

—No la llame escoba vieja.

—¿Por qué no, si ella me llama muñeco de trapo con cara de gitano?

—Veo que no se lo va a tomar en serio —dijo el deán verdaderamente desazonado.

—¡Ah, vamos, señor deán! Eso es lo que le dice a usted la tía Puss. No mezclemos personalidades.

—Quiero decir que se niega usted a considerar su situación debidamente.

—Ya. Es lo que me decía un maestro que tuve. «*Er ist nicht ernst*», decía entre dientes porque no sudaba a mares con Brahms.

—Debe tomárselo en serio. Tiene mujer e hijos y debe mantenerlos. Eso es bastante serio, creo yo.

—En realidad, no.

—Entonces, ¿qué lo es?

—La música, supongo, de una manera hilarante —dijo Cobbler con una sonrisa al tiempo que se alisaba el pelo.

—¿La catedral no es un asunto serio?

—Demasiado serio, tal vez —dijo Cobbler—. Es la casa de Dios, ¿no? ¿Cómo sabemos que a Dios le gusta que su casa sea un aburrimiento mortal? Por lo visto, a nadie se le ocurre que a lo mejor le gusta un poco de diversión de vez en cuando.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte —dijo el deán con hastío.

Lo ganó la debilidad de siempre. Estaba de acuerdo con la mitad de las cosas que decía Cobbler y, para evitar que lo convenciera por completo, adoptaba una actitud puritana que no le satisfacía y en la que no tenía fe. Antes de despedirse, el organista lo gratificó con algo parecido a una disculpa y la promesa de que el escándalo de la víspera no volvería a suceder. Cobbler se marchó con paso alegre, mientras que el deán se quedó encogido en el sillón, profundamente desanimado. Si alguien los hubiera visto en ese momento, no habría adivinado que el deán había regañado y castigado al organista; parecía que hubiera sido a la inversa.

El profesor Vambrace no amenazaba en balde. Cuando salió de las oficinas del *Bellman*, después de la insatisfactoria conversación con los señores Ridley y Marryat, se encaminó sin pérdida de tiempo a los aposentos de sus abogados, Snelgrove, Martin y Fitzalan.

El lugar en el que la veterana sociedad de abogados despachaba sus asuntos no podía llamarse sino «aposentos». Oficinas, no, porque la palabra oficina tiene un matiz moderno de orden y eficiencia. Tampoco eran sencillamente gabinetes, pues se diferenciaban de los pisos normales por sus grandes pretensiones arquitectónicas, su luz atenuada y una característica ranciedad decimonónica. Participaban en gran medida de un estilo pintoresco que es exclusivo de Canadá, más abundante en Salterton que en ciudades canadienses de fundación más reciente. Ahora bien, la característica peculiar de esa pintoresca arquitectura no es la semejanza superficial con la del viejo mundo; se trata, más bien, de una mezcla de colonialismo, romanticismo y desafío tenaz al buen gusto; de una fealdad distinguida y fascinante que alcanza su mayor esplendor en las tardes de noviembre y diciembre. No todo el mundo admira ese pintoresco estilo, pues constantemente se derriban muestras de él sin que se levante una voz en su defensa. Aun así, donde existen y los aprecian, evocan sobre todo la Europa del norte —Escandinavia y la Rusia prerrevolucionaria—, más que Inglaterra o los Estados Unidos. Son casas como las que habitaban los personajes de las obras de Ibsen; con esa misma luz y sobre fondos semejantes, de madera teñida y cristal estarcido, hablaban y vivían los personajes de Chéjov. Y si el edificio canadiense tiene la antigüedad necesaria, un observador receptivo vería pasar por las estancias sutiles fantasmas de Pushkin y Lérmontov. Así es la arquitectura de un país norteño, en la que la comodidad de Inglaterra y el lujo de los Estados Unidos no alcanzan la plenitud de su efecto.

Para llegar a los despachos de Snelgrove, Martin y Fitzalan, el profesor tuvo que subir una escalinata larga que describía una curva pronunciada hacia la derecha, con un pasamanos recargado cuyo único fin parecía ser evitar que quien subiera no terminara con la cabeza empotrada en la pared que cerraba el espacio por detrás de la balaustrada. La sala central tenía el techo muy alto y recordaba a una estación de

ferrocarril victoriana y a una sacristía sin parecerse exactamente a ninguna de las dos. Había en ella varias mesas y pupitres ocupados por mecanógrafas; el cristal opaco y blancuzco que aislaba el despacho de cada abogado del espacio central resonaba y tintineaba quejumbrosamente con el tecleo de las máquinas. El señor Fitzalan no estaba atendiendo ningún asunto y recibió inmediatamente al profesor.

El despacho era un recinto pequeño, con el techo desproporcionadamente alto para las medidas del suelo y, por tanto, parecía un pozo. Había una sola ventana a la calle, pero como daba al noreste, estaba oscura en noviembre. La estructura de la partición tenía forma de arcos góticos y, con los años, el barniz de la madera había adquirido una textura áspera y escamosa, como la piel de un lagarto. El espacio delimitado por los arcos estaba cerrado con cristal esmerilado y adornado con volutas florales. Curiosamente, Ronny Fitzalan parecía trivial y fuera de lugar en semejante escenario. Tenía cuarenta y tantos años y, fijándose bien, los aparentaba, pero a primera vista no se apreciaban la calvicie incipiente, los puntos rojos de las mejillas ni la opacidad de los ojos; lo que más llamaba la atención eran los bigotes, desenfadadamente retorcidos, y su elegante corbata. Era primo de la mujer del señor Vambrace y saludó al profesor con cordialidad.

Vambrace le contó su caso, le enseñó el ofensivo recorte del *Bellman* y preguntó con exigencias cuánto tardaría en iniciar los trámites para celebrar un juicio por difamación. Sin embargo, el abogado no le dio satisfacción.

—Es mejor que lo olvides, Wally —le dijo—. La difamación es un infierno incluso cuando el caso es bueno, pero aquí ni siquiera hay caso. ¿Quién puso el anuncio? No lo sabes. Quieres denunciar al *Bellman*, ¿no es eso? Bien, pues ellos se defenderán con la misma fuerza que tú. Tendrás más publicidad de la que deseas. No te serviría de nada y al periódico no le haría ningún daño. Si ganas, ¿con qué te quedas? Si pierdes, y sabes que podrías perder con más facilidad que chascar los dedos, te quedas con una factura enorme por las costas y te habrás puesto en ridículo. Es mejor que aceptes la disculpa que te han ofrecido.

—Pero es que no se van a disculpar —dijo Vambrace.

—No de la forma que quieres tú —dijo Fitzalan—. ¿Cómo crees que se va a prestar alguien a morder el polvo de esa forma? Sin embargo, te han ofrecido algo y es lo mejor para ti. Te ahorrarás el bochorno, ellos también y no armarás un escándalo, aunque parece que es lo que quieres. ¡Maldita sea, Wally! ¿Es que pretendes que todo el mundo se burle de la pequeña Pearlie? ¿Quieres condenarla a que jamás pesque marido, pobre criatura? Si es eso lo que quieres, adelante, pregona su nombre por todos los juzgados unos cuantos días o sácalo en el periódico en primera plana dando a entender que has cortado la cabeza a un pobre tipo por afirmar que iba a casarse con ella.

—Estás sacando las cosas de quicio —dijo Vambrace.

—Ya, pero ni la mitad de lo que las sacará el público en general si te sales con la tuya, Wally. Mezclarán unas cosas con otras y acabarán diciendo que Pearl plantó a

un pretendiente de la peor manera o que eres un padre tan celoso que nadie se atreve a acercarse a tu hija. Piensa un poco en ella, Wally, y ten consideración con ese tal Bridgetower.

—¿Por qué? —dijo el profesor.

—¿Por qué? Por puro decoro, nada más. Está en la universidad, ¿no? Igual que tú. ¿Quieres humillar a un colega? Tal vez sí, pero daría muy mala impresión.

—La familia Bridgetower nunca se ha preocupado de tratarme a mí con decoro —dijo Vambrace.

—¡Ah! Sé las desavenencias que tuviste con el padre de ese chico, pero nunca fue tan grave como dices.

—Eso solo puedo juzgarlo yo. ¡Y no consiento que ese joven me insulte impunemente!

—Oye, Wally, deja de hablar como en una novela de sir Walter Scott. Piensa un poco en Liz y en Pearlie.

—Ya lo hago. Por eso precisamente quiero zanjar esta cuestión de una vez. Nadie podrá decir que he consentido que pesara sobre ellas sombra alguna.

—Wally, estás chiflado. La denuncia por difamación es la más escurridiza que se puede llevar a juicio. La mayoría de los casos no merecen la pena, solo los abogados sacan algo en limpio. Y antes de que termines con este, te harán un interrogatorio que te dejará como un payaso, y entonces lo tendrás peor que nunca.

Aunque despreciaba el vocabulario de su primo político y detestaba que lo llamasen Wally, y Liz a su mujer y Pearlie a su hija, el profesor respetaba la pericia legal de Fitzalan y, aunque protestó, empezó a pensar en la posibilidad de olvidar las emociones de una demanda judicial y aceptar la escueta fe de erratas del *Bellman*. Pero en ese momento asomó por la puerta el abogado más veterano del gabinete, el señor Matthew Snelgrove.

—Lo siento mucho —dijo—. Creí que estaba solo, Fitzalan. Buscaba un libro. —Hizo el gesto de retirarse, pero en realidad no tenía esa intención, porque lo cierto era que se había enterado por las chicas de la casa de que el profesor Vambrace estaba en el despacho de su colega más joven y, después de haber hablado con el deán por la mañana, barruntaba el motivo de la visita. Así, después del simbólico movimiento de retirada discreta, dijo al profesor—: Espero que su visita no se deba a ningún asunto desagradable, profesor Vambrace.

—Un asunto de lo más desagradable —dijo el profesor, cayendo en la trampa.

—¿En serio? —dijo Snelgrove fingiendo sorpresa e interés—. Si hubiera pensado que se trataba de algo grave no le habría preguntado. Por favor, disculpe la ligereza de mi comentario. Naturalmente, estamos a su disposición para cualquier consejo que necesite.

—Mi primo acaba de darme lo que supongo que es un buen consejo; me dice que no denuncie el caso.

—Denuncia por difamación, señor Snelgrove —dijo Fitzalan—. He explicado a

Wally lo escurridizo que son esos casos. Nunca aconsejo a nadie que emprenda acciones legales por difamación... a menos que se trate de algo muy grave y si hay posibilidades de ganar.

—¡Vaya! ¿Qué le parece? —dijo el señor Snelgrove sonriendo al profesor con un refinamiento que habría sido la envidia del deán Knapp—. ¡Un abogado que aconseja a un cliente que no denuncie! De todos modos, Fitzalan sabe muy bien de lo que habla. La difamación es muy rara, mucho, de verdad. Pero, si le parece que dos cabezas piensan mejor que una, oíré el caso con mucho gusto... sin recargo en la factura, claro.

Y volvió a reírse como dando a entender que sabía que Fitzalan no cobraría a un familiar por una consulta y que él se mostraría igual de generoso. En menos de un minuto, el señor Snelgrove cerró la puerta, tomó asiento y el profesor reiteraba sus quejas cargando contra el *Bellman* una vez más, tal como pretendía el señor Snelgrove.

Matthew Snelgrove era un ejemplo de los casos interesantes, aunque no raros, en los que la naturaleza imita al arte. Parece ser que la mayoría de los abogados del siglo XIX eran hombres mordaces y rancios, formales en el trato y el vestir, que ni en la vida privada perdían del todo el porte de la sala del tribunal. Al darse cuenta de ello, novelistas y dramaturgos crearon en las novelas y en el escenario muchos abogados de esas características. Los actores con pocas dotes de observación y menos recursos adoptaron ese personaje de repertorio y por ese motivo figuraba en centenares de obras teatrales. Y Matthew Snelgrove, formado personal y profesionalmente a principios de siglo, se aferró tenazmente a ese retrato del jurisprudente y lo hizo suyo. Fue perfeccionando el personaje a lo largo de los años y, ante el profesor Vambrace, no era solamente un abogado de verdad, sino también un puñado de clichés de opereta: escuchaba a su cliente con las puntas de los dedos unidas, cerraba los ojos y chasqueaba los labios de manera desconcertante mientras hablaban los demás, se tiraba de la larga nariz y se la frotaba con un pañuelo muy grande, tosía secamente antes de hablar, utilizaba las gafas más para mirar por encima que para ver mejor y se las quitaba de la nariz, las frotaba contra la solapa y no paraba de moverse delante de su interlocutor. También dominaba la gesticulación leguleya: la sonrisa de incredulidad, la de conmiseración por la ignorancia ajena, la de «déjelo usted en mis manos», además de una expresiva serie de fruncimientos de ceño para dar a entender rechazo, impaciencia y aborrecimiento. Como tantos otros profesionales, el señor Snelgrove había caído prisionero de una actitud profesional y, puesto que no era ni mucho menos un abogado extraordinario, a veces resultaba imposible saber si en realidad lo era o se trataba de un actor cualquiera haciendo el papel de abogado. Fuera como fuere, lo cierto es que se había granjeado gran respeto y un bienestar considerable representando a ese personaje durante toda la vida.

Carecía de dotes intelectuales específicas para la práctica de la abogacía, salvo su entusiasmo por el *status quo* y cierto pesar porque gran parte de la legislación democrática del último siglo no pudiera suprimirse de los reglamentos. Así como el ideal del deán Knapp era el pastor refinado del siglo XIX, el suyo era el del abogado terrateniente del XVIII; era un esnob que no dudaba en adular solemnemente a quien le pareciese superior ni en tratar con gran condescendencia a sus inferiores; en cambio, con quienes consideraba iguales se encontraba incómodo y polemizaba siempre. No obstante, puesto que en consultas profesionales el cliente no podía ponerse nunca a la altura del abogado, con el profesor Vambrace estaba a sus anchas.

Cuanto más le contaba el profesor, mejor comprendía que se trataba de un caso particularmente apto para su talento y su personalidad. No era de esperar que Fitzalan lo entendiese. La sociedad de los abogados Snelgrove, Martin y Fitzalan se fundaba en un principio muy común: la especialidad del señor Martin era el derecho de societario y se ocupaba de todos los casos de esa clase que llegaban al gabinete; Fitzalan era católico y de ideas políticas liberales y proporcionaba a la asociación mucho trabajo relacionado con ese sector; el señor Snelgrove era conservador, le gustaba que lo llamasen *tory* y atraía asuntos de testamentos y propiedades de clientes *tories*, pero también se consideraba el experto del bufete en lo que él llamaba «sutilezas», es decir, casos de ofensas de honor, no vulgaridades como la violación o el incumplimiento de promesas. Evidentemente, el anuncio de la falsa boda era una «sutileza» sobre la que pensaba pronunciarse. Cuando el profesor dio su relato por concluido, el señor Snelgrove juntó las puntas de los dedos, chasqueó los labios, levantó las cejas, miró por encima de los quevedos y, con la sensación de que por el momento ya era suficiente en cuanto a lo que los actores llaman «acciones», habló así:

—Entiendo lo que quiere decir Fitzalan, por supuesto. No sería fácil determinar que la publicación de ese desagradable anuncio constituye libelo. El libelo, como probablemente ignorará usted, es publicar algo que atraiga sobre una persona el odio, el desprecio o las burlas de sus congéneres; si existe imputación difamatoria que pueda presentarse directamente ante el juez, no es necesario aportar pruebas del perjuicio que haya podido causar, como pérdida de dinero o cosas semejantes. Su caso, de haberlo, es dudoso. En general, a los jueces no les gustan los casos dudosos y, si lleva usted el asunto a juicio, puede que sufra una gran decepción.

—Justo lo que decía yo —intervino el señor Fitzalan, quien todavía no conocía bien a su socio y no sabía cuándo debía callar. Cuando el señor Snelgrove se deleitaba citando la ley no quería que lo interrumpiesen, y puso una cara como si hubiese oído un escape de gas pero no estuviera seguro del todo. Sin embargo, Fitzalan siguió hablando—. Ya lo ves, Wally, para llevar el caso a los tribunales tienes que decidir quién será el demandante. ¿Cuántos años tiene Pearlíe?

—Mi hija Pearlíe tiene veintidós años —dijo el profesor.

—Ahí lo tienes: no es menor. ¿Va a ser ella la demandante? ¿A quién se ha

difamado, a ella o a ti? ¿Quiere denunciarlo?

—Naturalmente, no he hablado con ella de un asunto tan penoso y desagradable.

—Más vale que lo habléis antes de seguir adelante. Si Pearlie comparece de mala gana y actúa sin convicción, el juez pensará que la has obligado y los abogados de la defensa se lo arrancarán de la boca; entonces tú quedarás como un tirano, además de ponerte en ridículo. Mira bien los pasos que das, Wally.

—Mi mujer, mi hija y yo hemos sufrido más de lo que te imaginas por culpa de esa inicua acción, Ronald —dijo el profesor—. No sería improbable que decidiéramos denunciar conjuntamente.

—¡Oh, vamos, Wally! ¡Espera un momento! —dijo Fitzalan—. Sabes que Liz haría un papelón desastroso en el estrado; cualquiera la haría jurar que lo blanco es negro. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Además, ¿qué ganarías con eso?

—Lo siguiente: conseguir que esos ineptos del *Bellman* sufran en sus carnes una parte de lo que he sufrido yo. Quiero que les duela.

—¡Ah, Wally! No pidas nunca simple venganza a la justicia; la ley no está hecha para eso. Desagravio, sí, pero venganza, no. Hablas como si el periódico lo hubiera hecho con animadversión. Desde luego, fue una tontería que aceptasen un anuncio con esa fecha. ¡31 de noviembre! Pero los errores en las fechas son bastante comunes. Piensa que ellos han sido tan víctimas de la broma como tú.

—Precisamente por eso —dijo el señor Snelgrove, adueñándose de la conversación—. Mi consejo, profesor Vambrace, es que se puede amenazar con una denuncia por difamación sin necesidad de llegar a juicio. Estoy de acuerdo con usted en que el *Bellman* es culpable de negligencia. Una buena lección no les hará ningún daño; no tengo especial predilección por la prensa; es más, en mi larga carrera en los tribunales, he perdido la esperanza de enseñar modales a los periodistas. Es probable que el *Bellman* prefiera ofrecerle reparación antes de ir a juicio, pero no sería buena estrategia dar a entender que estaríamos dispuestos. Si prefiere dejar el asunto en nuestras manos, lo meditaría y le ofrecería consejo.

Fue entonces cuando el profesor tuvo la sensación de haber sido despojado de algo; es lo que se experimenta cuando, por un agravio, acude uno en busca de consejo profesional y enseguida descubre que el agravio deja de ser una cosa personal y pierde casi todo el encanto.

Cuando el profesor se hubo ido, el señor Snelgrove se quedó en silencio, con las puntas de los dedos unidas, mirando por encima de los quevedos, hasta que Fitzalan habló.

—¿Quiere ir a ver a los del *Bellman* o voy yo?

—Tal vez sea mejor que vaya yo —dijo el señor Snelgrove—; usted está emparentado con el profesor Vambrace, ¿verdad?

—Su mujer y yo somos primos. Creía que lo sabía.

—No estaba seguro del parentesco exacto. Si interviene usted directamente en el asunto, podría parecer una falta de delicadeza. Me encargaría yo con mucho gusto.

—La verdad, señor Snelgrove, no creo que deba emprenderse ninguna acción. He aconsejado a Wally que lo olvide todo o que acepte las disculpas del periódico.

—No estoy de acuerdo con usted. Es evidente que la familia Vambrace ha sido injuriada; por tanto, tiene derecho a reclamar compensación.

—Siempre he creído que es mejor soportar un pequeño agravio personal que enredarse en un juicio o en una batalla legal privada. Es inevitable que salga a la luz, y entonces todo parece peor. Wally tiene obsesión con el honor de su familia. No es para tanto, y además, ¿a quién le importa?

—¿No está emparentado con unos nobles irlandeses?

—Es primo segundo del marqués de Mourne y Derry. Lo dice cada dos por tres, solo para declarar que no da importancia a esas cosas.

—¡Ajá! ¿Y no es la familia de su mujer, que es la de usted, una de las más distinguidas de esta parte de Canadá?

—Nosotros no emigramos en ninguna de las épocas de gran hambruna, y eso cuenta, supongo. El padre de Liz, el viejo Wolfe Tone Fitzalan, se pasó treinta años bebiendo una botella de *whisky* al día y jamás se emborrachó. Eso es distinción, desde luego.

—Se lo toma usted a la ligera, pero son detalles que tienen su importancia. Las familias antiguas no deben callar cuando sufren una ofensa.

—Descuide, que Wally no se quedará callado. Se quejará amargamente del asunto hasta el día en que se muera. Solo espero que no espante a todos los chicos que puedan pretender a Pearlie. De todos modos, mi sobrina no tiene grandes posibilidades, trabajando en la biblioteca de Waverley; le aseguro que los cementerios de esperanzas de matrimonio existen.

—Me hago cargo del caso y lo tendré a usted al corriente.

—Si insiste, señor, no digo nada, pero no estoy de acuerdo. Tendrá que atacar al *Bellman*, pero el periódico ha sido tan víctima de la broma como Wally y su familia; puede que se aferren a eso y se nieguen a resarcirlo.

—¡Ah, sí! Habrá que descubrir al bromista anónimo, para que cargue con su parte de culpa; de otro modo, no se podrá zanjar el asunto.

—Exactamente. ¿Y cómo cree que va a encontrarlo?

—Sepa usted —dijo el señor Snelgrove deteniéndose en la puerta antes de salir en un momento oportunamente calculado— que tengo una idea bastante atinada de quién ha podido ser.

Sin añadir nada más, salió dejando a su joven socio impresionado a su pesar.

¿Quién lee el periódico? En las grandes metrópolis, donde abundan las publicaciones,

esa pregunta interesa mucho a los editores, redactores y jefes de distribución. En cambio, en una ciudad como Salterton, aunque no es pequeña, se sabe muy bien quién lee el *Bellman*; no sería exagerado decir que lo lee todo el mundo. Pero ¿de cuántas maneras diferentes se lee!

A pesar de la época en que vivimos, tan acelerada y llena de quehaceres, hay gente que lee el periódico solemnemente de cabo a rabo y emplea en ello toda la tarde; no se deja nada: noticias internacionales, correspondencia del distrito, asuntos de la ciudad, artículos de fondo, artículos especiales y anuncios, hasta el más humilde eslogan, como «No las sufra en silencio»; para ellos el periódico no tiene desperdicio, igual que el cerdo. No es fácil averiguar cuánta importancia le dan, pues suelen ser personas mayores y poco comunicativas que muy rara vez se dan a conocer a los empleados que tanto entretenimiento les proporcionan, excepto para confiar a algún periodista que en el día de su nonagésimo cumpleaños todavía pueden leer el *Bellman* sin gafas. ¡Qué diferentes son de esos otros, generalmente lectoras, que, si se les pregunta, confiesan que «han echado un vistazo» al diario, y, en cambio, resulta que no se han fijado en las noticias del día! Tal vez estuviese entre ellas una señora londinense que, según se descubrió en 1944, nunca había oído hablar de Hitler. De todos modos, las extravagancias de las lectoras escapan a la razón; el grupo más fácil de estudiar es el de la gente que lee los diarios empezando por las últimas páginas, enseguida tira al suelo las centrales y al final vuelve a reunir las todas en un orden exasperante para quien venga detrás.

Como es lógico, el nivel cultural y la comprensión de los lectores son factores tremendamente variables. Algunos asiduos del *Bellman* leían todas las noches de su vida la columna titulada «La ciudad y alrededores» y nunca dejaron de decir «La ciudad y alderredores». En el extremo opuesto se encontraban algunos miembros de la Universidad de Waverley que cogían el periódico con elegante superioridad, lo llamaban «basura provinciana» y, o bien se reían o bien se encolerizaban, y lo que es más, casi se avergonzaban de que los vieran pedir seis ejemplares más cuando se publicaba alguna referencia a su trabajo o a su persona. De todos modos, en Waverley no todos opinaban lo mismo, también había quienes sabían la importancia que había tenido el decano de la prensa de la ciudad en la historia del país. Como era de esperar, unos afirmaban que el *Bellman* no era ni mucho menos tan bueno como en su juventud, aunque, en general, opinaban lo mismo de casi todas las cosas de la vida.

Los editoriales de Gloster Ridley los leían los interesados en la opinión del periódico sobre asuntos de actualidad, así como quienes deseaban conocerla para llevarle la contraria por principio. De esos lectores, muy pocos tenían en cuenta que los artículos de fondo no eran más que la opinión de un hombre, forjada, tal vez, después de cambiar impresiones con dos o tres colegas más; casi todos creían que los editoriales de un periódico reflejaban la opinión de un grupo impreciso de gente, como los miembros de un gabinete ministerial o del Tribunal Superior, pero con la siguiente diferencia: disentir de ellos, aunque solo fuera en algún detalle sutil, era

buena señal. Por eso, cuando a Ridley le presentaban a alguien, a menudo tenía que oír el mismo comentario: «Siempre leo sus artículos, aunque, desde luego, no siempre estoy de acuerdo con usted», como dando a entender su independencia de criterio y poniendo al director en su lugar. Son muchas las personas que, cuando hablan con un director de periódico, tienen necesidad de presentar batalla, de demostrar que no lo temen; porque lo cierto es que por muy necio que pueda ser un director en su vida privada, cuando en sus artículos escribe «Nosotros», se transforma en un juez con peluca y crece un codo en estatura. Finalmente, los lectores que más se alejaban de esa actitud beligerante eran los que únicamente se interesaban por las historietas cómicas, y no es que fueran frívolos, pues seguían el lento desarrollo de esas series de aventuras con tanta aplicación como los devotos que leían todos los sábados el comentario de agencia sobre la Biblia.

Piadosos también, pero pocas veces instruidos, eran los lectores de las páginas de deportes. En la labor periodística, es un axioma demostrado que la hermandad deportiva nunca está satisfecha. Aunque muchos periódicos dedican al deporte una cantidad de páginas muy desproporcionada respecto a la población que tiene verdadero interés en la materia, los grandes aficionados suelen quedarse con la impresión de que a su *hobby* se le dedican muy pocas. Por lo general son fanáticos y creen formar parte de un grupo mucho más numeroso de lo que es en realidad y, como suelen ser también supersticiosos y poseen una gran capacidad para mitificar, atribuyen a los periodistas deportivos rencores e intenciones perversas contra sus favoritos, de las que esos esforzados trabajadores son inocentes. A veces, a los atosigados redactores deportivos les parece que los entusiastas del deporte solo leen el periódico con la intención de alimentar su inmenso descontento.

Leían también el *Bellman* con gran atención incontables especialistas, principalmente los de la moral; su plato fuerte eran los sucesos basados en informes policiales, y gracias a ellos adquirían y recordaban gran cantidad de datos sobre quién comparecía ante el juez y cuál era la acusación; conducción temeraria, embriaguez, incumplimiento con la esposa... Almacenaban en la memoria todos los delitos menores y el repertorio se animaba de vez en cuando con una enérgica pelea a puñetazo limpio o con un succulento bocado de exhibicionismo. Todo el mundo lee sucesos de vez en cuando, aunque solo sea por encima, pero los especialistas no dejan pasar ni uno; cada vez que se publicaba uno aislado de los de su especie por alguna necesidad mecánica, lo detectaban con el olfato, lo integraban en su mente, no lo olvidaban jamás y lo recordaban cuando el culpable moría, cuando se casaba su hija o cuando, por alguna distinción o golpe de suerte, su nombre saltaba de nuevo a la prensa. Esos moralistas eran buenas personas que difícilmente actuaban en contra de la ley, pero, si por casualidad se sorprendía a uno de ellos conduciendo borracho, por ejemplo, los demás se enteraban inmediatamente de todos los pormenores —que su mujer estaba embarazada o que su anciana madre se hallaba a las puertas de la muerte (pues esas son las dos circunstancias más comunes de quienes cometen faltas, como

sabe todo periodista)— y lamentaban el traspies con una vehemencia que casi podía confundirse con el regodeo.

Especificar todas las clases diferentes de interés especial que procura un periódico como el *Bellman* cada tarde sería una tarea colosal y de lectura farragosa. Porque, en el fondo, ¿quién está dispuesto a perder tanto tiempo en los intereses ajenos? Se comprende que los escolares busquen entre las columnas del periódico algún artículo sobre «hechos de actualidad», para presentarlo en clase y satisfacer al maestro que enfoca las clases de Historia de esa manera. Pero solo los médicos buscan nombres de colegas en un artículo sobre un accidente; solo los abogados prestan atención a los nombres de otros abogados que se citen en artículos sobre juicios. La etiqueta profesional prohíbe hacerse publicidad a los caballeros de bata corta o toga larga, pero no les gusta que se omita su nombre en las columnas del periódico; como a veces comentaba rencorosamente el señor Marryat, eran muy aficionados a darse publicidad cuando no tenían que pagarla. Ni siquiera el clero se libra de esa debilidad humana; aunque personalmente a los pastores les guste hacer el bien con discreción, las congregaciones prefieren que se hable a menudo y favorablemente tanto de ellas como de su guía espiritual. Las páginas de sociedad las leían con entusiasmo quienes esperaban verse nombrados y quienes admiraban o envidiaban a quienes se citaba, porque, incluso en el Canadá democrático, las llamas de la ambición social fulguran con viveza, como piedras preciosas, en muchos corazones. Eran millares los lectores del *Bellman* que, al parecer, nunca se cansaban de leer que «animaban la mesa unos exquisitos arreglos florales y unas velitas en delicadas palmatorias de plata»; siempre querían saber quién servía los tés de la tarde, porque muchas señoras consideran que «servir el té» es la cumbre de los logros sociales. Naturalmente, los fotógrafos escrutaban las fotografías de boda con gran atención, para ver quién era el autor y sacarle los defectos.

Todos los especialistas, de la clase que sean, encuentran en los diarios una mina de tesoros deleitables. A veces el deleite consiste en indignarse, y es entonces cuando una misma noticia puede ser tan útil para el obrero como para el empresario, pues ambos, cada uno por su parte, están convencidos de que la prensa jamás los trata con la debida justicia. También disfrutaba indignándose la anciana que todas las tardes hojeaba el *Bellman* en busca de imágenes de chicas en traje de baño y, tan pronto como encontraba una, indefectiblemente escribía a Gloster Ridley y lo amenazaba con cancelar su suscripción si volvía a repetirse semejante falta de decoro. La llegada del traje de baño de dos piezas, con la consiguiente e inevitable exhibición de ombligos, fue para ella una deliciosa e inesperada fuente de indignación. Había quien leía todo lo relacionado con la realeza y lo pegaba en un álbum, y quien hacía otro tanto con todas las noticias de estrellas de cine. Había quien siempre completaba hasta el más sencillo crucigrama y quien leía el artículo sobre el *bridge*. Había también quien leía el consultorio sentimental, a veces para reírse, pero casi siempre con gran interés. Otros, que siempre andaban detrás de nombres nuevos que aplicar a

la sensación de insuficiencia, insatisfacción o avidez que los roía por dentro, leían sin falta el artículo diario del columnista especializado en medicina. Y, como es lógico, quienes hubieran escrito una carta al director empezaban a buscarla hasta que la veían publicada o perdían la esperanza y la cambiaban por el resentimiento.

Además de todos esos especialistas, estaban, lógicamente, los periodistas profesionales que lo leían con gran atención por motivos propios. El señor Rumball leía sus propios artículos para ver si el redactor (quien, por supuesto, le tenía envidia) había cortado el espléndido párrafo «colorista» de su crónica de un accidente callejero. Archie Blaine quería saber si, tal como sospechaba, había escrito él muchos más artículos que cualquier otro; no era envidioso, pero a veces se preguntaba si los colegas que habían estudiado cursos de Periodismo en la universidad llegarían a escribir tanto, tan deprisa y tan bien como él. Invariablemente, el señor Swithin Shillito leía a su señora en voz alta todos sus artículos y después se preguntaba, en voz alta también, por qué habrían suprimido algunos de sus *aperçus* ingeniosos («Modestia aparte, son dignos incluso de *Punch*, querida mía»). Por envidia, seguro; sí, era una lástima que el pobre Ridley no lograra superarla. De todos modos, había utilizado los dos brillantes párrafos sobre el declive de la calidad de los cordones de zapatos y seguro que el señor Eldon Bumford le comentaría algo la próxima vez que se vieran.

Matthew Snelgrove leía el ejemplar vespertino con fruición pesimista, porque siempre encontraba varios ejemplos flagrantes de cómo la democracia era la culpable de alguna necedad que, estaba convencido, jamás habría podido ocurrir en el antiguo sistema de terratenientes, sobre todo si además hubiera habido entre ellos un número suficiente de abogados. Tenía la idea de que la vida era el largo declive de un pasado glorioso y si un lector lee el periódico con esa predisposición, puede encontrar muchas cosas que refuercen su creencia, sobre todo si nunca ha estudiado a fondo la evolución diaria de cualquier periodo del pasado. También la señora de Solomon Bridgetower, madre del Solomon Bridgetower cuyo nombre había quedado injustificadamente ligado al de Pearl Vambrace, leía el *Bellman* con una actitud sombría. Ella se había dedicado sobre todo al estudio de la política; cuando era una joven y entusiasta alumna de Waverley, se interesaba mucho por el Peligro Amarillo (y llegó a temerlo), con una pasión impropia de su edad que le granjeó la admiración de sus profesores. Durante la primera guerra mundial, convertida en joven esposa, se especializó en las atrocidades de los alemanes; previó y temió sucesivamente la época del *jazz*, la Depresión, el auge del fascismo y la segunda guerra mundial, pero nunca dejó de tener debilidad por su primer temor, el Peligro Amarillo, y se empeñaba en interpretar la transformación de Rusia en potencia mundial como un aspecto más de ese Peligro. Los estudios superiores y su mentalidad, penetrante por naturaleza, le permitían temer esas cosas de una forma más general y erudita que la mayoría de las señoras de su ambiente, con lo cual se ganó en la ciudad la fama de mujer muy inteligente. Leía el *Bellman* armada de tijeras, para cortar y guardar las noticias que

consideraba particularmente significativas y agoreras.

Solo había otro lector del diario de Salterton que lo hacía con las tijeras a mano: el secretario del arzobispo de la diócesis de la Iglesia Católica, que tenía su catedral en la ciudad. Aunque monseñor Caffrey y la señora Bridgetower no se conocían mutuamente, los dos habían leído un libro —que los había impresionado mucho— escrito en la década de 1920 por un abad francés, que recomendaba guardar recortes de prensa para aclarar y entender lo que en ellos se relataba. En cambio, Gloster Ridley no usaba tijeras, pero se imponía la obligación de leer su periódico todas las tardes con un lapicero azul en la mano, para ir señalando todas las faltas de ortografía, puntuación, sintaxis y erratas en general; de vez en cuando, para estimular en sus empleados el deseo de perfección, meta escurridiza donde las haya, les enseñaba los periódicos corregidos.

Había en Salterton otra persona que señalaba los errores del periódico al tiempo que lo leía; era la señora Edith Little, la criada de Ridley, y debido a esa costumbre su jefe la llamaba Constanca Lectora.

—¡Vamos, Ede, suéltalo ya! ¡A ver si podemos leer algo los demás!

Era George Morphew, cuñado de la señora Little, y, juguetonamente, desde atrás, dio un puñetazo al ejemplar del primero de noviembre y sobresaltó a la absorta lectora.

—Solo unos minutos y será todo tuyo —le dijo ella con dignidad—. Ten paciencia.

—¡Paciencia, demonios! Tengo que mirar el estado de mis inversiones —dijo George, y se rio a carcajadas.

—¡Ay, tus inversiones! Eres más infantil que Earl. Y, hablando de Earl, modera un poco el lenguaje, George.

—Está en la cama.

—Pero no se ha dormido. Lo oye todo y luego lo repite, conque ahórrate las palabrotas, por favor.

George respondió con un largo y placentero eructo. Su cuñada lo miró con dureza y, aunque estaba muy serio, ella sabía que solo quería tomarle el pelo. George se consideraba un gran bromista. Era una lástima que tuviera una vena tan grosera. De todos modos, así eran los hombres en general; decían palabrotas, eructaban o hacían cosas peores y les hacía mucha gracia. Siguió leyendo el periódico laboriosamente; de vez en cuando humedecía el lapicero y señalaba un error tipográfico. Poco después llegó su hermana. George agarró a su mujer por la muñeca y se la sentó en las piernas. La besó con ganas, mientras ella forcejeaba y se reía entre sus brazos.

—¡Para ya, Georgie! —le dijo.

—¡Qué bonito! —dijo él con fingido desánimo—. Llega uno a casa después de pasar cinco días en la carretera ¡y ni siquiera tiene derecho a un achuchón!

—Delante de Ede, no —dijo ella.

—¡Cáspita! ¡No puedo decir palabrotas por Earl; no puedo darte un achuchón por Ede! Pero ¿qué narices se puede hacer en esta casa? ¡A ver!

—No os preocupéis por mí —dijo Edith, pero estaba ruborizada.

—¡Mira! ¡Ede se ha puesto colorada! —exclamó George, encantado—. Vamos, Kitten, vamos a enseñarle algo caliente de verdad... ¡seguro que se pone a echar humo!

Volvió a agarrar a su mujer y la besó al estilo de las películas, o eso le pareció a él.

—¡Basta, George! —dijo Kitten—. No olvides que Ede lleva vida de soltera y no está bien hacerle eso. Ella también tiene sentimientos, no lo dudes.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo George con falsa docilidad.

Mientras su mujer, sentada en sus piernas, se arreglaba el pelo, se puso a silbar *When I Get You Alone Tonight*^[1] poniendo los ojos en blanco como transido de placer. Entonces Kitten, jugando, le dio un puñetazo en el pecho, y él, en respuesta, le deslizó la mano por debajo de la falda, tiró de la liga y la soltó contra el muslo de su mujer. Edith bufó por la nariz y siguió leyendo con el ceño fruncido. Las noches en que George volvía de «la carretera» siempre eran difíciles. No entendía cómo podía soportarlo Kitten. Es curioso que algunas personas, después de casarse, pierdan toda la educación que aprendieron. Su hermana entendía esos razonamientos y pensaba que tal vez lo que Ede necesitaba era un poco de animación. Nada exagerado, como pretendía George, solo un poco de diversión.

—Ede está corrigiendo el periódico para enseñárselo a su jefe —dijo ella, guiñando un ojo a su marido.

—¡Ah, conque sí! ¿Eh? —dijo George—. A ver, Ede, ¿qué tal va el gran romance?

—No tengo la menor idea de a qué te refieres —dijo la señora Little ruborizándose otra vez.

—¡Anda! ¡Seguro que sí! Me refiero al señor Shakespeare Ridley y tú. ¿Ya tenéis fecha para la boda?

—Entre el señor Ridley y yo las cosas están exactamente como siempre, es decir, formalidad estricta entre jefe y empleada del hogar.

—Formalidad estricta, ¿eh? Como aquella vez que se puso enfermo y te pidió que lo lavaras en la cama, ¿no? —dijo George.

—George Morphew, eso te lo has sacado tú de la manga ¡Y me gustaría que entendieses que no me hace ninguna gracia!

—¡Cáspita, Ede, tranquilízate! A mí ni me va ni me viene que lo laves o no. Por mí, como si te metes en la bañera con él —dijo George, que lo pasaba en grande atormentando sutilmente a su cuñada y estaba dispuesto a seguir haciéndolo una hora.

Sin embargo, la señora Little estaba roja como una amapola y se le cayeron unas lágrimas.

—George, solo quiero que recuerdes que soy copropietaria de esta casa y que no pienso tolerar que me hables así —dijo ella—. Y si vuelves a hacerlo, me iré de aquí inmediatamente con Earl y ya te apañarás tú con todo, hipoteca incluida.

—Vaya, George, te has pasado —dijo Kitten—. ¿Por qué tienes que sacar siempre las cosas de quicio? ¿Es que no sabes hacer una broma sin ponerte grosero? Mira, la has hecho llorar.

Se acercó a su hermana y se puso a acariciarle los hombros, a ofrecerle esquinas limpias de pañuelos de papel un poco usados y a murmurarle palabras con las que las mujeres se consuelan unas a otras.

—Está bien, no hace falta que te pongas así conmigo —dijo George, dándose enseguida por ofendido, como suelen hacer los grandes bromistas—. Sé perfectamente que tengo que pagar una hipoteca como todo el mundo en esta casa, pero si no quieres que también se entere Earl, no grites tanto. No hace falta que me lo pases por los morros cuando acabo de volver de cinco días en la carretera.

—Cada vez que vuelves de la carretera solo piensas en una cosa —dijo la señora Little, como ofendida en su honra.

—¿Ah, sí? Bueno, no hace falta que te metas conmigo solo porque a ti te falte —replicó el cuñado, convencido de que ahora el agraviado era él.

—¡Georgie! ¡Retira esas palabras ahora mismo! —lo increpó su mujer—. Aunque Ede haya tenido mala suerte y deba defenderse sola en la vida con su hijito no tienes ningún derecho a reprocharle que, por llevar vida de soltera, se ponga nerviosa y refunfuñona...

—¡No me pongo refunfuñona! —chilló la señora Little y, escondiendo la cara en los cojines del sofá, se echó a llorar.

—¡Mira lo que has hecho! —aulló George, satisfecho de poder culpar de algo a su mujer.

—¡Ma... mi! —se oyó gemir al niño.

—¡Ay, Dios! ¡Has despertado a Earl! —dijo la señora Little secándose las lágrimas a toda prisa—. ¡Ya voy, mi amor! ¡Ahora mismo va mami contigo! —Salió rápidamente de la habitación.

—Bueno, ya has conseguido liarla —dijo Kitten.

—¡Vamos, Kitten, no fastidies! No es ella la única que está nerviosa. Llevo cinco días en la carretera y estoy más inquieto que un gato. Ya sabes cómo me pongo.

—Ya lo creo —dijo Kitten con intención de reprochárselo, pero se le escapó un deje de satisfacción en la voz.

—De acuerdo, no te gustaría que no volviera a casa en este estado, ¿a que no? Es el mayor halago que se le puede dedicar a una mujer, pero no hace falta que saques las uñas porque me meta un poco con Ede. La verdad es que me meto con ella por no sacudirle un puñetazo.

—¡Vamos, George! ¡Estás hablando de mi hermana!

—Lo sé de sobra, pero es que me da ardores en la otra punta del aparato

digestivo, como decía uno. Tenemos que buscar una casa para nosotros solos, Kitten.

—Ya lo hemos hablado mil veces, Georgie. Esta es grande y compartirla con Ede sale mucho más económico que irnos a otra los dos solos. Pagamos la hipoteca a medias y además sacamos lo del inquilino, no lo pierdas de vista.

—No me gusta tener inquilinos.

—Es dinero, y el señor Higgin no es ninguna molestia. Y menos para ti, que te pasas casi toda la semana fuera de casa. ¿A que no te gustaría desaprovechar la habitación que nos sobra?

—No, supongo que no. Pero en esta casa solo se piensa en el inquilino, en Ede o en el dichoso niño.

—¡Ah, vamos, cielo, no te pongas así! En esta casa hay algo que es solo para Georgie.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Yo —dijo Kitten, y dio a su marido un abrazo largo y apasionado.

Era una mujer menuda y bonita y, como amaba a su marido y él la correspondía, resultaba suave y atractiva. En cambio, Edith, a pesar de ser madre, parecía áspera y poco apetecible, en comparación con su hermana, que no tenía hijos.

George carecía de romanticismo por completo: era viajante, trabajaba en una empresa de alimentación, tenía grandes entradas en el pelo y, cuando se ponía de pie, le sobresalía el estómago por encima de los pantalones. De todos modos, quería a Kitten en la medida de sus posibilidades y habría luchado por ella como una fiera. La besó con avidez y deslizó la mano diestramente por el escote del vestido. Y así se quedaron un minuto entero, tal vez, hasta que se oyó la llave en la cerradura de la entrada y se presentó el inquilino.

—Espero no interrumpir —dijo el hombre, asomando la cabeza por la esquina del pasillo.

—¡No, no! Pase, señor Higgin —dijo Kitten levantándose de un brinco y alisándose el pelo y el vestido.

—¡Dios, Kitten! ¡No saltes de esa forma! Supongo que es legal, después de seis años de matrimonio —dijo George—. Acerque una silla, señor Higgin.

Bevill Higgin era un hombre pequeño y muy limpio, tanto que lo primero que se veía de él no era ni los brillos del traje ni el deterioro de los zapatos. Aunque su manera de vestir no resultaba excéntrica, era un poco anticuada. Tenía la tez de un fresco color asalmonado, y los ojos azules, claros y brillantes. Para disimular la reluciente calva de la coronilla se peinaba el flequillo, largo y cobrizo, hacia atrás, estilo que le confería una expresión de sorpresa. Tenía la nariz larga y respingona y la boca pequeña, casi siempre fruncida, aunque de vez en cuando lucía una sonrisa que enseñaba unos dientes blanquísimos, brillantes y postizos. Era maestro de elocución y, al contrario que la mayoría de sus colegas, tenía una voz agradable sin ningún

acento en particular, aunque un experto en la materia habría detectado un deje irlandés. Se sentó pulcramente en una silla y les sonrió con picardía.

—No voy a quedarme mucho rato —dijo—, ya veo que están ustedes... ¿ocupados, podríamos decir? —Y se rio; tenía una risa insólita, que solo podría aproximarse a las sílabas «ti-ji, ti-ji»—. Quería pedirles un favor. Me han salido algunos alumnos, unos cuantos, a decir verdad, y no siempre me resultaría cómodo darles clase en sus respectivas casas. Varios son hombres y mujeres de negocios jóvenes, que viven en pensiones. Quería rogarles que me permitiesen disponer de esta sala un par de tardes a la semana (cuando no esté usted en casa, naturalmente, señor Morphew) para impartir dos o tres horas de clase.

—Bien, señor Higgin, tengo que pensarlo un poco —contestó Kitten.

—Lógicamente, deseo pagar algo más por ese concepto, aunque tal vez sea mejor que concretemos la cantidad cuando sepa con exactitud cuántas horas voy a necesitar —dijo el señor Higgin.

—Pues... —Kitten siempre estaba dispuesta a cualquier posibilidad de aumentar los ingresos de la casa. Había que pagar la hipoteca.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos —continuó el señor Higgin—. Aceptaría encantado pagar en especie, dando alguna clase sin cobrar. Usted, señor Morphew, tiene una voz deliciosa; con un poco de ejercicio, ¿quién sabe lo que podría hacer con ella? O el niño de la casa... un niño encantador, pero imagínese la cantidad de oportunidades que se le presentarán en la vida si, desde la infancia, aprende a hablar con... ¿cómo decir?, con un acento que le haga ser *persona grata* inmediatamente entre las personas cultas.

—Sí, estaría muy bien —dijo George, al tiempo que su faceta de bromista vencía triunfalmente a la de amante insatisfecho. Se puso una mano en la cadera mientras con la otra se tocaba el pelo de la nuca y siguió hablando con un acento que, a su parecer, era de persona culta—. Muy buenos días, madre querida. ¡Anoche oí llegar a tío Georgie un tanto achispado! ¡Haciendo eses, qué horror! ¡Oh! —Tras semejante demostración de ingenio no pudo contenerse más y estalló en carcajadas.

—Georgie, eso no tiene ninguna gracia —dijo Kitten.

Como muchas mujeres, sentía un respeto supersticioso por los maestros de cualquier clase y no le gustó que ofendiese al señor Higgin, aunque él sonreía, tan contento.

—¡Ah! Es fácil ver quién tiene talento en esta casa —dijo—. Posee verdaderas dotes para la comedia, señor Morphew. Daría lo que fuera por trabajar un poco con usted, pero conozco muy bien a los hombres de negocios. Tienen demasiadas ocupaciones.

—¿Qué? —dijo George—. Bueno, algunos amigos míos piensan que lo hago bastante bien. En las noches locas del club y esas cosas.

—Lo sé, lo sé —dijo el señor Higgin—. Tengo mucha experiencia en clubs de caballeros. ¡No apta para señoras, claro! —exclamó, y dedicó una de sus risitas a

Kitten—. Pero está muy bien, ¡ah, sí, muy bien! Es una pena que se desperdicie tanto talento en otros menesteres, pero supongo que es irremediable. De todos modos, sería un placer ayudarle.

—¿Se refiere a darme unas clases? —dijo George—. Pues, no sé por qué no. A lo mejor puedo preparar algunas cosas nuevas, oiga, para la noche del club.

—¿Sabe una canción que se titula *The Stub of Me Old Cigar*^[2]? —El señor Higgin guiñó un ojo con picardía—. ¿O *If You Don't Want the Goods, Don't Maul 'Em*^[3]? —añadió, buscando rápidamente a Kitten con la mirada—. Son dos canciones muy divertidas. ¡Me sé la letra entera!

—Trato hecho —dijo George, animadísimo, y habría quedado con el señor Higgin en ese mismo momento, pero llegó su cuñada, saludó al señor Higgin con formalidad y, lapicero en mano, se sentó otra vez a leer el periódico.

—¿Qué opinas tú, Ede? —dijo George—. El señor Higgin va a enseñarme repertorio nuevo. ¡Más números!

—Me da la sensación de que su cuñado y su hermana poseen talento —dijo el señor Higgin—. Tengo buen olfato para estas cosas. Y usted también, señora Little; estoy seguro de que no es, ni muchísimo menos, la menos dotada de esta familia. Sin embargo, el suyo es para las cosas serias, no para las cómicas. Su hermana y usted podrían ser modelos de un estudio de la comedia y la tragedia. ¿Conoce el famoso cuadro de Garrick *Entre la Comedia y la Tragedia*? ¡Qué estampa compondrían, con usted, señor Morphey, en el papel de Garrick, por supuesto!

—Garrick no sé quién será, pero en gorrinos ¡soy un as! —aulló George, pues los cerdos le hacían una gracia tremenda.

—¡Ay, señor Morphey, qué ocurrencia! —chilló el señor Higgin, que se puso de color zanahoria hasta las orejas, de tanto reírse—. ¡Estaría muy bien en la radio! ¡O en la televisión! —Agitaba la manita como si viera infinitas posibilidades para George.

Pero George no fue el único que cayó en sus redes.

—Es curioso que nos compare a Kitten y a mí con la comedia y la tragedia —dijo Edith—, porque siempre ha sido así. Para ella, la vida ha sido una gran comedia desde siempre, mientras que a mí parece que solo me toca el lado feo de las cosas.

—¡Ay, Ede, mujer, no exageres! —dijo Kitten.

—Eso crees tú —dijo Edith—, pero no has pasado por lo que he pasado yo.

—La abandonó su marido —dijo George, que carecía de sentido artístico y no comprendía que semejante revelación solo podía hacerse después de dar muchas pistas más—. A ella y al niño.

—Sí, antes de que naciera el niño —puntualizó Kitten—, y lo que dije yo fue que menudo canalla estaba hecho.

El señor Higgin no respondió, pero miró a Edith con toda seriedad y con los labios tan fruncidos que formaban un círculo perfecto. Finalmente, dijo:

—Tal vez sea mejor que se haya deshecho de él.

—En efecto —dijo Edith, disfrutando de la situación—, pero para mí lo más importante es el deber; él tiene un deber con Earl y mi mayor deseo en la vida es que lo cumpla.

—¿Sí? —dijo el señor Higgin, pues le pareció que era lo que se le pedía. Sin embargo, George, con su torpeza, volvió a robarle el momento de gloria.

—Quiere localizarlo —dijo—, para sacarle pasta para la educación del niño, pero no ha habido suerte hasta ahora.

—Su hijo se lo agradecerá —dijo el señor Higgin, mirando a Edith con solemnidad—. Una buena educación es el mejor pertrecho que un padre puede dar a un hijo para ir por la vida. Hace un momento, le decía al señor Morpew que tal vez podría ocuparme de enseñar algunas nociones al niño; una voz bien educada desde el principio le dará una gran ventaja sobre los demás niños, porque debo decir que aquí, en Canadá, se cuida muy poco el habla. Y con una familia tan bien dotada...

—No, Ede, no dejes que el niño hable diferente de los demás —dijo George—. Los niños necesitan ser normales; cuando uno destaca por algo, se pone a los demás en contra. Si no es exactamente como todos, nunca logrará prosperar ni avanzar en el mundo. No, yo no permitiría que el niño aprendiera a hablar amaneradamente.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Edith, cortante.

—El chico no tiene padre; me creo en la obligación de darle los consejos que daría un padre. Quieres que el niño se haga mayor como todos los demás, ¿no?

—No sé si quiero que se haga mayor para ser viajante de alimentos enlatados —dijo Edith.

—¡Ah! ¿Y qué tiene de malo ser viajante de alimentos enlatados? Es tan válido como dedicarse a pintar casas, digo yo.

—El padre de Earl era pintor de rótulos y carteles —dijo Edith con orgullo.

—¿Y no encuentra usted ni rastro de él? —dijo el señor Higgin, que quería llevar la conversación a aguas más tranquilas.

—Ni la menor pista —dijo Kitten, y añadió pomposamente—: Y desde entonces hasta hoy, Ede ha vivido sin hombres. Bob Little fue el primero y el último.

—¡Ah, no! ¡El último, no, estoy seguro! —dijo el señor Higgin con galantería—. Dentro de un tiempo lo dará usted por muerto y seguro que le salen pretendientes por arrobos. Por arrobos —repitió, paladeando tan succulenta palabra.

—No creo que atraiga tanto una viuda con un hijo —dijo George con más pesadumbre de la verdaderamente necesaria.

—No tengo más remedio que llevarle la contraria —dijo el señor Higgin con su risita: «ti-ji, ti-ji»—. Las viudas son seres muy atractivos.

Y se puso a cantar suavemente:

¿Conoces a la viuda Malone?

¡Caracoles!

Se crio en la ciudad de Atholone.

¡Ella sola!
¡Ay, cómo enamoraba
a los gentiles pastores
la bella viuda Malone!
¡Caracoles!
¡La bella viuda Malone!

Fue un arranque tan inesperado que, concluida la canción, nadie dijo una palabra y el señor Higgin aprovechó el momento.

—No solo poseen una singular belleza melancólica, sino además inteligencia y gusto literario, señora Little —dijo, señalando con la mano el periódico y el lapicero que tenía Ede en las manos.

—¡Ah, lo dice por esto! —respondió ruborizándose sin motivo, que ella supiera—. Es una simple afición que tengo; todas las noches lo leo y señalo las erratas.

—Ede trabaja en casa del director del periódico —dijo George—, un tal Ridley.

—El señor Gloster Ridley —dijo Edith remilgadamente—. Le hago el favor de cuidarle la casa todos los días.

—Friega los platos, aunque cocina él —se burló George—. Se hace todas las comidas. Seguro que hasta se pone mandil. Así acaban los chicos que se salen de lo normal.

—¿El señor Gloster Ridley? —dijo el señor Higgin—. ¿Y usted le corrige las erratas del periódico? ¿Encuentra muchas?

—Bueno, en realidad no se las corrijo —dijo Edith—, pero creo que debo ayudar en todo lo que pueda. No se puede decir que me lo agradezca. La verdad es que no se lo digo muy a menudo, sencillamente, me llevo el periódico con las marcas y lo dejo en su casa para que lo vea. Por lo general no lo mira.

—¡Qué interesante! ¿Y qué clase de erratas encuentra?

—De todas clases. Nombres cambiados al pie de las fotos, erratas de imprenta y cosas así. Como esto... —dijo, señalando lo que había destacado en la página de sociedad—. Mire, aquí, en esta crónica del té de la Liga Femenina Católica. Dice: «La mesa estaba dispuesta en torno a un gran centro de saltamontes silvestres». Debería decir «santimonias silvestres», claro.

—¿Saltamontes? ¿Quiere decir langostas?

—No, crisantemos silvestres. Cuando lo vea lo lamentaré, pero no seré yo quien se lo diga. A veces me da la sensación de que prefiere que no lo haga.

—¡Ah, qué hombre tan susceptible!

—Mucho. Ayer, en un anuncio de boda, pusieron mal la fecha. Decía que se celebraría el 31 de noviembre. ¿Qué le parece?

—Pues que algún pobre hombre ha cometido el error de su vida, probablemente —dijo George guiñando un ojo a Kitten, quien le dio un cariñoso puñetazo.

—No quise decírselo. Él también repasa todo el periódico, pero resulta que yo lo

vi esta mañana, antes de que se fuese a trabajar, y no lo había visto. Seguro que alguien se quejará.

—No creo —dijo el señor Higgin con los ojos muy abiertos—. ¿Es la boda de algún conocido suyo?

—No se puede decir que los conozca personalmente —respondió Edith—. Se trata de la hija de un profesor de la universidad y de Solly Bridgetower. Supongo que a él lo conoce todo el mundo; no hace mucho andaba detrás de Griselda Webster, pero seguro que una chica tan rica como esa no se casa con un don nadie como él. Dicen que lo cortó la madre de él.

—Hay que reconocer que estaría muy bien saber qué ha pasado —dijo el señor Higgin, riéndose—. Si conocen al joven Bridgetower, seguro que se enteran de todo.

—Bueno, no lo conocemos personalmente —dijo Kitten—, pero ya sabe lo que son estas cosas; siempre hemos vivido en Salterton, y se llega a saber quién es casi todo el mundo, aunque no se conozca a todos como para hablar con ellos, entiéndame.

—Tengo que hablar de esto con mi amigo, el señor Shillito —dijo Higgin—. Ocupa un puesto muy alto en el *Bellman* y ha sido muy amable conmigo desde que llegué a la ciudad, hasta el punto de que ha sido él quien me ha recomendado que vaya a la universidad a ver al señor Bridgetower.

La conversación derivó a asuntos más cercanos e interesantes, como las dotes que podían desarrollar los Morphew y la señora Little, la pasmosa inteligencia del pequeño Earl, la nobleza y la fortaleza de una mujer abandonada de treinta y dos años que criaba ella sola a su hijo sin padre, las muchas ventajas de la carrera del servicio doméstico en comparación con la fábrica (porque permitía a una persona refinada seguir siendo ella misma), las aventuras de la vida en la carretera, el arte del comercio, los sacrificios que exigía al viajante y otras cuestiones afines. El señor Higgin resultó tan agradable compañía que estuvieron allí hasta las doce, tomando cerveza y comiendo queso y galletas saladas. Les asombró mucho ver lo tarde que era y, cuando el señor Higgin cantó todo lo que pudo de *Martha* (ópera de Flotow con la que había hecho una gira por el sur de Irlanda, según contó), en versión del Midnight Quartet, los Morphew alcanzaron tales cotas de romanticismo que no se dieron cuenta de que el señor Higgin tomaba la mano a Edith y se la llevaba tiernamente al bolsillo superior de su traje azul con brillos. Cuando Edith se desnudaba en la habitación (a oscuras, para no despertar a Earl), todavía oía la alegre voz de tenor del señor Higgin cantando en la habitación del inquilino y pensó que, por mucho que el señor Ridley guardara las distancias, ella podía agradar a un hombre culto.

TRES

En el Aula de Música de la biblioteca de la Universidad de Waverley, Pearl Vambrace cayó en una deplorable falta de moderación. Si el señor Kelso, el profesor de música, la sorprendiese en ese momento seguro que se enfadaba, y lo mismo el doctor Forgie, el bibliotecario, porque, aunque careciese de oído musical, enseguida identificaba a las ayudantes holgazanas. Sin embargo, había muy pocas probabilidades de que la descubriesen, porque el señor Kelso había suspendido su hora de tarde de Iniciación a la Música y lo sabía todo el mundo, menos el doctor Forgie. Por eso aprovechó Pearl la circunstancia. Había tenido un día horrible y seguro que no cambiaría. Se tumbó en un sillón grande, con la cabeza apoyada en un brazo y las piernas encima del otro, y se entregó a una placentera e ilícita cura de reposo.

El fonógrafo del Aula de Música era un modelo de los más grandes y caros; se podían poner varios discos, que iban sonando sucesivamente sin tener que tocar el aparato, pero, como tantos artistas consagrados, era temperamental y solo podían acercarse a él el señor Kelso y Pearl, su ayudante. Bajo la estricta vigilancia del profesor, Pearl había aprendido a coger los discos solo por el borde, a pasarles la gamuza y a colocarlos en el plato del carísimo y sensible aparato. La habían nombrado ayudante del señor Kelso y encargada del fonógrafo porque en su época de estudiante se había destacado en particular en las clases de Iniciación a la Música; apreciaba todos los estilos y sabía convencer al señor Kelso, para su gran satisfacción, de que tenía un gusto muy parecido al suyo, aunque, naturalmente, mucho menos desarrollado. Si se trataba de canto gregoriano, ella lo apreciaba; si era un cuarteto de Bartók, también. Y lo que arrancaba al señor Kelso su gélida y reacia sonrisa era que la sensibilidad de Pearl, como la suya propia, no se dejaba contaminar por la sensiblería; al contrario que la mayoría de sus alumnos, la joven no se extasiaba como una tonta; parecía que entendiese de verdad lo que era la música y lo que él, con su voz curiosamente inarmónica, decía sobre ella. El otoño después de licenciarse, Pearl fue contratada por la biblioteca de la universidad y el señor Kelso solicitó sus servicios de auxiliar para sus clases en el Aula de Música.

Al señor Kelso nunca se le habría ocurrido pensar que Pearl fuese una hipócrita ni que la Iniciación a la Música, tal como él la enseñaba, fuera una materia que hasta el alumno más duro de oído podía aprender y aprobar. Sin embargo, así eran las cosas, y el puesto de ayudante del señor Kelso y guardiana del aparato le daba la oportunidad de explayarse de vez en cuando entregándose a lo que sabía que era un aspecto vil de su personalidad.

Entre la enorme colección de discos fonográficos de la Biblioteca había un centenar que el señor Kelso calificaba de «ejemplos horribles». Se trataba de obras musicales que aborrecía, cantadas o interpretadas por músicos a los que también detestaba. De vez en cuando ponía uno de esos ejemplos para prevenir a sus alumnos contra herejías musicales tan condenables. Pearl tardó mucho tiempo en reconocer y aceptar que, de la misma forma que a veces, en un arranque incontenible de sensualidad, tenía necesidad de comprar y comerse una docena de rosquillas, en

algunos momentos, la única música que deseaba oír eran los ejemplos horribles y nada más.

Así se encontraba la tarde del día primero de noviembre, tumbada en el sillón, con diez deliciosas rosquillas grasientas a mano en una bolsa, en el suelo, y, en el plato del fonógrafo, lo que ella llamaba un Concierto Mixto Vambrace. En ese momento, en la sala de conciertos de su mente, la pianista Pearl Vambrace, mundialmente famosa, tocaba *Rustle of Spring*^[4] de Sinding; mientras el sonido se precipitaba y burbujeaba en cascadas desde el instrumento, el público se preguntaba cómo era posible que una joven tan frágil produjese una sonoridad que podía corresponder (y en realidad correspondía) a la de dos intérpretes, cada cual con un piano. La única respuesta posible era la maestría que acreditaba a los artistas que se entregaban por completo a su arte... La primavera dejó de crujir, el gramófono soltó una discreta y costosa tos e inmediatamente atacó los suaves compases de *I'll Sing Thee Songs of Araby*^[5]. Pearl Vambrace, la contralto del siglo, de pie junto al piano, cantaba la dulce balada con una belleza melancólica que evocaba intensamente la voz de un grandísimo tenor galés del pasado: «... engañaros con un suspiro o hechizaros con una lágrima...». Con una dulzura que deshacía el corazón, con una inefable cursilería romántica, la exquisita voz se elevó hasta la última nota y, con los ojos empañados, Pearl metió la mano en la bolsa de rosquillas... El primer lote de discos ya llegaba al final. Solo quedaba uno. Era *Valse Triste*, de Sibelius, al que el señor Kelso llamaba por costumbre aberración del genio, aunque a Pearl le parecía otra cosa muy distinta. En ese momento, apareció en su escenario imaginario Pearl Vambrace, la gran bailarina, que flotaba con patética gracilidad interpretando una danza de amor y muerte. Era de una belleza insoportable y, sin embargo, no sabía por qué, hacía la vida más llevadera. Por ejemplo, le permitía pensar en su padre sin perder del todo la compostura.

Para Sherlock Holmes, los casos difíciles eran dilemas de tres pipas. Para Pearl, su padre empezaba a ser cada vez más un dilema de una docena de rosquillas. A la hija del profesor le resultaba muy difícil pensar siquiera en él si no contaba con el consuelo del mazacote grasiento de doce rosquillas distribuido por diferentes puntos del tracto digestivo. Por ejemplo, su comportamiento de la noche anterior: la cólera tremenda, el arrebato retórico después de hablar por teléfono con el deán Knapp... Era la única forma de poder ponerse a pensar en todo eso. Al principio estaba más atónito que enfadado, pero poco a poco, a lo largo de una hora, fue subiendo el tono de voz y montando en cólera. ¡Y qué cólera tan personal la suya! ¡Tan enorme... y toda suya exclusivamente! Como si su madre y ella fueran culpables, en vez de víctimas de la misma desgracia o escándalo que él.

Su madre se lo tomó como de costumbre, tratándose de complicaciones, con incoherencia, llorando y, por último, rezando con mucha congoja. No se podía negar que amaba a su marido y a Dios, desde luego, pero se ponía igual de temerosa y culpable ante cualquiera de los dos. Es posible que todo hubiera sido más fácil en

casa si su padre no hubiese prohibido a su madre que la educasen en el catolicismo. Naturalmente, Pearl sabía que cuando se casaron, su padre había prometido («como si lo hubiera prometido», decía su madre, las pocas veces que se lo había contado) abrazar la fe de su mujer, pero después no lo había cumplido (o, como decía la madre, «le había sido imposible cumplirlo»). Luego se empeñó en que Pearl fuese agnóstica, como él, cosa que hizo sin incurrir en negligencia ni omisión del aspecto religioso de la educación de su hija, pues empezó a aleccionarla sobre la naturaleza de la fe, concepto del que tenía mala opinión, mucho antes de que Pearl pudiera entender lo que le decía. Y, a medida que aumentaba la devoción de la madre y cuanto más tiempo dedicaba a la meditación y el ejercicio espiritual, más agresivo y crudo se volvía el padre contra la fe religiosa. La vida en familia no resultaba fácil. Sin embargo, como hija fiel que era, jamás se le ocurrió pensar que su casa fuera un infierno en muchos aspectos.

La noche anterior, su madre se pasó al menos dos horas arrodillada en el reclinatorio de su habitación, llorando en silencio y rezando. Pearl no disponía de ese refugio. Su padre no dejaba de pasearse echando chispas por los ojos e incluso, en cierto momento, espuma por las comisuras de la boca, verdadera e inconfundible espuma. Decía que un montón de personas desconocidas se había conjurado para desprestigiarlo y ridiculizarlo; que hacía algún tiempo que tenía vagas sospechas; sí, todo había empezado cuando le negaron el merecido derecho al nombramiento de decano de Humanidades. ¡Fue cuando votaron para el cargo al difunto profesor Bridgetower! ¡Un científico, un geólogo, por favor, que ni siquiera tendría que estar en la facultad de Humanidades si el programa de estudios de la universidad no fuera tan anticuado y ridículo! Por mucho que lo llamaran profesor de Filosofía Natural, en la actualidad, semejante terminología resultaba tan absurda como si pudiera existir una cátedra de Frenología. Se habían confabulado para hundirlo y lo habían conseguido. Pero, no contentos con tan deshonrosa victoria, ahora pretendían desprestigiarlo a costa de su familia, a costa de su único descendiente: ¡su hija! ¿Qué habrían llegado a urdir, preguntaba el profesor al mundo en general, si su hija hubiera sido varón?

La primera parte del Concierto Mixto Vambrace concluyó y Pearl se levantó a poner otros cuantos discos en el plato. Sin embargo, el primero de la selección era una interpretación al violín de *The Londonderry Air* y de pronto le pareció que no podría soportar nada irlandés por excelente que fuera. Entonces puso la Sinfonía Número 6 de Chaikovski y, en un abrir y cerrar de ojos, en su inmensa sala de conciertos imaginaria, la gran directora Pearl Vambrace enseñaba al arrobado público lo patética que podía llegar a ser la *Patética*.

No, definitivamente, nada irlandés. A Pearl le hacía cierta gracia tener sangre irlandesa por ambas partes de la familia, pero con lo de la noche anterior ya tenía suficiente Irlanda, de momento. El profesor Vambrace era muy consciente de su herencia irlandesa, cosa que, en épocas de tensión, le permitía identificarse con dos

grandes personajes, muy atractivos para su temperamento histriónico. El primero era el del celta noble, orgulloso, irónico y de modales aristocráticos; ¿acaso no era primo del marqués de Mourne y Derry? El otro era el celta indómito y romántico que no comulgaba con las bonitas consideraciones sajonas sobre el raciocinio, el pragmatismo y, por supuesto, los hechos. Cuando se ponía ese disfraz intelectual, adoptaba una manera de hablar que, sin ser irlandés cerrado, resultaba muy desenvuelto y extravagante, salpicado además de bufidos iracundos y carcajadas siniestras. Ese estilo se debía en gran parte a las obras de Dion Boucicault que el profesor había visto en la infancia. Era una interpretación melodramática, pero Pearl y su madre la veían tan de cerca que eran incapaces de juzgarla. Temían al profesor cuando se ponía así, porque podía llegar a ser muy cruel.

La víspera, la encarnación de ese personaje había sido una de las más largas y recargadas. Según él, era un hombre perseguido; lo acechaban y lo ridiculizaban quienes envidiaban sus méritos intelectuales, su integridad y su dignidad personal. Quienes lo aborrecían porque era diferente habían encontrado la manera de rebajarlo, o al menos, de intentarlo. ¡Ja, ja! ¡Qué poco lo conocían! No gozaba de éxito social, lo sabía perfectamente. Sabía que las cartas que había remitido al Ayuntamiento a propósito de la recogida de basuras no le habían granjeado amistades. Todavía coleaba el forcejeo con la delegación de Educación, cuando se negó a que Pearl se vacunase a requerimiento de la institución. Se había manifestado abiertamente en reuniones de la facultad y, claro, quien atacaba a colegas incompetentes (en público, por descontado, no por la espalda, como perros astutos al amparo de la noche) no podía esperar la aceptación social y, menos aún, un nombramiento. Era fácil que su éxito como actor aficionado despertase envidia; su actuación en el personaje de Próspero había sido un triunfo, aunque modesto, pero todo triunfo acarrea detractores. Había luchado abiertamente, como un hombre, contra la estupidez, la tiranía jerárquica y la mediocridad, y conocía el mundo lo suficiente para saber que solo podía esperar resentimiento a cambio.

Pero ¡que lo atacaran a costa de su hija! ¡Ni con su gran capacidad previsor se le habría ocurrido jamás! ¡Un falso anuncio de boda, cuando todos sabían que ni la sombra de un pretendiente había traspasado jamás el umbral de su casa! ¡Qué crueldad! Eso era atacar en el punto más débil, en el que un hombre apenas puede defenderse. Le asombraba, ¡ja, ja!, que recurriesen a la crueldad, pues para eso se requería cierta imaginación, y eso sí que no se lo esperaba. Si eran capaces de acusar a su hija de un compromiso de boda, no tardarían en lanzar la noticia de que su mujer era bruja.

Chaikovski, filtrado por el espléndido aparato, iba a expirar; el aula se llenó de gruñidos, de reproches, de sufrimiento eslavo. Pearl tenía los ojos anegados en lágrimas y bajó la mano al suelo en busca de la penúltima rosquilla.

Fue su madre quien estalló primero: se marchó llorando a su habitación. Sabía que las lágrimas de su madre no eran solo por su marido, sino también por ella, su

hija. Desde luego, su padre no se daba cuenta del daño que hacía repitiendo tantas veces y de tantas formas distintas que ningún joven se había interesado por ella. No es que a ella le importase, pero suponía que, en esas cosas, las chicas tenían un deber para con la familia, pues a nadie le hace gracia que piensen que su hija no tiene encanto.

En una ocasión, por pura casualidad, ese mismo Solomon Bridgetower la había llevado al baile de los militares, el mayor acontecimiento social del año en Salterton, pero fue cuando estaban los dos trabajando en la misma obra de teatro y la había invitado por conveniencia, nada más. De todos modos, habían pasado cuatro años y no había vuelto a hablar con él más que unas pocas palabras. Por otra parte, ese chico era propiedad de una bella heredera de la ciudad, Griselda Webster, aunque ocupaba un lugar muy bajo en su lista de pretendientes. Era muy raro que a alguien se le hubiese ocurrido gastarles una broma. Lo cierto era que, desde aquel día del baile, ningún otro chico la había invitado a ir a ninguna parte.

No, no era cierto del todo. La verdad era que no se le había acercado ningún chico que pudiera gustarle, aunque últimamente se había dado cuenta de que Henry Rumball, un reportero del *Bellman* que iba todos los días a la universidad en busca de noticias, se desvivía en atenciones con ella, pero el pobre era el hazmerreír de las chicas de la biblioteca.

Solomon Bridgetower, en cambio, tenía algunas admiradoras. Esa misma mañana, nada más dejar el abrigo en la taquilla de la sala de bibliotecarios, se dio cuenta de que pasaba algo que tenía que ver con ella. La primera que se acercó a felicitarla fue su mayor enemiga, la señorita Ritson, de Catalogación.

—¡Vaya! —le dijo—. ¡Qué calladito lo tenías! ¡Se lo has quitado a Tessie delante de sus propias narices! Veo que todavía no llevas anillo de prometida. ¿O es que prefieres no ponértelo para trabajar? Enhorabuena, querida.

La señorita Ritson se marchó canturreando irónicamente, pero Pearl, educada con ahínco en el agnosticismo, no lo advirtió. Lo que canturreaba la señorita Ritson era: «Los caminos del Señor son inescrutables. Él obra maravillas».

Tessie era la señorita Teresa Forgie, hija y secretaria principal del bibliotecario. Tenía facciones clásicas (es decir, cara de caballo) y una erudición formidable. Era evidente que sería la esposa ideal de cualquier profesor joven y ambicioso; sus amigas de la biblioteca sabían muy bien que había elegido a Solly Bridgetower como depositario de su generosa dote. Sin embargo, la señorita Forgie era tan erudita como noble y, cuando saludó a Pearl, nadie habría podido adivinar que la noche anterior se había dormido llorando.

—Me alegro muchísimo por ti, Pearl —le dijo—. ¡Es tanto lo que necesita un hombre que se dedica a la universidad...! ¡Tanta sencillez femenina y tanta comprensión de su labor...! —Echó una mirada alrededor y continuó en voz más baja—. ¡Necesita tanto, física y mentalmente...! Espero seguir siendo una buena amiga de los dos.

Pearl entendió muy bien el sentido de esas palabras, porque estaba en Referencias, sección en la que se encontraba una subsección de libros cerrada con llave, llamada Reservas Permanentes, en la que se guardaban los libros que solo podían leerse allí y previa presentación de un permiso firmado por el bibliotecario. Tessie creía sencillamente que Pearl se había ganado a Solly con artes sutiles, aprendidas en tratados hindúes del amor y en *Estudio de psicología sexual*, de Havelock Ellis.

Una hora después de la apertura de la biblioteca, todas las chicas la habían felicitado, cada cual a su manera. Algunas parecían alegrarse sinceramente de que pudiera librarse de la biblioteca. Pearl no dijo nada que despertase más curiosidad. ¿Había hecho bien? Sin embargo, su padre había hablado de abogados y juicios y ya no sabía qué hacer: seguro que todo se iría complicando. Se echó a temblar al oír, sin querer, lo que decían en susurros dos compañeras sobre organizarle una fiesta sorpresa.

¡Una fiesta sorpresa! Sabía muy bien cómo eran esas fiestas: las amigas de la novia se reunían y le hacían toda clase de regalos, desde pañolitos hasta menaje de cocina. ¿Qué haría ella, si de pronto le cayeran encima veinte pañolitos o una colección de termómetros de cocina, exprimidores y cortazanahorias? Mientras gemían los últimos compases de Chaikovski, Pearl se encogió en el sillón, se chupó el azúcar de la última rosquilla de los dedos y empezó a sudar de miedo.

De repente se encendió la luz del aula. Era el anciano señor Garnett, el celador de la biblioteca, con el carrito de la limpieza.

—Perdone, creí que no había nadie aquí.

—No pasa nada, señor Garnett. Solo he venido a guardar estos discos, nada más. Por favor, siga usted con su tarea.

—De acuerdo, señorita Vambrace, aunque parece que está todo muy limpio.

—No ha habido clases esta tarde y me he puesto a oír un poco de música yo sola. No se lo va a decir a nadie, ¿verdad?

—Nunca me meto en los asuntos de los demás. Además, tiene derecho a estar sola, creo yo, porque, según he oído, pronto dejará de estarlo.

—Voy a guardar estos discos inmediatamente.

—Es lo que dicen del matrimonio, que uno ya no vuelve a estar solo nunca. Bueno, puede que esté bien o que sea un infierno. ¿Nunca se le ha ocurrido pensarlo?

—Tiro esta bolsa directamente a su papelera, ¿de acuerdo?

—¿Cómo se llama él?

—¿Cómo dice?

—Él, el novio de usted. Me lo han dicho, pero se me ha olvidado. También trabaja en la universidad, ¿verdad?

—¡Ah! ¡Ya sabe cuánto habla la gente, señor Garnett!

—Salió en el periódico, que no es lo mismo. Cuando sale en el periódico es que va en serio. ¿Cómo se llama él?

—¡Ay, se me ha olvidado!

—¿Cómo? ¿Cómo se le va a olvidar eso?

—Bueno, el nombre que decía en el periódico era Solomon Bridgetower.

—Eso es. El joven Bridgetower. Pues resulta que conocí a su padre. Los he visto peores.

Pearl terminó de guardar los discos y huyó de allí. ¡Ay, qué despreciable y débil era! ¡Había pronunciado el nombre ante una persona de fuera de la familia, dando a entender que era su prometido! ¿Qué diría su padre? ¿Cómo iba a salir de ese lío tan horrible?

En veinticinco años de matrimonio, el profesor Vambrace y su mujer no habían logrado un acuerdo satisfactorio en lo que a comidas se refiere; ella siempre estaba ensimismada y pensaba que la comida era una debilidad de la carne; a él le gustaba comer, pero no le agradaba pagar por ello. La consecuencia lógica era que vivían fundamentalmente de naderías y fruslerías. De vez en cuando, la señora Vambrace dejaba cruda, demasiado hecha o completamente quemada una tajada grande de carne, cuyo recuerdo les duraría dos o tres semanas. Nunca comían dulces porque al profesor no le gustaban, pero consumían gran cantidad de queso corriente. Tampoco comían fruta, porque al profesor le parecía que soltaba el vientre peligrosamente, aunque hacía excepciones con la compota de ciruela, pues la consideraba reguladora, es decir, agente del orden gástrico. La nevera, que parecía que no la descongelasen nunca y no olía bien, siempre estaba llena de platillos con restos de la comida anterior, de manera que daba la sensación de que siempre comían las sobras de otros días. Siempre había algún cuenco de grasa en la que freían algo de vez en cuando y, por lo general, postergaban la tarea de fregar los platos.

A pesar de todo, el profesor creía firmemente que en su familia se comía según un programa formal, como convenía a un primo de Mourne y Derry, aunque de momento no lo cumplían. La comida principal del día era a la una de la tarde, hora antes, hora después, pero no consentía que se la llamara «almuerzo», eso quedaba para la gente común. Era la comida. No el almuerzo, sino la comida. Si por casualidad estaba en casa por la tarde, siempre proponía que se saltaran el té. Lo cierto es que hacía años que no lo tomaban. La cena, decía, consistía en un bocado que se tomaba antes de ir a dormir, pero, puesto que lo que comían entre las seis y las ocho no podía considerarse cena de ninguna manera, generalmente la llamaban la colación de la noche.

Cuando Pearl llegó a casa, después de la orgía de música y rosquillas en la biblioteca, eran más de las seis, pero todavía no había preparativos de la colación de la noche, conque se puso a hacerlos. Las nociones que tenía del cuidado del hogar se las había impartido su madre, y como nunca se retiraba el mantel de la mesa, como tampoco la sal, la pimienta y el azúcar, la tarea no le llevó mucho tiempo. Llamó a su madre, que se había acostado un ratito, llamó a la puerta del estudio de su padre y

dieron comienzo a la colación de la noche.

Estuvieron un rato en silencio. Pearl, atiborrada de rosquillas, tonteaba con un plato de compota de ciruela y un trozo de pan. La señora Vambrace comía algo parecido a cartón que le había recomendado el médico hacía muchos años, para sustituir al pan durante una breve enfermedad, y comió un poco de gelatina que había sobrado del almuerzo de hacía dos días, reseca y con un regusto de cebolla, que había cogido en la nevera. El profesor comía más, como es natural en los hombres, y dio cuenta de un plato de macarrones fríos con queso, que regó con leche para animarlo un poco; a continuación terminó unos restos de natillas cuyos componentes no habían llegado a cuajar en ningún momento, aunque tenía una espléndida capa dura por encima. Después de satisfacer el hambre parcialmente, se dispuso a hablar.

—Hoy he dado el primer golpe de mi campaña —anunció.

—¿Sí, querido? —dijo la señora Vambrace, con una expresión serena y afligida que no concordaba con su carácter, pues tenía tendencia a la histeria. Su voz era grave y bonita.

—Llevar la guerra al campo enemigo es una buena forma de proceder. Voy a iniciar un proceso contra el *Bellman*.

—¡Ay, Walter! ¿Un proceso judicial?

—Por supuesto. ¿De qué otra clase podría ser?

—Pero, Walter. ¡Eso puede ser horrible!

—Seguro que lo sabes muy bien, Elizabeth, porque hace mucho tiempo que hay abogados en tu familia.

—¿Has hablado con Ronny?

—Sí, aunque de poco ha servido, porque opina lo mismo que tú, Elizabeth. A él también le parece que un proceso judicial es temerario. Es para decirle que, en tal caso, deje la abogacía y se dedique a otra profesión.

—Pero, Walter, seguro que si te ha aconsejado que no lo hagas es por ahorrarte complicaciones. Mi padre siempre decía que Ronny era un abogado muy bueno, a pesar de su aparente frivolidad.

—También tu padre tenía muy buena fama, Elizabeth, basada sobre todo en su costumbre de convencer a la gente de no ir a juicio. Era un sentimentalista, me temo. Es el defecto de algunos irlandeses. Me parece lógico que Ronny le gustase.

—Si te parece un incompetente, ¿por qué has ido a verlo?

—Esa pregunta es ridícula, Elizabeth. Es de la familia. Es decir, de la tuya, y la familia tiene su importancia. No mucha, pero suficiente. La mía tampoco puede dejarse completamente de lado, aunque no le atribuyo ni la menor porción del éxito que he cosechado en mi carrera. De todos modos, no puedo negar el parentesco con Mourn y Derry. Existe lo que podríamos llamar tradición aristocrática, que consiste fundamentalmente en no dejarse pisotear por un hatajo de gamberros y buhoneros. La familia es útil si infunde valor para resistirse a la vulgaridad, la intrusión y la impertinencia. Quizá Ronny no lo entienda, pero su socio principal sí, no me cabe

duda.

—¿El señor Snelgrove?

—Sí.

—¡Ay Dios, Walter!

—¿Qué pasa con él?

—A mi padre nunca le gustó ese hombre.

—Es muy posible. A tu padre no le gustaba mucha gente.

—Solo superficialmente, Walter. En cambio, el señor Snelgrove le desagradaba de verdad. Decía que se había hecho abogado porque le gustaba hacer daño.

—Tu padre enseguida encontraba algún motivo rocambolesco para desacreditar a cualquier colega que lo ganase en un juicio.

—Eso es cruel, Walter. Además, el señor Snelgrove nunca ganó a mi padre. Mi padre era un abogado muy bueno.

—Lo dice todo el mundo, Elizabeth. Según la opinión general, de no haber sido tan débil, habría podido hacer lo que hubiese querido.

—Tenía un gran corazón, Walter. Éramos una familia muy feliz.

—Si tú lo dices...

El recuerdo de esa familia hizo derramar unas lágrimas a la señora Vambrace, quizá por el contraste entre las rebosantes mesas de antaño y el cariño y el ingenio de su padre, que se emborrachaba todas las noches, y la compota de ciruelas que compartía con Vambrace, invencible campeón de la sobriedad. Pearl, que no quería hablar sin conocer más pormenores de la campaña de su padre, retiró los platos y puso en su lugar la inevitable *pièce de résistance* de las colaciones de la noche: una bandeja grande de galletitas saladas y una tetera de té muy fuerte.

—También he ido a ver al director del *Bellman* —dijo el profesor, después de untar una galleta con una gruesa capa de mantequilla y ponerle un generoso pellizco de sal.

—¿Sí? —dijo ella, vencida toda su resistencia por esa noche.

—Un auténtico papanatas donde los haya —dijo el profesor, y le salieron de la boca, disparadas, unas cuantas migas de galleta—. Como he dicho, la familia sirve de muy poco, pero ese tipo ni siquiera la tiene. Se ha hecho a sí mismo, ¡y hay que ver en qué mamarracho se ha convertido! Se arrugó en cuanto le dije las medidas que pensaba tomar. Es despreciable. En primer lugar, no tiene carácter. En eso sí que influye la familia. En segundo, no tiene verdadera educación, que es donde entra la universidad. ¡Pensar que haya un intelecto semejante al cargo de un periódico...! ¡No me extraña que la prensa sea la fábrica de males que es! Cuando le dije que iba a denunciarlo se quedó más blanco que la pared.

—¿Fuiste a verlo primero a él? —preguntó la señora Vambrace.

—Por supuesto.

—¿Lo amenazaste con denunciarlo antes de ir a ver a los abogados? ¡Ay, Walter!

—Elizabeth, de verdad tienes una idea muy curiosa del papel de los abogados en

la vida de un hombre. Si tomo la decisión de llevar a alguien a juicio, digo a mi abogado que ponga en marcha los trámites. No le pido consejo, le doy instrucciones.

—Padre —dijo Pearl, hablando por primera vez—, ¿qué consecuencias puede tener ese juicio?

—Que se haga justicia, espero; que se nos compense por el gran daño que han causado, que se retracten de tan repugnante ataque. Confío en que esté prevista alguna clase de desagravio para los particulares en casos como el mío. La prensa es poderosa, pero no nos tiene a todos metidos en un puño.

—¿Tendré que declarar yo ante el juez?

—No creo. ¿Qué necesidad habría?

—Si no soy yo, ¿quién lo hará?

—No seas absurda, Pearl. Declararé yo, naturalmente.

—¿Eres tú el denunciante?

—¿Quién, si no?

—Pero ¿en mi nombre?

—No, no, ¿por qué iba a hacerlo en tu nombre? ¿Quieres explicármelo?

—Porque la ofendida soy yo, si es que se ha ofendido a alguien.

—El ofendido soy yo. ¿Cuántas veces he...?

—Padre, yo no pienso ir.

—¿A qué te refieres? ¿Adónde no vas a ir?

—A juicio. No lo soportaría.

—¿Por qué crees que tendrías que ir? Te estoy defendiendo. Eres mi hija. ¿Por qué tendrías que declarar en ninguna parte?

—Padre, ya he cumplido los veintiuno. No puedes defenderme de esa manera. Si me han ofendido a mí, al menos tendré que comparecer para declararlo.

—Tonterías. No tienes ni idea de leyes.

—Eso lo sé seguro. Padre, por favor, no sigas adelante.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo puedes ser tan desagradecida, Pearl? Sé lo que hay que hacer. Tú todavía eres una niña.

—Ante la ley, no. Soy una mujer mayor de edad y no quiero ir a juicio para hacer el ridículo. Hablaré con mi tío Ronny.

El profesor separó la taza de té e hizo un montoncito en el mantel con las migas de galleta.

—Me niego a seguir con esta discusión en la mesa —dijo.

Como pariente que era de Mourne y Derry, defendía con firmeza que hay cosas de las que no se puede hablar en la comida. Sin embargo, tenía la inveterada costumbre de discutir siempre en la mesa y su familia no acababa de saber qué cosas eran las prohibidas.

El profesor y su mujer se retiraron a la salita de estar y se sentaron cada uno en su sillón, a ambos lados de la chimenea. Pearl terminó de recoger los platos, los llevó a la cocina, los pasó brevemente por agua fría y los apiló para fregarlos en un futuro

indeterminado. Según la tradición doméstica de las Vambrace, los platos sucios podían fregarse más tarde siempre y cuando se pasaran por agua previamente. Después fue a la salita y, de pie entre sus padres, esperó a que alguno de los dos le dijese algo, pero como ni siquiera la miraron, hizo acopio de valor y tomó la iniciativa.

—Padre, por favor, un juicio, no.

—¿Cómo dices?

—Por favor, un juicio, no.

—Haré lo que me parezca conveniente.

—Sí, pero piensa en las consecuencias que puede tener para mí.

—¿A qué consecuencias te refieres exactamente?

—Tendré que ir a declarar que todo ha sido un error o una broma o lo que sea. Me harán preguntas. Seré el hazmerreír de la ciudad.

—Tu honor quedará a salvo.

—Pareceré tonta.

—Y dime, ¿qué crees que parecerás si no se aclara con toda la fuerza de la ley que todo es una sucia mentira?

—¿Qué tiene de sucia?

—¿Qué? ¡Cómo puedes preguntar eso! ¿Es que no te das cuenta de que es un ataque a mi persona? ¿Es que no es nada hacer anuncio público de que mi hija va a casarse con el hijo de una familia que siempre ha pretendido despreciarme y degradarme?

—Creía que ya habías olvidado el asunto de los Bridgetower.

—¿Por qué lo creías, si se puede saber?

—Has sido compañero de Solly en el Teatro Joven una buena temporada.

—¿Solly? No tenía la menor idea de que lo trataras con tanta familiaridad.

—Todo el mundo lo llama así.

—¿Se lo llamas a la cara?

—No, no exactamente; nos vemos muy poco.

—Tanto mejor.

—Pero, padre...

—¿Sí?

—Que...

—Sí, sí, sí. Si tienes algo que decir, dilo.

—Que... bueno, que...

—Vamos, Pearl, ¿de qué se trata?

—Es que no sé cómo decirlo.

—Eso quiere decir que no estás preparada para hablar. Es fácil expresar lo que se comprende con claridad. Piensa un poco más. Estoy seguro de que, cuando lo hayas pensado otra vez, estarás de acuerdo conmigo.

Pearl se fue a su habitación, se puso un vestido más bonito y se arregló. No se le

daba bien arreglarse; por más empeño que pusiera, siempre parecía un poco desaliñada y mal peinada. Pensando con desazón que era incapaz de convencer a su padre, se limpió la cara ante el espejo (que tenía una melladura). ¿Cómo explicarle lo que sentía realmente? ¿Cómo decirle que un juicio de esas características le pondría las cosas más difíciles para llegar a casarse, que incluso se lo impediría por completo?

Nunca había podido pensar en sus padres con objetividad y, por tanto, no sabía por qué eran como eran. De lo que estaba segura era de lo mal que se lo tomarían si les diera a entender que tenía interés en casarse y que para ella el matrimonio era un factor importante de la vida. Aunque tampoco es que lo tuviera tan claro por su parte. No había hecho nada para atraer a ningún hombre ni ningún hombre había demostrado interés por ella. No sabía muy bien lo que sería la vida de casada ni cómo le gustaría que fuera su marido. Sin embargo, estaba plenamente convencida de que quería un marido y de que, si no lo encontraba en algún momento, su vida sería incompleta. Era humilde, no esperaba un príncipe azul y no creía que fuera fácil casarse, pero tampoco veía motivo para no conseguirlo, si lo conseguían otras chicas menos atractivas que ella.

También sabía que si había juicio y su padre decía que ella tenía que comparecer en la sala y ponerse en ridículo, lo haría irremediablemente. Protestaría, desde luego, pero desobedecer era impensable.

Habría sido maravilloso marcharse sin decir nada a sus padres, pero no podía hacer una cosa así. Se puso el abrigo y fue a verlos.

—No creo que vuelva muy tarde.

—¿Es que vas a salir? —dijo el profesor, mirándola con asombro histriónico.

—Los Yarrow celebran una fiesta y me han invitado.

—¿Cuándo te invitaron?

—Hace una semana, por lo menos.

—¿Y piensas ir, después de lo que ha pasado?

—Pues... ¿por qué no, padre?

—¿Por qué no? Pearl, ¿es que te has vuelto loca? Estamos aquí, a punto de emprender una acción judicial porque han relacionado tu nombre públicamente con el único hombre de Salterton al que deberías evitar por encima de todo, ¿y me preguntas por qué no debes aparecer en público? ¿Es que no tienes sentido de la oportunidad?

—Pero, padre, ¿tenemos que encerrarnos hasta que termine todo esto? ¡A lo mejor pasan meses!

—Al menos no te exhibas por ahí la misma noche del día en que ha aparecido la noticia.

—Bueno, la verdad es que yo no tengo la culpa.

—¿Te ha preguntado alguien por el asunto?

—Me han felicitado unas cuantas compañeras de la biblioteca.

—¿Y les has contado la verdad?

—No he dicho nada. No sabía qué hacer. Me pareció más prudente esperar a ver lo que decías tú. Padre...

—¿Y?

—¿No podría publicar el periódico una fe de erratas, una disculpa o algo así, y ya está?

—Se niegan en redondo.

—¿Se lo dijiste?

—Les entregué una disculpa por escrito y la rechazaron. Con insolencia.

—Creo que es mejor que vaya, si no sospecharán más.

—¿Estás segura?

—Así son las cosas, padre, ya ves.

—Lo que veo es que has decidido no dejarte guiar por mí en este asunto. Eres muy dueña, supongo.

—Por favor, no te lo tomes mal.

—Ya has cumplido los veintiún años.

—Creo que tengo que ir, de verdad, lo prometí.

—Así son los tiempos que corren, así es el Nuevo Mundo, supongo. Esperaba que la familia se mantuviese unida en este asunto.

—Bueno, padre, claro que me quedaré en casa, si pones las cosas así.

—No, no. Quieres ir, pues vete. No te quedes en casa mirándome con cara de reproche todo el tiempo.

Y al fin, después de algunas palabras más, Pearl se marchó profundamente avergonzada de sí misma.

Waverley era una universidad seria. Se estaba poniendo en marcha la apertura de la facultad de Periodismo, pero no sin antes haber sostenido un largo debate y haber superado una oposición considerable; como decía el profesor Vambrace, todavía se mantenía vinculada a la facultad de Humanidades la figura del profesor de Filosofía Natural, que además era el decano de la de Ciencias. Sin embargo, el capellán de la universidad era un hombre muy activo y cargaba con tanto trabajo que había solicitado un ayudante; en septiembre, su sección se vio ampliada con Norman Yarrow, doctor en Filosofía, para quien el puesto era el primer nombramiento de su carrera.

Norman Yarrow tenía treinta y pico años y, después de doctorarse, había trabajado dos años en el departamento de Servicios Sociales de una gran ciudad canadiense. Cuando lo invitaron a formar parte de Waverley pudo contraer matrimonio con Yolande Spreadwald, una joven que también trabaja en los Servicios Sociales, en calidad de directora adjunta de animación social.

En el círculo en el que se movían, todo el mundo estaba de acuerdo en que Norm Yarrow y Dutchy Spreadwald estaban hechos el uno para el otro y que formaban un

equipo invencible. Según los empleados de los Servicios Sociales, Norman no era un psicólogo chiflado, como tantos otros. No parecía seguir ninguna escuela de psicología en concreto. Él reconocía abiertamente que se fiaba más del sentido común que de cualquier teoría, y que esa era su referencia en el trato con gente que parecía necesitar ayuda psicológica. Cuando se encontraba ante una persona cuya salud mental era aparentemente anormal, lo primero que se preguntaba era en qué se desviaba esa persona de la normalidad. En cuanto lo averiguaba, ya sabía lo que debía hacer. Solo hacía falta reconducirla a una actitud normal de una manera divertida.

Cuando le preguntaban cómo distinguía lo normal de lo anormal, esbozaba una sonrisa lenta e infantil y decía que él mismo era bastante normal —un tipo normal y corriente como cualquier otro, en realidad— y que eso le servía de referencia. Era alto y proporcionado, con los ojos pequeños, pero amables y brillantes. Habría podido considerarse apuesto si no se le hubiera empezado a caer el pelo hacia los veinte años. Atraía a los varones adolescentes y a las mujeres agobiadas, pues les infundía seguridad. Tenía mucha fe en lo que denominaba «la influencia personal en la orientación». Contaba con muchos amigos entre sus colegas de su mismo nivel y tuvo la mala suerte de ganarse enseguida la envidia de su superior inmediato. Tuvo que ser por envidia, porque, si no, ¿qué motivos había para que ese inmediato superior le hubiera insinuado que se buscara otro puesto? Esa clase de envidia no es normal y, sin pérdida de tiempo, Norm dimitió y buscó un hueco en Waverley. Tras una criba de aspirantes y algunas decepciones, el capellán ofreció a Norm un contrato de prueba de un año de duración. Y así fue como se casaron Norm y Dutchy.

Dutchy era tan normal como él. Tenía mucha energía y era incansable, físicamente atractiva, aunque musculosa, y se decía que «sabía hacer funcionar las cosas». Tenía madera de directora de animación, pues estaba convencida de que la inactividad era contraproducente y de que las personas que trabajaban todo el día necesitaban orientación para hacer alguna actividad recreativa por las noches. Contaba también con muchas amistades entre la gente que pensaba como ella y que reconocía su superioridad para el liderazgo. Obraba maravillas con muchos niños, así como con adultos amables y sumisos. Como suele ocurrir en esa clase de trabajo, de vez en cuando tropezaba con algún excéntrico que no quería integrarse en el grupo e inmediatamente se lo mandaba a Norm, quien, a su vez, se encargaba de reconducirlo a una actitud más normal de una forma divertida. De todos modos, ella fracasaba pocas veces. Trabajaba sobre todo con gente que, sin vivir en la pobreza, era pobre y, por lo general, con esas personas es fácil superar la resistencia a las actividades creativas y lúdicas programadas.

Profesaba a Norm un amor sano y normal. Es decir, estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en sus manos por ayudarlo a prosperar en la vida, pero sin dejarse anular por el matrimonio, porque, como decía a menudo, el matrimonio era una sociedad de iguales, sin superiores.

Norm la amaba lo normal, como era de esperar. Es decir, que, como decía a Dutchy en la época de maduración de su amor, mientras el matrimonio funcionara con normalidad perfecta, él estaría con ella al cien por cien.

Sus muchos amigos solían decir que eran una pareja ideal. Tuvieron muchos regalos de boda: entre otros, un juego de doce manteles individuales lavables de cuero acharolado, fabricado y regalado por el Sexto Pabellón de Obreras Curtidoras, que fue donde Dutchy cosechó su primer éxito profesional como animadora social. Después de la boda, celebraron una fiesta maravillosa que organizó ella, en la que, por una vez, todo el mundo sabía los pasos de todas las danzas de parejas dobles que se bailaron.

La fiesta a la que iba Pearl era la primera que organizaba la pareja en Salterton, la única de toda su vida, en realidad, sin contar la de la boda, pero es que habían hecho muchos amigos rápidamente. Norm gozaba de gran aceptación entre sus alumnos, entre algunos de los miembros más jóvenes del profesorado y entre el personal administrativo y el de la biblioteca y, por lo visto, tenía trato íntimo con mucha gente. Y es que inspiraba confianza enseguida, tal vez por su actitud franca y sencilla, tal vez por el título de doctor, que a muchas personas les basta para romper el hielo; o quizá por lo generalizada que está la idea de que los psicólogos son fuente de buenos consejos. Fuera por lo que fuese, el caso es que se había convertido en el confesor de un grupo muy nutrido de individuos que nunca se habían atrevido a confiar en ningún otro miembro de la plantilla oficial ni del Departamento de Psicología. Deseaba recibir en casa a todas esas personas que tanta confianza le ofrecían y a otras dos o tres cuya amistad podía valer la pena cultivar por uno u otro motivo. Y Dutchy estaba encantada de organizar una fiesta, porque, a fin de cuentas, en eso consistía su profesión, aunque confesó a Norm que tenía un miedo cerval a presentarse por primera vez en una fiesta como mujer de un profesor.

—Quiero decir —puntualizó una noche, mientras se lavaban los dientes en el pequeño cuarto de baño de su piso— que, por lo general, en una ciudad nueva, para empezar con buen pie antes incluso de que lleguen los invitados, basta con colgar en la puerta un cartel que diga: «Por favor, quítate los zapatos antes de entrar». Enseguida se rompe el hielo, si logras que todos se descalcen nada más llegar. Pero, tratándose de la universidad... ¡Ay, Dios! No sé hasta dónde hay que tener en cuenta todo eso de la dignidad.

—Sencillamente, haz lo mismo que harías en cualquier otra parte, Dutchy —le aconsejó su marido—. Son gente normal, agradable y sencilla, en realidad. Algunos incluso se sinceran conmigo; no creo que les venga mal un poco de informalidad. Necesitan lo que puedes darles tú.

—De acuerdo —dijo Dutchy.

Y después, cuando estaban en la cama, le dijo que lo más maravilloso era el don

que tenía para percibir claramente que, en el fondo, casi todos eran niños mayores, en realidad.

Pearl había sucumbido, como tantos otros, a los encantos de Norman Yarrow. Lo conoció entre los estantes de la biblioteca, cuando estaba comprobando en *La comprensión humana* una referencia que le había pedido el doctor Forgie.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le dijo un desconocido.

—Lo dudo; estoy buscando *La comprensión* —contestó ella.

Norman Yarrow no podía desaprovechar una oportunidad servida en bandeja.

—¿No es lo que buscamos todos? —contestó.

Pearl se ruborizó, pero él no se rio ni continuó la conversación. Dos días después se presentó en el antedespacho del doctor Forgie para hacer algunas preguntas sobre libros para sus alumnos y, a partir de entonces, habló un rato en dos o tres ocasiones con Pearl, quien, por no tener costumbre de contar con la atención de un hombre, llegó a hablar de sí misma mucho más de lo que quería. Y así fue como recibió la invitación para esa noche.

Cuando oyó el bullicio de la fiesta en todo el piso se dio cuenta de que no se había imaginado una reunión multitudinaria, hasta el punto de que, en el fondo, abrigaba la esperanza secreta de que hubiera poca gente, de poder disfrutar tal vez de una sencilla velada con el comprensivo doctor Yarrow y su mujer, que sin duda sería tan comprensiva como él. Pero ya había llamado al timbre y, al abrirse la puerta, el ruido de la fiesta saltó sobre ella como un perro de gran tamaño. Y se encontró con una mujer joven, que debía de ser la señora Yarrow, tan radiante de vitalidad como una estufa eléctrica; la señora le agarró la mano con tanto ímpetu que le hizo daño.

—¡Eres Pearl! —gritó, para hacerse oír a pesar del bullicio—. Soy Dutchy. Pasa, estamos calentando motores y te llevamos dos copas de ventaja. Esto es el dormitorio, deja el abrigo encima de la cama. Sí, es una cama de matrimonio y es legal; ¿no es fantástico? —Dutchy se reía alto y fuerte, como una novia entusiasmada—. Ahí está el retrete; aunque ahora no lo necesites, seguro que dentro de un rato sí. Vamos, no hace falta que pierdas tiempo en retocarte, niña; te están esperando ahí dentro.

A Dutchy se le habían pasado todos los temores de ser la mujer de un profesor por primera vez. Se los había quitado la ginebra. Ni ella ni Norman eran lo que se dice «bebedores», al menos cuando trabajaban en Servicios Sociales, pero cuando la gente asciende en la sociedad suele cambiar de costumbres. Dutchy sabía que, por su condición de mujer de un profesor, debía aprender a «vivir con elegancia», como lo llamaba ella con toda naturalidad, y el alcohol, aunque era malo para los pobres, seguramente era lo normal en la vida universitaria. A fin de cuentas, Norm era doctor, y ella, animadora social con experiencia, y a la edad de diecinueve años había escrito una tesis notable sobre *La preparación de los padres para la profesión de padres*;

ninguno de los dos se dejaría arrastrar a la bebida y, por lo tanto, se permitían experimentar un poco.

La ginebra le sentó como fuego celestial. El primer trago trajo consigo una súbita toma de conciencia con la que están muy familiarizados los psicólogos y los críticos literarios. Fue como si toda su vida hubiera tenido un vago presentimiento de que existía una esencia milagrosa, un gran poder de liberación, un catalizador de iluminación... ¡y acabara de descubrirlo! ¡Era la ginebra! ¡No había motivo para ponerse nerviosa por ser la mujer de un profesor! ¡No había que preocuparse por que la fiesta saliera bien, porque la ginebra podía enderezar lo torcido y allanar las dificultades! Dutchy, como dijo Norm riéndose, se tiró a la ginebra como los patos al agua.

Pearl entró en el salón comedor del piso arrastrada por la mano, mientras Dutchy gritaba:

—¡Pandilla! ¡Ha llegado una pobre hermana errabunda con dos copas de menos!

Vio algunas caras conocidas, pero a nadie que conociese bien. En la mesa del comedor había una jarra grande de cristal llena de un líquido morado, de la que Dutchy le sirvió un vaso derramando una buena cantidad en la mesa; se lo puso en la mano.

—¡Bébetelo todo! —le ordenó.

Pearl tomó un sorbito con recelo. Era ginebra; sin la menor duda, con un poquito de zumo de uva y agua helada.

Dutchy pidió silencio diciendo a voces:

—¡Un momento, un momento! —y cuando se hizo un silencio relativo, arengó a los invitados con las siguientes palabras—: Y ahora, chicas y chicos, llegamos a la segunda parte de la fiesta. ¿No sabíais que la fiesta tenía dos partes? Pues sí. Tenemos la parte de «¡Hola!», que es al principio, cuando saludamos a todos y nos conocemos. Eso ya ha pasado. La segunda parte es la de «¿Y ahora, qué?», y es la que vamos a empezar. Nos encontramos en el cruce de caminos de la fiesta. Podemos elegir entre «Pues, vaya», que es cuando a todos les gustaría que fuese la hora de irse a casa, o «¡Bieeen!». ¿Qué elegimos? ¿«Pues vaya» o «¡Bieeen!»?

Los invitados, que no conocían los últimos métodos de animación social, se quedaron un tanto perplejos y no respondieron, pero Dutchy estaba acostumbrada a arrastrar grupos con su entusiasmo y enseguida hizo ruido por todos.

—«¡Bieeen!». «¡Bieeen!». ¡Vamos, que se oiga! «¡Bieeen!».

Unos pocos lo dijeron en voz baja.

—¡De acuerdo! —gritó Dutchy alto y claro, y en un visto y no visto puso en marcha el «¡Bieeen!».

Pearl no acababa de entender cómo funcionaba la cosa, porque se desarrollaba velozmente y con mucho ruido. Le pusieron delante de las narices un cuenco con papelitos y eligió uno. Parecía que todo el mundo participase en un juego muy brusco. Atónita y consternada, dio rápidamente un trago al empalagoso cóctel de

ginebra y, en ese momento, recibió un empujón y se lo derramó por la pechera del vestido. Estaba secándose con el pañuelo cuando un hombre le quitó el papelito, soltó un chillido y se alejó corriendo; volvió inmediatamente arrastrando contra su voluntad a un joven que estaba medio escondido en el extremo opuesto de la habitación. Pearl no tuvo tiempo de reaccionar antes de que otro hombre le tapara la boca con esparadrapo y la colocara, espalda con espalda, contra el joven, al que también tapó la boca; después les ataron los tobillos y las muñecas con cordel. La acción se repetía por toda la sala y, al final, solo quedaron libres Dutchy y dos o tres ayudantes musculosos. Dutchy se dirigió a las parejas atadas.

—Bueno, amigos, aquí empieza nuestro «¡Bieeen!». Hemos echado las parejas a suertes y ahora cada cual ha encontrado la suya. Voy a cronometraros y la primera pareja que se desate sin romper el cordel y se quite el esparadrapo sin tocarlo con las manos ¡gana el gran premio! ¿Preparados? ¡Ya! —y disparó con una pistola de juguete que tenía en la mano.

Pearl sabía, porque lo había leído en los libros, que a veces se deseaba la muerte, pero nunca lo había vivido en sus propias carnes hasta ese momento, y es que el joven al que la habían atado era Solomon Bridgetower.

Después de que Pearl se marchara, el profesor Vambrace no se quedó mucho tiempo en el sillón. Un plan iba fermentando en su mente como la levadura. Es decir, parte del plan ya estaba pensado y lo demás no tardaría en salir por sí solo, pero no quiso esperar a que madurase por completo. Quería ponerse en acción. Todavía estaba resentido porque el señor Snelgrove se había apoderado de un agravio y una denuncia que le pertenecían a él y lo irritaba la renuencia de Pearl a cumplir el papel de hija ofendida y sumisa, que no confiase ciegamente en la capacidad de su padre para conseguir que se hiciera justicia. Al parecer, nadie veía el asunto desde la perspectiva justa. Pero él era un hombre de recursos y sacaría la conjura a la luz... porque seguro que había una conjura.

—Voy a ausentarme un rato —dijo a su mujer, y añadió misteriosamente—: tengo que ocuparme de este asunto. Si me llama alguien, di que estoy en casa pero que no se me puede molestar. ¿Entendido?

—¡Ay, Walter! —exclamó ella—. No irás a hacer una barbaridad, ¿eh?

El profesor se rio porque le gustaba que lo llamasen bárbaro.

—No te preocupes por mí, Elizabeth —dijo, casi con ternura—. Sé lo que hago.

Esa última afirmación tal vez fuera exagerada.

El profesor fue al armario de los abrigos y se puso, primero, una chaqueta gruesa debajo de la americana; luego, una bufanda larga y gruesa, recuerdo de sus tiempos de estudiante. A continuación sacó del fondo del armario un abrigo muy largo y pesado de *tweed*, con cinturón en la espalda, que hacía años que no se ponía. Se puso todo eso, más un par de guantes de mucho abrigo y una gorra de *tweed* que rescató

del fondo del mueble del recibidor, y que no usaba desde los tiempos en que las llevaban los jugadores de golf. También cogió un bastón de endrino del paragüero y se miró en el oscuro espejito del mueble. Sin la menor duda, se había disfrazado eficazmente, iba preparado para defenderse del mal tiempo y de lo que pudiera suceder: nadie se atrevería a jugar con él. Parecía un detective, la verdad, pensó, reconociendo por fin la palabra conscientemente. Salió de casa y echó a andar a paso vivo.

Iba disfrazado en relación con su estilo habitual de vestir. Sin embargo, no pasaba inadvertido, pues parecía un fugitivo de un hipódromo irlandés. Era alto y delgado, no podía disimular de ninguna manera sus características zancadas, largas y veloces, ni el silbido que emitía por la nariz al caminar. Pero la fe es un gran don y, a pesar de ser ateo en cuestiones religiosas, creía firmemente, sin sombra de agnosticismo, en sus capacidades y en sí mismo. En su opinión, iba protegido con la capa de la invisibilidad.

No sabía muy bien adónde se dirigía ni qué iba a hacer, pero le pareció que una buena forma de empezar las pesquisas detectivescas era hacer un reconocimiento general. Se encaminó al edificio en el que vivía Gloster Ridley, una mansión victoriana próxima al centro de la ciudad, y cuando llegó, vio luz en los tres pisos.

Todo aficionado a las novelas de detectives —y al profesor Vambrace le gustaba pasar el rato leyéndolas— sabía que la investigación debe llevarse a cabo según la escuela de la fuerza o la de la razón; el detective puede irrumpir en una habitación y luchar con quienquiera que se encuentre en ella, o bien recoger una infinidad de datos, hacer con ellos un mosaico y asombrar a los simples con sus deducciones. El profesor seguía la segunda escuela a pie juntillas. Miró atentamente en todas direcciones y, después de comprobar que no lo veía nadie, se dirigió rápidamente a la parte trasera de la mansión victoriana, donde literalmente tropezó con una prueba valiosa en forma de cubos de basura. Hizo mucho ruido y casi al instante se abrió la puerta trasera del piso más bajo y una mujer vociferó:

—¡Sal de ahí, cochino asqueroso!

El profesor se «camufló», según la jerga detectivesca. Es decir, se pegó a la pared, agachó la cabeza y dejó de respirar. Desafortunadamente, en la maniobra se le cayó el pesado bastón entre los cubos de basura y volvió a hacer ruido.

La mujer, a la que no veía, salió un poco más a la calle y exclamó:

—¡Largo!

Dentro de la casa, alguien hizo una pregunta.

—Son esos malditos perros otra vez —dijo la mujer.

Tiró medio ladrillo entre los contenedores y asustó al profesor; el ladrillo rebotó y le hizo daño en la espinilla, pero entonces la mujer volvió a la casa y, tras unos momentos de rigidez, Vambrace salió con precaución de entre los cubos y los miró atentamente. En uno, con letras mal hechas, ponía ridley. ¡Ajá! Bien, ya sabía que Ridley vivía en ese edificio, pero le satisfizo comprobarlo al más puro estilo

detectivesco. Había otro contenedor con el mismo nombre. ¡Vaya! Le habían dicho que Ridley tenía un interés anormal por la comida, que era un glotón, a pesar de estar tan delgado. De todos modos... ¡dos cubos de basura para un soltero...! ¡Qué decadente!

Como ahí no iba a encontrar nada más, dio la vuelta sigilosamente hasta el frente de la casa y entró por la puerta principal, que se encontraba en una torre victoriana cuadrada que dominaba la fachada. Había tres tarjetas en otros tantos marcos de latón. George Shakerly Marmion; sí, había sido la señora de Shakerly Marmion quien lo había tomado por un perro. Gloster Ridley en el segundo piso. La señora Phillip West en el más alto. Bien, ahora ya sabía dónde vivía Ridley exactamente; había visto luz en el segundo piso, de manera que su hombre estaba en casa. No había coches aparcados en las cercanías; probablemente Ridley estaría solo. Las dotes de deducción funcionaban como la seda y el mosaico se iba completando pieza a pieza. Ciertamente, no había nada nuevo en toda esa información, pero Roma no se hizo en un día.

De repente ¡un ruido en las escaleras, que provenía de la puerta con la placa de Ridley! El detective se quedó sin respiración y, aturdido, reaccionó con gran desacierto, como comprendió inmediatamente. Intentó abrir la puerta de Shakerly Marmion y, al ver que no cedía, llamó al timbre. Los pasos en la puerta de Ridley se hicieron más fuertes y el profesor notó que el pelo de la nuca se le ponía de punta. Escondió la cara contra la puerta de Marmion y, por lo tanto, no pudo ver quién salía de casa de Ridley y se acercaba tanto a él. ¿Por qué no se marchaba ese hombre de una vez y le dejaba huir antes de que se abriera la puerta de Marmion? Pero no; en el vestíbulo estaban los buzones y quienquiera que fuese metió la llave en uno de ellos y se quedó quieto, mirando las cartas, seguramente. Se abrió la puerta de la casa de Marmion y apareció la señora de Shakerly Marmion, a la que conocía un poco y que tal vez lo reconociera a él, si le veía la cara. Era el momento de aplicar el ingenio, y el profesor se sobrepuso.

—¿Quiere suscribirse a *El grito de guerra*? —preguntó, cambiando la voz tanto como pudo y con un acento que, según se dio cuenta después, era de Cork, muy cerrado, aprendido en la infancia.

Para dar una nota de vivacidad al personaje, guiñó un ojo a la señora con complicidad e inmediatamente ella le dio con la puerta en las narices.

El hombre del vestíbulo ya no estaba. El profesor salió rápidamente a la calle y... sí, allí estaba, doblando la esquina en ese momento. ¡Tras él!

Era Ridley. Vambrace se pegó a su sombra (en jerga detectivesca, también). Al cabo de un par de manzanas, se dio cuenta de que la presa, inquieta, apretaba el paso. ¡Ajá! ¡Ridley sabía que lo seguían! El profesor podía ponerse a la altura de las circunstancias; se detuvo un momento y reanudó la marcha, pero cojeando: una buena cojera audible, como si tuviera una pata de palo. ¡Eso era disfrazarse! Con el esfuerzo de mantener la cojera y apurar el paso, el profesor silbaba por la nariz

estruendosamente y se oía con una claridad asombrosa en el aire nocturno de noviembre.

Ridley, casi a la carrera, entró en un portal, subió las escaleras a toda prisa y entró sin llamar. Vambrace conocía el edificio. Era la casa de los Fielding. Bien, la persecución había sido emocionante. Ahora, al más puro estilo detectivesco, se quedaría discretamente en los alrededores, cerca del portal, dispuesto a reemprender la persecución en cuanto su hombre saliera de allí.

El primer pensamiento coherente que tuvo Pearl, después de la consternación al descubrir que estaba amordazada y atada a Solly Bridgetower, fue que eso era lo que pasaba por desobedecer a su padre. Él no quería que fuera a la fiesta, pero ella insistió y ahí tenía el vergonzoso resultado. ¡Cuántas veces pasaba lo mismo! Cada vez que quería reafirmarse y demostrar a su padre que era una persona adulta, se metía en un lío horrible. Era como si Dios se aliara con su padre. Aunque la habían educado en el ateísmo, en el fondo todavía tenía la idea de que Dios era un elemento vengativo que estaba dispuesto a no dejarla levantar cabeza. Nadie se burlaba de Dios ni de su padre, porque, si lo hacías, ¿qué pasaba? Un desastre impredecible y ridículo, como jugar a «¡Bieeen!».

No había tiempo para pensar en cosas tan tristes. Después de divertirse un poco con el espectáculo de los invitados maniatados, Dutchy empezó a pasar entre ellos dándoles consejos.

—Es cuestión de método —dijo—. Lo mejor es empezar por quitarse el esparadrapo de la boca. Después, el cordel. ¡Vamos, chicos, no seáis tímidos!

Norm, que estaba atado a una señora madura que era administrativa de la secretaría general de la universidad, les enseñó a hacerlo. Era necesario frotar la cara contra la del compañero hasta despegar el esparadrapo del todo. La señora madura, que tenía mal aliento y peor humor, no cooperaba mucho, pero solo conseguía que la situación fuese más divertida para Dutchy. De una en una, las parejas comprendieron que ese era el precio de la libertad y, sumisamente, empezaron a frotarse la cara con el compañero. Para los caballeros que no se habían afeitado desde la mañana y para las damas que llevaban mucho maquillaje, fue un asunto doloroso y pringoso. Tenían que retorcer el cuello; el cordel se hundía en las muñecas y en los tobillos; se rompieron algunas medias y se recogió bastante polvo del suelo. La mayoría de los invitados fingía que se divertía con poca convicción; algunos rabiaban por dentro, pero, intimidados por la alegría desbordante de Dutchy y el peso de una cortesía aprendida con dolor, no se rebelaron abiertamente.

Pearl y Solly Bridgetower se conocían perfectamente. Habían trabajado juntos una vez en una obra de teatro —*La tempestad*, la misma en la que su padre había inspirado tanta admiración al señor Swithin Shillito—, en la que él hacía de ayudante de dirección. Se habían encontrado de nuevo en algunas reuniones sociales y ella lo

veía de vez en cuando por la biblioteca. Pero todo eso no era preparación suficiente para frotarse la cara una y otra vez el uno contra el otro, con los ojos húmedos y jadeando con fuerza. Se le puso el pelo en la cara y, al intentar echárselo hacia atrás con un movimiento de cabeza, dio un golpe fuerte a Solly en la nariz con la barbilla. Solly tenía la nariz larga y, por lo visto, muy sensible, porque, a pesar del esparadrapo, emitió un sonido muy parecido a un grito de dolor o a un juramento.

Dutchy, que no paraba de recorrer la sala animando y exhortando a los invitados, se detuvo a su lado.

—¡Vaya! Acaban de contarme lo vuestro —dijo con emoción—. ¡Enhorabuena, niños! Pero esto está chupado para vosotros. ¡Vamos! ¡Poned toda la carne en el asador! ¡Vaya! Seguro que habéis hecho trampa. ¡Apuesto a que te las has arreglado para que te saliera su nombre, Pearl!

—¡No! ¡Fui yo! —dijo uno de los presentes, un dentista grandote, moreno y simpático—. Ni siquiera vi lo que ponía en el papel de Pearl; solo agarré a Solly y los até.

Se rio con la satisfacción de quien cree que ha hecho una buena obra.

Pearl se libró por fin del esparadrapo.

—Quiero quitarme esto inmediatamente —dijo.

—Seguro que lo consigues —dijo Dutchy—. Y, por ser tú, voy a darte una pista: el cordel está atado de tal forma que te puedes desatar inmediatamente si él se tumba en el suelo y tú te arrastras por encima de su cuerpo, hasta la cabeza; así, el cordel se suelta sin deshacer los nudos. ¡Hasta luego!

Y se marchó a animar a otros que rodaban por el suelo como Laocoonte y sus hijos.

Solly emitió un sonido que parecía una súplica. Pearl, enloquecida por las miradas maliciosas del dentista moreno, se echó hacia delante, agarró con los dientes una esquina levantada del esparadrapo de Solly y echó la cabeza atrás brutalmente. Solly aulló.

—Creo que me has matado —dijo, cuando pudo hablar.

—Ojalá —dijo Pearl con mala uva.

—Yo no tengo la culpa. Yo no dije que me ataran a ti.

—¡Ay, cállate!

—Chillar no vale de nada, estando atados tan juntos. Vamos a desatarnos. ¿Cómo es el truco? Yo me tumbo y tú te arrastras por encima de mí o algo así, ¿no?

—No voy a hacerlo.

—Tienes que hacerlo.

—No te atrevas a decirme que lo haga.

—No seas absurda. Si no salimos de esta, nos quedaremos los últimos y tendrás que hacerlo delante de todo el mundo. Vamos, me tumbo ya.

Se tumbó y Pearl no tuvo más remedio que hacer lo mismo. Solly estaba boca abajo y ella, encima de él.

Centímetro a centímetro, fue ascendiendo por la columna vertebral y, cada vez que se movía, Solly soltaba un gruñido. Pero, a medida que avanzaba, las cuerdas iban aflojándose y al final, cuando pasó el trasero por la cabeza de Solly, pudo quitárselas y ponerse de pie. Al momento, Solly, mucho más sofocado, se puso a su lado.

Fue una de las últimas parejas, pero nadie los miraba porque todos estaban entretenidos colocándose bien la ropa y quitándose el polvo y no se fijaban en nada más. Dutchy no les dio tiempo a avergonzarse; parte del método que aplicaba en las fiestas consistía en pasar rápidamente de un juego divertidísimo a otro y no tardó nada en organizar un corro con sus invitados intercalando hombres y mujeres.

—Bueno, niños, el siguiente es fácil —dijo—. Esto es una naranja, ¿la veis? Jimmy, pónstela debajo de la barbilla, ¿veis? —Jimmy, el dentista moreno y entusiasta, obedeció—. Ahora, pásasela a la señora de la derecha, pero sin tocarla con las manos ninguno de los dos, ¿veis? Ahora la tiene ella sujeta con la barbilla y se la pasa al siguiente de la derecha. Así, hasta que dé toda la vuelta al corro y vuelva a mí. Al que se le caiga, deja de jugar.

Dutchy se dio cuenta enseguida de que esa última regla era una equivocación. Los más desconfiados y egoístas dejaron caer la naranja inmediatamente, en cuanto les llegó, sin fingir siquiera que quisieran cogerla. De todos modos, había ocho o nueve invitados que temían los reproches de Dutchy o bien, por algún motivo, sentían necesidad de obedecer a la anfitriona o de verdad les gustaba pasar naranjas de cuello en cuello, porque se quedaron en el medio de la habitación complicando el juego cada vez más, animados por Dutchy. Después de la naranja, lo hicieron con un pomelo, después con un melón. A continuación apareció una sandía, que Dutchy y Jimmy, el dentista, se pasaron alegremente el uno al otro varias veces para demostrar que era posible. La sandía la había aportado un vecino del edificio y, como la había sacado de un arcón frigorífico, se rieron todos mucho más por lo fría que estaba. En cambio a la administrativa de la secretaría general no le hizo ninguna gracia.

—De pequeña no me gustaban nada los juegos de dar besos en las fiestas —dijo— y creía que ya no estaban de moda. Hasta hoy.

Lo dijo en voz baja, pero, sorprendentemente, la oyeron muchos invitados; la facción descontenta se armó de coraje, hasta el punto de que Dutchy notó el cambio de ambiente y decidió no seguir con el programa previsto. No era tonta, pero tenía poca experiencia con gente a la que no podía dominar y que además no veía la dominación con buenos ojos. Sirvió más brebaje morado y adoptó una actitud conciliatoria. Preguntó a los invitados a qué les gustaría jugar a continuación.

En cierto modo, tan peligroso es pedir a un grupo de gente relacionada con la universidad que elija un juego como confiar la elección a una directora de animación social como Dutchy. Inmediatamente, la administrativa de la secretaría general se puso a explicar un juego de adivinanzas al que llamó «El cerebro es el que trabaja» que, según ella, era muy divertido.

—Es como las charadas mudas a las que jugábamos de pequeños —dijo—; se piensa en una palabra, pero para darla a entender, se expresa otra u otras que contengan las mismas letras. Cuando el grupo representa la palabra, tiene que expresar tanto la original como la nueva o nuevas. ¿Está claro?

No lo estaba.

—Pongamos un ejemplo. Supongamos que la palabra verdadera, la que tienen que adivinar los demás, es «paisaje». El grupo la da a entender representando París y masaje. Se indica con gestos la torre Eiffel hasta que los otros adivinen «París». Luego, «masaje» es fácil, basta con imitar los movimientos.

—¿Por ejemplo, arrastrándose de espalda por encima de alguien a quien no conoces de nada? —preguntó una joven masculina del despacho del decano que acababa de verse en esa tesitura con un joven del Departamento de Clásicas, quien, juguetonamente, le había pellizcado el trasero.

La administrativa de secretaría se rio con ganas y continuó.

—Ahora, recordad que la palabra era «paisaje». Bueno, pues también hay que representarla con gestos. Unos representan «París» y «masaje» como hemos dicho y al mismo tiempo otros representan «paisaje», por ejemplo, contemplando un panorama imaginario. ¿Se entiende? Y después, a la tercera o cuarta ronda, podemos complicarlo un poco más.

A nadie pareció gustarle mucho la idea. La joven masculina aprovechó la ocasión para hacer una propuesta ingeniosa: un juego en el que podían estar todos sentados. Tuvo tanta aceptación que se lanzó a explicarlo enseguida.

—Es más fácil que hacer la o con un canuto. Se hacen solamente veinte preguntas, pero dando alguna pista del personaje que crees que es. Un grupo se va fuera y piensa en un personaje: una estrella de cine, una figura del deporte, un personaje histórico... vale cualquiera. Luego, el grupo se sienta en el medio de la habitación y le hacemos preguntas para averiguar el personaje, pero lo más divertido es que, para preguntar quién es, hay que hacerlo indirectamente o con definiciones; el grupo tiene que demostrar que sabe a quién nos referimos, porque si no, pierde el juego. Supongamos que pienso yo en un personaje. Me hacéis preguntas y averiguáis que soy una escritora famosa de la antigüedad; entonces preguntáis «¿Vivías en la isla de Lesbos?». Y tengo que responder: «No, no soy Safo...».

—Y entonces nos reímos todos —dijo la administrativa en un tono más alto de lo debido.

Dutchy nunca se había encontrado con tensiones como esa en su vida de animadora social, pero iba aprendiendo rápidamente el arte de ser mujer de un profesor e intervino a tiempo en la coyuntura, antes de que las dos señoras iniciasen una trifulca, porque eran enemigas desde hacía unos años. Dijo que el juego sería estupendo para inteligencias tan brillantes como las de los profesores universitarios, pero que en la fiesta había algunos borricos, como Jimmy y ella, que no estaban preparados para esas cosas. Por lo tanto, jugarían a las adivinanzas mudas.

Como pasa siempre, algunos de los presentes no conocían el juego, pero les explicaron que consistía en adivinar algo por medio de la mímica y, después de dividirse en equipos, jugaron todos amigablemente e incluso se divirtieron.

Pearl y Solly estaban en el mismo equipo y, aunque ella gesticulaba muy bien y daba a entender las cosas claramente, él era torpe en ese aspecto. Cuando le llegaba el turno de actuar se hacía un lío: fruncía el ceño, se daba con la mano en la frente, agitaba las manos en el aire sin dar nada a entender e incluso se le olvidaba la regla de no decir una palabra y emitía sonidos desesperados que no significaban nada. Pearl lo observaba con desprecio; ¡con ese idiota la había tenido que emparejar un bromista anónimo! Entendió mejor lo que quería decir su padre cuando despotricaba tanto contra lo insultante de la broma.

Por si alguien no conoce el juego de las adivinanzas mudas, digamos que se forman dos equipos; cada uno, por turno, entrega al otro unos cuantos papeles en los que se ha escrito un proverbio, una cita, una frase hecha o algo parecido; cada jugador recibe uno y tiene que dar a entender a su equipo lo que dice en el papel solo con gestos. Si el equipo lo adivina, gana un punto. El otro equipo, puesto que sabe cuál es la cita, refrán, etc., que deben adivinar los contrarios, se divierte mirando.

En la quinta ronda del juego, Norm, que era el capitán de un equipo, entregó el papel a Solly, que jugaba en el contrario, y cuando este lo leyó, gimió y murmuró: «¡la leche!», y soltó un suspiro de desesperación. Norm y su equipo estaban encantados. Solly se volvió al suyo con gran abatimiento y se quedó con la boca abierta, sudando la gota gorda.

—¿Cuántas palabras tiene? —preguntó resueltamente la administrativa, que tenía mucha práctica en el juego.

Con los dedos, Solly indicó treinta y el equipo, desalentado, protestó y dijo que sería imposible. Entre tanto, el equipo de Norm se reía y se burlaba.

—¿Está en verso? —preguntó la administrativa.

Solly negó con la cabeza.

—¿Es un refrán?

Solly, confuso, asintió, negó y asintió de nuevo. Luego se retorció bruscamente para dar a entender que estaba desesperado.

—¿Es una cita? —prosiguió la administrativa, más flemática que un inspector de Scotland Yard.

Solly asintió moviendo la cabeza violentamente.

—¿Una cita de un escritor?

Solly lo pensó un momento, hizo unos gestos sin sentido y entonces, en actitud retórica, señaló a la pared. Luego se acercó a la administrativa frenéticamente y agitó las manos delante de su cara; repitió la maniobra con otro componente del equipo y a continuación perdió la inspiración y se quedó quieto, perdido otra vez, sacudiendo la cabeza.

Con voz grave y tranquila, Pearl dijo:

—Se puede engañar a unos cuantos todo el tiempo, se puede engañar a todo el mundo algún tiempo, pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

Hubo un momento de silencio y, después, el equipo contrario soltó un aullido. Solly se quedó con la boca abierta y, sin acordarse de que ya podía hablar, mimó una alegría inmensa con gestos extravagantes.

—¿Hemos acertado? —preguntó la administrativa.

—¡Desde luego! —dijo Norm—. ¿Cómo lo has adivinado, Pearlie?

—No sé —dijo tímidamente—, pero me recordó a Lincoln y luego señaló al sur, hacia los Estados Unidos, y... bueno, lo dije.

Con ese golpe maestro ganaron el juego y había llegado el momento de tomar algo; por lo tanto, hubo tiempo de sobra para comentar el acierto de Pearl. Esos aciertos tan asombrosos son bastante frecuentes en el juego de las adivinanzas mudas, pero aun así, siempre emocionan. Cuando preguntaron a Solly, dijo que no sabía que la cita fuera de Lincoln ni que hubiera señalado al sur; solo intentaba imitar a uno que engañaba a unos cuantos algún tiempo, es decir, intentaba imitar a un político, lógicamente. Con esas explicaciones, el acierto de Pearl cobró más valor todavía. Norm, que era el psicólogo de la reunión, lo justificó a satisfacción de todos.

—A veces, cuando dos personas se conocen muy bien, pueden comunicarse sin palabras —dijo—. Por ejemplo, algunos días, por la mañana, cuando me afeito, pienso que no quiero huevos para desayunar y, cuando llego a la mesa, Dutchy no me los ha preparado. A lo mejor resulta que no los teníamos y, desde luego, no pasa siempre, pero está claro que entre Pearlie y Solly hay algo en estos momentos... en estos momentos de su relación, quiero decir. La verdad es que parecen hechos el uno para el otro.

El comentario despertó curiosidad, porque los únicos que parecían haber leído el anuncio de la boda eran Norm, Dutchy y su amigo Jimmy. Sin duda, al profesor Vambrace le habría asombrado mucho que diez de los presentes ignorasen por completo el oprobio y la ofensa que se había perpetrado contra su persona. De todas maneras, en cuanto Norm terminó su explicación, todos estaban al corriente y les dieron la enhorabuena con la timidez y la afectación con que se suele felicitar a los conocidos. Dutchy insistió en hacer un brindis con el brebaje morado y llenó todos los vasos rápidamente.

—¡No, no, por favor! —gritó Pearl.

—¡Vamos, no seas tan modesta! —chilló Dutchy.

—¡Te agradecería muchísimo que no lo hicieras!

—Vamos, Pearlie, tienes que vencer la timidez —dijo Norm en tono paternalista.

Pearl miró a Solly con desesperación, pero lo encontró sentado con la cabeza gacha, en un estado de humillación total. Se enfureció con él. ¡Qué imbécil! ¡Ay, cuánta razón tenía su padre! ¡Es tonto de remate!

Norm se puso de pie con la copa a la altura de los ojos, un gesto curioso que solo se usa para proponer un brindis.

—Amigos —dijo en tono potente y vibrante—, brindemos por Pearlie y Solly. Ni Dutchy ni yo podemos decir que haga mucho tiempo que los conocemos, pero sabemos lo que es la felicidad conyugal y creo que eso nos da derecho a hablar en estos momentos. Conocemos a Pearlie mucho mejor que a Solly, es decir, yo, porque hemos tenido unas cuantas conversaciones. Estoy seguro de que todos sabéis lo estupenda que es, aunque la vida no le ha dado muchas alegrías. Es tímida, inteligente, pero no agresiva; cree que ha fracasado en la vida... que carece de atractivo. Además se debate en un conflicto religioso en el que no voy a entrar ahora, aunque creo que los que tenemos una fe sincera, pero moderna y científica, sabemos la soledad que se apodera de quienes no la tienen y vagan por el mundo en la oscuridad, por decirlo de alguna manera. No quiero ponerme solemne en este momento, pero como psicólogo y consejero que soy, sé lo que puede suceder cuando falta el norte de la fe, y nada podía alegrarme tanto (aquí hablo también por Dutchy, lo sé) como saber que Pearlie se ha encontrado a sí misma y ha sublimado todas las dudas, temores y malos presentimientos gracias a esa fuerza inmensa de cuya felicidad Dutchy y yo nos sentimos particularmente aptos para hablar. Me refiero al compromiso de boda, naturalmente. Por eso pido un brindis por Pearlie y Solly y, si consigo acordarme, voy a recitar unos versitos que parecen hechos para la ocasión. A ver... ¡Ah, sí!: «¡Viva el diosecillo alado!»... no, esa no. ¡Ah, ya!:

¡Que viva el dios del amor!
¡Que no mude ni una pluma
cuando los felices novios
en la cama se reúnan!

La reacción al discurso no fue unánime. Algunos invitados se quedaron perplejos. Otros se lo tomaron con la misma intención con que se había pronunciado y, arrastrados por Jimmy, respondieron sin convicción: «Porque son unos chicos excelentes». Pearl no podía estar más deprimida, pero la rabia la ayudó a contener las lágrimas. Solly parecía exhausto. Cuando la canción terminó, dio las gracias de tal forma que ni siquiera Norm y Dutchy se atrevieron a insistir más.

En el cómodo salón de los Fielding llenaban el ambiente los compases del brillante arpegio de *Chotis del visón*, que Humphrey Cobbler tocaba al piano. Gloster Ridley se sentó en el sofá, junto a la señora Fielding, lo más lejos posible del piano. No le gustaba la música y deseaba que el pianista dejara de hacer ruido de una vez. Cerca de él se encontraba la señorita Vyner, hermana de la señora Fielding, una mujer de actitud militar que se acercaba al final de la juventud, pero no había llegado todavía a la madurez, y que estaba dando buena cuenta de una caja de cincuenta cigarrillos, ayudándose de vez en cuando con un trago de *whisky* con soda. Tampoco le gustaba

la música y Cobbler le parecía un pesado y un idiota, únicas opiniones en las que coincidía con Ridley, pero como ninguno de los dos las había expresado en voz alta, no sirvieron para suavizar la aversión recíproca que sentían desde que se conocieron. En cambio, el señor Fielding se lo estaba pasando en grande; sentado en su mullido sillón, seguía la música moviendo un dedo o un pie y esporádicamente hacía un ruido gutural de aprobación. Su mujer también parecía muy satisfecha, cosa que sacaba de quicio a Ridley, porque quería hablar con ella.

No es que Ridley deseara a la mujer del prójimo. Le parecía perfecto que Richard Fielding viviera con Elspeth Fielding, durmiera con ella, fuera el padre de sus hijos y el dueño de su corazón, siempre y cuando él, Gloster Ridley, pudiera ir a verla cuando quisiera, hablar con ella, hacerle confidencias y disfrutar de su presencia. El día de su cumpleaños, en Navidad y el día de Año Nuevo la felicitaba con un beso, pero jamás deseó besarla en ninguna otra ocasión. Sin embargo, su amor por ella era mucho más sincero que el de muchos maridos por sus respectivas mujeres, y eso lo sabía muy bien el matrimonio Fielding. La quería porque era guapa, sabia y amable, y también porque estaba casada y, por tanto, nunca le pediría que hiciera nada con su amor. Las relaciones de esa clase no son ni mucho menos extraordinarias, como tampoco despreciables, al contrario de lo que piensan muchos jóvenes.

—¡Fantástico, Humphrey, fantástico! —dijo el señor Fielding, una vez concluido el brioso final del chotis—. Tendrías que hacer un repertorio entero de cosas así.

—No gustan —dijo Cobbler—. La música es un asunto muy serio. Las colecciones de libros raros funcionan, pero las de música rara, no.

—Pues, entonces, un concierto. ¡Qué buena idea! Podrías hacer una gira tocando un programa de canciones victorianas que ya nadie recuerda.

—No hay público suficiente, y con razón, digo yo. Es basura, aunque resulta fascinante, la verdad. Lo que nos da el auténtico sabor de cualquier época es la basura artística que produce, mucho más que el puñado de obras maestras correspondientes. ¿No le parece a usted? —dijo, volviendo sus ojos negros de pronto hacia la señorita Vyner.

—No tengo ni idea —dijo ella de mal humor.

—Pero esto es genuina cultura canadiense —dijo Cobbler—. Una serie de danzas compuestas en esta misma ciudad en 1879 en honor de la marquesa de Lorne. Título: *Suite de las pieles*. Acabo de tocar *Chotis del visón*. Puedo tocar también *Mazurca del castor*, *Cuadrilla del lince*, *Polca de la chinchilla* y *Redova del armiño*. Todas y cada una de las piezas recrean la real alegría del Canadá Victoriano. Elija una, me las sé todas. ¿Cuál prefiere?

La señorita Vyner no dijo nada, se limitó a mirarlo con un aburrimiento y una incompreensión infinitos, propios de la gente poco aficionada a la música cuando se encuentra entre músicos. El señor Fielding eligió *Redova del armiño* y, al momento, los solemnes y nada sensuales primeros acordes se oyeron en toda la habitación. Ridley suspiró sonoramente.

—¿Por qué no hablas, si es lo que quieres? —le dijo la señora Fielding.

Ridley musitó unas palabras señalando al piano.

—¡Ah! Con esta música no hace falta guardar silencio. Dick y Humphrey van a pasarse así toda la velada. ¿Qué es lo que te preocupa?

—El profesor Vambrace me ha seguido hasta aquí al venir. De verdad, me parece que ha perdido la cabeza. Andaba merodeando por la puerta de mi casa fingiendo que era un representante del Ejército de Salvación —dijo Ridley.

Con algo parecido a una angustia exagerada, que le salía solo cuando hablaba con la señora Fielding, pero en ninguna otra circunstancia, le contó bastante pormenorizadamente los sucesos de la tarde. La señora Fielding, muy comprensiva, le hizo gran cantidad de preguntas y terminaron tan absortos en la conversación que no se dieron cuenta de que la *Redova del armiño* había terminado y que todos estaban pendientes de lo que decían, hasta que habló la señorita Vyner.

—Bueno, supongo que esas cosas son normales en los periódicos —dijo—. Gracias a Dios, no soy socialista, pero me gustaría que el gobierno se hiciera cargo de la prensa, o que ejerciera sobre ella un control férreo, vamos. Hay que enseñarles el sentido de la responsabilidad a golpes.

La señorita Vyner buscaba pelea. Siempre tenía a mano un surtido completo de cosas que la fastidiaban o que no aprobaba y sabía adaptarlas a cualquier tema que saliese a colación. Hacía tres días que estaba de visita en casa de los Fielding, el ambiente de felicidad y armonía la irritaba. Sabía que Ridley era muy amigo de su hermana y su cuñado y le pareció que debía insultarlo por el bien de todos. Pero Ridley no tenía humor para aguantar más insultos ese día.

—Seguramente tiene usted mucha razón —dijo—, pero en tal caso, ni dejarían de existir las erratas ni los periódicos obedecerían a un principio encomiable, sino que serían como el boletín del Estado, y seguramente tan poco rigurosos como los que se publican ahora. Verá, los periódicos los escriben y los publican los periodistas, que son unas personas bastante singulares. Si los expulsa usted y pone en su lugar a funcionarios públicos, no creo que le gustase el resultado.

—No he visto nada singular en los periodistas que conozco —dijo la señorita Vyner.

—Es posible, pero ¿por qué iba a verlo? De todos modos, el periodismo no es apto para cualquiera: el periodista nace, como el poeta. Se caracteriza por un entrometimiento altruista.

—Eso es lo que no me gusta de ellos —dijo la señorita Vyner—. Siempre meten las narices donde no los llaman.

—Sin duda, pero también las meten en lo que interesa a todo el mundo. Ese instinto curioso no se puede encender y apagar como la electricidad. Si quiere disponer de lo bueno de la labor periodística, no le queda más remedio que soportar también sus posibles desventajas.

—Comprendo que defienda el periodismo con tanto ahínco, porque es lo que le

da a usted de comer.

—Sí, y además me gusta ganarme el pan con ello. Me gusta ser periodista y meticón, y no solo porque es algo innato, sino también porque es uno de los pocos trabajos que no ha dejado de ser fiel a sí mismo.

—No hagas caso a Pat —dijo la señora Fielding, porque le parecía que su hermana se estaba enfadando—. Todos sabemos que el periodismo es una profesión honrosa.

—Perdona, Elspeth —dijo Ridley—, pero no me gusta que se considere una profesión. Esa palabra ya no significa nada. Algunos de los que trabajaban en la prensa dicen que es una profesión, pero en general, procuramos no engañarnos. Procuramos no caer en la fiebre moderna de ennoblecer nuestra labor diaria y necesaria. Lo vemos con demasiada frecuencia en nuestro trabajo. La banca y los seguros han logrado ponerse casi a la altura de las religiones; los médicos, jueces y abogados son sacerdotes y nadie debe decir nada en su contra; los maestros proclaman constantemente que trabajan por el bien de la humanidad sin pensar siquiera en ganarse la vida. Todo ese autobombo, esa densa bruma de respetabilidad que se ha formado alrededor de trabajos normales y necesarios asfixia la fidelidad a uno mismo. Lo que todavía conserva el periodismo es una pincelada de picardía antigua, un ingrediente levemente truhanesco y *déclassé*, que es lo que lo hace apasionante. Seguimos viviendo de nuestros propios recursos. No chuleamos al público lector ni lo saturamos con propaganda para que termine creyendo que somos dioses intocables que habitan entre los hombres. Somos de los pocos que quedamos todavía fuera de la maldita respetabilidad total y absoluta. Hasta el más humilde de los nuestros tiene algo del espíritu de Adán, que es lo que nos mantiene jóvenes.

—¡Así se habla! —dijo Cobbler, y tocó un amén en el piano—. Eso es también lo malo de mi trabajo. Se habla demasiado de su nobleza, se cree que el público tendría que arrodillarse ante el artista solo porque tiene el cuajo infernal de decir que es ¡artista!, en vez de ser honrado y reconocer que hace lo que hace porque es para lo que nació. Huyo de la respetabilidad como alma que lleva el diablo, así es mi vida —declaró, mirando hacia la señorita Vyner con los ojos en blanco—. Si me pusiera muy elegante, con un traje nuevo y un cuello postizo limpio, podría pasarme horas y horas todas las semanas parloteando por las asociaciones rotarias de lo maravillosa que es la música y comparándome en excelencia con ellos. ¡No soy tan bueno como ellos, a Dios gracias! En cuanto a urbanidad, no les llego ni a la suela de los zapatos. En cuanto que hijo de Dios, a veces pienso que les saco mucha ventaja, aunque es probable que me equivoque. Tengo una pesadilla que se repite: sueño que voy al Cielo y, cuando me arrastro hacia el Imponente Trono, me ciega el brillo de las hileras de botones del traje que lleva el Anciano de los Días. Entonces sé que he desperdiciado la vida y que me he ganado la reprobación social eterna. ¿No sería terriblemente decepcionante para muchos de nosotros (artistas, pícaros y los que luchan por encontrar algo mejor) que Dios resultase ser el principal promotor de la

respetabilidad capitalista?

Seguía mirando a la señorita Vyner, que estaba un tanto incómoda. Ella nunca pensaba en Dios, pero sentía por Él un respeto latente, porque se trataba de un Ser que pensaba de una forma muy semejante a la suya, aunque con más fuerza. Siempre se cohibía cuando salía Dios en la conversación. El organista continuó.

—Eso que ha contado es fascinante, sobre todo lo de Vambrace haciendo de sabueso. Lo vi en la calle cuando venía hacia aquí y ahora entiendo por qué iba emperifollado como un revendedor de entradas para el hipódromo. No se me ocurrió que pretendiera pasar inadvertido; al contrario, diría que esta noche era el personaje más llamativo de la ciudad.

—Lo que me interesa a mí es lo de la boda —dijo la señora Fielding—. Lógicamente, vi el anuncio en el periódico, no me los pierdo nunca. Me pareció una pareja espléndida. Solly necesita muchísimo una mujer, aunque solo sea por perder de vista a su madre, y Pearl es una niña encantadora y muy guapa, además.

El último comentario sobresaltó a Ridley y a Fielding.

—¿Muy qué? —dijo su marido—. Pero ¡si parece que la hubieran arrastrado por un seto!

—Hace algún tiempo que no la veo —dijo Ridley—, pero la verdad es que nunca me pareció atractiva.

—Eso os pasa porque os estáis haciendo un poco viejos —dijo la señora Fielding—. Cuando un hombre no se da cuenta de lo bonita que es una muchacha menor de treinta años, solo porque va un poco desaliñada y no sabe arreglarse, es que ya empieza a envejecer. Por eso precisamente se juntan los hombres como vosotros con rubitas vistosas y descaradas, si es que os juntáis con alguna, claro. Ya no sabéis distinguir la verdadera belleza. Con quinientos dólares y en siete días podría transformar a Pearl Vambrace ¡y ya veríais como se os saldrían los ojos de las órbitas! Es bastante mona.

—Elspeth y yo nunca coincidimos en cuestiones de belleza —dijo el señor Fielding—. Siempre la ve donde no la encuentro yo. La que sí me parece muy guapa es Griselda Webster.

—Preciosa, te lo aseguro —dijo Cobbler—, pero estoy de acuerdo con tu mujer. La muchacha Vambrace tiene algo especial. La verdad es que a mí no me importa que vayan un poco despeinadas —añadió, mirando con desvergüenza a la señora Vyner, que, por encima de todo, era limpia y ordenada, aunque olía algo a cenicero sucio por lo mucho que fumaba—. Lo de arreglarse mejor o peor puede dar lugar a mucho exceso. La ropa de las chicas es más atractiva cuanto más usada está, porque cobra vida.

—En realidad le gustan sucias, ¿no es así? —dijo la señorita Vyner.

—Exacto. Sucias y llenas de misterio divino —dijo Cobbler, poniendo los ojos en blanco y besándose los dedos—. Tengo un paladar exquisito, lo confieso, y siempre he preferido el queso maduro a la asepsia de los cereales empaquetados del desayuno.

La señorita Vyner se quedó sin respuesta. Aunque no era socialista, creía que la manera de hablar de Cobbler era motivo suficiente para que el gobierno se hiciera cargo de él y le enseñara a ser responsable.

—Desafortunadamente, parece que esta boda tan bien pensada no se va a celebrar de ninguna manera, Elspeth —dijo Ridley—, pero, entre tanto, estoy con el agua al cuello y ni siquiera sé si podré salir de aquí sin tener un encontronazo con Vambrace. ¡He tenido que echar a correr los últimos metros, para llegar!

—Creía que eso era lo que le gustaba —dijo la señorita Vyner—. Por lo que acaba de decir ahora mismo, me pareció que añoraba los tiempos en que si un periodista perjudicaba a una persona, esta lo corría a latigazos.

—Sin embargo, como habrá oído que decía a Elspeth, yo no he perjudicado al profesor. Eso lo ha hecho otra persona aprovechándose de mi periódico. Si me van a dar latigazos, al menos que sea porque antes me he divertido yo.

—Tengo que irme ya —dijo Cobbler— y, de paso, espantaré al profesor.

Ridley protestó, pues Cobbler no le gustaba y, desde luego, no quería deberle ningún favor. Estaba dispuesto a hacerse el periodista disoluto por fastidiar a la señorita Vyner, pero Humphrey Cobbler era disoluto de verdad y eso lo inquietaba. Sin embargo, fue imposible vencer la determinación del organista y, cuando por fin se fue de la casa, hasta la señorita Vyner se acercó con los demás a ver qué hacía por entre las cortinas de la ventana.

El profesor Vambrace, helado y enfurecido, estaba apoyado en un árbol del parque, enfrente de la casa de los Fielding. En honor a la verdad, hay que decir que no habría podido verlo nadie que no estuviera sobre aviso. Vio a Cobbler caminar deprisa por la acera y cruzar la calle hasta quedarse en el límite del parque, justo enfrente de él, y de pronto, el organista, se puso a bailar y a cantar a voces:

Al establo se va por aquí, por aquí,
por aquí, por aquí, por aquí.
Está todo lleno de cabras,
pero queda sitio para ti.
El sábado por la noche iré a verte
con un cencerro de marca mayor.
Un cencerro de marca mayor:
¡cencerro, cabrón!
¡Cencerro, cabrón!
¡Cencerro de marca mayor!

El profesor procuró escabullirse discretamente entre los árboles, pero no logró convencerse de que la canción no fuera una auténtica burla insultante dirigida a él. Se

le derritió todo el entusiasmo detectivesco y hubo de enfrentarse a su propio sentido del ridículo, pues era tan exagerado en cuestiones de amor propio como censurando cuando le parecía necesario; no dejó de renegar en todo el camino hasta casa, por haberse pasado la noche haciendo el payaso con un traje ridículo, tropezando con cubos de basura, escondiéndose detrás de los árboles y espionando a una gente que sin la menor duda había disfrutado tan ricamente en casa riéndose de él. Es amargo que se burlen de uno, pero peor es merecérselo.

A Dutchy y Norm les asombró un poco que la fiesta terminara tan pronto, pero inmediatamente después de servir otro refrigerio, los invitados parecían tener muchas ganas de marcharse, menos Jimmy, el dentista, y otros dos o tres que querían seguir jugando. Solly y Pearl hablaban en voz baja mientras tomaban café.

—Vamos, te llevo a casa.

—De eso nada.

—No discutas. Recoge tus cosas.

—No me hables en ese tono. Me iré sola.

—¿Prefieres arriesgarte a que Dutchy diga lo que le venga en gana? Ven conmigo. Tengo que hablar contigo.

—No quiero hablar contigo.

—Sí que quieres. No seas tonta. Tenemos que hacer algo con todo este lío entre los dos; de lo contrario, no se acabará nunca.

—No puedo ir contigo. No quiero volver a verte en la vida.

—Ya lo sé, pero tenemos que salir juntos de aquí. Por favor.

Y se marcharon de la fiesta lo más rápida y discretamente que pudieron, y Solly ayudó a Pearl a entrar en su pequeño Morris como si tuvieran prisa por quedarse a solas.

—Bueno —dijo Solly, después de alejarse un poco—, supongo que no tienes ni idea de quién ha sido, ¿verdad?

—Desde luego que no —dijo Pearl—, ¿cómo iba a saberlo?

—Me lo suponía, pero antes de hacer algo por mi cuenta, quiero estar seguro.

—¿Antes de hacer algo por tu cuenta?

—Sí. ¿Es que no se te ha pasado por la cabeza que quiera desmentir el anuncio?

—La que tiene que desmentir lo que sea soy yo, te lo aseguro.

—¿Por qué, vamos a ver?

—Bueno... porque soy la que está metida en un lío horrible.

—¿Por qué tú más que yo?

—Porque... —iba a decir: «porque soy chica», pero le pareció que ese argumento no servía en el siglo xx.

Hubo un breve silencio.

—Me parece que te conviene aclarar las cosas —dijo Solly—. Nos han metido en

un lío a los dos por igual, no más a ti que a mí, y tengo tantas ganas de negarlo todo como tú.

Pearl empezó a enfadarse, para su propia sorpresa. Una cosa es no querer casarse con un joven y otra descubrir que al joven en cuestión le ofende que la gente crea que desea casarse con ella. Enderezó la espalda y empezó a respirar con fuerza por la nariz.

—No sirve de nada que resoples tanto —dijo Solly—, ni creas que voy a ser galante contigo. Este embrollo me ha puesto en una tesitura difícil y solo Dios sabe las consecuencias que puede tener. Es fácil que me destruya todas las posibilidades. —Con el ceño fruncido, miró a la oscura calle por encima del volante.

—¿Te refieres a cuando se entere Griselda? —preguntó Pearl, en un tono bien simulado de amable interés.

—Sí, me refiero a eso —dijo Solly—, aunque no entiendo cómo lo sabes ni lo que te pueda importar.

—Solo sé lo que sabe todo el mundo, es decir, que llevas tres años detrás de ella, que estás aproximadamente en el decimoquinto lugar de su larga lista de pretendientes y que, ahora que está en Inglaterra, le mandas cartas todos los días y hasta te llevas a su hermana menor, Freddy, a dar paseos en coche para que te cuente todo lo que ella no se molesta en escribirte. En cuanto a lo que me pueda importar, bueno... seguro que Griselda se entera pasado mañana mismo, porque alguien le habrá mandado ya una carta por correo aéreo, y ella se alegrará porque se quitará un peso de encima: el de haberte arruinado la vida. De todos modos, si te sirve de algo, le escribo yo también y le cuento que sigues siendo su fiel esclavo y que no te he robado para mí, por mucho que el anuncio diga lo contrario.

—¿Tú? —exclamó Solly con tanto sarcasmo como horror y, lo peor de todo, asombrado de que Pearl estuviera tan indeciblemente irritada.

—¡Sí, yo! —gritó ella.

Al llegar a casa de los Vambrace tuvieron la mala fortuna de parar el coche en el momento en que el profesor se disponía a abrir la verja de la entrada. El profesor oyó el grito indignado de su hija y, sin pérdida de tiempo, abrió la portezuela del Morris; debido a su alta estatura, tuvo que agacharse mucho para meter la cabeza en el interior.

—¿Qué significa esto? —inquirió con furia.

Solly estaba harto de la falta de lógica de las mujeres y se alegró de ver a otro hombre con el que podría hablar razonablemente.

—Profesor Vambrace —dijo—, quería verlo. Parece que Pearl tiene unas ideas muy raras sobre este embrollo... ya sabe, el absurdo anuncio del periódico. Creo que debemos arreglarlo entre los dos.

—¡Lo que hay que oír! —aulló el profesor con una voz que hizo temblar el pequeño vehículo—. Conque juntos, ¿eh, perro cobarde? ¡Ya veo lo juntos que habéis estado! ¡Sal de este cacharro!

La orden era para su hija.

—Papá —dijo ella—, ha habido un error...

—¡Sal de ahí! —aulló el profesor—. ¡Sal ahora mismo o te saco yo como a un gusano de una nuez!

A continuación, descargó tal bastonazo en el techo del coche que le hizo una gran abolladura, y su preciado bastón de endrino quedó hecho astillas.

—Papá —dijo Pearl—, por favor, intenta entenderlo y no hagas tanto ruido. Te va a oír todo el mundo.

—¿Y a mí qué me importa? Lo único que sé es que esta noche te has escabullido de casa como una criada para reunirte con este cachorro de rufián con el que te has comprometido en secreto.

—¡No estamos comprometidos! —gritó Solly. El profesor lo asustaba muchísimo, pero esa conversación solo podía llevarse a gritos.

—¡La gente dice que sois novios! —aulló Vambrace.

—¡No lo somos ni lo seremos jamás!

—¿Te atreves a decírmelo a la cara?

—Sí, y deja de dar golpes en mi coche.

El profesor estaba completamente fuera de sí.

—¡Doy golpes donde se me antoja! —gritó, y se puso a descargar puñetazos en el techo.

Entonces, Solly, que no carecía de recursos, apretó el claxon y dio un bocinazo tan fuerte que sobresaltó incluso al profesor. Este agarró a su hija por el hombro.

—Sal —le dijo, y tiró del abrigo tan bruscamente que la chica se cayó de lado a la acera. Solly se inclinó y asomó la cabeza.

—¿Te has hecho daño? —preguntó—. ¿Te ayudo?

Fue un ofrecimiento involuntario, pero para la ira del profesor fue como acercar una cerilla a la gasolina. ¡Galanterías ante sus propios ojos! ¡Producto de quién sabía qué intimididades vergonzosas con su hija! Se agachó y levantó a Pearl de un tirón.

—¡Fregona rastrea! —gritó—. ¡Borracha perdida en el coche del único hombre al que no tendrías ni que mirar! ¡Vergüenza tendría que darte!

Empujó a Pearl hacia la verja y, mientras ella intentaba abrir el pestillo, le sacudió una bofetada en la oreja inesperadamente.

En medio de todo el tumulto, el sonido más suave y sobrecogedor era el llanto de Pearl al avanzar por el sendero hasta la puerta. Solly puso el coche en marcha con un rugido.

Media hora después, el profesor estaba sentado en su estudio, blanco de ira. En tales circunstancias tendría que haberse puesto a beber *whisky*, pero jamás lo había en su casa y se preparó un mísero chocolate, porque fue la única bebida que encontró. Tenía pensamientos incoherentes, pero muy dañinos. Se había portado como un

mamarracho; lo habían vencido; no le cabía la menor duda de que tenía razón: era la única persona relacionada con ese escándalo que la tenía; aborrecía a Pearl; estaba convencido de que ya no era pura e incluso —¡oh, pensamiento torturador!— tal vez hubiera perdido la virginidad; desde luego, ya no era su niña. ¡La había abofeteado! Le había puesto la mano encima, como un vulgar campesino de los pantanos al pendón de su hija. Y todo por el amor que le profesaba.

De pronto sufrió un acceso de náuseas ruidosas; luego, en el silencio de su fea casa, lloró.

Solly entró sigilosamente en casa, se quitó los zapatos y pasó sin hacer ruido por delante de la habitación de su madre; siguió subiendo hasta la buhardilla, donde estaban su salita y su dormitorio. Rápidamente se dispuso a meterse en la cama, pero antes, de entre las hojas de un libro en folio de las *Obras* de Bacon, donde ingenuamente esperaba que su madre no la encontrase nunca, sacó una fotografía de Griselda Webster. Estaba vestida de Ariel, el personaje que había encarnado en *La Tempestad*. Con el mayor cuidado, se preparó un *whisky* de centeno con agua del grifo y se sentó en el sillón a adorarla un rato, como todas las noches. Sin embargo, al mirarla, oía con insistencia dentro de la cabeza el llanto de Pearl Vambrace. Le parecía el sonido más aborrecible del mundo, pero lo inquietaba de todos modos. Tenía que haber intervenido.

Pearl seguía llorando, pero en silencio, cuando la aurora entró por la ventana de su dormitorio. Nunca había estado tan sola y abandonada, sabía que había perdido a su padre con más rotundidad que si se lo hubiera llevado la muerte.

CUATRO

Son pocas las personas que conservan la costumbre de recibir en casa un día fijo, pero la señora de Solomon Bridgetower no había dejado de celebrar sus primeros jueves de mes desde el día en que se casó, poco antes de la primera guerra mundial. Aunque no era rica, disponía de una fortuna considerable que le había permitido mantener su estilo de vida, circunstancia que la convertía en capitana de las fuerzas saltertonenses de oposición a los cambios sociales. Así pues, todos los primeros jueves de mes se reunían en su salón a tomar el té algunos miembros distinguidos de tan aguerrida retaguardia. El primer jueves de noviembre, a las tres y media, todavía no se había servido el té, pero la señorita Pottinger y la señora Knapp, la mujer del deán, se encontraban en un sofacito junto a la chimenea, enfrente del sillón que ocupaba la señora Bridgetower, elegantemente ataviada para la ocasión con un traje morado de seda y puntillas de color crudo. El ambiente no era relajado, aunque se mantenían las formas.

—A mí me parece clarísimo —decía la señora Pottinger— que los dos sucesos están relacionados. Ambos ocurrieron en Halloween y en los dos interviene la catedral. ¿Por qué no podemos suponer que el autor sea el mismo?

—Pero como no sabemos quién fue, ¿de qué nos sirve esa clase de suposiciones? —dijo la señora Bridgetower, que había seguido estudios superiores y sin duda habría hecho carrera, de no haberse entregado en cuerpo y alma al difunto profesor; ella tenía muy presentes esas dos cosas, por eso siempre hablaba en un tono comedido e irónico, excepto en la más estricta intimidad, como si sus interlocutoras fueran medio tontas.

—Si todo el mundo contara lo que sabe, enseguida se disiparían las dudas —dijo la señorita Pottinger.

Ese comentario era una indirecta dirigida a la señora Knapp, una dama menudita y bastante temblorosa que procuraba imitar los equilibrios de su marido en la peligrosa cuerda floja del refinamiento.

—Seguro que tienes toda la razón —respondió— y estoy convencida de que nada complacería tanto al deán como saber quién puso el falso anuncio de boda en el periódico. Se enfadó muchísimo, pero en ningún momento insinuó ni remotamente que el señor Cobbler tuviera algo que ver.

Estrictamente, eso no era verdad, porque el deán le había dicho muchas veces que, por el amor de Dios, esperaba que Cobbler no tuviera nada que ver, porque se vería en la obligación de despedirlo, y prefería conservar al excelente organista mientras la opinión de los feligreses se lo permitiera. Pero la señora Knapp pisaba terreno resbaladizo y lo sabía.

—Da la casualidad de que sé que el señor Snelgrove ha dicho al deán que tiene la impresión de que fue Cobbler —dijo la señorita Pottinger tajantemente, pues le parecía muy inapropiado que la mujer de un deán tergiversase la verdad y sospechaba, con razón, que el deán no tenía secretos con su mujer. En su opinión, la lealtad entre marido y mujer no era más que una fea traición al sexo femenino.

—Si el señor Snelgrove ha tomado cartas en el asunto —dijo la señora Bridgetower—, estoy segura de que podemos dejarlo en sus manos sin temor.

—¿Significa eso que no vas a emprender ninguna acción por tu cuenta, Louisa? —preguntó la señorita Pottinger.

—Todavía no he tomado ninguna decisión —dijo la señora Bridgetower con una sonrisa misteriosa.

—Supongo que no pensarás quedarte de brazos cruzados, ¿verdad?

—Sabes de sobra que no tengo por costumbre pasar por alto los desaires, Puss, querida.

—Bueno, es que ya hace tres días que apareció el anuncio y tus amigos se preguntan cuándo vas a decir algo.

—No tienen por qué preocuparse; estoy convencida de que mis verdaderos amigos me conocen y saben que nunca tomo decisiones apresuradamente ni acepto malos consejos en ningún caso. Mi estado de salud no me permite ir por toda la ciudad sembrando cizaña inútilmente, por mucho que me gustara.

En el círculo social de la señora Bridgetower, eso era una forma agresiva de hablar y la señorita Pottinger rechinó sus falsos dientes con furor. En cambio la señora Knapp, que conocía a esas señoras desde hacía solamente diez años y, por tanto, era prácticamente una recién llegada a la sociedad saltertonense, intentó con gran desacierto mediar para restablecer la concordia.

—No creo que nuestra querida tía Puss tenga esas inclinaciones —dijo—. Todos sabemos que actúa con la mejor intención del mundo.

Entonces vio cómo le brillaban los ojos a la señorita Pottinger y dejó de hablar con un suspiro que pretendía ser una risita exculpatoria, pero que resultó asustadiza.

—Supongo que estoy anticuada —dijo la señorita Pottinger—, pero es que no entiendo por qué has de dejar pasar el sacrilegio y la difamación sin mover un dedo. Eres muy flemática, Louisa, y tal vez tu estado de salud no te permita interesarte por lo que ocurre en el mundo, pero esperaba que, a estas alturas, Solly hiciera algún movimiento por su cuenta.

—Mi hijo cree en mi juicio —dijo la señora Bridgetower.

—Por supuesto, pero cualquier hombre con un poco de sangre en las venas reaccionaría de alguna manera antes de tener tiempo siquiera de hablar contigo.

¡Eso era intolerable! La señora Bridgetower se puso en acción, que, en su caso, consistió en relajarse en el sillón, dejar caer un poco más los pesados párpados y sonreír.

—Y, dime, Puss, ¿qué habría tenido que hacer en ese caso? ¿Ir inmediatamente a ver al señor Cobbler y cruzarle la cara? Para sospechar de ese señor, tendría que haber escuchado tu opinión, porque cualquiera diría que eres tú quien desea que lo desuelen y cuelguen su pellejo en la cerca, como decían los chicos cuando éramos pequeñas. Sin embargo, no creo que a Solomon se le haya ocurrido jamás pedirte consejo para algo en particular. Por otra parte, existe cierta deferencia, que tal vez no

hayas captado, por la que un hombre no debe negar en público su compromiso con una mujer después de que se haya anunciado sin saber exactamente cómo lo hace. Todavía quedan caballeros en el mundo, Puss, por mucho que tú no hayas conocido a ninguno.

Eso era un golpe bajo, desde luego, que aludía a la súbita desaparición de un hombre al que, hacía ya muchos años, la tía Puss habría aceptado, aunque todavía no se habían comprometido oficialmente. Meter el dedo en la llaga era la especialidad de la señora Bridgetower y, cuanto más antigua fuese la llaga, tanto mejor.

La tía Puss se refugió en sus sentimientos heridos. La barbilla le temblaba y la voz también.

—Si tan poca importancia le das, Louisa, no tengo nada más que decir. Yo solo me preocupaba por ti y por el prestigio de la catedral. Es probable que la hija de un soldado vea estas cosas de forma muy distinta a los demás.

—Creo que hasta la hija de un soldado debe saber quién es el enemigo antes de disparar —replicó la señora Bridgetower, quien, a pesar de ser también mujer, no daba ningún valor al temblor de la barbilla ni a la voz llorosa del prójimo.

Podía haber aplastado completamente a la tía Puss si en ese mismo momento no hubieran llegado refuerzos, encarnados en la persona de la señora de Roger Warboys. Por la relación que tenía con el *Bellman*, no había manera de saber inmediatamente si venía en son de paz o en pie de guerra y hubo de transcurrir un rato, mientras traían el té, lo servían y se distribuían el pan y la mantequilla, para que la señora Warboys diera a entender que había acudido expresamente para hablar del gran escándalo y que estaba del lado de las víctimas de tan imperdonable vulneración de la intimidad y de los más preciados sentimientos.

La particular actitud de dicha señora se caracterizaba por la interesante variedad de matices de sus sentimientos, en los que se regodeaba con solemne aflicción. Naturalmente profesaba al periódico la lealtad debida por su parentesco con el propietario. Opinaba que la prensa ejercía mucha influencia en las comunidades y era depositaria de la confianza de los ciudadanos; anhelaba que la dirección del *Bellman* se atuviera a los requisitos más nobles del periodismo, tal como lo concebía ella, y así se lo había hecho saber con insistencia a su suegro, el señor Clerebold Warboys, sin ningún resultado; claro que ella sería la última persona en decir una palabra en contra del padre de su difunto Roger. Si le dejaran a ella total libertad para dirigir el periódico, aunque solo fuera un mes, lo transformaría por completo y para siempre. Rodarían cabezas y, aunque no quería decir nombres, eliminaría determinados criterios editoriales muy influyentes. El anuncio del falso compromiso de boda la había humillado y había acudido al primer jueves de la señora Bridgetower con muchas dudas sobre cómo la recibiría. La comprendía perfectamente, porque ella, en el lugar de la anfitriona, habría reaccionado de la misma forma; pero no deseaba perder amistades por un asunto que no estaba en sus manos, aunque tal vez pudiese enmendarlo.

Se permitió reconocer todas esas cosas un poco a la fuerza, alentada por las preguntas de las tertulias, principalmente de la tía Puss, y cosechó un inmenso prestigio moral por hablar mal de su propio nido, situación que concordaba particularmente bien con su temperamento. Podía haber sido una rusa que, con la más noble intención y arriesgando su propia vida, colaborase en secreto con las fuerzas democráticas.

Mientras la señora Warboys se deleitaba en su hazaña, llamaron a la puerta y, poco después, una criada mayor hizo pasar a la señora de Swithin Shillito, quien venía acompañada por el señor Bevill Higgin.

—Querida Louisa —dijo la anciana señora—, espero que no te moleste que haya traído al señor Higgin a tu casa. Me he tomado la libertad porque sé que tenéis mucho en común y él todavía es un desconocido en Salterton...

—Por supuesto —dijo la señora Bridgetower—. Apenas vienen caballeros últimamente a mis primeros jueves y, por tanto, el señor Higgins es doblemente bien recibido.

—Es un honor para mí —dijo el señor Higgin haciendo una inclinación de cabeza— conocer a una señora de quien tanto he oído hablar. Por cierto, es Higgin, sin s final.

A continuación le presentaron a todas las señoras y él parecía muy cómodo, como un actor indiferente pero experto en una comedia de Pinero. Por último, se sentó en un puf, cerca de la anfitriona, como un duende en una seta.

—¿Y dónde se aloja usted en Salterton, señor Higgin? —preguntó la señora Bridgetower después de una conversación general.

—De momento, he alquilado unas habitaciones en el norte de la ciudad —dijo él.

—Con una familia que se apellida Morphew —añadió la señora Shillito.

—No conozco a nadie que se apellide así —replicó la señora Bridgetower.

—No me cabe duda —dijo el señor Higgin—. Son buenas personas, en su estilo, y me encuentro a gusto entre ellos, pero no es lugar para quedarse indefinidamente, la verdad. De todos modos, está muy bien, hasta que tenga un número de alumnos suficiente y encuentre el momento de ponerme a buscar un piso de soltero con estudio.

Entonces, aunque no venía a cuento, contó a las señoras que enseñaba canto y elocución; la señora Shillito añadió la serie de alabanzas sobre sus dotes que las señoras no debían oír de boca del propio interesado.

—Como es lógico, lo que necesita un artista como el señor Higgin son contactos —dijo la señora—, pero conocer a las personas adecuadas lleva su tiempo.

—No tanto, quizá, en una ciudad universitaria —dijo el señor Higgin con una inclinación de cabeza dirigida a todas—. En un país joven y ávido de cultura como Canadá, espero no tardar mucho en situarme convenientemente.

—Le he recomendado con insistencia que busque contactos en la catedral —dijo la señora Shillito—. Usted, señora Knapp, tal vez sepa decirnos si existe algún

aspecto del servicio musical en el que el señor Higgin pueda emplear su talento.

La señora Knapp dijo que de eso se ocupaba el señor Cobbler.

—¡Ay, Señor, cuánta modestia! —exclamó la señora Shillito, que era una anciana redonda, sonrosada y de baja estatura, envuelta en gris y morado e, igual que su marido, inglesa hasta la médula, más aún por vivir en el extranjero—. Todos sabemos que el señor deán tiene muy buen gusto para la música y estoy segura de que el señor Cobbler no mueve un dedo sin su consentimiento.

—He intentado ponerme en contacto con el señor Cobbler —dijo Higgin—, pero es muy escurridizo.

—Puede que pronto desaparezca del todo, si no me equivoco —dijo la señorita Pottinger, que llevaba un rato rabiando. Estaba segura de que Cobbler era el culpable del gran escándalo y la oposición de la señora Bridgetower solo había servido para afianzarla más en su convicción.

El comentario, cargado de intención, llevó la conversación de nuevo al tema principal y, como el señor Higgin lo conocía porque había oído hablar del asunto en casa de los Shillito, estaba en condiciones de participar animadamente, aunque con modestia, como conviene a los recién llegados. Escuchó con los ojos muy abiertos exclamando de vez en cuando «¡Ah!» u «¡Oh!» en el tono justo de escándalo y oportunamente.

—Con el permiso de ustedes —dijo al tiempo que sonreía a cada señora por turno —, creo que no será nada fácil arrancar al señor Ridley la debida satisfacción. Bien es verdad que solo lo he visto una vez, pero me pareció un hombre muy taciturno.

A continuación relató la visita al periódico, auspiciada por el señor Shillito. Según él, el señor Ridley había adoptado una actitud muy ignorante con respecto al progreso cultural de Canadá y la posibilidad de mejorar la calidad del *Bellman*. Lo contó tan bien e imitó al señor Ridley con tanta gracia que hizo reír mucho a las señoras, para particular satisfacción de la señora Warboys.

—Cuando pienso en él allí sentado, sin saber cómo defenderse y cortando el aire con las tijeras —dijo Higgin— no puedo reprimir una sonrisa, la verdad, aunque les aseguro que en aquel momento fue bastante vergonzoso.

Siguieron hablando de Ridley y repasaron a fondo todas sus excentricidades, su costumbre de hacerse la comida y su soltería.

—Si es tan desagradable, quizá sea mejor que no se haya casado —dijo la bondadosa señora Knapp.

—¿Todo el mundo cree que es soltero? —dijo Higgin con una mirada de complicidad.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir con eso, señor Higgin? —preguntó la señora Knapp.

—Será mejor que me calle... de momento —contestó Higgin.

La señora Knapp se quedó muy insatisfecha y aumentó el encono de las demás contra Ridley por atreverse a guardar secretos, aunque loaron la discreción del señor Higgin por no extenderse en detalles delante de la única persona de la reunión que no

conocía ese secreto.

—¿Y ese es el hombre al que Waverley piensa conceder un doctorado honorífico? ¡Lo que hay que ver en estos tiempos!

—No estaría bien que entrase yo en esa cuestión, por la relación que tiene Swithin con él... estrictamente profesional, se entiende —dijo la señora Shillito—, pero, en mi opinión, si la universidad quiere iniciar estudios de Periodismo, ¿no sería preferible que pensase en... cómo decirlo, en un enfoque más literario de la materia? Redacción... matices sutiles... formación de un estilo... ya saben a lo que me refiero.

Todos lo sabían. Se refería al señor Shillito y a sus artículos fantasiosos sobre el alpiste y los palillos de dientes.

—Todavía no se lo han dado, ni siquiera se ha aprobado oficialmente —dijo la señora Warboys con rotundidad.

Y puesto que todos los presentes sabían o creían saber que la señora Warboys tenía en el bolsillo a varios miembros de la Junta Directiva de la universidad, su intervención fue un golpe maestro que provocó mucho murmullo y señales de asentimiento.

Después de dar buena cuenta del té, el pan con mantequilla, los pastelitos y la tarta, la señora Shillito tuvo la feliz idea de rogar a la anfitriona, como favor personal, que permitiese probar el piano al señor Higgin. Dicho instrumento, un viejo Chickering, adornaba mucho la sala, pues tenía la superficie muy brillante y la tapa estaba llena de fotografías enmarcadas en plata y medallas militares del difunto profesor Bridgetower, colocadas encima de un paño de terciopelo azul. La señora Bridgetower aceptó amablemente.

—Espero que un artista de su talla no sea demasiado crítico, señor Higgin —le dijo—. Ahora ya no toco tanto como antes y es posible que esté completamente desafinado.

Tras hacerse de rogar como es debido, el señor Higgin se sentó al piano y tocó un acorde. Más que desafinado, le faltaba potencia. Debido a los rigores de la calefacción, la caja de resonancia se había rajado y las viejas cuerdas producían un sonido nasal, típico de pianos viejos y de gatos siameses. De todas formas, el señor Higgin ejecutó unos arpegios brillantes y sonrió encantado a la anfitriona.

—¿Me permite darme el gusto? —dijo él—. ¡Ah, por favor, diga que sí! —Y sin esperar confirmación se puso a tocar y a cantar.

Puede decirse que el señor Higgin ponía mucho de su propia cosecha en la música que tocaba... tanto, a decir verdad, que algunos compositores no habrían reconocido sus obras fácilmente, tal como las interpretaba él. Tenía un sorprendente chorro de voz, para su baja estatura, y vocalizaba con inmensa grandeza y mucho sentimiento, empezando cada frase musical con fuerza y arrastrándola al final como transido de éxtasis. Enriquecía el idioma con afrutadas vocales italianas, y así, por ejemplo, «hand» sonaba «hond» y «God», «Gueud». Se notaba que había trabajado mucho la voz, porque era imposible cantar así de forma natural.

Interpretó la primera canción, *Because*, de Guy d'Hardelot, parpadeando con embeleso en dirección a la señora Bridgetower, en señal de agradecimiento por poseer un piano. Sin embargo, cuando le rogaron que cantara otra, dirigió sus miradas a la tía Puss.

—Me gustaría cantar una cancioncilla de Roger Quilter —dijo—, son unos versos de Tennyson.

Y atacó *Now Sleeps the Crimson Petal*^[6]. No se sabe con certeza si alguna vez había dedicado alguien una canción directamente a la señorita Pottinger, pero el caso es que la anciana notó una gran turbación en una parte de su ser que hacía mucho tiempo que no daba señales de vida.

*So fold thyself, my dearest one, and slip...
Slip into my bosom, and be lost in me.*^[7]

Así cantó el señor Higgin y, en ese instante, la señorita Pottinger supo que acababa de descubrir al incontestable sucesor de Humphrey Cobbler en la banqueta del órgano de St. Nicholas.

—Siento llegar tarde, madre —dijo Solly al entrar en la habitación.

Vio al señor Higgin, que todavía estaba sentado al piano, y frunció el ceño.

—Mi hijo, señor Higgin, mi niño mayor —dijo la señora Bridgetower con ternura.

—Ya hemos tenido el placer de conocernos —dijo el señor Higgin con una sonrisa que a Solly le pareció desvergonzada.

Solly siempre llegaba tarde a los jueves de su madre, pero tácitamente se escudaban ambos en la excusa de las obligaciones universitarias. Las invitadas se marcharon muy poco después, satisfechas con el resultado de la tarde. Se fueron todas pensando que la señora Warboys se ocuparía de que el insoportable de Gloster Ridley perdiera su trabajo y no recibiera el doctorado de Waverley. La señorita Pottinger creía haber hecho una gran labor de desprestigio de Cobbler ante la señora Knapp y, por tanto, ante el deán. La señora Knapp se marchó convencida de haber dejado muy claro que el deán exoneraba a Cobbler de todos los cargos y, por tanto, la señorita Pottinger dejaría de descargar sus iras contra él. La señora Shillito creía que se había congraciado más con la señora Warboys, lo cual aseguraba el puesto de su marido en el periódico. Y se marcharon todas con la sensación de haber avanzado mucho en el asunto del gran escándalo.

De nuevo a solas, la señora Bridgetower sufrió una gran transformación. Solly acompañó a los invitados a la puerta y, al volver al salón, encontró a su madre como se esperaba: no en una espléndida e imponente actitud de tranquilidad, sino

derrumbada en el sillón, con los ojos cerrados, demacrada de fatiga.

—¿Quieres ir arriba ahora mismo, madre?

—No, hijo mío, déjame descansar un momento. Creo que será mejor que me tome una pastilla blanca.

Mientras subía las escaleras oyó la débil voz de su madre.

—Tráeme también una amarilla de la mesilla de noche.

—¿No es mejor que la dejes para cuando estés en la cama? ¿Y si en vez de la pastilla te tomas una dosis de tu medicina?

—Si lo dices tú, hijo mío.

Solly no tardó en volver y, después de administrar la pastilla y la medicina a su madre, que se las tomó con exageradas muecas de asco, le quitó los zapatos, le puso unas zapatillas y le tapó las rodillas con una mantita de cuadros escoceses. La mujer abrió los ojos y sonrió con ternura.

—¡Qué niño tan malo! ¡Has vuelto a llegar tarde!

—Tenía un montón de exámenes para corregir, madre, y no me quedaba más remedio que hacerlo. De todos modos, sabía que querías hablar a solas con tus amigas.

—¿Amigas, querido? ¿Qué son las amigas, comparadas contigo? Y ahora ya me hace mucha falta alguien que me ayude a pasar las cosas del té y todo lo demás. No sé si podré seguir celebrando los primeros jueves mucho tiempo. Es demasiado esfuerzo, la verdad.

—No, no; tienes que seguir dándolos. Es necesario que te relaciones con gente, ya lo sabes. El médico dice que no debes perder el interés por las cosas.

—Lo único que me interesa de verdad ahora eres tú, querido. Si tu padre viviera... pero es inútil hablar de lo que podría haber sido. Necesito que me ayudes. Hoy, por ejemplo, vino un caballero. Tenías que haber estado para ayudarme con él.

—Me dio la impresión de que no necesitaba ninguna ayuda.

—Sí, querido, pero ¿y si hubiera querido lavarse las manos, sin ir más lejos? ¿Quién lo habría acompañado?

—Si necesita lavarse las manos en una hora que dura la visita, más vale que se quede en casa, o que se ponga una cosa de esas.

—¿A qué cosas te refieres, querido mío?

—Esas que se ponen los soldados cuando están de guardia.

—¡No seas vulgar, querido! No lo soporto.

—Lo siento, madre.

—¡Es tan agradable que alguien cante en estas reuniones...! Hacía años que no cantaba nadie, y canciones muy bonitas, además. A tu padre le encantaba *Because*...

*Because God made thee mine
I'll cherish thee...*^[8]

»Me emocioné mucho. Vida mía...

—¿Qué, madre?

—Creo que me sentaría bien una copita de jerez con unas gotitas, tal vez.

Solly, obediente, acercó una bandeja y sirvió a su madre una copa de jerez seco con un chorro generoso de ginebra.

—Gracias, querido. Así se me pasa el sabor horrible de la medicina.

—Madre, ¿cómo ha llegado aquí ese Higgins?

—Higgin, querido, sin la s. Vino con Maude Shillito.

—¿Te parece que es digno de entrar en esta casa?

—¿Por qué dices eso, querido mío? Ha venido con Maude Shillito.

—Ya, pero los Shillito conocen a mucha gente horrenda. Había visto antes a Higgin y me pareció un mequetrefe espantoso.

—Por favor, vida mía, ya sabes cuánto me disgusta ese lenguaje. ¿Dónde lo conociste?

—Fue a buscarme a la universidad. Quería dar unas charlas de dicción a mis alumnos.

—Bueno, vida mía, por lo que me cuentas de ellos, creo que les aprovecharía un poco de instrucción declamatoria.

—No es ese el objetivo de mis clases. Además, tampoco puedo invitar a nadie a mi antojo. De todos modos, tenía una actitud muy condescendiente y seguro que pensaba que yo no dejaría escapar la oportunidad. Estuve un poco brusco con él.

—¿De verdad, hijo? ¿Hiciste bien?

—Me buscó las cosquillas. Hablaba de los canadienses como si fuéramos bárbaros.

—Hay que aprender cuanto sea posible de las civilizaciones antiguas, vida mía.

—¿Y a qué civilización antigua representa Higgin, vamos a ver? ¡Le sale la vulgaridad por los poros! Tiene algo muy desagradable.

—Queridito, estás hablando de un caballero que ha traído a nuestra casa una amiga antigua a la que valoro. No entiendo por qué eres tan exigente con los ingleses, querido.

—No soy exigente con los ingleses, madre, pero no soporto a los farsantes sean de donde sean, y si Higgin no lo es, que venga Dios y lo vea.

—No hablemos más de eso, queridito. Cuando te pones vehemente me agotas y por hoy ya he tenido bastante. Creo que me sentaría bien otra copita de jerez.

Animada por las dos copas de jerez enriquecido, la señora Bridgetower pudo subir las escaleras (abordarlas, como decía ella en son de broma) muy despacio, apoyada y animada por Solly y con un descanso en el rellano. Cuando por fin llegaron al dormitorio, la ayudó a desvestirse; ya se ocuparía la criada mayor de recoger y limpiar los restos del primer jueves, como siempre.

La costumbre de ayudar a la madre a desvestirse no faltaba a las reglas del decoro. Sentada en la cama, la señora Bridgetower se desabrochaba los diversos y misteriosos cierres del vestido y Solly le quitaba las medias y le ponía unos calcetines de dormir. Después, con esfuerzo, ella se situaba detrás de un biombo, se quitaba las demás prendas y reaparecía con un camisón enorme. Solly la ayudaba solícitamente a meterse en la cama, en la que ya había puesto una botella de agua caliente, y la reclinaba sobre las almohadas. A continuación, Solly recogía la ropa de detrás del biombo y la señora Bridgetower ya estaba preparada para la bandeja.

Lógicamente, los primeros jueves no se cenaba formalmente en la casa, bastante había tenido la criada con preparar todos los caprichos del té. De todas maneras, Solly fue a la cocina a buscar un par de bandejas, preparadas para la noche con restos del té, y se sentó con una en una silla, mientras que su madre se quedaba en la cama con la otra. La mezcla de las dos copas de jerez y los dos medicamentos le había quitado el apetito y, por decirlo con palabras suyas, se puso a picotear del plato. Sin embargo, estaba mucho más animada, pues atacó a Solly con el tema que más la preocupaba desde hacía tres días.

—Hijo mío, tenemos que tomar una decisión sobre lo que hay que hacer.

—Supongo que todas esas señoras se habrán pasado la tarde hablando de lo mismo.

—No vale de nada ser rencoroso e infantil. El asunto es grave y no podemos seguir con titubeos.

—En mi opinión, lo mejor es olvidarlo.

—Te aseguro que tu padre no estaría de acuerdo.

—¿Cómo lo sabes?

—La enemistad entre el profesor Vambrace y nosotros no fue cosa suya, pero nunca consintió que Vambrace lo pisase. Se lo debemos a la memoria de tu padre.

—¡Ay, madre, seamos sensatos! Hace unos tres años llevé a Pearl Vambrace al baile de los militares, la invitaste a cenar antes de la fiesta y te portaste perfectamente con ella.

—La trajiste aquí con un buen motivo. No recuerdo cuál exactamente, pero tenía que ver con la obra de teatro... aquella en la que la joven Webster enseñaba tanto las piernas. No tengo nada en contra de Pearl Vambrace, pobrecita. Otra cosa muy distinta es su padre. No quiero que nadie piense que agachamos la cabeza en este asunto.

—¡Ay, madre! ¡No podemos pasarnos la vida haciéndonos la guerra!

—¿Quién ha hablado de guerra? Se ha anunciado públicamente que Pearl Vambrace y tú ibais a casaros, pero nada más lejos de la verdad. Alguien puso el anuncio por venganza y creo que sé quién fue.

—¿Quién?

—El profesor Vambrace. Es una estupidez propia de él, para dejarnos en ridículo.

—No lo dirás en serio. No puede hacer una cosa así a su hija.

—¡Bah, ya lo creo! La tiene completamente sometida. Y esa pobre Elizabeth Fitzalan que se casó con él... la ha anulado del todo. Ese hombre ha perdido el juicio, te lo aseguro; no tardarán ni seis meses en encerrarlo, ya lo verás.

—Madre, ¿te das cuenta de que Vambrace amenaza con denunciar al *Bellman*? Lo va diciendo por todo el campus como si fuera un gran secreto. Todo el mundo habla de ello. Dice que es una conjura para desprestigiarlo con la unión de los dos apellidos.

—¡Más locuras! Hay mucha gente muy rara. Puss Pottinger está totalmente obsesionada con el organista de la catedral... como se llame. No parará hasta que lo echen. Cree que fue él quien puso el anuncio en el periódico.

—¡Dios mío! ¿Cobbler? ¿Y por qué cree que ha sido él?

—Porque la noche de Halloween alguien hizo una bromita en la catedral y está convencida de que Cobbler estaba en el asunto y, si estaba metido en eso, ¿por qué no en otra gamberrada cometida el mismo día?

—¿Y a eso lo llama lógica?

—Puss Pottinger no sabe lo que es la lógica. Sin embargo, esa forma de pensar es la que procura mayores triunfos a los detectives, por más que los autores de novelas de misterio hablen de claves, deducción y demás zarandajas. Con todo, creo que se equivoca. Fue Vambrace. En perspicacia, doy cien vueltas a Puss Pottinger.

Solly comía con desconsuelo un sándwich seco. Estaba pensando, como durante todo el día, en Pearl Vambrace, cuando entraba corriendo en su casa perseguida por su padre.

—Bueno, ¿qué crees que debemos hacer? —preguntó finalmente.

—Lo propio y cabal es que vayas al *Bellman* a ver a ese tal Ridley y le llesves, redactada, una nota para que la publique, en la que se retracte del anuncio de boda y se disculpe por haberla publicado. Trátalo con toda firmeza.

—No servirá de nada. Vambrace hizo eso mismo el martes y Ridley se negó en redondo. Por eso habrá juicio. Es la comidilla del campus.

—¿Y de qué piensa acusar al periódico?

—De difamación.

—¿De difamación? ¿Y dónde está la difamación?

—En decir que voy a casarme con su hija. Bueno, madre, no hace falta que pongas esa cara. Es lo que dice él.

—¡Difamación! Por anunciar que tú...

Solly se alarmó mucho, parecía que a su madre iba a darle un ataque. Sin embargo, la ira es un gran estimulante y a la señora Bridgetower le sentó muy bien. Fue como si se quitase veinte años de encima: estuvo diez minutos repasando todas las iniquidades pasadas del profesor Vambrace y se pronunció agresivamente sobre su conducta de los últimos tiempos. Soltó una perorata con la potencia de una trompeta.

—¡Que vaya a juicio, si se atreve! ¡Nosotros lo denunciaremos a él! ¡Llamar difamación a la idea de que te cases con su hija! ¡Y que todo es por desacreditarlo y

deshonrarlo! ¡Lucharemos! ¡Gastaremos dinero como si fuera agua! ¡Venceremos a ese perro viejo! ¡Un Bridgetower se rebajaría si se casara con una Vambrace y él lo llama difamación! ¡Si se ha difamado a alguien es a nosotros! Pero lucharemos, hijo mío, ¡lucharemos!

—Madre, por favor, cálmate. ¿Por qué dices que lucharemos? Pareceremos una pandilla de idiotas, nada más.

—¿Cómo puedes decir eso? Puss Pottinger acertó. ¡No tienes sangre en las venas!

—Bien, de acuerdo, no tengo sangre en las venas, pero me da la impresión de que ni Vambrace ni tú pensáis en Pearl ni en mí; pareceremos dos niños atados con correas, como caballos.

—Hay que reconocer que tienes mucha consideración con Pearl Vambrace, más que conmigo, al parecer. ¡Ratita malintencionada y perversa!

—Muy bien, olvidémonos de Pearl. ¿Cómo quedaré yo si llevas a Vambrace a juicio por difamación?

—No, no nos olvidemos de Pearl. Me da la sensación de que enseguida te lanzas a protegerla. Solly, sé sincero, ¿hay una sola pizca de verdad en ese anuncio?

—Si no estás dispuesta a escuchar mi opinión, no creas que voy a responder a esa pregunta —dijo Solly, y se quedó tan mudo de asombro como su propia madre de oírse hablar así.

Siguieron discutiendo media hora más sin añadir nada nuevo. Al final, Solly fue a buscar cinco tomos de la *Enciclopedia Británica* porque su madre quería leer todo lo que hubiese legislado sobre la difamación. Le administró también la medicina rosa y le enfocó la luz de leer. La criada mayor la asistiría con los demás detalles, como lavarse los dientes y quitarse la dentadura postiza. A pesar de las atenciones filiales, se levantó una barrera entre madre e hijo, pues Solly había creado una incertidumbre y a su madre le asustaban y le parecían intolerables las incertidumbres relacionadas con su hijo. De todos modos, las ganas de pelea y el rencor la habían estimulado tanto que pudo mantener la compostura y se conformó con decir que esperaba verlo más sensato por la mañana, es decir, que le diera la razón. Después Solly la dejó y subió a la buhardilla.

Lo primero que hizo en su habitación fue coger el libro de Bacon para refrescarse con la fotografía de Griselda Webster. No era una foto muy buena, pero la contemplaba con adoración y veía muchas cosas; era su refugio en las horas más bajas, desde que Griselda se marchó, hacía ya unos cuantos meses, a viajar por Europa indefinidamente. En la foto, estaba vestida de Ariel, en *La Tempestad*, y era una muchacha muy bonita, sin duda, incluso en la gama de grises de una instantánea de poca calidad. En otros capítulos del libro había escondido otras fotografías del gran asalto a Shakespeare perpetrado por el Teatro Joven de Salterton, pero no las miraba a menudo porque solo le interesaba Griselda. Esa noche, en cambio, las buscó entre las

grandes páginas con la idea de ponerse a trabajar un poco más tarde. Eran unas fotos como las de cualquier compañía de aficionados; las había de diferentes grupos de actores, algunos posaban tímidamente con el disfraz de la obra y sonreían a la cámara, otros, muy «metidos en el papel», actuaban exageradamente, inmóviles, claro está. En dos o tres fotos de grupo aparecía Griselda también y en la que estaba buscando aparecía de pie en un montículo de hierba, atenta a las órdenes de Próspero, encarnado por el profesor Vambrace. Junto a Próspero, pero sin saber que Ariel se encontraba en escena, estaba Pearl Vambrace, que hacía de Miranda.

Pensó que le quedaba bien el traje de Miranda, eso había que reconocerlo. Sabía estar en el escenario, tenía dignidad y una expresión misteriosa y serena muy apropiada para el papel. No se podía comparar con la maravillosa Griselda, desde luego, porque era una diosa, pero Pearl tenía su gracia como simple mortal. Era una lástima que no se exhibiera un poco más, vestida de diario. La última vez que la había visto, blanca de cólera, nervios e irritación, en casa de los Yarrow, y después, entrando en su casa a trompicones, estaba horrible. Al pensar en ello, volvió a oír sus lamentables gemidos y, para olvidarlos, cerró el libro de Bacon y se puso a trabajar.

Lo esperaba un montón de cincuenta y dos trabajos, en los que los alumnos de primer curso de Ciencias expresaban su opinión sobre «Los peregrinos de Canterbury y su correspondencia en la actualidad» o «La alegoría de la reina de las hadas en la actualidad». Por muy imponentes que fueran los títulos y por gordos y sesudos los libros que los habían inspirado, los alumnos de Primero debían decir lo que supieran en no más de mil palabras, basándose en un librito rojo titulado *Magic Casements, Vol. I, Beowulf to the Elizabethans*; no se esperaba que los alumnos de Ciencias tuvieran tiempo ni ganas de leer y pensar en Chaucer y en Spencer por cuenta propia; es más, para ellos era una contradicción interesarse por la literatura.

Cogió el primer ejercicio, que era de Igor Kaczabowski, y leyó la primera frase: «Los poemas de Geoffrey Chaucer se encuentran entre las joyas más valiosas de nuestro legado británico. Recibió el nombre de padre de la poesía inglesa porque todo lo que se escribió después se inspira en él. Fue un funcionario honrado en una época de libertinaje y desenfreno y escribió muchos poemas en su tiempo libre; los más famosos son *Los cuentos de Canterbury, Troilo y Crésida* y *Tratado del astrolabio*. Aunque su lenguaje es prácticamente incomprensible para el lector moderno, la perspicacia del autor para entender a sus semejantes todavía no ha sido superada».

Con un suspiro, metió el examen de Kaczabowski en medio del montón para encontrárselo después por sorpresa. Cogió otro, de Jean Thorsen, y en la primera página vio otra referencia a «nuestro legado británico»; siguió hojeando exámenes y encontró dos escandinavos, un polaco y tres judíos rusos que también se apropiaban de Chaucer como patrimonio personal. Se molestó; se podía copiar de *Magic Casements*, teniendo en cuenta las circunstancias, pero prefería que leyeran lo que copiaban con un poco más de atención y lo reformularan con un poco de arte, con algo de personalidad propia. Al parecer, nadie había abordado la cuestión de la

alegoría en la vida moderna, pero eso podía pasar, pues *La reina de las hadas* no tenía mucho que ofrecer a los alumnos de primer curso de Ciencias.

Supo que había perdido la batalla en el momento en que vaciló con Kaczabowski; para calificar los trabajos, lo mejor es ir directo y seguir adelante, sin desviarse ni tener en cuenta el gusto personal. Si llegaba a reconocer que un trabajo era más agradable que otro, estaría ejerciendo su poder crítico donde no debía; su trabajo consistía en corregir la gramática de primer curso de Ciencias y desenredar las complicaciones sintácticas más extravagantes; sería fatídico empezar a pensar en Chaucer o en el sentido común, siquiera. Apartó el montón de exámenes; en el peor de los casos, repartiría notas entre el notable y el suspenso alto al tuntún y, desde luego, no devolvería los ejercicios.

Nuestro legado británico. ¡Cuánto se hablaba de eso en Canadá, desde todos los puntos de vista! Y siempre refiriéndose a autores como Chaucer y Spencer; sin embargo, parecía que nadie se refería nunca a gente como Bevill Higgin, que, al fin y al cabo, pertenecía a la clase más abundante de embajadores del Viejo Mundo. Se arrepintió de haber hablado con su madre de Higgin. ¡Mira que haberse encontrado con ese fantoche enano en su casa, cantando a Tennyson como una vaca, ante todas las brujas viejas que había en el salón! Creía que se había librado de él.

¿Cuándo lo había visto? Hacía al menos tres semanas. Había tenido una mañana complicada; había dado clase a los de primero a las ocho de la mañana; a las diez, a otro grupo que hacía un intensivo sobre nuestro legado británico; eran alumnos mayores que llevaban unos años enseñando en la escuela primaria y querían licenciarse para poder ejercer en secundaria, y casi todos lo superaban en edad. Después de la clase, uno de ellos, de unos treinta y cinco años, con gafas y bastante calvo, se le acercó y le dijo:

—Profesor Bridgetower, sus clases no me sirven para nada; no es nada personal, compéndalo, pero, sinceramente, en mi opinión, carece usted por completo de método pedagógico; ha de saber que en nuestro trabajo la pedagogía lo es todo; si me dedicara usted un poco de tiempo para profundizar en Milton, bueno, yo le daría unas indicaciones pedagógicas con mucho gusto; a medida que usted me lo explicase, yo lo orientaría sobre lo que no hace bien, ¿comprende?

Solly rechazó el amable ofrecimiento con brusquedad y dijo al bienintencionado maestro que la universidad no era una escuela de niños pequeños y que podía ejercer sus métodos pedagógicos consigo mismo. A pesar de todo, las palabras del alumno le dolieron; sabía que era un mal profesor; aborrecía la enseñanza; los más inteligentes lo cohibían y a los más torpes no los soportaba. Subió las escaleras hasta su despacho con una sensación de fracaso muy acusada.

Y allí, en el despacho, donde esperaba sentarse un rato a lamerse las heridas en silencio, apareció Bevill Higgin, quien se presentó imitando de la forma más ridícula lo que a su juicio era una actitud universitaria adecuada, y le propuso que le permitiese hacer lecturas de poesía inglesa en sus clases para mostrar a los alumnos la

fluida sonoridad del verso inglés, según sus propias palabras, e ilustrar una materia que les habían presentado (se deducía de sus palabras) de una forma aburrida y prosaica. Para ilustrar prácticamente lo que quería decir recitó unos versos del discurso de Satanás al sol con un estilo declamatorio turbador, como si estuviera probando la voz en la ducha.

Fue un momento muy inoportuno para hacerle semejante propuesta. Sabía que, como profesor de Literatura, dejaba mucho que desear, se lo acababa de restregar por la cara un alumno que, para mayor inri, lo había hecho con sinceridad y amabilidad. Evidentemente, Higgin había acudido a él porque era el más joven del departamento y, por tanto, con toda probabilidad el más abordable. Se enfurruñó y le dijo que era imposible.

Entonces, para su gran asombro, Higgin le soltó muy confidencialmente que buscaba alumnos y que si le proporcionaba algunos de los de sus clases, le remitiría con mucho gusto la mitad de la primera mensualidad de cada uno de ellos.

Desde luego, no tenía que haber reaccionado como lo hizo, se daba cuenta ahora, pero, como quiera que fuese, el hombre lo ofendió en su sentido de la propiedad; no porque le ofreciera una comisión por los alumnos, no, no, sino por algo que había notado antes de que Higgin llegara tan lejos. Supuso que sería una idea pretenciosa, pero ese mequetrefe le parecía un ser muy vulgar y rastrero. Entonces se levantó y lo empujó hacia la salida, ni con fuerza ni violentamente, solo con un impulso firme y directo. Y le dijo: «¡Puerta!», una expresión desafortunadamente extraacadémica, pero la mejor que se le ocurrió en ese momento. Además, cuando Higgin ya estaba en el pasillo, Solly cerró el despacho de un portazo.

Un gesto indecoroso, estúpido, pero estaba tan enfadado consigo mismo que no pensó en lo que hacía y, desde entonces, apenas había vuelto a pensar en el incidente. De todos modos, cuando se lo encontró en la reunión de su madre, Higgin lo miró con una expresión de triunfo maliciosa, sin lugar a dudas.

Intentó olvidarlo zambulléndose un poco más en el trabajo, pero no en la revisión de las ideas más refinadas del primer curso de Ciencias, sino en su gran proyecto, el que había de ser su pasaporte al ascenso académico. Del estante de encima del escritorio bajó un libro encuadernado en mugrienta tela marrón, en cuya tapa, enmarcado en una orla dorada, se leía el título: *Saúl*. En la portadilla, decía:

SAÚL

DRAMA EN TRES PARTES

Montreal

Henry Rose, Great St. James Street

MDCCCLVII

Ahí estaba, la obra más importante de los albores de la literatura canadiense, de Charles Heavyside, el mejor dramaturgo del país en opinión de muchos. ¿Acaso no

afirmó Longfellow, no sabemos por qué motivo, que Heavysege era el más grande dramaturgo desde Shakespeare?

No lo había elegido por afinidad con el autor, sino que se lo había regalado con desbordante generosidad académica el jefe del Departamento de Literatura Inglesa, el doctor Darcy Sengreen. Se acordaba vívidamente del día en que lo invitó a comer, hacía ya unos meses. En la sobremesa, cuando ya habían retirado el servicio y en el mantel solo quedaba un ramillete de rosas de cartulina, le dijo:

—Bueno, Bridgetower, debe ponerse a trabajar de una vez. ¿Qué piensa hacer?

Solly balbució unas palabras sobre lo mucho que tenía que aprender para ser un buen profesor y sobre la preparación de los cursos.

—¡Ah, sí! —dijo el doctor Sengreen—, pero con eso no basta, lo sabe usted. Debe hacer algo que le dé fama en los círculos académicos. Tiene usted que publicar, de lo contrario, nunca lo conocerá nadie. ¿No tiene ningún proyecto en mente?

No; lo único que tenía en la mente era aprensión por lo que el doctor pudiera decir a continuación.

—Bien, si yo fuera joven y estuviera en su lugar, no lo dudaría ni un instante: me tiraría de cabeza a Amcan. —Solly sabía que se refería al desentrañamiento intelectual de cualquier obra literaria americocanadiense que pudiera parecer duradera.

—El futuro está en Amcan, sobre todo por lo que atañe a la parte canadiense del concepto. Sin embargo, no hay tanto donde elegir y ya está casi todo adjudicado. Bien, voy a decirle lo que pienso hacer. Voy a darle Heavysege.

Media hora después, Solly salía de casa del doctor con primeras ediciones de las dos obras de teatro, de los tres poemas narrativos largos y de la única novela de Charles Heavysege, que el doctor Sengreen le había cedido por el mismo precio que había pagado él. En la semana siguiente escribió a varias publicaciones literarias pidiendo información sobre Heavysege, con vistas, dijo, a una edición crítica del autor en la que estaba trabajando, pero en realidad no lo hizo para recibir información, sino porque era la forma de dar a entender a otros ávidos exploradores de los montones de polvo de Amcan que Heavysege ya estaba marcado, que era terreno suyo, por decirlo de otro modo, y que todo aquel que pusiera un pie en su propiedad cometería un delito contra las poderosas, aunque no explícitas, reglas de la investigación académica.

Y ahí estaba él con Heavysege auestas. El doctor Sengreen esperaba que, en el plazo máximo de un año, publicase con su firma algún artículo sesudo y atrevido sobre el autor en alguna revista o publicación trimestral de reconocido prestigio académico.

Amcan: una especialidad nueva de los estudios literarios, sobre todo por lo que hacía a la parte «can». Dentro de veinte años se diría: «¿El doctor Bridgetower? ¿La máxima autoridad en Heavysege? Sí, la edición de las obras completas es obra suya prácticamente en su totalidad, ya sabe, aunque la bibliografía se la hicieron X e Y,

mientras que Z se encargó de desenterrar casi todos los artículos periodísticos de Heavysege; sí, es un hito en la investigación literaria canadiense; en la introducción general rinde un maravilloso tributo a nuestro querido Darcy Sengreen, pero en la dedicatoria dice: “A mi madre, que me transmitió el amor por la Amcan, *Si Monumentem requiris, circumspice*”; en efecto, es una de las obras más importantes de los estudios literarios canadienses». Con el libro marrón en la mano, lo acometieron de pronto las náuseas y tuvo una arcada.

¿Por qué tienen que tener literatura los países? ¿Por qué se empeña un país como Canadá, que ha llegado hace tan poco al mapa internacional, en ponerse cuanto antes los mismos adornos que otros más antiguos —música propia, pintura propia, libros propios—, y por qué se altera, se reconcome y clama al Cielo cuando no los tiene? Siguió dándole vueltas a esos interrogantes sabiendo perfectamente que estaba tan atrapado como el que más en la tupida red de las ambiciones culturales del país. Incluso habían empezado a asediarlo ya, pidiéndole consejo, algunos animosos creadores de cultura. ¿Quién era el tipo ese, ese periodista del *Bellman* que había ido a hablar con él hacía unos días? ¿No se llamaba Bumble? No, Rumball, eso. Pobre Rumball, que dedicaba todo su tiempo libre a una obra que, según él, sería la gran novela épica canadiense: *La pradera que venció al arado*.

Rumball se había dirigido a él con toda humildad; le contó que no tenía estudios pero quería aprender algo sobre la epopeya. A Solly le dio por responder que él tenía más estudios que los que podía asimilar y, en cambio, no se veía capaz de escribir una epopeya. Le aconsejó que tomara a Homero de modelo, porque tampoco tenía estudios, y le dijo que el tema que había elegido era admirable. Bien sabe Dios que en realidad le pareció espantoso, pero la presencia de Rumball le infundió humildad. Al menos, intentaba crear algo, extraer alguna cosa de sus propias entrañas y de su experiencia. No era un hombre lobo intelectual que se proponía desenterrar el cadáver del pobre Charles Heavysege con la esperanza de arrancarle unos bocados de carne putrefacta.

Así no iba a ninguna parte. Miró el reloj. Eran las nueve. Dejó *Saúl* de nuevo en el estante, se descalzó y bajó las escaleras con los zapatos en la mano. Se detuvo un momento junto a la puerta del dormitorio de su madre: la luz estaba encendida todavía, pero unos ronquidos trémulos le indicaron que ya dormía y que probablemente tardaría unas horas en despertarse. Bajó sigilosamente, se encerró en el cubículo del teléfono y marcó un número.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Molly? Soy Solly. ¿Está Humphrey?

—Sí.

—¿Puedo ir a veros? Os necesito.

—Vale, guapo.

En la penumbra de la sala de redacción del *Bellman*, un haz de luz caía desde arriba sobre el escritorio de Henry Rumball, justo encima de la máquina de escribir; Rumball, columpiándose sobre las patas traseras de la silla, miraba fijamente las entrañas de la máquina como si buscara inspiración. Estaba solo, había vuelto temprano de un festival celebrado por una clase de niños retrasados de una asociación de «La escuela en casa». En vez de pensar en los niños retrasados, como debía, estaba inmerso en *La pradera que venció al arado*.

Era una epopeya, de eso no cabía duda, y cada día adquiría dimensiones más épicas. Se engrandecía por momentos acaparando nuevos aspectos de la vida del gran Oeste canadiense; no se lo podía creer. Había leído que algunos escritores tenían a veces la sensación de que los libros cobraban vida propia y se les iban de las manos llevándose de paso la cabeza del autor, por así decir, pero lo asombraba que le sucediera a él. Los vuelos de creatividad que experimentaba lo tenían anonadado y encantado; la facilidad con que se dejaba llevar sin mucho esfuerzo ni control consciente le hacía pensar que... en fin, que lo poseía una fuerza muy superior. Era humillante verse tan... Bien, a ver, los niños retrasados...

En ese momento oyó con claridad unos pasos y unos ruidos que llevaba oyendo inconscientemente desde hacía un rato: el señor Shillito entró en la sala.

—¡Ah! Buenas tardes —dijo—. He salido un momento a tomarme un respiro y se me ha ocurrido acercarme a ver qué había por aquí.

Se fue a la mesa de noticias de la ciudad, revolvió entre los papeles que había encima y miró un par de borradores; después se acercó a la mesa de Rumball y se sentó con toda naturalidad en una esquina.

—Rematando los deberes, ya veo —dijo—. Bien, bien. Hay que escribir el artículo cuando el recuerdo está fresco, no hay que dejarlo para mañana. ¿De qué se trata?

—Niños retrasados, gimnasia y exposición de manualidades —dijo Rumball.

—Hum, sí, incluso eso... escríbelo en caliente. Bien, bien. Y aún diría más. Todas las tardes doy un paseo de dos o tres kilómetros y es entonces cuando se me ocurren las mejores ideas. Todavía llevo la libreta a todas partes, ¿sabes? —dijo el señor Shillito con la actitud de superioridad de quien desvela un secreto asombroso—. Si se me ocurre una buena frase en pleno paseo, saco la libreta, me planto debajo de una farola y la escribo. Después, por la mañana, miro la libreta y a veces descubro que ya he escrito algo mentalmente, que lo tengo listo para soltarlo en cuanto lo requiera la frase adecuada. La mente del escritor funciona de una forma muy curiosa.

Rumball soltó un gruñido. No le gustaba la idea de que la mente del señor Shillito funcionase de una forma tan parecida a la suya.

—Sí, es parte de la aventura de nuestro oficio. Tú acabas de empezar y yo estoy al final de este arte: el mejor oficio del mundo —dijo el señor Shillito con emoción.

Después, se pasó a un tono conspirador—. ¿Alguna novedad sobre el gran misterio?

—Nada, que yo sepa.

—Deseo que se aclare pronto, no es bueno para el periódico tener pendiente un asunto así.

—¡Ah, no sé! Al final, todo quedará en agua de borrajas.

—No lo creo, muchacho, no lo creo.

—Seguro. La difamación no es nada. Verá como lo arreglan entre los abogados.

—¿Tú crees?

—Y aunque no lo arreglen, no creo que pueda costarle mucho al periódico. No es una difamación grave, en caso de que lo sea, siquiera. Por una cosa así, ningún juez dará mucho valor a los supuestos perjuicios.

—No me refería al resultado público, sino a las consecuencias secundarias. Por ejemplo, aquí, en la redacción. Algunas manzanas grandes y lustrosas podrían caerse de sus bonitas y altas ramas.

—¿Se refiere a Huesitos?

—No digas que lo he dicho yo.

—No, claro que no, pero ¡caramba, señor Shillito! ¿Por qué tendrían que llegar las cosas hasta ese extremo?

—Verás, hijo mío, en ciudades como la nuestra, todo está relacionado con todo... en el fondo, quiero decir. Si pisas un pie a alguien, a lo mejor no tiene consecuencias, pero si remueves las aguas que no debes, puede que te arrepientas. Las familias se dividen, el padre se vuelve contra la hija..., cosas así; todo el mundo sale perdiendo.

—¿El padre se vuelve contra la hija? ¿Se refiere a Vambrace y su hija?

—No quisiera hablar de eso, pero resulta que... vi lo que vi. Soy viejo y he visto de todo en la vida, pero, gracias a Dios, todavía me escandaliza que se ponga la mano encima a las mujeres.

—¿Que se ponga la mano encima...? ¿Quiere decir que Vambrace ha pegado a Pearl?

—¿He dicho eso? Bueno, te lo cuento extraoficialmente, ¿eh? La metió en casa a rastras, como lo oyes, a rastras. Yo estaba en el jardín buscando a *Blue Mist*, nuestro gato persa, y lo vi casi todo. Y cuando salí a la calle, ¿sabes lo que encontré, Rumball?

—¿Qué?

—Un bastón de endrino partido en dos. En dos, te lo aseguro. Cuando un hombre blanco llega a esos extremos, Rumball, tiene que pagar las consecuencias.

El señor Shillito se levantó de la mesa con su habitual sentido de la oportunidad y se fue hasta la puerta con aire pensativo, peinándose los rizados bigotes. Antes de salir miró fija y severamente a Rumball y, apuntándolo con el bastón, le dijo:

—Es información extraoficial, que no se te olvide —recalcó, y se fue.

Rumball se quedó solo de nuevo, mirando la máquina de escribir. ¿Debía tomar cartas en el asunto? Conocía a Pearl, incluso la admiraba. La había visto por primera

vez cuando empezó a buscar información para Ipqvaa (era el título cabalístico por el que se refería a su libro) en la biblioteca de Waverley. Lo ayudó mucho y lo trató bien, y él le contó lo del libro. Le pareció que a ella le interesaba. Solo como estaba, la invitó dos o tres veces a comer con él en el Snak Shak, así hablarían de Ipqvaa, pero ella lo rechazó, aunque con buenos modales. Casi mejor, porque al fin y al cabo tenía que reservar todas las fuerzas para el libro. De todos modos, que la pegasen con un bastón de endrino... ¿Debía intervenir? Pero ¿qué podía hacer? ¿Ir a verla por la mañana y ofrecerse para lo que gustase ordenar? Pearl, caída en la desgracia, parecía mucho más deseable e importante que antes.

Pero ¿y su deber para con Ipqvaa?

También debía pensar en el profesor Bridgetower; estaba metido en el lío, y era el primer profesor que lo había tratado como a un ser humano. Por lo general, cuando Rumball iba a la universidad, visitaba a algunos profesores, pero en cuanto lo veían acercarse, le decían: «Hoy no». En cambio, cuando fue a hablar de la novela con Bridgetower, lo invitó a sentarse y se lo tomó en serio. Era un tipo agradable. Tenía que hacer algo por Pearl y por él, pero ¿qué?

Bastante agobiado, empezó a escribir: «El jueves por la tarde el público llenó prácticamente por completo las gradas del gimnasio de la escuela Queen Elizabeth para asistir al festival anual de la clase Más Oportunidades...».

Norm y Dutchy Yarrow se encontraban en la cama muy a gusto. Ella apoyaba la cabeza en el pecho de Norm y él, rodeándola con un brazo, la estrechaba contra sí. La lamparilla de noche, que tenía una pantalla de color rosa, derramaba una luz sonrosada sobre ellos. Estaban muy satisfechos y casi dormidos, hasta que Dutchy dijo:

—¡Ay, qué maravilla, ser tan felices!

—Cierto, amorcito.

—Me da mucha pena que tanta gente no pueda ser tan feliz como nosotros.

—¡Qué pensamiento tan tierno, bomboncito!

—Es que se me parte el corazón de pensar en esos dos pobres niños.

—Sí, desde luego; para ellos es tremendo.

—¿Tú crees que alguna vez tendrán algo como lo nuestro? ¿Que algún día serán tan felices y estarán tan unidos como nosotros en este instante?

Norm lo pensó un poco. Intentó imaginarse a Pearl tumbada al lado de Solly, disfrutando de una felicidad conyugal como la suya, pero algo fallaba. A menudo, las parejas felices experimentan un deseo generoso de que los demás disfruten de una situación semejante, pero, al mismo tiempo, es humano pensar que, en ese aspecto, uno ha llegado más cerca de la plenitud que el resto del mundo.

—Pues, no lo sé, tesoro. La felicidad es como un don, y la relación física también. Tanto Solly como Pearl son nerviosillos. Me da en la nariz que la educación que han

recibido no se lo va a facilitar. Es decir, puede que lleguen a ser felices, pero tanto como tú y yo... sería mucho pedir.

—Es lo que me parece a mí. Creo que no ha habido nadie en el mundo tan feliz como lo soy yo ahora.

En el otro extremo de la cama, Norm le hizo cosquillas con los pies y ella se las hizo a él. Pelearon en broma, se rieron y se besaron.

—¿Ves? —dijo Dutchy—. ¿Te imaginas a Solly y a Pearl jugando a hacerse cosquillas con los pies? ¡A mí me es imposible!

—No sé qué decirte —dijo Norm—. Pearlie tiene algo de *gammon*.

—¿De qué?

—De *gammon*. Es una palabra francesa para referirse a una chica delincuente. De todos modos, nunca se sabe. Hay gente —sentenció Norm pomposamente— que nunca llega a disfrutar del sexo.

—Desde luego, ya lo sé. Son casos clínicos, pero no pensarás que acabarán siendo una pareja de caso clínico, ¿verdad?

—Podría ser. Es decir, si lo de Pearlie y su padre es cierto.

—¡Ay, Norm! ¿No te parece que todo habrá sido un malentendido?

—Tú sabrás. Fue a ti a quien se lo contó Jimmy.

—Sí. Me da mucha rabia creerlo, pero me llamó en cuanto la señora Shillito salió de su despacho. Son vecinos de los Vambrace, viven justo al lado, y ella lo vio prácticamente todo. Y Jimmy me lo contó tal como se lo había contado ella. Le estaba ajustando un poco la dentadura de abajo, de manera que podía hablar perfectamente mientras él trabajaba. Y jura que todo es cierto.

—¿De verdad vio a Vambrace partir el bastón a Pearlie en la cabeza?

—En la cabeza no, en la espalda.

—¡Ah, bueno! Psicológicamente, es muy distinto. Es diferente incluso según la parte de la espalda que fuera, porque, claro, si fue en los hombros, podría ser por pura ira, pero si fue en el trasero, significaría sexo, sin duda.

—¿Quieres decir que Pearlie y su padre mantienen relaciones sexuales?

—Amor, eres toda una experta en actividades lúdicas y sabes perfectamente que hay mucho sexo en todas partes.

—¡Ay, qué horror, Norm! Porque, ¿te lo imaginas?

—Jimmy dijo que la señora Shillito lo había visto con sus propios ojos, ¿no?

—No, lo vio su marido. Al menos oyó un ruido horrible y entonces salió a la puerta; vio a Vambrace dando bastonazos a Pearlie. Y vio un coche que se iba rápidamente, que solo podía ser el de Solly, porque fue él quien la llevó a casa desde aquí, ¿te acuerdas? Y el anciano señor Shillito salió a la calle y vio que el bastón, que era de endrino, se partía encima del cuerpo de Pearlie. Y ya sabes qué pinchos tan horribles tienen esos bastones, y ella no llevaba más que un vestido fino y un abrigo corto encima, conque a lo mejor le ha hecho unos arañazos horribles.

—Da que pensar, ¿verdad? Porque, claro, aquí mismo, en Salterton, entre

personas de la universidad... son cosas que solo se ven en casos clínicos.

—Norm, después de un episodio así, ¿tú crees que podrán ser felices de verdad algún día?

—No sabría decirte, corazón, pero te diré una cosa: no tiene buena pinta.

Guardaron silencio unos momentos, hasta que Norm notó una humedad en el hombro.

—¡Tesoro mío! ¿Qué te pasa?

—¡No puedo soportar que esos dos lo estén pasando tan mal y que nosotros, en cambio, tengamos tanta suerte! —Y la bondadosa Dutchy rompió a llorar sonoramente.

—¡Ay, bomboncito! ¡Qué maravillosa eres! ¡Caray, eres fantástica! Vamos, ánimo. Una sonrisita para papá. Vamos, solo una sonrisita pequeñita, pequeñita.

—¿Cómo quieres que sonría, si hay tanta desgracia en el mundo?

—Cosita linda, si todo el mundo adoptase esa actitud, habría un suicidio masivo. No es normal tomarse los problemas ajenos tan a la tremenda.

—Sí, pero Norm, a ellos los conocemos.

—Vamos, bomboncito, ánimo un poco. Ya veré lo que se puede hacer.

—¡Ay, Norm! ¿De verdad piensas hacer algo?

—¡Por el amor de Dios! ¿No es a eso a lo que nos dedicamos? ¿Para lo que nos hemos preparado?

—¿Te parece que podemos aplicar alguna terapia social que arregle la situación de esos dos pobrecitos?

—Podemos intentarlo, sin duda. Está claro que el principal foco de tensión que hay que aflojar es el profesor Vambrace. Su actitud no es normal, sencillamente. No me gusta nada entrometerme en la vida privada de los demás, pero este asunto va más allá de los sentimientos personales. Tendré que ir a hablar con él y explicarle el problema que tiene.

—¡Ay, Norm! ¡Eres maravilloso!

—Sí, voy a tener que explicarle lo que es el complejo de Edipo.

—¿El qué?

—Se trata de un concepto bastante complicado, pero, bombón, ahora no tengo ganas de hablar de eso.

—¡Caray, Norm! Eres la persona más maravillosa que existe.

—¡Estate quieta!

—Voy a levantarme a preparar un café y algo más.

—No, no; nada de eso.

—¿No quieres comer nada?

—Después.

—¡Ay, Norm!

Los Cobbler vivían en una hilera de casitas todas exactamente iguales, que parecían provisionales y como si estuvieran cansadas (aunque solo hacía unos años que las habían construido), igual que niños débiles de nacimiento que tienen pocas probabilidades de alcanzar la madurez. Cuando Solly llamó a la puerta, salió a abrir Molly Cobbler y, con su habitual gesto silencioso, le indicó que la siguiera al piso de arriba.

Al entrar en el dormitorio, no se veía a Humphrey Cobbler por ninguna parte; sin embargo, en medio de la cama (anticuada, con una forma que recordaba a un trineo elegante), había una montaña de mantas que indicaba que él estaba debajo, sentado y doblado hacia delante; un olor penetrante y unas sonoras inhalaciones confirmaron que estaba tomando vahos de Bálsamo del Fraile.

—Sal de ahí, vamos; ya has respirado bastante —dijo su mujer, destapándolo. La mata de rizados negros apareció más despeinada que nunca y el baño de vapor le había dejado la cara como escaldada.

—Bridgetower, me encuentras hecho un asco —dijo.

Solly dijo que lo sentía.

—Tengo catarro. Para los demás no es nada, pero para mí es una enfermedad gravísima. No puedo cantar. ¿Te imaginas si pierdo la voz para siempre? Yo no soy como esos directores de coro de pacotilla que dicen cómo hay que cantar, ¡yo se lo demuestro! Estoy hecho fosfatina. No te acerques, que a lo peor te contagio. Supongo que no querrás inhalar un poco de esto, para prevenir, ¿verdad? —dijo, levantando un humeante jarro de bálsamo.

—Te traigo lo único que cura el catarro de verdad —dijo Solly al tiempo que sacaba del bolsillo una botella de *whisky* de centeno.

—Bridgetower, ¡qué detalle de genuina nobleza romana! Seguro que es lo que daba Bruto a Marco Antonio cuando se acatarraba. Que Dios te lo pague, mi querido amigo. Lo tomaremos caliente, para combatir el constipado. Molly, trae agua caliente, limón y azúcar. ¡A quién se le ocurre ponerse enfermo sin una gota de nada en casa! ¿Puedes creer tanta falta de previsión, Bridgetower?

El enfermo parecía encontrarse ya mucho mejor y se sentó en la cama con una bata harapienta y un pañuelo de seda, que obviamente era de su mujer, en la cabeza.

—Acerca una silla, amigo mío; tira al suelo todo lo que tiene encima, sin más. Me dejas sin palabras para agradecerte esta visita. —Sacó de debajo de la almohada un desagradable trapo grande y se sonó la nariz aparatosamente—. Mi bemol —dijo al final—. Es curioso, parece que cada vez que me sueno doy una nota distinta. La misma nariz, la misma presión, todo lo mismo... tendría que sonar siempre igual, ¿no? Pues no. ¿Ves esto? —le enseñó el trapo—. Es un trozo de sábana vieja; no te suenes nunca con papel, Bridgetower. Guarda las sábanas viejas para cuando tengas catarro. Si es muy fuerte, es lo único que alivia un poco y te da una idea de la

virulencia del catarro. Este de ahora es de dos sábanas, según mis cálculos.

La mujer ya había vuelto con los vasos, el limón, el azúcar y un hervidor eléctrico, que enchufó en una toma del suelo. Solly charló con ella mientras Cobbler doblaba el trapo, hasta que se calentó el agua y se preparó la bebida.

—¡Ajá! —aulló el enfermo, cada vez más animado—. ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Por qué brindamos?

—Tendría que ser por la boda de Solly —dijo Molly—, al fin y al cabo, el *whisky* lo ha traído él.

—¿Boda? ¿Qué boda? ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Me enteré anoche, pero este resfriado pestilente me lo borró de la cabeza. ¿Y con quién vas a casarte, Bridgetower?

—En el periódico decía que con Pearl Vambrace —respondió Solly observando a Cobbler.

—¡Qué tontería! —respondió este—. Sencillamente, no me lo creo.

—Ni yo —dijo Solly—, pero ¿por qué tú no?

—Porque es improbable psicológicamente, ya ves. Como sabe todo el mundo en ochenta quilómetros a la redonda, eres un abnegado pretendiente, aunque sin éxito, de la mano de la señorita Griselda Webster. Muy bien, suponiendo que entraras un poco en razón, que te metieras en la cabeza que esa chica no es para ti ni aunque pasen cien años, que la plantaras y, de rebote, te comprometieras con otra, ¿podría ser con Pearl Vambrace? ¡No, de ninguna manera! La intuición y la razón se rebelan contra semejante planteamiento.

Cobbler tomó entonces un trago muy largo de ponche ardiendo e inmediatamente Molly y Solly tuvieron que ponerse a darle golpecitos en la espalda un buen rato, a abanicarle y a asegurarle que sobreviviría.

—Lo que quiero decir —prosiguió con un hilo de voz, mientras se pasaba el trapo por los ojos— es que Pearl Vambrace no es la típica chica que aceptaría a un hombre de rebote, porque esas chicas o son blandas y estrujables y segregan compasión como las vacas leche, o son intrigantes cazahombres que aceptan a cualquiera cuando peor está.

—Vaya, me alegra mucho oírte decir eso —contestó Solly—, porque no sé a quién se le ha ocurrido poner ese anuncio en el periódico, pero resulta que, según la opinión general, fuiste tú.

Cobbler tomó otro trago y se repitió el acceso de tos; cuando al fin lograron calmarlo, Solly le contó las nefastas sospechas de la tía Puss y Cobbler, a su vez, contó a Solly lo de la noche de Halloween en la catedral y la serenata que había dado al profesor Vambrace en el parque, porque, según él, no había podido contenerse.

—Ya lo ves —dijo Solly—. Todo el mundo sabe que eres incapaz de contenerte cuando se te ocurre una chifladura y, claro, si pasa algo raro, enseguida piensan en ti.

—No, eso solo se le ocurre a la débil mental de la tía Puss Pottinger. Según el punto de vista burgués, se me puede tildar de muchas cosas feas, porque no soy como

ellos, pero precisamente ahí está mi defensa. ¿Puede haber broma más aburrida y burguesa y que represente mejor y de un modo más ineluctable la quintaesencia de la clase media baja que anunciar una boda falsa en el periódico? ¿Acaso Cobbler, la llaga sangrante de la sociedad saltertonense, sería capaz de hacer una cosa así? ¡Jamás! Y, por si fuera poco, para que salga bien, esa jugada requiere esmero en la planificación, destreza en la ejecución y silencio sepulcral. ¿Acaso Cobbler, que es impulsivo, Cobbler el bocazas, puede ser el autor? ¡Nunca!, insisto. Y, por último, el autor es una persona que te conoce, un falso amigo que conoce tus intimidades pero que está dispuesto a entregarte a las risas de la chusma como si fueras un bufón. ¿Puede ser Cobbler, el sincero; Cobbler, con quien has repartido el pan y la sal, además del ponche, Cobbler, que te es tan caro y fiel como Ana a la reina de Cartago? ¡No! ¡Hasta el eco lo repite...! —Cobbler iba a gritar «¡No!» otra vez, en voz muy alta, pero lo acometió otro terrible ataque de tos—. ¡Dios! —dijo cuando recuperó el habla—. Otro igual y echo la primera papilla.

—Es lo que me parecía a mí —dijo Solly—, que no podías haber sido tú.

—Me conmueve la sencilla elocuencia de tus palabras —dijo Cobbler—. Molly, bonita, necesito otro trozo de sábana vieja.

Molly le quitó de las manos el trapo sucio y salió del dormitorio.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —dijo Solly.

—¿Qué haría yo en tu lugar?

—No, no; harías algo fantástico y pondrías las cosas peor. Quiero que me digas lo que harías si fueras inteligente y prudente. ¿Qué harías en mi lugar?

Cobbler lo pensó un momento.

—Bueno —dijo—, supongo que yo en tu lugar (es decir, un tipo un tanto parado que se medio conforma con ser el balón de fútbol del destino) seguiría con mis asuntos como si nada y esperaría a que pasara todo.

—Sí, pero eso es imposible. Estoy completamente harto de lo que hago. Soy mal profesor, aborrezco la enseñanza, tengo que enseñar Literatura Inglesa a unos alumnos que no tienen el menor interés, tengo que convertirme en una autoridad en Amcan. ¡Maldita sea! A veces pienso de verdad en suicidarme.

—Como tantos otros —dijo Cobbler—, pero no te engañes. No tienes madera de suicida.

—¿Por qué lo dices?

—Eres charlatán. Quien habla mucho de sus problemas nunca se suicida; hablar es la mejor válvula de seguridad antisuicidio que existe. Hay una escena de *Hamlet* que siempre me da risa: cuando el príncipe dice que siente desprecio por sí mismo, porque se desahoga con palabras, y se pone a maldecir como una ramera; por eso, en el monólogo del suicidio, lo único que hace es dárse las de intelectual. Una cotorra como Hamlet no se clavaría ni un estilete. No, los suicidas son los que callan, los que no encuentran palabras para nombrar su desgracia. Los charlatanes nunca vamos por esos derroteros. De todas formas, tú ni siquiera te atreverías por no dar tamaño

disgusto a tu madre, porque, para superarlo, tendría que tomar más de seis medicamentos distintos.

Volvió Molly. Se había puesto el camisón en el cuarto de baño y llevaba el pelo, negro, suelto sobre los hombros. Solly nunca la había visto tan impresionante.

—Pareces una cretense maravillosa —dijo con auténtica admiración.

—Gracias. Si no te importa, voy a meterme en la cama. He apagado el fuego, pero eso no quiere decir que tengas que marcharte. Estaremos tan a gusto, así como estamos.

Con un revuelo de piernas, se metió en la cama al lado de Cobbler, se incorporó contra las almohadas, cogió un cesto de calcetines y se puso a remendar.

—Solly está pensando en suicidarse —dijo su marido al tiempo que empezaba a sonarse con un trozo limpio de sábana vieja.

—Lo que necesita es una mujer —dijo Molly.

—Pero no Pearl Vambrace —dijo Cobbler con mucha decisión—. Tienen un temperamento demasiado parecido. Las parejas deben ser complementarias, no sufrir ambos de las mismas carencias. Como dijo un cubista a un vorticista, todavía queda mucho por hablar de la cuadratura del círculo.

—No necesito una mujer —dijo Solly apasionadamente—. Tengo a mi madre y bien sabe Dios que me basta para huir del sexo femenino de por vida. No quiero casarme, ni quiero el trabajo que tengo ni quiero a Charles Heavysege.

—No escondas la cabeza bajo el ala —dijo Cobbler—, no va contigo, ¿sabes?

—Ya —dijo Solly—. No hagáis caso de lo que os diga hoy. Estoy hasta las narices. —Miró el vaso, que estaba vacío.

—¿No será la vinolencia del virulento vino? —dijo Molly Cobbler.

—Imposible, solo he tomado un trago, pero ¿de dónde has sacado eso de la vinolencia del virulento vino?

—Lo dijiste la última vez que viniste a vernos.

—Fue hace muchas semanas.

—Ya, pero se me grabó en la memoria.

—Molly, ¿te das cuenta de que has citado al gran Charles Heavysege?

—¿Ah, sí? No sé quién es. ¡Ah, sí! Lo has nombrado hace un rato.

—¡Lo he nombrado! ¡Qué forma tan suave de decirlo! Me tiene obsesionado. Es mi íncubo... mi súcubo. Se está apoderando de todo mi ser. Supongo que dentro, de diez años seré más Heavysege que yo mismo. ¿Te das cuenta de lo que representa? Es mi pasaporte a la fama, mi inmortalidad y la tumba de mi juventud. Quisiera no haber oído su nombre jamás.

—Haznos otro ponche, anda, sé bueno —dijo Molly—. ¿Por qué dices eso, si es tan importante para ti?

Solly se puso a trajinar con los vasos.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —le preguntó él.

—Si no es muy largo ni muy aburrido... —dijo Molly.

—Es largo y aburrido, pero te lo voy a contar de todas maneras. Puedes quedarte dormida, si quieres. Por suerte, estás preparada para eso. Empieza a hacer frío aquí.

Solly cogió un edredón rojo de la cama y se lo echó por encima de los hombros.

—Ahora, vestido con la toga de doctor Bridgetower, la gran autoridad en el terreno de Heavysege —dijo—, el eminente estudioso de Heavysege les dirigirá unas palabras:

»Charles Heavysege vio la luz por vez primera en día 2 de mayo de 1816, en Liverpool. Cuando redacte la introducción de sus *Obras completas* enriqueceré esa frase destacando que la sombra del ogro corso acababa de desaparecer de las cancillerías europeas, que la Revolución Industrial estaba en pleno apogeo en Inglaterra, que la mujer de Byron lo había acusado de incesto, que millones de rusos gemían todavía bajo el látigo y que, en Portland (Maine), Longfellow, a la sazón un niño de nueve años, todavía no había escrito una palabra. En mi presentación, Heavysege aparecerá de pronto en medio de una época muy interesante, lo cual no es cierto, pero sí absolutamente vital para cualquier biografía crítica.

»Ignoro lo que pasaba en Canadá entre 1816 y 1853, que fue el tiempo que vivió aquí, pero me inventaré algo. Su oficio consistía en tallar la madera, tema que me dará pie para escribir unos centenares de palabras de relleno, pero enseguida se hizo reportero del *Witness* de Montreal.

—Eso fue la llamada de la musa —dijo Cobbler, y se sonó la nariz triunfalmente.

—Exacto. A partir de ese momento, es pan comido, en lo que a investigación se refiere. La obra más importante que escribió fue *Saúl*. Bien, damas y caballeros, *Saúl* contiene la mayor variedad posible de dificultades literarias a las que se tiran los estudiosos como perros a los huesos. La primera, cómo no, es: «¿Qué es *Saúl*?». Consta de tres partes, con un total de trescientas quince páginas de letra apretada. Por lo tanto, podemos afirmar que tiene «dimensiones épicas», es decir, que es condenadamente larga. Es brillantemente irrepresentable, pero ¿debería considerarse una obra solo para leer? ¿No se trata más bien de un enorme poema filosófico, como *Fausto*? Desechamos con desprecio toda insinuación de que pueda ser un fiasco y nada más; desde el momento en que un estudioso echa las zarpas a una obra literaria, ya no hay lugar para la duda.

—Nunca se ha escrito una gran obra de tema bíblico —dijo Cobbler—. Milton no lo consiguió y hasta Ibsen se alejó claramente de las Sagradas Escrituras. No sé por qué, pero se resisten a la dramatización.

—Por favor, no interrumpas al orador —dijo Solly—. Heavysege no escribió una obra de tema bíblico sin más, sino un largo poema cósmico, como una tarta de fruta de tres pisos. Solo el piso del medio trata de Saúl y de la humanidad; dedica todo el piso superior a los ángeles, y es de una aridez tremenda; el piso inferior, más grueso que los otros dos, versa sobre los demonios y es, con diferencia, el mejor de los tres. Los ángeles le imponían respeto y temor, con Saúl se vuelve más sobrio, pero con los demonios está en su elemento. Resultan cómicos, al estilo desenvuelto y jergal del

siglo XIX; les hace vivir líos amorosos. La verdad es que con los demonios se supera. Esta característica sugiere un paralelismo con Milton; en los trabajos críticos de esta índole es preciso encontrar muchos paralelismos, y en Heavyside se encuentran por arrobas. Hay rastros de todas las influencias apetecibles hasta para el más riguroso de los eruditos.

»Sin embargo veo en vuestros ojos una pregunta de la mayor importancia. ¿Era un escritor canadiense, en el sentido más puro de la palabra? He oído que lo preguntabais. Calmaos. ¿Quién, sino un canadiense, podía haber puesto las siguientes palabras en boca de Saúl?

Si os llaman, seguidme y sed la bola,
chica al principio, que, como la de nieve
crece al rodar.

»¿No se comporta Juan Bautista como un canadiense cuando se niega a alegrarse delante de sus vecinos? ¿No es típicamente canadiense que los hebreos de Heavyside se ofendan cuando Saúl “monta en cólera en la plaza pública”? ¿No es canadiense el control de que hace gala David cuando, en vez de enfadarse, “deja caer la saliva en la barba y rebusca en la jamba de la puerta”? Amigos, he aquí las primeras pruebas de la influencia de nuestro clima y de nuestro temperamento en el teatro autóctono.

»Podría extenderme con los atractivos de Heavyside, tal como se presentan al apetito del estudioso. *Saúl* está plagado de erratas y el trabajo del estudioso consiste en corregirlas. En la página diecisiete encontramos la palabra “volviredno”. ¿Quiso decir “volviendo”? De ahí puede salir una nota estupenda. En la página diecinueve encontramos la palabra “tules”, cuando se esperaba “nubes”. ¿Quiso el autor decir algo profundamente poético con la palabra “tules”? Esto da lugar a un buen párrafo especulativo, porque, por encima de todo, debemos ser fieles a la letra escrita y evitar la tentación de enmendar la plana al autor. ¿Se permite el poeta reflejar algo de su propia vida en la obra? Bien, en determinado momento, Saúl habla de “almorranas dolorosas” y el adjetivo nos abre la puerta de una seductora vía de especulación; debemos averiguar cuanto podamos del estado de salud del autor en 1857, cuando se publicó *Saúl*. ¿Tenía el poeta su propia filosofía? ¿De qué otra forma podrían interpretarse los cuatro versos que pone en boca de un campesino israelita? (Por cierto, dicho personaje aparece fumando en pipa; Heavyside no nos ha negado ni el lujo de un bonito y jugoso anacronismo). Dicho campesino dice:

El hombre es la pipa que fuma la vida
mientras pasea por la tierra;
y cuando se cansa de la broma,
llega la muerte y tira la ceniza.

»¿Quién puede oír estos versos sin conmoverse?

—Yo; no me conmueven nada —dijo Cobbler.

—Entonces es que no tienes alma y no mereces el festín intelectual que os he preparado —dijo Solly—. Sin embargo, ahí tenemos la esencia de Heavysege. Os ahorro la otra obra de teatro, los dos poemas largos y los artículos periodísticos, que tendré que localizar y pasar por el cedazo. Ya veis, amigos míos, el montón de ceniza sobre el que tengo que derramar mis esfuerzos y mis pensamientos para poder llegar a ser una gran estrella del firmamento de Amcan. Hace un frío que pela.

—Pobre Solly, estás hecho polvo —dijo Molly Cobbler—. Es mejor que te metas aquí con nosotros.

Solly miró la cama sin saber qué hacer.

—¿Cómo voy a meterme? —dijo.

—Prepara otro poco de ponche calentito. Luego, suelta las mantas por la parte de los pies, quítate los zapatos y ¡adentro! Puedes poner las piernas entre nosotros dos. Enseguida entrarás en calor. Te presto una de mis almohadas.

Solly hizo lo que le indicaron y, unos minutos después, tuvo la grata sorpresa de hallarse cómodamente arropado y mirando a los Cobbler de frente, con los pies calentitos entre los dos.

—Estoy como la espada que Lanzarote interponía entre sí y quien fuera necesario —dijo.

Molly Cobbler no respondió, pero se rio, le hizo cosquillas en los pies y Solly se ruborizó.

—Es muy triste lo que cuentas, ¿sabes? —dijo Cobbler, tras pensar un poco mientras se sonaba la nariz—, pero no se sostiene. Quieres que te compadezcamos porque estás encadenado a Heavysege y a unos alumnos que no tienen ningún interés en la materia. Sin embargo, has de saber que no estás encadenado. Uno no tiene por qué dedicarse a la enseñanza si no quiere. Recuerdo lo desastroso que era yo cuando daba clases de Iniciación a la Música en Waverley. Un día, la repulsiva de Tessie Forgie se me acercó y me dijo: «Señor Cobbler, ¿debo entender que soy responsable de todas las óperas de Mozart?», y yo le dije: «Señorita Forgie, si fuera usted responsable de una sola obertura de Mozart, la abrazaría ahora mismo, pero no lo es; si lo que quiere decir es si debe usted conocer la obra de Mozart, la respuesta es: sí». Fue el final de mi carrera de profesor. Lo que pedía a los alumnos era que aprendiesen algo, no que se especializaran en aprobar exámenes. Por eso ahora solo me relaciono personalmente con unos pocos mocosos universitarios, como en la memorable noche de Halloween. Si no te gusta enseñar, lárgate.

—Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¡Y yo qué sé! Pero no lo averiguarás si te aferras a esa mierda de trabajo. ¿Y por qué te esfuerzas tanto con Heavysege? ¿Por qué no escribes algo por tu cuenta?

—¿Yo? ¿Qué quieres que escriba?

—Tú sabrás. Escribe una novela.

—Las novelas no dan dinero.

—¿Y Heavysege sí?

—No, pero puede abrirme otras puertas. Con un buen trabajo de investigación bajo el brazo, te quieren en cualquier fábrica de diplomas. Y no creas que no he pensado en escribir algo propio, pero no sé qué. Parece que todo se ha escrito ya. No hay tema sobre el que no se haya escrito hasta la saciedad.

—Lo que te pasa es que has leído demasiado. Tanto estudio ha terminado con tu originalidad. El mundo está lleno de temas. Ahí va una idea: en una ciudad como Salterton vive una pareja rica y muy bien dotada física y mentalmente; tiene dos hijos tan bien dotados como ella, Arthur de veintiún años, y Alice, de dieciocho. Aunque llevan una vida de reclusión sin privaciones, se extiende el rumor de que Alice ha tenido un hijo, cuyo padre es Arthur. Estalla el escándalo, pero no se puede hacer nada porque nadie los denuncia. Entonces, Alice y Arthur presentan a su hijo a un concurso de niños patrocinado por la ONU y el pequeño se lleva todos los primeros premios. Dicen que es porque el incesto refuerza las características dominantes de cada uno y, puesto que ambos tienen una excelente dotación física y mental, el hijo de ambos es un niño modélico. Sus padres confiesan que también son hermanos y que son la sexta generación de incesto programado y practicado según los más elevados principios de la moral y la eugenesia. La ONU adopta los métodos de la familia y se desata una competición entre Rusia y el mundo libre para ver quién es capaz de producir más seres superiores en menos tiempo. Escrito con gracia, se vendería como rosquillas.

—¿No te parece que le falta un poco de amor? —dijo Molly.

—¡Ah, bueno! Eso se cuela en cualquier momento. Lo que quiero decir es que es una trama original. Si todas las novelas tienen que ser de amor, nunca se conseguiría la originalidad, porque no hay nada menos original que un ser humano enamorado. De todos modos, estoy harto de que todos pidan originalidad a gritos y la rechacen cuando se les presenta.

—Esa trama no es factible —dijo Solly—, ofendería la elevada moralidad de las letras canadienses, porque es frívola e indecente a un tiempo.

—¡Ah, muy bien! —dijo Cobbler—. Continúa saqueando los armarios del olvido en busca de migajas rancias como Heavysege, es para lo único que sirves. Tengo la desagradable impresión de que te aborreceré dentro de dos o tres años, sin prejuicios, eso sí.

El ponche caliente y la acogedora cama empezaron a hacer estragos en Solly.

—Tengo la horrible sensación de que me utilizan —murmuró—. Estoy metido en siete líos distintos. Estoy atrapado en una profesión de la que reniego y me han cargado con una tarea profesional que no soporto. Soy víctima de una broma que me pone en ridículo y me deja en una situación muy delicada con una chica a la que apenas conozco y que no creo que me guste. Pido consejo a la única persona que conozco y que parece tener una mentalidad más abierta de lo normal y solo se le

ocurre burlarse de mí. Muy bien. Cargo con tanta indignidad... total, da lo mismo, solo es un poco más.

—¡Paparruchas! —dijo Cobbler, tanteando bajo la almohada en busca del retal de sábana vieja—. No te hagas la víctima conmigo, Bridgetower. Es verdad que estás en una situación compleja y variopinta, pero a pesar de lo mucho que te aprecio, veo con prístina claridad que no es más que el reflejo externo y visible del lío interno e invisible que tienes. Conque crees que la vida te ha tendido una trampa, ¿eh? Verás, amigo mío, todo el mundo está atrapado en mayor o menor medida. Lo máximo a lo que puedes aspirar es a entender tu trampa y llegar a un acuerdo con ella pasito a paso. Si te parece difícil, ten en cuenta que te lo digo en lo que podría ser mi lecho de muerte. —Se sonó ruidosamente—. Sé natural —dijo—. Este catarro baja más de un tono entero por hora. Es evidente que me estoy muriendo. Bien, acepta estas duras palabras como regalo de despedida. Eres prisionero de las circunstancias, Bridgetower, y en mi ponderada opinión no perteneces a la pequeña minoría de seres humanos que lucha contra las circunstancias y las vence.

Solly se quedó pensando.

—Eso habrá que verlo —dijo al cabo de un rato, pero su anfitrión y su anfitriona se habían dormido ya.

Se despertó mucho más tarde y se dio cuenta de que Molly Cobbler estaba dándole pataditas suavemente pero con insistencia.

—Ya es hora de que te vayas a casa, guapo —le dijo—. Son más de las tres.

—¡La leche! —exclamó, sentándose de golpe—. ¿Qué va a decir mi madre?

—Dile que estabas en la cama con una casada y que no te pareció de buena educación marcharte deprisa y corriendo —dijo Molly. Y, entonces, lo besó por sorpresa—. No hagas caso de lo que te diga Humphrey, está enfermo y enfadado. Seguro que encontrarás solución para todo.

Tanta amabilidad se le coló directamente en el corazón y notó un calor repentino en el pecho.

—Gracias —dijo, y la besó a su vez—. Sí, lo superaré.

Por la fuerza de la costumbre, empezó a bajar las escaleras de puntillas, pero de pronto se acordó de dónde estaba y terminó de bajarlas con mucho ruido; luego salió a la fría noche. Al menos ahora veía claramente una cosa: tenía que haber protegido a Pearl de su padre, o intentarlo, al menos.

CINCO

Gloster Ridley estaba desayunando. En la cocina se oía cantar a la señora Edith Little, la criada, con una vocecita aguda, cautelosa y trémula: un gruñido bien modulado. Cuando terminó *Just A Wearyin' for You* preguntó a Earl, su hijo:

—¿Te ha gustado, amorcito?

—Meno.

—¿Bueno? ¡Ay, qué zalamero eres! ¿Vas a ser igual de zalamero cuando crezcas?

—Bla.

—¿Un zalamero como tito Bev?

—Tito Bev.

—¡Ay! Tito Bev te chifla, ¿verdad que sí? ¿Eh? ¡Es que te chifla!

—Gau.

—Bueno, si de mayor eres la mitad de encantador que tito Bev, todo irá bien, porque tito Bev es encantador de verdad. ¿Vas a ser un encanto, amorcito?

—Canto.

—¿Eres un encanto? ¡Ay! ¡Muy espabilado, eso es lo que eres! Demasiado para tu mamita, pero siempre serás el niño de tu mamita, ¿a que sí?

—Bla.

—Sí, señor. Mamita siempre será tu niña predilecta, ¿eh? Di a mamita que siempre será tu niña predilecta.

—Blou.

—¡Ay, qué zalamero estás hecho!

Ridley suspiró al tomar la última cucharada de pomelo. Sabía que todo era una escenita de amor maternal muy bien pensada para impresionarlo y para demostrar lo encantador y listo que era el pequeño Earl. No era vanidoso y no se le había ocurrido pensar que la criada pretendiera conquistarlo con sus encantos, pero sabía que, por algún motivo desconocido, la mujer se había propuesto que se fijase en el pequeño. Le contaba a menudo anécdotas que demostraban lo espabilado que era y las salidas tan ocurrentes que tenía; en una ocasión le preguntó si nunca había deseado tener un hijo. Ridley, tan débil y tan amable a un tiempo, en vez de confesar la verdad, es decir, que temía y desconfiaba de casi todos los niños pequeños, contemporizó con ella como buenamente pudo. Sin embargo, unas semanas después, cuando llegó la Navidad, compró un panda enorme y caro para Earl y, a partir de entonces, la señora Little lo llevaba a veces cuando iba a trabajar y hablaba con él para que Ridley los oyera, pero este, un poco avergonzado de sus sentimientos, empezó a aborrecer al pequeño enconadamente.

Se preguntó si sería apropiado calificar de holgazán a un niño tan pequeño, pero era la única palabra que lo describía con exactitud. Aunque no contaba más que tres años, tenía un andar pesado y medio agachado, el abdomen redondeado, que recordaba a la típica barriga prominente de la madurez, y un huequecito húmedo en la comisura de la boca que parecía dispuesto por la naturaleza para sujetar una colilla de puro babeada. De existir niños holgazanes, Earl sería un buen ejemplo. Y no lo

llamaba Earl al pensar en él, pues en su baptisterio mental lo había bautizado en secreto hacía unas cuantas semanas con el nombre de Pachito. El nombre surgió de las profundidades del pasado, de cuando, siendo un niño, había visto en una colección encuadernada de una revista (*Punch*, tal vez) una ilustración de una guapa madre joven hablando con un niño tan repelente como el hijo de la señora Little: «¿Y cómo llama mamá a su niño querido?». «Pa-chi-to», contestaba el niño. «Eso es —decía la madre—, ¡Pichoncito mío!». Pachito y Constanca Lectora.

La señora Little le llevó un huevo y unas tostadas.

—No le molesta que cante, ¿verdad? —le dijo.

—No, no —dijo Ridley.

La verdad era que prefería el silencio, pero habría sido una grosería decírselo; a los solteros les salen muy caras hasta las menores atenciones de las mujeres.

—Últimamente estoy como un jilguero —dijo la señora Little— y no paro de cantar. Estoy aprendiendo.

—Desde luego.

—Con el caballero que tenemos realquilado en casa. El señor Bevill Higgin. Es un maestro excelente; la verdad es que parece que te saque lo mejor que tienes dentro. Muchas veces le digo que podría hacer cantar a las piedras. Nos enseña a todos, a mi hermana también, y a su marido y hasta a Earl.

—¿Al niño también?

—¡Ay, sí! El señor Higgin dice que nunca es demasiado pronto para empezar con los niños. Él aprendió a cantar antes que a hablar. ¿Le gustaría oír cantar a Earl?

—Sí, algún día.

—¡Ah, pero ahora está aquí! A veces lo traigo por la mañana, mientras hago la limpieza. Se queda sentadito... ¡más bueno! Y me deja trabajar. Voy a buscarlo.

Ridley se hundió en un súbito abatimiento mientras la mujer iba presurosa a la cocina. «Tendría que estar contento —pensó—. Desayuno al sol, tengo un piso estupendo y una criada limpia y eficiente... pero parezco un desgraciado y encima tendré que oír cantar a Pachito. Bueno, es igual, no voy a dejar que se me enfríe el huevo».

La señora Little volvió con Earl de la mano. El niño iba bien vestido, con un jersey amarillo y un peto marrón de pana, pero a Ridley seguía pareciéndole un holgazán. Andaba con pesadez y daba la impresión de que llevara una colilla de puro invisible en la comisura de la boca.

—A ver, cariñito —dijo la señora Little arrodillándose—, canta algo al señor Ridley, como si fuera tito Bev. Él llama así al señor Higgin. Quiere decir tío Bev, claro. Vamos, cariñito: Todos los patitos...

—El ma chitito si to ogá —balbució Pachito.

—A ver, cariñito, sabes que eso viene después —dijo la señora Little haciendo de mamá cariñosa y echando miradas de complicidad a su jefe—. Vamos, cariñito: Todos los patitos... —lo animó con su vocecita cautelosa.

—E calpo —dijo Earl mirando a Ridley hoscamente.

—A ver, cariñito, eso no se dice —contestó la madre muy ruborizada—. Canta algo bonito para que te oiga el señor Ridley.

—Bonito no —dijo Earl, y dio un golpe al aire en dirección a Ridley—. Feo. E calpo.

Ridley no vio motivo para ayudar a la señora Little a salir del apuro, de manera que miró a Pachito con malevolencia y siguió comiendo el huevo. El niño entendió muy bien el gesto, dio una patada en el suelo y otro puñetazo al aire. La señora Little creyó llegado el momento de demostrar que sabía ser una madre firme, además de tierna; cogió el puño gordezuelo de su hijo y se lo sacudió con suavidad.

—A ver, cariñito, mamá quiere que cantes algo al señor Ridley igual que haces con tito Bev. Vamos, empieza.

—¡Tito Bev cabrón! —dijo Earl con una claridad no alcanzada hasta entonces—. ¡Calpo cabrón!

Ahogando un grito, la señora Little cogió al niño en brazos y huyó a la cocina.

Ridley se alegró tremendamente y deseó que Earl pasara un mal rato. Terminó el huevo con mejor apetito y se tomó el café y las tostadas con gran placer, pensando que a lo mejor la jornada no sería tan abrumadora como temía. No había dormido bien, nunca dormía bien la víspera de un día complicado; sin embargo, mirando por la ventana el sol de otoño, tuvo la sensación de que tal vez las cosas no resultaran tan difíciles como suponía. Había quedado con Balmer por la mañana e iría a ver al señor Warboys (y con toda probabilidad a su enemiga, la señora Warboys) a última hora de la tarde. Bueno, que fuera lo que tuviera que ser.

Procurando no dejarse llevar por la preocupación, se quitó el batín y se puso la chaqueta del traje, se pasó el cepillo por el poco pelo que le quedaba, guardó unos documentos en el maletín y se fue a buscar el sombrero y el abrigo. En el momento en que se disponía a abrir la puerta, la señora Little salió otra vez de la cocina; tenía los ojos hinchados y llorosos todavía.

—No sé qué decirle. No sé qué pensará usted del lenguaje de Earl. ¿Dónde aprenderá esas palabrotas?

—No tiene importancia —dijo Ridley con ganas de marcharse.

—¡Ah, sí, sí que la tiene! ¡No pienso en otra cosa! Mi hijo es lo único que tengo y, bueno, supongo que vivo por él. No se imagina lo que es criar a un hijo sola. A veces es superior a mis fuerzas. —Y volvió a llorar.

—Por favor, no se disguste tanto. Seguro que los demás niños hacen lo mismo.

—Eso es lo que no quisiera. Lo que más miedo me da es que termine siendo igual que su padre. ¡Delante de usted, precisamente! ¡Y con lo preocupado que está por lo del periódico y todo eso!

—¿Cómo? —dijo Ridley, quien, como la mayoría de los sufridores, creía que disimulaba muy bien sus preocupaciones.

—¡Desde luego que está preocupado! Lo sé. Creo que soy la persona que mejor lo

conoce. Es por eso del profesor Bridgetower y la hija del profesor Vambrace, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—Se habla mucho de eso y me lo cuentan, porque, claro, todo el mundo sabe que tengo algo que ver con el *Bellman*. Sé hasta qué punto le preocupa a usted. Estos últimos días deja la cama muy revuelta y no para de tomar soda y todo lo demás. ¡Ay, cuánto me gustaría poder ayudarlo!

Lo dijo de todo corazón y, aunque estaba frente a él sin mover un dedo, Ridley tuvo la terrible impresión de que, de un momento a otro, Constanza Lectora se le iba a echar en los brazos. Alarmado, salió por la puerta sin una palabra más y bajó las escaleras a toda prisa. De pronto tuvo la sensación de que ni en su casa estaba seguro.

La señora Little, desbordada por haberse atrevido a tanto, se sentó en el sillón de Ridley y se echó a llorar.

—La raíz del asunto es la malicia de X. Ganará el primero que lo encuentre —dijo Gordon Balmer.

—Ya —dijo Ridley.

—Todo esto es ridículo —prosiguió Balmer—, pero, aun así, es un caso con fundamento.

—No me parece tan ridículo —dijo Ridley—. Dice que podría costar bastante dinero al *Bellman*, por daños y perjuicios. Eso no sería ridículo.

—Depende de lo que considere bastante dinero. El *Bellman* bien puede permitirse unos miles. Sin embargo, si perdiera, la cantidad que el juez recomendaría al jurado para compensar a la otra parte podría no ser muy elevada, sobre todo si Vambrace y Snelgrove pidieran una cantidad desorbitada. Por lo general, los jueces no se fían de quienes exigen indemnizaciones exageradas. No, lo que hay que evitar es sentar precedente. Si se gana un caso de estas características, aunque solo sea por mil dólares, todo el país empezará a denunciar a los periódicos por cualquier error trivial y a hacer apaños fuera de los tribunales. Entonces sí que saldría caro. De todos modos, he dicho que podría salir caro, no que tenga que ser así. Mi trabajo consiste en impedirlo. Por eso quiero ponerla las manos encima a X.

El señor Balmer se sirvió un vaso de agua de un dispensador que había en una mesilla auxiliar y se la bebió con placer. El ambiente de su despacho era muy distinto al de Snelgrove, Martin y Fitzalan, y lo que es más, podría decirse que carecía de una cosa tan baladí como el ambiente. Estaba sentado ante un escritorio de acero, en un asiento científicamente anatómico. Ridley ocupaba otro asiento igual. Encima del escritorio no había nada más que un cartapacio; en el suelo, solo linóleo caro; en las paredes, nada más que los títulos universitarios del señor Balmer y el de Consejero de la Corona. Aunque era robusto y calvo, el señor Balmer daba la impresión de estar hecho de una sustancia científica moderna, como espuma o goma, sobre una armazón

de acero. El vaso de agua puso en marcha una maquinaria explicativa interna propia de abogados y siguió hablando.

—Lo acusarán de difamación. Ayer vino a verme Snelgrove y, por lo visto, es lo que piensan hacer. Se trata de un cargo difícil de demostrar, pero podría hacerse. No obstante, una cosa es demostrarlo y otra muy distinta conseguir una buena suma por daños y perjuicios. El juez podría argumentar que la difamación no ha sido tan grave. Aun así, usted lo publicó y, por tanto, es culpable. Si al juez no le gusta la prensa, y por lo general no les gusta, podría ponerse severo. Ahora bien, debemos basar nuestra defensa en que usted es víctima de la malicia. El concepto de intención maliciosa es difícil de precisar legalmente, pero aunque no pueda definirse con exactitud, se entiende bien. Los tres son víctimas de la malicia de X, tanto la señorita Vambrace y el señor Bridgetower como usted. En cuanto tenga a X, lo siento en el banquillo y verá con qué rapidez se echa tierra al asunto, porque tanto Vambrace como usted están deseosos de descubrir quién es. Probablemente el juez no pueda hacer nada contra X, a menos que se lo acuse de algo: de malicia. La importancia que cobre entonces el asunto depende de quién sea esa persona. Yo desaconsejo esa acusación, salvo en circunstancias excepcionales; la malicia es todavía más escurridiza que la difamación.

—¿Y si son ellos quienes encuentran a X? —preguntó Ridley.

—En ese caso, seguramente lo oculten hasta que lo expriman a usted cuanto puedan, ¡y luego lo demandarían a él! O tal vez lo presenten hacia el final de las vistas, por sorpresa, y lo interroguen de manera que salga usted más desacreditado todavía. La clave del caso es X. Entréguemelo y zanjamos el asunto.

—Pero es que no lo tengo. Estamos buscándolo. Marryat está en ello, Weir también, pero no sabemos por dónde empezar. No lo encontraremos.

—No diga eso. También lo buscan Snelgrove y Ronny Fitzalan, además de Vambrace, que anda tras él; por cierto, corren rumores muy curiosos al respecto. Cuando hay tanta gente buscando una cosa, normalmente termina apareciendo. Es difícil borrar el rastro, pero aún es más difícil conocer un secreto y no contarlo. Estoy seguro de que encontraremos a X, pero me gustaría que fuéramos nosotros los primeros.

—Supongo que llegar a un acuerdo sería imposible, ¿no? —dijo Ridley.

—No, no, en absoluto. Ronny Fitzalan ha venido a verme a espaldas de Snelgrove. Es tío de la señorita Vambrace y quiere que todo se haga con discreción, por el bien de la joven, pero para tapan la boca a Vambrace tendría usted que morder el polvo a fondo, y lo que es más, públicamente. No se lo aconsejo. Técnicamente es usted el malo, pero moralmente es el bueno. Si se rinde ahora, ¡vaya a saber qué denuncias tendrá que afrontar en lo sucesivo! El caso se presenta bien y debe usted luchar. Quizá la próxima vez las cosas no le sean tan favorables, pero el mejor momento para demostrar la fuerza que se tiene es cuando se está fuerte.

—Ya. En fin, ¿qué hacemos? ¿Le parece que contrate a un detective o algo así?

—Llevo veinticinco años en la profesión y todavía no conozco a ningún detective que pueda hacer algo útil, salvo en las grandes ciudades. En las pequeñas, como esta, se los huele a distancia. De todos modos, se mueven principalmente por los bajos fondos, y los bajos fondos de Salterton se reducen a un solo hombre: Pimples Buckle. Controla toda la delincuencia en ochenta kilómetros a la redonda. Déjelo en mis manos. Me pondré en contacto diplomático con Pimples. Entre tanto, usted siga buscando.

Y con eso tuvo que conformarse Ridley.

El lunes por la mañana, mientras Gloster Ridley consultaba al abogado del *Bellman*, Solly encontró por fin a Pearl en el Aula de Música de la biblioteca de Waverley. Llevaba buscándola desde el viernes, después de la visita a casa de los Cobblers, porque estaba convencido de que si superaban las dificultades entre ellos, encontrarían una solución. Al menos eso era lo que pensaba cuando fue a buscarla a la biblioteca el viernes por la mañana, y también por la tarde nuevamente. Pearl estaba ocupada en ambas ocasiones, pero le dio vergüenza preguntar por ella en el mostrador principal, de manera que se quedó merodeando por la sala de lectura con la esperanza de verla aparecer y, sin saberlo, llamó mucho la atención de los bibliotecarios, quienes supusieron que estaba allí para reunirse un momento con su prometida o para decirle algo. Por la noche, la necesidad de hablar con ella era ya imperiosa, pero no se atrevió a llamarla por teléfono y no sabía dónde podría estar.

Volvió a la biblioteca el sábado por la mañana, pero sin resultados. Cerraron a la una y se quedó esperando en la calle, con la idea de que tal vez la viera cuando se marchase a casa. No sabía que Pearl lo vigilaba desde una ventana y que no salió del edificio hasta que se hubo marchado él. La hora de comer en casa de los Bridgetower era una cita en toda regla; a los Vambrace no les preocupaba si comían tarde o temprano. Pearl no sabía qué querría decirle Solly; por esos caprichos que tan a menudo tiene la mente, estaba ofendida con él e incluso lo detestaba, porque había presenciado la humillante escena entre su padre y ella. Si quería quedarse esperándola a la intemperie un día lluvioso, allá él. Casi deseó que atrapara un resfriado.

Fue un deseo cruel, pensó, pero desear algo cruel era una experiencia nueva y estupenda para ella. Desde la nefasta noche del miércoles, que se la había pasado en blanco tumbada en la cama, llorando por la pérdida del padre, había pensado muchas cosas crueles de diversas personas. Y, aunque es bien sabido que, si perduran años, los pensamientos despiadados son enemigos de la belleza, en el caso de Pearl, en esos pocos días, tuvieron la virtud de aumentar notablemente su atractivo. Ahora, como se creía sola en el mundo, iba más erguida, le brillaban más los ojos y se movía con brío y resolución. Además, libre de la carga de la lealtad familiar y libre por primera vez en su vida de la tradición Vambrace de despreciar las cosas mundanales que cuestan dinero, sacó una buena cantidad de su cuenta de ahorro y se compró dos trajes

nuevos, más elegantes de lo que antes le parecía apropiado. Y no terminó ahí la cosa. Había crecido a la sombra de la idea de su padre de que el cabello corto para las mujeres no era más que una moda pasajera y, por tanto, enseguida quedaría atrás; por eso siempre llevaba el pelo largo y no se lo arreglaba particularmente. Sin embargo, el sábado por la tarde se fue a la peluquería, se lo cortó a siete centímetros de la nuca y se lo rizó. Fue todo un desafío y, a la hora de la colación nocturna, mientras sus padres consumían una nadería compuesta de sobras de crema pastelera y brazo de gitano, sabía que no le quitaban los ojos de encima, aunque no dijeron una palabra.

Lo cierto es que, por primera vez en la relación con su hija, el profesor Vambrace estaba cohibido y profundamente avergonzado de la escena que había tenido con ella en la calle: por haberse comportado tan indignamente delante del joven Bridgetower; por el cachete que había dado a su hija en la oreja como un vulgar campesino, indigno de un primo de Mourne y Derry; por haber demostrado a su hija lo mucho que le había dolido su fracaso detectivesco... Se negaba a reconocer la vergüenza que le daba haber herido los sentimientos de su hija, que lo adoraba, aunque con esa actitud solo lograba aumentar el pesar que le oprimía el corazón. Sin embargo, no era propio de él pedir perdón ni dar explicaciones ni paso alguno hacia la reconciliación con su hija; deseaba con desesperación que lo perdonase, pero, según su inflexible mentalidad, era impensable que un padre pidiera perdón a un hijo. Los hijos, por el simple hecho de serlo, siempre se equivocaban, en cualquier desavenencia. Se propuso esperar a que Pearl mostrara una actitud más favorable para dejar que, poco a poco, volviera a congraciarse con él. Tal fue su actitud hasta el sábado por la mañana, y el jueves y el viernes fueron días tristes en casa de los Vambrace.

El profesor no daba clases el sábado por la mañana, pero de todos modos fue a la universidad; se encontraba en su despacho, leyendo una revista trimestral de estudios clásicos, cuando llamaron a la puerta y, sin esperar invitación, entró un joven alto y bien plantado.

—Profesor Vambrace —dijo—, soy Norm Yarrow.

—¿Ah, sí? —dijo el profesor sin expresión alguna.

—No nos conocemos, pero soy el nuevo del Departamento de Orientación del Alumnado y amigo de Pearlie.

—¿De quién?

—De Pearlie, su hija.

—¿Y eso? No estoy acostumbrado a que la llamen así. En mi casa no se usan hipocorísticos. —Estaba en vena Mourne y Derry esa mañana.

—Profesor, vayamos al grano. Mi visita se debe únicamente a mi deseo de ayudar. Quiero que entienda desde el primer momento que mi trabajo consiste en comprender, no en acusar. Bien, usted es inteligente, de modo que no hace falta que me ande con rodeos. Podemos quitarnos los guantes desde el principio. Supongo que

ha oído hablar del complejo de Edipo.

—Conozco la leyenda de Edipo en todas sus formas.

—Sí, pero ¿la ha entendido? Quiero decir, en el sentido moderno. ¿Ha captado las repercusiones psicológicas que contiene?

—Señor Yarrow, no podría ser jefe del Departamento de Clásicas de esta universidad si no conociera a fondo la figura de Edipo.

—Pero ¿el complejo? ¿Sabe algo del complejo?

—¿De qué complejo habla usted? ¡El arte siempre es complejo!

—No, no. Me refiero a si se da cuenta de lo que es en realidad la historia de Edipo. Es decir, el deseo infantil de todos los hombres de matar a su padre y casarse con su madre. ¿Lo sabía?

—Pues claro que sé algo de esa tontería. Y ahora, ¿se puede saber cuál es el propósito de su visita, señor Yarrow? Como puede ver, estoy ocupado con la lectura.

—Se lo diré en dos palabras. ¿Se le ha ocurrido alguna vez pensar que entre Pearlie y usted puede haber algo edípico?

El profesor Vambrace no era un hombre muy risueño, pero no carecía de sentido del humor. Se quedó un rato mirando a Norm y luego le dijo:

—Es una idea sumamente interesante, mi querido señor. ¿Desea desarrollarla un poco, tal vez?

Norm se animó. Como solía decir a Dutchy, siempre era más fácil tratar con los que tenían algo en la cabeza y no se echaban a llorar ni ponían el grito en el cielo.

—Me alegro de que se lo tome así, profesor. Bien, en cuanto a Pearlie, se dicen muchas cosas, sobre todo de la escena en la calle, anoche o antes de anoche. Dicen que la apaleó usted con un bastón bastante grande...

—¿Dicen? Sí, se dicen muchas cosas de mí, señor Yarrow. Creo saber quiénes le han informado. ¡Llevan tantos años hablando mal de mí! Y ahora dicen que maltrato a mi hija en público, ¿eh? ¿A bastonazos? No me sorprende. ¿Y qué relación hay entre la leyenda de Edipo y esa acusación?

—Profesor, usted ama a Pearlie.

—¡No me diga, señor Yarrow! ¡Qué cosa tan extraordinaria! Es comprensible que un padre ame a su hija, pero seguro que mis detractores afirman que carezco de ese sentimiento natural, ¿no es eso?

—Quiero decir que ama a Pearlie más de lo debido.

—¡Ah! Y por eso la muelo a palos en público.

—Exacto, porque tiene usted celos, ¿comprende? Tiene celos del objeto natural de amor de su hija, el joven Solly Bridgetower.

—¡Ah! Conque cree que mi hija está enamorada de Bridgetower, ¿eh?

—Bueno, tengo entendido que va a casarse con él.

—¿Y por qué?

—Pues... salió anunciado en el periódico, ¿no?

—¡Ajá! Es decir, usted cree todo lo que sale en el periódico. Una afirmación

curiosa, para un psicólogo. No, señor Yarrow, mi hija no va a casarse con ese tipo y nunca se le ha ocurrido ni remotamente. Bien, volvamos a su opinión de Edipo, que, dicho sea de paso, me parece novedosa y refrescante, ¿qué tiene que ver con todo esto?

Norm tenía la sensación de haber perdido las riendas de la conversación; no era normal que, en casos así, el entrevistado tuviera una actitud tan fría y serena, tan impersonal.

—Por lo que decía el periódico, era normal pensar que ambos se habían comprometido, eso no puede negarlo. Bien, resulta que Edipo es símbolo de una forma de amor particular y...

—Edipo puede ser símbolo de muchas cosas. Según la profecía, asesinó a Layo, su padre, y se casó con Yocasta, la viuda de Layo; solo después de desposarse con ella descubrió que era su madre. Un amor particular, sin duda. Sin embargo, mi querida madre murió cuando yo tenía dos años, señor Yarrow, y no la recuerdo. Sigo sin ver la relación entre Edipo y yo.

—Tal vez no se conozca usted tan a fondo como debiera, pero no se le puede reprochar, desde luego. Hace falta mucha práctica para conocerse a uno mismo en el sentido al que me refiero. Sin embargo, si invertimos los factores de la leyenda, tenemos una hija que mata a su madre y que está enamorada de su padre. ¿Me sigue?

—Invertir tramas no es ninguna novedad para un especialista de Clásicas, mi querido señor. Permítame que le ayude; usted cree que mi hija me ama en exceso y que, para enmendar esa conducta indeseable, le propino bastonazos en público. ¿Es eso?

—No, no exactamente. Eso es demasiado literal. Yo apunto a otra cosa, es decir, a que usted desea privar a Pearlie del objeto natural de su amor para que se lo dedique todo a usted y que eso es algo... bueno, no digamos contra natura, pero sí excepcional. Si sigue usted por ese camino, sufrirá una crisis. Puede que hubiera sido mejor no hablar de Edipo en este caso. Esos conceptos freudianos son muy complicados y, de todos modos, estoy seguro de que las cosas no han llegado a ese extremo entre Pearlie y usted... no sé si me explico.

—No, no se explica, y estoy deseando que lo haga para poder decirle que se marche de aquí. Al fin y al cabo, a mi edad y con mi estilo de vida sereno y reservado, no todos los días recibo la visita de un desconocido que viene a insinuarme que mantengo una relación contra natura con mi hija. Me gustaría que continuase.

—A ver, profesor, tampoco hay que exagerar. Se entiende que me he referido a Edipo simbólicamente.

—No soy experto en simbolismo psicológico, señor Yarrow, pero no hace falta estudiar mucho para darse cuenta de que Edipo simboliza el incesto. ¿No es eso lo que quería usted decir?

—¡Ay, un momento! Eso es poner las cosas muy crudas. No me refiero al incesto, por supuesto, pero sí, tal vez, a algo semejante al incesto mental. No es grave.

—¡Imbécil! —exclamó el profesor, que había ido calentándose y estaba a punto de ebullición—. ¿Insinúa que pecar de pensamiento es trivial, pero el pecado de la carne es importante? ¡Es usted completamente idiota!

—Vamos, profesor, no perdamos la objetividad. Comprenda que mi punto de vista es puramente orientativo, no hay nada personal en lo que digo. Sencillamente, quiero ayudarle a que comprenda mejor quién es usted. Si se entiende a sí mismo, podrá afrontar el problema; he venido amistosamente a ofrecerle ayuda, por Pearlie, por usted y todo eso, ¿entiende?

—Pero todavía no me ha dicho qué tiene que ver esto con Edipo.

Norm ya estaba harto de ese nombre. Empezaba a sospechar con horror que el complejo de Edipo, que había sido durante un tiempo un útil cajón de sastre en el que metía todos los problemas relacionados con padres posesivos e hijos dependientes, era mucho más restringido de lo que se imaginaba. A fin de cuentas, el capítulo dedicado a la psicología freudiana en su libro de texto de psicología general no lo había equipado con conocimientos suficientes para enfrentarse a un profesor de Clásicas tan insistentemente literal y que conocía a Edipo como a un hijo, por así decirlo. La preparación de Norm había consistido fundamentalmente en cursos generales y alguna práctica interesante con la que demostró de manera bastante concluyente que las ratas no estaban capacitadas para distinguir los cuadrados de los círculos ni de los triángulos.

—Olvidémonos de Edipo —dijo, con una sonrisa que nunca le había fallado en sus años de trabajo social.

—Nada de eso —dijo el profesor sonriendo perversamente—. Me está usted ayudando a refrescar lo que sé de Edipo. ¿No recuerda que en esa trágica historia Edipo se enfrenta a la esfinge? La esfinge hablaba en enigmas... enigmas fatales para quienes no los adivinaban, puesto que morían. Sin embargo, Edipo respondió correctamente y el disgusto de la esfinge fue tan grande que la destruyó. Yo no soy más que una triste sombra, comparado con Edipo, y me temo que usted, señor Yarrow, es un simple gatito enclenque, en comparación con la esfinge. Sin embargo, como tantas otras esfinges de nuestro mundo moderno, es un cachorrito descarado y mal educado que cree que la desfachatez puede sustituir a la autoridad de la sabiduría, y que puede disimular su falta de raciocinio con la jerga profesional. Usted aspira a ser una esfinge sin haberse molestado previamente en adquirir un secreto.

—Vamos, vamos, profesor, no se enfade...

—¿Que no me enfade? ¿Acaso no tengo derecho? Irrumpe usted en mi despacho y me acusa de obscenidades y de no sé qué cuentos de viejas de maltratar a mi hija en la calle, ¿y me dice que no me enfade? Pues, para que se entere: voy a informar de esto a su superior y si se atreve a repetir una sola palabra de toda esa basura indecente, no solo haré que lo expulsen vergonzosamente de la universidad, sino que además lo llevaré a juicio y lo despojaré de cuanto posee. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

El profesor montó en cólera con todas las de la ley: le salía espuma por la boca y ponía los ojos en blanco horriblemente. Cogió el bastón —uno nudoso, en forma de rama de abedul, no el de endrino, puesto que lo había roto— y habría golpeado a Norm si el especialista en orientación no hubiera salido al pasillo como una exhalación y hubiera bajado velozmente las escaleras de hierro, haciéndolas retumbar como truenos.

Sin embargo, cuando se vio a salvo, lo inundó una cálida sensación de alivio. Aunque la cólera del profesor lo había asustado, era una reacción normal; cuando a un hombre se le demuestra cómo es en realidad, siempre llora o se encoleriza. Fue la primera reacción del profesor, tan serena, atenta y controlada, lo que lo había alarmado de verdad. Eso sí que era anormal y difícil de comprender. Cuanto más lo pensaba, menos lo entendía. Y toda esa digresión sobre la esfinge... ¡qué mala pinta tenía! Sencillamente, era absurdo. Habría que vigilar al profesor.

Cuanto más reflexionaba sobre la entrevista, más se convencía de que lo había entendido todo muy bien, cosa perfectamente normal, por otra parte, puesto que en eso consistía su trabajo.

Aunque no lo habría reconocido por nada del mundo, la visita de Norm afectó al profesor; echó de menos a su hija como en ningún momento desde el miércoles por la noche, cuando lloró en su estudio, y ahora le dolía más. Pero eso tampoco lo reconocería. Si al menos Pearl le diese muestras de desear su perdón, ¡con qué rapidez y magnanimidad se lo concedería! Sin embargo, ahí estaba, sentada a la mesa enfrente de él, vestida con un traje que no le había visto nunca y que incluso él, que no se fijaba en esas cosas, veía que era mejor que su vestuario habitual, y con el pelo corto y peinado según una moda nueva que no conocía. Casi rendido, decidió dar el primer paso hacia la reconciliación.

—Hoy he recibido la visita de un amigo tuyo —le dijo—; un joven del departamento del capellán, que dijo llamarse Yarrow.

—No es amigo mío en particular.

—¿De verdad? Pues parecía saber bastante de nuestros asuntos familiares.

Pearl no dijo nada.

—Dime, Pearl, ¿tienes la costumbre de hablar de nuestras cosas con desconocidos?

—No, padre.

—Pero con ese Yarrow sí, ¿no es eso?

La reacción instintiva de Pearl fue mentir, y así lo habría hecho antes de la fatídica noche emancipadora del miércoles. Sin embargo, tres días de resentimiento habían operado cambios en ella.

—Sí, padre.

—Ya. ¿Y se puede saber por qué lo has hecho?

—Necesito hablar con alguien de vez en cuando.

El profesor no dijo más y se quedó muy apesadumbrado. Naturalmente, no pensaba que Pearl hubiera contado a Yarrow que le había pegado con el bastón, ni que sentía una pasión incestuosa por ella. Eso no era más que la difamación rencorosa de la conjura tramada contra él desde hacía ya un tiempo. Lo cierto, en cambio, era que Pearl lo había expulsado de su vida desde esa noche.

El domingo transcurrió triste y silencioso en casa de los Vambrace.

Para Solly no fue más luminoso que para el profesor Vambrace. No paraba de debatirse en la aparente contradicción de que Pearl era un mal bicho (desconsiderado y desmañado, que había introducido una intolerable complicación más en su vida, complicada de por sí) y la sensación de que era imprescindible hablar con ella cuanto antes. Se la imaginaba anodina, anticuada y retraída, por eso se llevó una gran sorpresa cuando la vio en el Aula de Música de la biblioteca el lunes por la mañana; fue como si una fotografía completamente desenfocada se hubiera aclarado de repente.

—Esto... ¿me atiendes un minuto? Es que tengo que hablar contigo de una cosa de suma importancia.

—Tengo mucho que hacer.

—Da igual. Tienes que escucharme, se trata de un asunto tan tuyo como mío.

—Por favor, márchate.

—No. Llevo días persiguiéndote. Es preciso que hablemos. ¿Cómo vamos a salir de este embrollo si no lo hablamos?

—No sé, y creo que tú tampoco lo descubrirás.

—¡Ah, ya sé! Estás enfadada conmigo porque no hice nada la otra noche. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué habría pasado, si hubiera tumbado a tu padre al suelo de un puñetazo cuando te estaba empujando? ¿O si hubiese llamado a la policía? ¡Maldita sea! ¡Lo siento mucho! Habría hecho lo que fuera si con ello hubiese arreglado algo, pero no se me ocurrió nada, por eso me largué. Oye, lo siento muchísimo, y no creas que he venido aquí a pasar el rato. Todo esto me revienta tanto como a ti.

—Una observación encantadora.

—Bueno, tú tampoco has estado nada encantadora desde que he empezado a hablar. ¿No podemos ser un poco sensatos y hablar del maldito asunto? Dicen que tu padre va a llevar a juicio al *Bellman*.

—Sí. ¿Y a ti qué te importa? Lo único que tienes que hacer es ponerte de pie y jurar que jamás has tenido la menor intención de casarte conmigo; quedarás limpio de toda mácula, como la nieve recién caída. Seguramente el juez se compadecerá de lo que te han hecho con toda la fuerza de la ley.

—¡Vaya, es la actitud femenina más nauseabunda que he visto en mi vida! ¿Te crees que es eso lo que quiero? Lo único que pretendo es evitar el juicio a toda costa.

¿Y tú?

—¡No seas idiota! ¡Yo tampoco quiero ir a juicio! ¿Cómo crees que voy a quedar?

—Entonces, ¿por qué no te niegas?

—¿Cómo?

—Fácil. Búscate un abogado. El día del juicio, el tipo se levanta y dice: «Señoría, por deseo expreso de mi cliente, la señorita Pearl Vambrace, manifiesto que ella no se considera difamada y desea hacer constar que no tiene nada que ver con esta causa, que todo es una chifladura de su padre, que se ha puesto como una hidra por una nadería», o como quiera que formulen esas cosas los abogados. Así se acabaría el caso de un plumazo.

Sin poder evitarlo, Pearl miró a Solly con admiración. Hacía unos cuantos días que daba vueltas a la situación y no había encontrado ni un rayo de esperanza... ¡y ahí tenía a un hombre que encontraba soluciones brillantes para situaciones complicadas como si nada!

—Si supieran que ibas a hacer algo así, dudo que el caso llegara a los tribunales —prosiguió Solly—. Sería un gasto inútil. ¿Conoces a algún abogado?

—Mi tío Ronny.

—¿Fitzalan? No, no sirve. Es socio de Snelgrove, y Snelgrove ha contado a media ciudad, con la más estricta confidencialidad, que piensa desollar vivo al *Bellman*.

—Bueno, pues que lo haga. Me han difamado, y a ti también.

—No seas tonta. Si a ti te parece que decir que te casas conmigo es difamación y a mí que digan que me caso contigo, es que somos los dos tan idiotas que una difamación anula la otra. Es un error estúpido y maldito, sí, pero nada más.

Solly volvió a sorprender a Pearl con su forma de resumir lo fundamental de la cuestión. Aunque no entendiese mucho de leyes, razonaba muy bien.

—Es decir, ¿no te importa que publicasen el anuncio de boda?

—Claro que me importa. Puede traerme muchísimas complicaciones, pero no es el fin del mundo, ¿verdad?

—Porque sería fatal que Griselda Webster se enterase, ¿no?

—Bueno, lo cierto es que no me facilitaría nada las cosas.

—Siento haber dicho cosas tan feas de Griselda y tú la otra noche.

—Olvídalo. Estabas preocupada, y con motivo. Yo también. Después de arrastrarnos por el suelo, el golpe en la nariz y tantos juegos estúpidos, estábamos los dos a punto de estallar.

Solly la miró a los ojos y ella sonrió. Pearl se sorprendió tanto de sonreír, después de cuatro días amargos, que rompió a reír, y Solly también. Reírse juntos los alegró y los alivió tanto que no se dieron cuenta de que se abría la puerta y de que se acercaba a ellos el doctor Forgie, el bibliotecario. Tenía asma crónica y hablaba como haciendo gorgoritos bajo el agua.

—¡Vaya! —dijo, levantando la cabeza para mirarlos desde su orondo y erudito metro sesenta—. Los he sorprendido, ya veo. Bien, Bridgetower, tengo la obligación de oponerme a estas... bueno... a estas demostraciones de ternura en horario de biblioteca. La señorita Vambrace tiene obligaciones que atender y debo rogarle que limite sus encuentros con ella a los periodos de ocio, que son muchísimos. No discutiremos por esta única transgresión de las reglas. Cupido nos hace jugadas extrañas. ¡Permítanme que les dé la enhorabuena a los dos! —Entonces el doctor Forgie agarró a Solly por la mano y se la apretó con fuerza. Después se estiró para sujetar a Pearl por los hombros, la obligó a agacharse hasta la altura de su cara y le plantó un beso sonoro—. Pero que no se repita el incidente, se lo ruego —dijo, y salió de allí.

—Bueno, tenemos que separarnos, si no quieres que el doctor Forgie vuelva a besarte —dijo Solly.

—¿Cómo ha podido saber que estábamos aquí?

—Su hija Tessie me dijo dónde estabas, entre suspiros y miradas tiernas e insinuantes, puedo añadir. Cupido le ha dado de lleno. Me imagino que después se arrepintió de la buena acción y se chivó a papá.

—Muy propio de ella. Tienes que irte.

—¿Cuándo nos vemos otra vez?

—¿Cómo? ¿Para qué?

—No hemos quedado en nada. Ya te he dicho que tenemos que hablar. Si no hacemos un plan conjunto, esto nos va a perjudicar a los dos. ¿Podemos vernos esta noche?

—Supongo.

—¿Dónde voy a buscarte?

—A casa.

—¿Cómo? ¿Tu padre no se va molestar?

—No tengo la menor idea. Ven hacia las ocho y media. Estaré pendiente para verte llegar. No... mejor, toca el claxon, ¿de acuerdo?

Ahora fue Solly quien la miró con admiración. Un bocinazo como quien no quiere la cosa no ablandaría precisamente al padre de Pearl, eso seguro. Sin embargo, no parecía que a ella le importase. Era evidente que tenía más personalidad que la que le suponía.

A las cuatro y media, con total puntualidad, Ridley llegó a casa de su jefe y con la mayor brevedad posible le informó de la conversación que había tenido con Gordon Balmer, abogado del *Bellman*, por la mañana.

—De modo que piensa ir a ver a Pimples Buckle, ¿eh? —dijo el señor Clerebold Warboys.

—Sí; no le dije que había ido Weir la semana pasada; sabemos tan bien como él

hasta dónde llega la influencia de Buckle, pero no nos sirve de nada. Buckle no sabe nada del asunto y además no le interesa. Tiene mucho amor propio, ¿sabe? Dice que eso no es delincuencia, solo cosas de niños, y que lo que a él le interesa es la delincuencia. No moverá un dedo a menos que le prometamos protección en el periódico la próxima vez que tenga un juicio, pero eso no podemos garantizárselo, desde luego.

—Es decir: por lo que respecta a X, seguimos en el aire.

—Sí. Peor que en el aire, me temo. Snelgrove ya lo ha encontrado.

—¿Qué?

—Me llamó Balmer en el momento en que salía del despacho. Snelgrove lo había llamado a él un rato antes; dice que tiene a X, pero no quiso revelarnos su identidad, claro. Balmer cree que se trata de una mujer. Sea como fuere, Snelgrove propuso un careo entre nosotros mañana en su despacho. Balmer se negó, porque prefería hacerlo en el suyo. Estuvieron un rato discutiendo y al final les ofrecí mi despacho para celebrar una reunión con Vambrace y X incluidos. Tenemos que salvar las apariencias.

—Cierto. Si tenemos que ceder para llegar a un acuerdo, mejor que sea en nuestro terreno.

—¿Le parece que debemos ceder?

—No sé, pero yo no voy a ir. Tiene que ocuparse usted de esto. Que crean que me han puesto entre la espada y la pared, que se imaginen que estamos preocupados, lo cual es cierto, pero tampoco debemos dárselo a entender. Por eso debe hacerse cargo de la situación personalmente.

—Muy bien, si le parece lo mejor.

—Sí. Pelee hasta el final. No debemos ceder si podemos evitarlo.

—Me alegro de que piense así.

—Es lo que pienso, sin duda. No hay nada que guste más a los abogados que meter un gol a un periódico. Bueno, la verdad es que no solo a los abogados, sino a mucha gente más, y es comprensible. En algunos momentos de mi carrera política me habría gustado poder tapar la boca a toda la prensa del país. Como muy bien sabe, los periódicos pueden ser una auténtica pesadilla.

Ridley sonrió.

—En dos o tres ocasiones, habría hecho lo que fuera por evitar que alguna cosa saliera en la prensa —dijo—, lo que fuera menos vetar la publicación de un artículo, desde luego.

—Sé a lo que se refiere —dijo Clerebold Warboys—. Sin embargo, a pesar de todas las tonterías que se dicen sobre la libertad de prensa y a pesar de la bazofia repulsiva que a veces se escribe en los periódicos sobre el tema, lo cierto es que se trata de un derecho muy importante, aunque el pequeño inconveniente que nos ocupa hoy no tiene nada que ver con eso, por supuesto. En el peor de los casos, nos costará algún dinero, pero lo que no me gusta es que quieran intimidarme los que aborrecen

el periódico y pretenden dejarlo en ridículo. Bien sabe Dios que sabemos ponernos en ridículo nosotros solos, sin ayuda de nadie. Estamos ante un caso de cierta importancia. A nosotros nos han tomado el pelo tanto como a Vambrace. Por eso vamos a luchar, aunque solo sea por demostrar que un periódico no tiene por qué dejarse desprestigiar para complacer a unos cuantos excéntricos. Si vamos a juicio, contrataremos a Pettypiece para que nos defienda. Ha olvidado de prensa y difamación mucho más de lo que Snelgrove sabrá en su vida. No daremos nuestro brazo a torcer a menos que demuestren que ha sido descuido nuestro y que no tenemos con qué defendernos.

—Me temo que ha sido descuido nuestro —dijo Ridley.

—Eso puede pasarle a cualquiera. De todos modos, ellos no lo saben todavía, ni lo sabrán si no hay juicio. No permita que este asunto lo abrume, Ridley. Es un mal menor.

—Creo que para mí es algo más, señor —dijo Ridley—. No es fácil de explicar, porque parece una tontería, una vanidad mía. Ya sabe lo mucho que he colaborado en la preparación de los nuevos estudios de Periodismo en Waverley, hasta el punto de que podría decirse que lo he hecho todo yo; he dedicado mucho tiempo a esa tarea durante varios meses. Nunca hemos hablado de compensación y además no quiero dinero. Puedo afirmar con toda franqueza que no lo he hecho por dinero. Sin embargo, se me ha venido a la cabeza un par de veces que tal vez quisieran concederme un título honorífico.

Y así, modestamente, expuso la ambición que lo acompañaba constante y vívidamente desde hacía unas semanas.

—Bien, ¿y qué? Vambrace no tiene voto en esas cuestiones. No es miembro de la Junta.

—Es amigo de unos cuantos que sí lo son.

—¿Quiénes?

—Me pone usted en un aprieto, pero creo que tiene mucha influencia sobre su nuera.

—¿Nesta? ¡Ah! No se ven mucho.

—La señora de Roger Warboys se ha tomado el asunto con mucho más interés de lo que parece usted saber, y recuerde la mala opinión que tiene de mí como director del periódico. Además, es amiga de la señora Bridgetower.

—¡Que Dios se apiade de mí! ¿Le parece que se ha propuesto negarle el título honorífico o lo que sea?

—Eso me temo.

—Bien, ¿qué cree que puedo hacer yo?

—No se lo había dicho antes porque no esperaba que hiciese usted nada. Tengo mucho amor propio para pedir una cosa así.

—Me alegro —dijo el señor Warboys, quien, como tantos otros, consideraba triviales las ambiciones ajenas—. No puedo inmiscuirme, compréndalo. Muchos de

los miembros de la Junta son amigos míos, pero no podría ir a llamar a su puerta a pedirles un favor para un empleado mío. Podrían interpretarlo mal. No obstante, me encargaré de poner a Nesta en su sitio. Estaría muy bien que le concedieran un doctorado a usted. Sería una bonita culminación de su carrera y un beneficio también para el *Bellman*. Pero si no se lo dan, no se preocupe. Esas cosas son caprichosas. De todas formas, tampoco significa tanto para usted, ¿no es así?

A Ridley le habría gustado confesar que lo deseaba apasionadamente, pero la vida no le había enseñado a ser tan osado y murmuró unas palabras dando a entender que las pompas del mundo le importaban poco. El señor Warboys se quedó muy tranquilo y, tras algunos comentarios más, Ridley se levantó para despedirse. Cuando iba a salir de la habitación llegó la señora de Roger Warboys.

—Hay un taxi en la puerta —dijo a Ridley—. Pensé que lo habría pedido usted, porque siempre va en taxi a todas partes. ¿Por qué no se compra un coche?

—Prefiero los taxis —dijo él—, me resultan mucho más cómodos.

—De cómodos no tienen nada, la verdad —dijo la señora Warboys, llevándole la contraria distraídamente, sin interés. De pronto pareció caer en la cuenta de algo y miró a Ridley fijamente—. ¿Hay novedades de su señora? —le preguntó.

Ridley se puso blanco y la estructura huesuda de su frente se marcó con toda claridad. Sin embargo, habló con calma, perfectamente dueño de sí.

—Siempre las mismas y nunca buenas, señora Warboys —respondió, y se marchó rápidamente.

—No tenías que haberle hecho esa pregunta, Nesta —dijo Clerebold Warboys—, además, en principio no tienes por qué saberlo.

—En principio nadie tiene por qué saberlo —respondió la nuera—, pero el caso es que lo sabe todo el mundo.

Hacia las ocho y media, Solly detuvo el coche enfrente de la casa de los Vambrace y tocó el claxon con discreción, sin alboroto. No quería ver salir a Pearl por la puerta y a su padre detrás, hecho una furia. Al instante se apagó una luz en una ventana de arriba y muy poco después salió Pearl con total serenidad y entró en el coche como si fuera lo más normal del mundo. Solly no pudo reprimir un comentario de admiración.

—¿Ha ido todo bien?

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

Por la mañana, en el Aula de Música, cuando Solly por fin la encontró, estaba tan perpleja que no adoptó su nueva actitud de mujer de mundo, actitud que todavía no dominaba por completo. Pensando después en la conversación que habían tenido, se dijo que había actuado con demasiada cordialidad; la verdad es que el sentido común de Solly en cuanto a la situación de los dos la había asombrado tanto que reaccionó con más alegría que la que quería expresar; ¡hasta se había reído...! Sin embargo, Solly había demostrado muy poco tacto al aludir a la escena con su padre en la calle,

porque le dio a entender sin ninguna necesidad que había visto el cachete en la oreja y que la había oído gemir. Por lo tanto, esa noche estaba dispuesta a darle doble ración de mujer de mundo.

Solly estaba intimidado, como convenía. Por la mañana había pensado que sería fácil tratar con Pearl; la había hecho reír y él daba mucha importancia a la risa. Llevó el coche en silencio por una carretera secundaria hasta llegar al tramo en que discurría paralela a la bahía que se abre enfrente de Salterton, y allí se detuvieron.

Se hizo un silencio embarazoso para los dos, pero después de un buen rato, unos dos o tres minutos, Solly habló.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Y bien? —respondió Pearl. No quería poner trabas, pero es que no se le ocurrió nada mejor que decir.

—Bueno, aquí estamos. La reunión ha empezado. Las damas primero; ¿qué tienes que decir?

Una mujer de mundo siempre debe tener algo que decir y Pearl creía ser al menos tan mujer de mundo como la vieja de *Cándido*, de manera que se lanzó a hablar.

—Tenemos que considerar las cosas con sensatez —dijo—, ponernos nerviosos no sirve de nada y ya hemos tenido nervios de sobra. Han dado la noticia de que íbamos a casarnos, pero no es cierto ni lo será. Queremos que se retracten públicamente. En realidad, no es para tanto, aunque, claro, mi padre cree que sí. Detesta a tu familia.

—No es verdad —dijo Solly—. Hace solo un par de años, cuando trabajábamos los tres en *La Tempestad*, no nos llevábamos tan mal. Y hace algunos años más, pero no tantos, tu padre y mi madre coincidieron en no sé qué comisión pública para un asunto del momento, y se entendieron perfectamente. ¿A qué viene eso de que nos detesta? Hace ya más de quince años que mi padre lo desbancó en las elecciones al decanato.

—Los aborrecimientos de mi padre suben y bajan como la marea —dijo Pearl—. En estos momentos lo exasperas y no hay nada que hacer.

—Le desquicia pensar que puedas casarte con quien sea, ni más ni menos.

—Por favor, no hemos venido aquí a hablar de mi padre.

—Muy bien, señora presidente, pero ya verás como vuelve a salir inevitablemente. Sigue.

—Como iba diciendo, el anuncio es una lata y tardará un poco en olvidarse, pero no es tan grave, siempre y cuando no se emprendan acciones legales.

—¿No es tan grave?

—A mi padre le parece que sí, pero a mí no. Al fin y al cabo, eres un ser humano. Entra dentro de lo posible que me hubiera comprometido contigo. Hay quien aspira a encontrarse en esa situación, por si no lo sabes, pero si ya lo sabes y te envaneces de ello, permítame que te diga que Tessie Forgie es la que más lo desea. Sin embargo, la cuestión es que no estoy comprometida contigo y, aunque me fastidia que lo hayan

anunciado, no lo considero insultante ni difamatorio.

—Me abrumas.

—Sarcasmos no, por favor. Solo intento ser objetiva.

—Lo eres, y magníficamente. Tengo la sensación de no estar presente siquiera...

—Por desgracia, mi padre se ha tomado el incidente muy en serio. Cree que es una conjura para ridiculizarlo.

—¡Por favor! Tantos halagos se me van a subir a la cabeza.

—Quiere llevar al periódico a los tribunales. El director no pudo comportarse más abominablemente. ¿Conoces a ese tal Ridley?

—Nos hemos visto un par de veces...

Un pobre escriba asustadizo, estéril y entrometido
que graba en sus tablas ingeniosas hazañas infernales
y así se las muestra a la vulgar
chusma pasmada.

—¿Qué?

—Me asombra que una bibliotecaria no reconozca la cita al instante. Es de Charles Heavysege, el primer y más eminente dramaturgo canadiense. Supongo que cuando tu padre se formó una opinión de mí no sabía que voy a ser la máxima autoridad en materia de Heavysege.

—¿En qué materia?

—Es un nuevo y prometedor filón de Amcan. Nosotros, los eruditos, estamos tomando posesión de ese nuevo Territorio del Yukón.

—Por favor, habla en serio. Ridley ha tratado a mi padre con muy malos modales. Solo se me ocurre una forma de aplacarlo y consiste en encontrar al autor del anuncio.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Bueno, seguro que se te ocurre algo. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo? Lo único que he pensado es que solo puede ser alguien que nos conozca a los dos.

—Eso es un margen muy amplio.

—No tanto, si pensamos que además de conocernos a los dos debe tener algo en nuestra contra.

—No exageres; seguro que quienquiera que sea solo tiene algo en contra tuya. Yo no soy más que un apéndice insultante del asunto. De todos modos, tienes razón. ¿Quién puede ser? ¿Qué duende innoble habrá sido?

—¿Otra vez Heavysege?

—En efecto.

—Creo que mi padre ya lo sabe.

—¿De verdad?

—Esta noche ha lanzado unas cuantas indirectas misteriosas.

—¿Y por qué no se lo has preguntado?

Pearl vaciló un momento.

—No es buen momento para hacerle preguntas —dijo.

Solly creía saber el motivo, pero tuvo el tacto suficiente para no volver a referirse a lo sucedido la noche del miércoles.

—Si descubriésemos al autor —dijo Pearl— sin preguntárselo a mi padre, claro, a lo mejor podíamos hacer algo, ir a ver a esa persona, incluso.

—¿Has pensado en ir a ver a tu tío Ronny?

—Sí. Lo llamé desde un teléfono público. Lo único que pudo decirme es que el señor Snelgrove sabe quién es, pero que no quiere revelarlo. Creo que mañana va a celebrarse un importante conciliábulo a las tres en el despacho de Snelgrove.

—Si tenemos que descubrir antes al autor, hay que darse prisa. Francamente, me parece que se nos presenta difícil.

—¡Ay, no seas tan derrotista! ¿Es que no quieres arreglar esto?

—Pearl, ¿has dicho todo lo que tenías que decir?

—Pues, sí, supongo. Al menos de momento.

—Bien, entonces, me toca a mí. Por mi parte, el asunto ya está arreglado, al menos en lo más importante.

—¿Cómo?

—Esta mañana nombraste a Griselda y por la tarde me llegó este telegrama.

Solly sacó un papel amarillo del bolsillo interior de la chaqueta y se lo dio a Pearl, la cual encendió la luz del tablero de mandos del coche y leyó:

QUERIDO ENCANTADA NOTICIA PEARL NIÑA MONÍSIMA A TU MEDIDA ME ALEGRO POR
LOS DOS DALE UN BESO DE MI PARTE TODO MI CARÍÑO ESCRIBE GRISELDA.

—¡Ay, Solly! —exclamó Pearl acongojada.

—Sí —dijo Solly—. La vieja canción ha terminado —dijo, y apagó la luz.

Pearl lo miró en la penumbra. Ya no era una mujer de mundo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, lentamente, se desbordaron y rodaron por las mejillas.

Solly estaba deshecho porque creía que le habían roto el corazón. Es muy probable que fuera cierto en el sentido que se da normalmente a esa expresión. Casi todos los corazones que valen algo se rompen dos o tres veces en la vida. Sanan, desde luego, y en general se fortalecen, pero cada vez que se rompen pierden algo esencial. Con todo, por muy dolido que estuviese, no pudo dejar de conmovirse al ver llorar a Pearl. La abrazó y la consoló lo mejor que supo y estuvieron un rato sufriendo juntos.

—No me extrañaría que quisieras arrojarme a la bahía —dijo Pearl cuando se recuperó un poco, después de que Solly le ofreciera un pañuelo limpio que llevaba en el bolsillo superior—. Me he portado como una tonta egocéntrica. No he parado de hablar de mí y de las consecuencias que este embrollo tendría para mí, pero tú has perdido a Griselda. Todo el mundo sabe lo mucho que la querías.

—Sí —dijo Solly—, supongo que no he sabido ocultarlo nada bien estos dos últimos años. Bueno, no me importa. Supongo que es mejor sentir algo y parecer tonto que procurar no sentir nada y ser tonto de verdad.

—¿Serviría de algo que le escribiera una carta? Podría explicárselo todo.

—No, no podrías. En realidad no es cosa tuya. Sabía que alguna buena amiga se daría mucha prisa en contárselo a Griselda. ¡Hasta se gastó dinero en un telegrama! Pero seguro que se ha quitado un peso de encima. La verdad es que nunca me tomó en serio. Estoy convencido de que este telegrama es sincero hasta la última palabra, literalmente. Se alegrará de pensar que he dejado de hacer castillos en el aire y que me he buscado a otra. Perdona, eso ha sonado fatal, pero no era mi intención.

—Por favor, no te echas la culpa —dijo Pearl—. Yo te he dicho cosas horribles. Seguro que me desprecias.

—No desprecio a nadie —dijo Solly—, salvo a mí mismo.

Pearl no estaba dispuesta a renunciar a humillarse.

—No soy muy comprensiva con los sentimientos de los demás —dijo.

Y entonces, con mucha más confianza que la que alguna vez había depositado en Norman Yarrow, contó a Solly cómo era la vida en su casa. Le habló de la división que se había creado por causa de la religiosidad de su madre y el agnosticismo de su padre. Del egotismo exacerbado que a veces poseía a su padre hasta el desquiciamiento. De que siempre había vivido desgarrada entre los dos y de la falta de relación con gente joven que siempre había sufrido, de la carencia de placeres normales y del estrecho horizonte que se le abría si seguía soportando esa carga, porque sin duda le esperaba el triste destino de hija soltera que cuida de su padre y de su madre hasta la tumba. Lo dijo sin sentimentalismo y sin divagar.

Solly se quedó horrorizado.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Qué monstruosidad! Todo el mundo sabe que tu casa no es muy alegre, desde luego, pero se dice como una broma. La verdad es que ¡son espantosos!

Pearl negó con la cabeza.

—No —dijo—, eso no es cierto. Todo lo que han hecho ha sido por amor. Se querían mucho y creo que todavía se aman, si hicieran el esfuerzo de comprenderse el uno al otro... A mí me han querido cuanto han podido, han hecho por mí todo lo que estaba a su alcance... lo mejor que han sabido. No intentes convencerme de otra cosa. Es lo máximo que puedo aguantar en casa ahora... y sé que no lo resistiré mucho tiempo. Aun así, los quiero muchísimo.

Esa misma tarde, a Solly se le había encogido y paralizado el corazón al recibir el telegrama de Griselda, pero ahora fue como si se le derritiera y latiera con libertad por primera vez.

—Te entiendo muy bien —dijo—. Me pasa algo parecido con mi madre. Estoy atado a sus faldas. Ya sé que soy ridículo. Griselda me lo reprochó en una ocasión, pero «piedad filial» no es una expresión vacía, sino la pura realidad. Parece que hay

gente que no la siente nunca. En las familias felices nunca es necesario demostrarla de verdad, pero no se puede dejar de reconocer que tenemos un deber para con nuestros padres. Por muy insoportables que sean, ese deber es tan real como el del matrimonio. ¡Dios, cuánto se habla de matrimonios infelices y qué poco se habla de hijos e hijas infelices! Para ellos no existe el divorcio. Me has contado lo de tus padres. Bueno... a mi madre ya la conoces. Y eso me recuerda que son las diez y media y que no se pondrá a dormir hasta que vuelva yo, y necesita dormir.

Sin añadir nada más, puso en marcha el coche y llevó a Pearl hasta la puerta de su casa.

—Buenas noches —dijo ella, y le tendió la mano.

Solly la miró. Estaba serio y pálido, pero al cruzar la mirada con ella, su expresión fue suavizándose hasta terminar en una sonrisa.

—¡Ah, adorable sierpe infernal! ¿Me miras fijamente? —musitó.

—¿Heavysege? —preguntó Pearl.

Solly asintió y, por segunda vez en el día, se rieron juntos. De pronto, él la agarró y la besó muchas veces. Después pareció enfadarse otra vez.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿No tienes más nombre que Pearl?

—También llevo el nombre de una santa —dijo ella—. Veronica.

—Este me gusta un poco más —dijo Solly, y la besó de nuevo.

—Tengo que ir a casa —dijo ella deshaciéndose del abrazo.

—Sí —dijo él, pero en esta ocasión la sombra de la noche del miércoles no los dividió, sino que los unió.

Solly subió las escaleras de puntillas, pero por debajo de la puerta del dormitorio de su madre se colaba una rendija de luz, tal como esperaba. Llamó y entró.

—¡Qué tarde vuelves, vida mía! —dijo la señora Bridgetower. Sin la dentadura y con el largo cabello trenzado, inspiraba tanto horror como compasión.

—No tanto, madre. Acaban de dar las once.

—Cuando te retrasas, siempre me parece muy tarde, querido.

—Lo siento. Ahora tienes que ponerte a dormir.

—¿Dónde has estado, querido?

—Por ahí, madre.

—Hijo mío, me duele que no confíes en mí.

—¡Ay, sabes de sobra que no he hecho nada malo!

—Hijo mío, estoy preocupada.

—¿Por qué, madre?

—Me preocupa perder a mi querido niño pequeño.

«¡Ay, Dios! —pensó Solly—. Ya estamos otra vez. Ahora se hace la víctima conmigo. Estas conversaciones tendrían que tener unas reglas, un acuerdo intergeneracional que prohibiese los golpes bajos».

—Bien, ¿y cómo lo vas a perder en esta ocasión?

La señora Bridgetower se había tomado un sedante y estaba un poco atontada, pero Solly la conocía muy bien y sabía que podía ser peligrosísima cuando más atontada estaba. Sin la dentadura, hablaba como a media lengua.

—Hijo mío, no hay nada de cierto con esa chica, ¿verdad?

—¿Qué chica?

—Esa horrible niña Vambrace.

—No es horrible, madre. La conoces.

—Toda su familia es horrible. Hijo mío, dime que no hay nada de cierto.

—Pero, madre, sabes que todo ha sido una broma que nos ha gastado alguien.

A la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas y la barbilla empezó a temblarle ligeramente.

—Pues dímelo, vida mía. Tu madre quiere oírte decir. No hay nada de cierto, ¿verdad?

—Vamos, mi queridísima madre, si no te pones a dormir ya, mañana no podrás levantarte.

La besó y apagó la lamparilla de noche. La luz de la calle se reflejó en el suelo. Cuando Solly llegó a la puerta, oyó a su madre, que habló a media lengua todavía, pero tajante y sin la falsa ternura infantil.

—A mí no me haría ninguna gracia que se dijera que mi matrimonio empezó con una broma.

Solly cerró la puerta y subió rápidamente a la buhardilla. ¡Qué demonio de mujer! Era imposible ocultarle algo. ¡Olfateaba todos sus cambios emocionales!

A pesar de todo, lo que Pearl acababa de contarle de su vida familiar le dio fuerzas y, tumbado en la cama, sintió lástima por su madre. Y cuanto más la compadecía, más pensaba en Pearl, hasta que no pudo pensar en otra cosa.

Veronica; con ese nombre parecía una persona nueva.

La señora Bridgetower tampoco dormía y pensaba con anhelo en su hijo. Era lo único que tenía en la vida. Lo único aparte de una casa grande y casi medio millón de dólares sabiamente invertidos. Anhelaba la presencia de su hijo.

¡Qué fácil, qué sencillísimo sería volver junto a ella, borrar la fuerte aunque todavía extraña visión de Veronica y entregarse por completo a su madre para siempre! ¿Estaría bien bajar las escaleras corriendo, inmediatamente, entrar en su habitación, besarla y decirle que sería su niño pequeño para siempre? Así forcejaban la vida y la muerte en el corazón de Solly esa noche, mientras su madre, tumbada en la cama, ansiaba la presencia de su hijo, deseaba que volviera a su lado.

Es cierto que las personas modernas y sensatas, aunque tengan algunas creencias extrañas, no creen que sea posible una comunión emocional como la que parecía existir entre Solly y su madre en la oscuridad de la casa. Por ese motivo, quienes la experimentan nunca hablan de ella.

Tan pronto como le pareció que la hora no era del todo inapropiada, Gloster Ridley fue volando a casa de la señora Fielding en busca de consuelo; llegó a las ocho y media en punto, pero hasta las diez no tuvo la oportunidad de hablar con ella confidencialmente. Los hombres deberían saber que no pueden contar a su antojo con la atención total de una mujer que es madre. La señorita Cora Fielding iba a asistir a un baile y necesitaba que su madre la ayudase en algunos detalles delicados del vestuario. Incluso pidieron colaboración a Ridley, en ausencia del señor Fielding, para arreglar una cremallera atascada; las mujeres tenían una fe infundada en que cualquier hombre podía solucionar esos contratiempos, y Ridley se rompió dos uñas, además de pellizcar a Cora brutalmente, por dejar bien alto el pabellón de los de su sexo. El joven George Fielding, de diecisiete años, acababa de entrar en contacto con la guerra de Crimea en su clase de Historia y, aunque no lo dijo en voz alta, estaba convencido de que Ridley no había olvidado su experiencia personal con esa misma lección y no paraba de entrar en la habitación a hacerle preguntas. Al final, Ridley pensó que sería más rápido dictarle algo sobre Balaclava que ayudarle a buscar los sucesos por su cuenta. A pesar de todo, los deberes escolares se hicieron, el acompañante de Cora llegó a buscarla y, por fin, Ridley se quedó a solas con la señora Fielding.

—A ver, Gloss, cuéntamelo todo —le dijo, reclinándose en el sillón y mirándolo con serenidad.

Eso era exactamente lo que Ridley deseaba hacer por encima de todo, pero no lograba acostumbrarse a la forma tan directa de hablar de Elspeth Fielding. Esperaba al menos un cuarto de hora de preliminares, antes de entrar en materia, y sin los preliminares no estaba muy seguro de cuál era el tema concretamente.

—¿Todo? ¿De qué? —dijo él, para ganar tiempo.

—Lo que te está matando de preocupación. Querido Gloss, llegas a casa blanco como la pared, fumas sin parar, te tiemblan las manos, pellizcas a la pobre Cora, aleccionas a Georgie como si fuera una conferencia pública y ahora finges que todo es normal. Richard volverá dentro de una hora, más o menos, conque si no me lo cuentas enseguida, a lo mejor te quedas con las ganas. ¿Es por lo del profesor Vambrace?

—¿Cómo lo sabes?

—Se te escapa del cuerpo como rayos de luz. Bueno, te preparo algo de beber y me lo cuentas.

Ridley le resumió lo que le parecía relevante. Puesto que era periodista y estaba acostumbrado a decir lo que tenía que decir, se lo contó sucintamente y en el orden debido. Sin embargo, no era tan fácil engañar a la señora Fielding.

—Pero, en realidad, el título honorífico no te importa tanto. Dime la verdad. Sería estupendo, desde luego, pero no te hace ninguna falta y no lo deseas... tanto como quieres hacerme creer.

—¿Cómo lo sabes, Elspeth? No tengo estudios universitarios. El título honorífico

sería equivalente al que no pude permitirme en su día. Me lo he ganado de otra forma. Siempre he echado de menos la preparación universitaria. Mi juventud no fue fácil. Creía que lo entendías.

—Y lo entiendo, no lo dudes, pero tú no eres vanidoso. Esos honores no significan tanto para ti. Perderlo no te haría temblar ni tener esa cara de malestar.

—No estoy muy seguro de mí mismo, necesito cosas que me animen. La comodidad, por ejemplo. La gente me considera un solterón maniático porque me preocupo de la comodidad, aunque en realidad no creo que disfrute de más que la mayoría de los casados que conozco. En cuanto a la posición social, me la he ganado a pulso. La verdad es que gozo de prestigio como director, ya lo sabes. Y dinero. Bueno, no es que tenga mucho; he tenido muchos gastos. De todos modos, lo que tengo está bien invertido. Necesito todas esas cosas, pero no como los demás, creo. Las necesito porque me dan seguridad.

—Sí, la seguridad te obsesiona. Pero ¿qué tiene que ver lo del profesor Vambrace con la seguridad? ¿En qué te afectaría, aunque fueras a juicio y lo perdieras? E incluso si no te dan ese título ridículo. Seguirás siendo el mismo, ¿no te parece?

—No me aprietes tanto, Elspeth. No estoy en condiciones.

—Gloss, querido, nada más lejos de mi intención; solo quiero saber qué te pasa. Dime la verdad, nunca se la contaré a nadie, ¿de verdad deseas tanto la toga roja? Si es que sí, lo entenderé. Casi todo el mundo tiene una fijación de ese estilo. Dímelo, por favor. ¿Qué significa para ti exactamente?

—Sería otra cosa más que se interpondría entre...

—¿Entre qué?

—Entre «eso» y yo. Suena raro, pero es la única palabra que puede describirlo: entre que me descubran y yo.

—¿Qué hay que descubrir?

—Lo sabes muy bien, por supuesto.

—¿Te refieres a tu mujer?

—Sí.

—Pero, Gloss, ¡si lo sabe todo el mundo!

Ridley, más pálido y demacrado que nunca, miró a la señora Fielding con frialdad, con disgusto casi.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Bueno, todo el mundo no, mucha gente, quise decir. Seguro que unos cuantos centenares de saltertonenses saben que tu mujer está en el manicomio desde hace casi veinte años. La verdad, Gloss, es que para ser periodista, pecas de ingenuo con los secretos. ¿Cuántos secretos de Salterton conoces? Seguro que muchísimos: escándalos financieros, adulterios, suicidios y hasta asesinatos. Sabes cómo te enteraste de ellos y cuánta gente más los conoce. ¿De verdad creías que podrías guardar el tuyo, cuando se saben tantos otros? Si lo sabe Dick es porque se lo dijo alguien, y te aseguro que también yo lo he oído en boca de otros varias veces. La

mujer de Gloster Ridley está en un manicomio de cerca de Halifax. Nadie piensa en ello, pero lo sabe mucha gente. Gloss, ¿toda esa pasión por la seguridad es una forma de superarlo? ¡Pobrecito mío, cuánto sufrimiento inútil! ¿Por qué no me lo dijiste hace años, cuando me contaste lo de tu mujer?

—En realidad, nunca te he contado nada de mi mujer.

—¿No? ¿Hay más cosas que saber? No puede ser tan terrible, no creo.

—¿Ah, no? Elspeth, voy a verla cada seis meses. Me obligo a hacerlo. Hace quince años que no me reconoce y ahora ya ni siquiera la veo. Solo me dejan asomarme por la ventanilla de la puerta de la habitación. Siempre está acostada, encogida en un colchón, en una esquina, tapándose la cabeza con una manta. Tienen que alimentarla artificialmente.

—¡Pobre Gloss! ¡Qué horror! Pero, dime, querido, ¿no sería mejor que dejaras de ir? ¡Es que no puedes hacer nada!

—No. Tengo que ir. Es absolutamente imprescindible.

—Pero ¿por qué?

—Porque está allí por mi culpa. Y... esto es lo que me destroza, Elspeth: todavía queda una posibilidad, remota, pero sigue siendo una posibilidad, de que se recupere. ¿Te imaginas? La víctima del asesino vuelve del más allá para vivir con él todos los días de su vida. ¿Te parece que exagero si digo asesino? ¿Eh? Es lo que me digo mentalmente. No puedo evitarlo. ¡Asesino! Es una muerta en vida y no puedo quitarme la convicción de que la he asesinado yo.

—¡Ay, Gloss! Seguro que no la mataste.

—Me gustaría estar tan seguro como tú, pero jamás lo sabré. De todos modos, ya que en Salterton se conocen tan bien mis asuntos personales, supongo que para ti no es ninguna novedad.

—¡Vamos, querido, no te pongas así! Claro que quiero saberlo todo, si es que te animas a contármelo, pero no tengo intención de husmear en tus cosas.

—No es que haya mucho que contar. Te parecerá difícil de creer, Elspeth, pero, de joven, era muy romántico. Me enamoraba un día sí y otro también... no superficialmente, sino hasta el fondo, y sufría. A los veintinueve años conocí a una chica que me parecía el ser más bello y deseable que pudiera imaginarse. Quería dedicarle toda mi vida. Ella no me quería mucho; en realidad, no había nada que quisiera mucho, pero la convencí para que se casara conmigo. Es una cosa que pasa con mayor frecuencia de lo que la gente cree. El amor tiene mucho poder y, como mi personalidad era más fuerte que la suya, conseguí convencerla. Estaba seguro de que aprendería a amarme después de casarnos. Pero me equivoqué. Tal vez no pudiera amar a nadie. Creo que fui un necio sin remedio. Sé que le hice reproches. Era tonta y una pésima ama de casa, aunque parezca muy ruin decirlo, tratándose de una historia de amor, pero es que vivíamos como cerdos; yo trabajaba, pero ganaba muy poco y la situación era intolerable. Creía que no podría soportarlo e incluso pensé en abandonarla, pero ¿sabes por qué no lo hice? Por mi madre. No quería decepcionarla.

No sabía qué hacer. Un día, íbamos mi mujer y yo en un coche prestado. Recuerdo claramente que tenía que escribir la crónica de una pequeña feria agrícola para mi periódico. Estuvimos discutiendo gran parte del trayecto. De pronto falló el coche y fuimos a parar a una zanja. En la prensa siempre se dice que «el coche falló», claro, porque así no se acusa a nadie. Las acusaciones quedan para los tribunales. Sin embargo, en mi caso, no hubo tribunales. No me hice mucho daño, pero mi mujer quedó muy afectada. Los médicos dijeron que sufría una conmoción y, después de la conmoción, llegó la neumonía. Al cabo de un año tuvo una crisis grave: esquizofrenia, alucinaciones, creía que era otra persona... todas esas cosas, no hace falta entrar en detalles. Fue necesario internarla y no ha vuelto a salir nunca más. Ahora está prácticamente muerta, anulada, tanto como pueda estarlo un ser humano. Lo que no he podido dilucidar nunca es si aquello fue de verdad un accidente o si lo provoqué yo.

—¡Por supuesto que no lo provocaste! ¡No debes pensar esas cosas! Lo siento, Gloss, he dicho una tontería que no sirve para nada.

—Es enternecedor que creas tanto en mí. Claro que no lo provoqué yo, tal como soy ahora, pero en aquel momento era otra persona muy distinta. A menudo deseaba que muriese o morir yo. Ya ves, he dedicado gran parte de la vida a convertirme en una persona que de ninguna manera pudiera haber provocado ese accidente. Si no te parece que la toga roja me ayudaría, es que no has entendido lo miserable que soy y la importancia que tienen para mí las cosas aparentemente triviales.

—Pero, querido mío, la toga roja no va a cambiar la opinión que tengas de ti. El hombre con el que vives, al que das de comer, al que lavas y vistes y con el que te vas a la cama no lleva toga roja, pero es el que cuenta. ¡Ay, Gloss, querido! ¡Tienes que dejar de torturarte! ¿De qué sirven los honores y la buena opinión del mundo, si no te llevas bien contigo mismo?

—¿Conoces a alguien que no sea imbécil y se lleve bien consigo mismo?

—Por supuesto.

—No tenía que haberme casado con ella, pero lo hice. Muy bien. Me casé y tenía que haberlo soportado mejor, ser menos impulsivo y más comprensivo, pero no fue así. ¿Crees que puedo olvidarlo o perdonármelo?

—Ya está hecho y no se puede enmendar. A ver, Gloss, presta atención.

No sería de utilidad contar los pormenores de lo que le dijo la señora Fielding. No fue nada particularmente acertado ni extraordinariamente profundo, sino que habló con todo el cariño y la ternura de su ser femenino. Decir que Ridley quedó liberado para siempre de su pesadilla sería faltar a la verdad, pero la carga se le aligeró tanto y la confesión resultó tan purificante que, cuando por fin volvió a casa el señor Fielding, Ridley había cambiado y estaba tan animado que lo saludó con una cordialidad y un afecto que dejaron perplejo al caballero, a pesar de la antigua amistad que los unía.

Después, Ridley volvió a casa con alegría, rebotante de libertad y vigor. «¡Si al

menos tuviera la suerte —pensó— de casarme con una mujer como Elspeth!». Pero eso eran especulaciones vanas y esa noche había aprendido lo inútil y degradante que era especular en vano. Tal vez fuera un poco tarde, a sus cincuenta años, para llegar a esas conclusiones, pero todos sustentamos irreflexivamente algunas creencias cuya verdad no llegamos a descubrir hasta que la experiencia las hace realidad. La sabiduría puede alquilarse, por decirlo de alguna manera, a los demás, pero, antes de hacerla nuestra para siempre, la pagamos a un precio desorbitado.

«Si pudiera agarrarme a este estado de ánimo que tengo ahora, podría librarme para siempre», pensó, exultante.

Al entrar en el vestíbulo de la antigua mansión en la que estaba su apartamento, vio a una persona encogida en el suelo, medio dormida. La persona se sobresaltó y resultó ser Henry Rumball.

—Estaba esperándolo, señor —dijo—. He encontrado a X.

Le tendió un papel rosa, un formulario del *Bellman* para los anuncios clasificados.

Después de terminar la tarea de marcar los errores tipográficos del *Bellman*, que se imponía todas las noches, la señora Edith Little se puso a tejer un jersey para el pequeño Earl; era un punto complicado, que, en la prenda terminada, hacía un efecto de cable grueso, y tenía que consultar a menudo el libro de modelos, en cuya página correspondiente se veía la foto de un niño sonriente, tan pulcro y guapo que resultaba empalagoso, luciendo el jersey en cuestión. La sala de estar de los Morpew ofrecía una pacífica estampa doméstica. La señora Morpew se pintaba las uñas de los pies de color coral, después de haberse pasado una hora muy agradable eliminando el vello de sus piernas con un fino papel de lija. Entre tanto, la radio no dejaba de emitir música, chistes, noticias y anuncios, aunque ni Ede ni Kitten le prestaban atención, cada cual perdida en sus pensamientos. Sin embargo, cuando un locutor anunció que en ese mismo instante eran las once, Ede dijo a su hermana en tono reprobador:

—Deja eso. Los chicos llegarán enseguida.

—¿Y qué? Todavía me falta el otro pie.

—¿Quieres que te pillen en plena función?

—¿Por qué no? Georgie sabe que lo hago y le gusta.

—No está bien que los hombres sepan lo que hacen las mujeres.

—Si hubieras enseñado un poco más lo que hacías a Bob Little, a lo mejor no te habría dejado.

—Eso que has dicho es muy cruel.

—Sí, qué horror, ¿verdad?

—¡Pues sí! Si anduviera por ahí enseñando las piernas, seguro que los hombres también me mirarían. ¡A veces Georgie te mira de una forma que me pone los pelos de punta!

—No me extraña.

—Muy bien, si tanto te enorgulleces de eso.

—George sigue viviendo aquí conmigo, y encantado de la vida, por si no te has dado cuenta.

—¡Cómo no! Eres un ama de casa maravillosa, eso lo reconozco.

—Eso no es más que una parte.

—Ya, y los dos dais mucha importancia a la otra, aunque todavía no has tenido un hijo.

—¡Ede! ¡Esas cerdadas no se dicen ni entre hermanas!

—Vaya, ¿quién me ha echado en cara lo de Bob Little hace un minuto? Aunque no tenga marido, tengo un hijo, y prefiero mil veces tener hijo sin marido que marido sin hijo. —Ede siguió tejiendo ostentosamente.

—Eso es mentira, pero te perdono —dijo Kitten con buena intención—. Oye, ¿por qué no te pones a buscar por ahí?

—No me interesa, muchas gracias.

—Bueno, pues intérate un poco. Earl necesita un padre. Si George no te parece suficiente, busca a otro que sepa educar al niño.

—Puedo hacerlo yo sola, sin ningún hombre.

—De acuerdo. Sigue soñando que Calvito Ridley va a pegarte un repaso. Seguro que si lo hace, ni siquiera esperarás que te regale un anillo.

—¡Qué manera tan bonita de hablar de tu propia hermana!

—Ede, con tanto refinamiento pierdes el sentido común; es lo malo que tienes.

—Tengo que pensar en mi hijo; no puedo dejarme llevar así como así.

—¡Ah, vaya! O sea que yo me dejo llevar, ¿eh? Me pongo ropa que tú no te atreverías ni a tocar.

—Mentalmente, quiero decir. Con George, te has rebajado a su nivel. Pues, para que te enteres: ¡te trata como si fueras un objeto! ¡Un objeto!

Kitten no pudo replicar, porque se había puesto al revés en el sillón, con las piernas en alto, y movía los pies briosamente para que se secase la laca de las uñas. En ese preciso momento se abrió la puerta de la calle y entraron George y el señor Higgin con un desconocido.

—¡Fijaos en esto! —gritó George. Juguetonamente, agarró un pie a su mujer y se lo pellizó con los dientes—. Ya lo digo yo, chiquilla, ¡estás para comerte!

—¡Georgie, suéltame! ¡Georgie! —chilló Kitten.

Después de una buena demostración de piernas y braguitas de blonda, y de que George hiciera como si tocara la guitarra con su pierna, la soltó y ella se recolocó muy modosamente, recogiendo las piernas, con los pies escondidos debajo.

—¡Qué agradable vuelta al hogar! —dijo el señor Higgin riéndose alegremente, sin apartar sus ojos brillantes ni un momento de la exhibición de Kitten—. ¡Ah, Kitten! ¡Qué orgullosa habrías estado de George! ¡Ha sido lo mejor de la velada! ¿No es verdad, señor Rumball?

—Ajá —dijo Rumball sin mucho entusiasmo.

—Os presento a mi amigo Henry Rumball —dijo George—. Hank, esta es mi mujer y esta otra, Ede. Siéntate. Voy a traerte algo de beber.

—No se moleste, señor Morpew —dijo Rumball—, tengo que marcharme enseguida.

—Hank es periodista —dijo George—. Va a dedicarnos un artículo entero en el *Bellman*, ¿a que sí, Hank?

—No le aseguro nada —dijo Rumball—. Solo fui allí a ver al señor Higgin; el señor Shillito insistió en que fuera, pero no era un encargo oficial, ¿comprende? Solo fui a ver si podía escribir un artículo sobre algún aspecto del señor Higgin, no una crónica del club.

—¿No una crónica del club? —dijo George muy indignado—. ¿Por qué no? ¿Es que los del club no somos suscriptores? ¿No tenemos ningún derecho? Oye, hijo, dime una cosa, ¿has oído hablar de la libertad de prensa?

—Sí, claro —dijo Rumball, incómodo.

—De acuerdo, entonces, ¿por qué no puede haber un artículo sobre el club?

—Bueno, es que ha sido una actuación privada, señor Morpew.

—¡Privadísima, maldita sea! Entonces, ¿qué hacías tú metiendo allí las narices?

—Pues, como ya he dicho, el señor Shillito me dijo que fuera a ver lo que hacía el señor Higgin, por si podía escribir algo sobre él.

—Oye, mira —dijo George agresivamente—, eso de la libertad de prensa significa que el club tiene tanto derecho como cualquiera a un artículo en el periódico, ¿no? Y si no, haz el santo favor de decirme por qué, ¿vale? Dime por qué.

—No te exaltes, George —dijo Higgin—. Era un espectáculo privado, y muy bueno, por cierto. ¡Ay, si hubierais podido ver a George! —dijo, desternillándose de risa.

—Lo hice bien, ¿verdad? —dijo George, recuperando el buen humor.

No estaba borracho del todo, pero sí de un humor voluble, y tenía restos de maquillaje en la cara.

—Estuviste sensacional —dijo el señor Higgin riéndose de nuevo.

—¿Qué cantaste, George? —preguntó Kitten, que había seguido la escena con complacencia.

—Lo que había preparado —dijo George; guiñó el ojo a Higgin y se echó a reír con tanta energía que se cayó en el sillón encima de su mujer. Cuando se desenredaron, Kitten estaba sentada en las rodillas de su marido, con las uñas de color coral sobre el brazo del asiento.

—¡Ah, pero fueron los bises! —dijo el señor Higgin rebosante de alegría—. Ahí sí que te los metiste en el bolsillo, ¿verdad señor Rumball?

—Sí, eso creo —dijo Rumball.

—Mañana le limpio el humero —cantó George con fuerza, y le dio un ataque de risa.

—¿Qué? —chilló Kitten por contagio, riéndose sin saber por qué.

—Es la canción que cantó —dijo Higgin secándose los ojos—, vestido de deshollinador. Va diciendo cosas de su trabajo, claro, y esa frase es el estribillo: «Mañana le limpio el humero». ¡No te imaginas los significados que le ve la gente! Es lo que, en nuestra profesión, se llama «doble sentido» —dijo a Edith, pues le parecía que también ella debía participar en la alegría general y, si era posible, en un nivel más culto que los demás. Pero Ede se limitó a soltar un bufido.

—Tendría que irme ya, si les parece —dijo Rumball.

—Sí, claro. Quería usted ver mi libro de recortes de prensa. Ahora mismo se lo traigo —dijo Higgin, y se fue corriendo escaleras arriba.

—Espero ver en el periódico algo sobre la actuación de esta noche —dijo George en un tono contundente y guasón—. Tenemos influencias, ¿sabes? Aquí, Ede, tiene influencias en el *Bellman*, ¿verdad que sí, Ede?

—George, ya basta —dijo Edith con dignidad.

—Mañana le limpio el humero —cantó George *sotto voce*, y pellizcó a Kitten disimuladamente.

Ella le dio una bofetada retozona y se enzarzaron en una refriega que cohibió al señor Rumball, hasta que Bevill Higgin regresó con un álbum grande de recortes de prensa.

—Aquí tiene —dijo—. Es un registro completo de mi carrera, con fotografías, reseñas, programas... todo con la fecha y ordenado cronológicamente. Tenga mucho cuidado con él, por favor. Lo he reunido todo metódicamente a lo largo de mi vida. No soportaría perder ni un solo recorte del pasado. Puede que alguno se haya despegado del álbum. Cuando termine de verlo, avíseme y pasaré por las oficinas del periódico a recogerlo. Le ruego que tenga mucho cuidado, por favor. Se lleva usted mi vida entera —dijo, dando unos golpecitos al álbum con un encanto melancólico que solo Edith percibió en toda su plenitud.

—Sí, sí, descuide —dijo Rumball, y añadió nerviosamente, dirigiéndose a los demás—: Bueno, pues, buenas noches a todos.

—¡Recuerda que tenemos influencias! —gritó George mientras la puerta se cerraba tras el periodista.

—¿De verdad crees que van a decir algo de ti en el periódico? —preguntó Edith con seriedad, cuando, un poco después, cada cual tenía un vaso de *whisky* de centeno, que George había sacado de su bolsa de disfraces—. Sería una publicidad estupenda, Bev: te traería un montón de alumnos.

—Tengo esperanzas —dijo el señor Higgin con coqueta timidez—. Mi amigo el señor Shillito es prácticamente director emérito del periódico; tengo entendido que ejerce mucha influencia, muchísima. Él cree que habría que hacer algo. Aunque, claro, ese joven periodista escribirá su reseña basándose en lo que encuentre en mi álbum de recortes, porque, naturalmente, lo que he hecho esta noche no es la mejor muestra de mi trabajo.

—¡Ah, sí! —dijo George—. Eso es lo que pide el público, y al público hay que

darle lo que le gusta, es decir, lo sentimental y lo gracioso. Todo eso del arte no son más que bobadas.

—¡Mira quién fue a hablar! —dijo Edith.

—¿Ah, sí? Pues, si me hubieras visto hoy, Ede, cambiarías de opinión. Bev dice que tengo madera y creo que esta noche lo he demostrado, ¿no es eso, Bev?

—¡Ah, sí; sin la menor duda! —dijo el señor Higgin, y se rio de nuevo—. Señoras, tendríais que haberlo visto. O no... quizá sea mejor que no, pero para el público masculino ha sido un auténtico regalo, de verdad.

—La verdad es que casi prefiero que no hablen de ti en el dichoso *Bellman* —dijo Kitten—; de lo contrario, te saldrán tantos alumnos y te harás tan famoso que te perderemos, y eso no me gustaría nada.

—¡Ah, qué encantadora! —gorjeó el señor Higgin.

—Sí, ¿y qué haría Earl sin su tito Bev? —dijo Edith echándole una mirada cargada de solicitud maternal.

—¡Ah, queridas mías! No os dejaré jamás, os lo aseguro —dijo el señor Higgin y, aunque miraba tiernamente a Kitten, era a Ede a quien daba golpecitos en la mano—. Ahora ya me considero de la familia, no lo dudéis, y no sabéis cuánto significa eso para un trotamundos cansado y harto de viajar como yo. —Se le asomó una lágrima a los ojos.

—Bueno, Bev, creo que todos lo entendemos muy bien, y sé que las chicas me darán la razón si te digo que nosotros sentimos lo mismo por ti —dijo George, que, en su estado achispado, se puso de pronto muy formal.

—Claro, Bev; sabemos muy bien lo difícil que es abrirse camino en un país nuevo y todo eso —dijo Kitten.

—Sí. No olvidemos que todos llegamos a Canadá en un momento u otro de la vida —dijo Edith.

De pronto, el giro un tanto solemne e incluso literario que había dado la velada ascendió a un plano más divertido. Se sirvió otra ronda de *whisky* y luego la tercera, y el señor Higgin cantó *Believe me, if all those endearing young charms*^[9] y los Morphew y Edith, como buenos alumnos, le hicieron los coros, un tanto inseguros pero con ganas. Y así, se fueron todos a la cama de muy buen humor.

Edith se desvistió tarareando todavía la deliciosa melodía y, al volver del cuarto de baño, oyó algunos compases de la misma tonada en el dormitorio del matrimonio. Siguió tarareando delante del espejo mientras se ponía unos rulos metálicos en el pelo, que sobresalían como caballos de Frisia alrededor de su cara. La canción era como una caricia y su tierna melancolía le despertaba sentimientos agradablemente dolorosos en el pecho. ¡Cuánta lata le daba Kitten con los hombres! Pero ella no era de las que se lanzan en brazos del primero que pasa ni se conformaba con un bocazas como George. Si alguna vez llegaba a conocer el amor (pues hacía tiempo que había

decidido que lo suyo con Bob Little no había sido amor verdadero), sería algo refinado, suave y romántico. No podía soportar no ser nada más que un cuerpo para un hombre, como su hermana para George, suponía erróneamente. Cuando llegara su amor, si llegaba algún día, sería una cosa del alma y la mente.

Llamaron discretísimamente a la puerta. Abrió pensando que sería Kitten y quien se coló en la habitación sin pérdida de tiempo fue el señor Higgin. Estaba en pijama y batín y, con su baja estatura y su carita de color rosa, parecía un niño pequeño.

—¡Silencio! —dijo él llevándose un dedo a los labios—. Después de una noche de amistad sincera no puedo irme a dormir sin dar las buenas noches a mi pequeño alumno.

Se acercó de puntillas a la cuna, donde dormía Earl, y lo miró con ternura. Parecía pensar en algo tan sublime que no había palabras para decirlo, pero sonreía y suspiraba. Edith, que se había alarmado un poco porque la había sorprendido en camisón, se tranquilizó, pero fue a coger un quimono.

—No te molestes —dijo Higgin—, ya me voy. —Volvió a mirar al niño—. Tu tesoro. ¡Qué no daría yo por poder decir que también es mío!, aunque ser su tito Bev no es poca cosa, claro. Edith, quiero que sepas que aprecio mucho ese detalle.

Ede se vio en la obligación de responder con la misma delicadeza, pero no tenía facilidad de palabra.

—Bueno, Bev, quiero que sepas que también significa mucho para Earl... y para mí —dijo por fin—, me refiero a tu influencia y todo lo demás.

El señor Higgin la miró con tierna admiración.

—Gracias —dijo con no mucha sencillez—. No te imaginas lo que es para mí. ¡Ah, Edith! ¡Verte ahí tal como estás, con esa naturalidad encantadora! ¡Qué imagen! Es lo único que puedo decir: ¡qué imagen!

De repente, Edith se dio cuenta de que estaba con un camisón fino delante de la única luz de la habitación. Rápidamente volvió a buscar el quimono a donde lo había dejado, encima de la cama.

—¡No, no, niña querida! —dijo el señor Higgin muy tiernamente, pero riéndose un poco como si no quisiera—. No me malinterpretes. Y, por favor, no te pongas la bata. No es una mirada profana la que admira tu belleza. Métete en la cama, anda, y permíteme que te arrope.

Obediente, Edith se metió en la cama y el señor Higgin la tapó hasta la barbilla y alisó el embozo.

—La madrecita arropa al niño, pero ¿quién la arropa a ella, eh? —le dijo dulcemente. Y después, como absorto, se sentó en la cama—. ¿Sabes una cosa? —prosiguió—. He llevado vida de nómada y no ha sido fácil, pero siempre he añorado las virtudes domésticas. —Parecía que paladease las palabras y las degustase—. Sí, las virtudes domésticas. Cada artista busca inspiración donde pueda hallarla, pero en mi caso, he descubierto que la fuente de inspiración más abundante es la familia y el hogar. Sin embargo, se me han negado.

El señor Higgin hablaba con sonoridad, como un actor, y el suspiro que exhaló después se habría oído hasta en las localidades más lejanas de un teatro grande.

—He conocido el amor —continuó—. El amor que conoce el artista: efímero, turbulento, dulce... El amor que a ti, dulce niña, te ha negado la vida, aunque estás preparada para recibirlo como pocas mujeres. Pero eso es el pasado. Ahora he llegado a una edad en la que todo eso no son sino recuerdos agradables. Supongo que no tienes la menor idea de cuántos años tengo. Cuarenta y ocho.

Edith no dijo nada. Le calculaba más de cincuenta y se avergonzó de haber juzgado tan mal a un hombre que, evidentemente, había sufrido mucho.

—Cuarenta y ocho —dijo Bevill Higgin—, pero tengo el corazón joven. Puedo decir que tengo un corazón tan joven como el de ese niño bendito. Sí, tengo el corazón de un niño, sin duda. «Bajo el peso de los años yace un niño llorando». ¿Conoces ese hermoso poema? ¡Ah, es tan verdadero! Parece que hable de mí. A pesar de mis años, soy un niño, un niño que busca a su madre.

A Edith le impresionaba mucho la forma de hablar del señor Higgin. Sus palabras tenían la grandeza y la trascendencia que había deseado toda la vida, y ahora que las oía, y dirigidas solo a ella, estaba embelesada. Con suavidad y rapidez, el señor Higgin apagó la lámpara y se metió bajo las mantas a su lado. Se quedó un poco separado y Edith notaba intensamente su presencia, pero solo en la voz.

—¿Y dónde podrá encontrar a la madre —preguntó el señor Higgin— si no en todos los corazones tiernos y comprensivos? Edith, la vida no me ha tratado bien. Cuando la fortuna mira mal a un hombre, todo se le vuelve en contra. La desgracia me obligó a abandonar mi viejo país y me llevó al extranjero. Podía haber luchado allí contra detractores mezquinos, pero tengo orgullo. Por eso vine aquí y, aunque en esta casa he encontrado refugio, mi camino no es fácil en el extranjero. No, no, nada fácil. He encontrado amigos —en ese momento metió la mano debajo de las mantas y cogió la de Edith— pero también enemigos, debo decir. ¿He de nombrarlos? Si lo hago, temo herir a un corazón que se me ha hecho muy querido.

Entonces, se acercó más a ella y con un movimiento diestro y certero le pasó un brazo por debajo de la cabeza, de manera que ella quedó parcialmente reclinada en su pecho. Olía mucho a *whisky* y de pronto se puso gracioso.

—¡Qué corazoncito tan confiado —murmuró—, que trabaja todo el día cuidando a un hombre indigno de tales atenciones! ¡Qué corazoncito tan confiado y tontorrón! —Soltó una risita.

—¿De qué hablas? —dijo Edith con voz trémula.

—¿No lo adivinas? De tu señor Ridley, por supuesto.

—¿Qué tiene de malo, Bev?

—Me ha tratado muy mal, querida niña, muy mal, y se ha burlado, como otros, pero creo que ahora se arrepienten.

—¿A qué te refieres, Bev?

—El joven de la universidad. No tuvo la menor consideración conmigo, aunque

podía haberlo ayudado. ¡Mocoso presumido! Y la chica de la biblioteca. No me permitió entrar sin una recomendación. ¡No, no! No valgo suficiente. Y tu señor Ridley, abriendo y cerrando las tijeras en mis narices. No soy rencoroso, no estoy resentido con ellos, pero, de todos modos, les he hecho mi pequeña jugada.

—Bev, ¿tú los...?

—¡Ajá! ¡Qué ocurrencia tan aguda! ¡Y solo lo sabes tú! Porque me parece que ahora he dado la vuelta a la tortilla. Creo que he roto el hielo. Y cuando me establezca aquí, todos ellos notarán el peso de mi mano, pero no con bromitas inocentes.

Se reía mucho. Edith estaba perpleja. Ahí lo tenía, ahora sabía el secreto que tantos quebraderos de cabeza había dado a su ídolo, el señor Ridley, pero ahora que podía serle útil en algo, ya no era su ídolo. Ese hombrecito sonrosado que hablaba tan bien parecía haberla inundado de pronto de calor, cariño y admiración.

—No se lo dirás, ¿verdad? —le preguntó en son de broma.

—Oh, Bev, no... nunca, nunca —murmuró.

Bevill Higgin se inclinó y la besó muy suavemente, pero fue un beso muy muy largo. Edith sintió una calidez deliciosa, como si fuera a derretirse, como si se acercara a él sin proponérselo. Con toda suavidad, Higgin metió la mano por el escote y le acarició los senos. Ella se estremeció de placer cuando le quitó los tirantes de los hombros, le bajó el camisón y le acarició el estómago y los muslos con la suavidad de una pluma. Era como mecerse mansamente en un mar cálido y liso.

—¡Mami! —Era Earl, adormilado pero con voz fuerte—. Mami, pipí.

Edith volvió en sí con un sobresalto y se quitó a Higgin de encima bruscamente.

—¡Márchate! —le susurró con rabia—. ¡Vete de aquí, viejo perverso!

—Edith —dijo él con voz muy grave—, no te asustes. ¡Soy yo! ¡Bev! ¡Tranquilízate!

Aunque llevaba el camisón bajado y no podía moverse bien, consiguió pasar rápidamente por encima de él y salir de la cama. Cogió un cepillo del pelo y, tapándose los desnudos pechos con un brazo, empezó a atizarle, y, como él se protegía la cabeza con los brazos, lo golpeó furiosamente en las manos.

—¡Sal de aquí! —susurró de nuevo. Earl, preocupado únicamente por su creciente necesidad, gemía en la cuna—. ¡Fuera! —susurraba Edith una y otra vez, hasta que Higgin salió de la cama como pudo y se marchó de la habitación. Ella le tiró las zapatillas.

Más tarde, sentada en la cama, se maravillaba de sí misma. ¡No la había seducido por un pelo! Siempre le había parecido que la seducción solo tenía lugar en hoteles elegantes o en los asientos de atrás de coches caros. ¡Y le había pasado allí mismo, en su casa, en su pequeña habitación, con los rulos en la cabeza y Earlie durmiendo a menos de un metro! Era impresionante. Era apabullante.

Y sin embargo no podía llorar. La experiencia había sido inconmensurablemente estimulante. No se avergonzaba, había triunfado la virtud. ¡Ella no se entregaba a cualquier viejo espabilado, por mucho que tuviera un pico de oro! Se había librado por muy poco, pero cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que no le habría permitido llegar hasta el límite.

¡Y sabía su secreto! ¡Cuánto se lo agradecería Ridley! Él no era de los que siempre miran a las mujeres pensando solo en una cosa. Él estaba por encima de eso. Por la mañana iría más temprano que de costumbre. Lo despertaría con la noticia.

El ídolo, triunfante, volvió a ocupar su trono.

SEIS

El martes, 7 de noviembre, a las dos y media, Gloster Ridley estaba preparando el despacho para la reunión de abogados. La señorita Green había hecho todo lo necesario mucho antes, pero él seguía moviendo sillas nerviosamente, recolocando documentos en la mesa auxiliar, dejando lapiceros a mano encima del cartapacio y toqueteándolo todo sin hacer nada concreto. ¡Qué diferente era la actitud del señor A. J. Marryat, que miraba tranquilamente por la ventana, sonriendo, el hermoso día de finales de otoño! Sin embargo, era una diferencia meramente superficial; a pesar de la inquietud del uno y la calma del otro, ambos tenían confianza.

El señor Marryat se volvió a Ridley.

—Gordon Balmer acaba de llegar a la puerta —dijo—. No olvides que lo importante es salvar las apariencias en todo momento. Hablarán mucho del juicio, pero la sentencia se va a decidir aquí y ahora. Tenemos que salvar las apariencias a toda costa.

Ridley sonrió y, disimulando el nerviosismo por primera vez, se quedó de pie en su lado del escritorio con una actitud casi cortés. Poco después, la señorita Green abrió la puerta al abogado del *Bellman*.

—Llego un poco tarde —dijo el señor Balmer—. Quería haber venido antes para arreglar un par de cosas; en estas situaciones es muy importante la forma de llevarlo todo. —Se fue directamente al sitio de Ridley y dejó allí el maletín—. Me siento aquí, si no le importa —dijo—. Traigo mucha documentación y necesito espacio para ordenarla.

—Ya he pensado en eso —replicó Ridley— y le he preparado otro lugar. —Señaló el asiento de enfrente del escritorio—. Mire, ahí dispone de espacio suficiente para todos los documentos.

—Por supuesto, no tenía intención de quitarle a usted su silla —dijo el señor Balmer, aunque eso era exactamente lo que le acababan de impedir—, pero, como supongo que, más o menos, esta reunión está en mis manos, me he dirigido a esta inconscientemente. Porque, verá —dijo, bajando la voz en tono confidencial—, en estas situaciones, dominar la habitación da cierta ventaja psicológica y quien ocupa la mesa de despacho siempre domina a los que no pueden esconder las piernas. Es muy curioso, pero no repara en ello ni una persona entre un millar.

—¡Extraordinario! —dijo Ridley, pero no se movió de su puesto, con lo cual el señor Balmer no podía ocupar el lugar dominante, a menos que lo echara de un empujón—. Lo cierto es que he procurado darle a usted una ventaja psicológica de otra índole; lo he situado de espalda a la ventana, mientras que el señor Snelgrove se sentará donde más da la luz. Creo que está bien pensado, ¿no le parece?

El señor Balmer musitó algo que podía ser una afirmación. En realidad, no parecía que el argumento de la luz, por ventajoso que fuera, compensara la pérdida del asiento dominante, lugar que, a juzgar por su actitud, consideraba el estrado del juez. Decepcionado, se fue a donde le había indicado Ridley y empezó a sacar cosas del maletín.

Ridley miró al señor Marryat, que estaba detrás de Balmer. Aunque no cambió la expresión, con la mirada preguntó: «¿Apariencias salvadas?», y el señor Marryat, con la misma actitud inexpresiva, respondió sin palabras: «Salvadísimas, sin duda».

Llamaron de nuevo a la puerta y la señorita Green hizo pasar al señor Snelgrove y al profesor Vambrace.

—Buenas tardes, caballeros —dijo Ridley—. Esperaba que fueran ustedes tres. Deseo que X no les haya dejado en la estacada.

—Pierda cuidado; X aparecerá a su debido tiempo —dijo el señor Snelgrove—. Puesto que vamos a celebrar esta reunión en circunstancias que, debo reconocer, considero muy irregulares, me permito exigir algunas condiciones imprescindibles. Tengo muchos documentos y necesito una mesa. Espero que no tengan nada que objetar si me siento aquí —y, con esas palabras, se dirigió también a la silla de Ridley, pero el director se mantuvo firme.

—Estoy seguro de que encontrará cuanto necesite aquí, enfrente del señor Balmer —dijo—. Secantes, plumas, tinta, lapiceros... Hemos procurado anticiparnos a sus necesidades, pero si precisa alguna otra cosa, mi secretaria se la proporcionará inmediatamente.

—Debo decir que habría preferido celebrar este encuentro en mis propios aposentos —dijo el señor Snelgrove, con una voz que empezaba a temblar de cólera—. En mi opinión, es sumamente irregular y desaconsejable reunirse en el despacho del cliente con un colega que puede llegar a ser la parte opuesta de un litigio. —Miró a Gordon Balmer con toda la intención de que Ridley, como persona ajena a la abogacía, se sintiera fuera de lugar, un intruso.

—Tampoco yo estoy en mi terreno, señor Snelgrove —dijo Balmer, y siguió arreglando sus papeles ostentosamente.

En la hora siguiente, Ridley y Marryat no dejarían de asombrarse de la cantidad de documentos que llevaban los abogados en sus respectivos maletines; era imposible que todos tuvieran alguna relación con el asunto que iban a tratar, pero sobresalían de la cartera como dándose importancia, como si en cualquier momento pudieran salir de ella para demostrar una cosa de la mayor trascendencia.

El profesor Vambrace no dijo nada; se limitó a sentarse en una silla detrás del señor Snelgrove. Para la ocasión, se había puesto un traje oscuro de *tweed* de mucho abrigo y corbata negra, y parecía más que nunca un actor dramático de la vieja escuela.

Volvió a abrirse la puerta y la señorita Green dio paso al deán Jevon Knapp.

—Siento llegar tarde, si es que lo es —dijo sonriendo refinadamente a todos.

Se quedó mirando al señor Marryat, que parecía la persona más amable de la reunión, y, para gran asombro de este, le dio un apretón de manos muy cordial.

—Me resulta difícil hacer esta pregunta —dijo Ridley—, pero no puedo contenerme. ¿Debemos entender que el deán Knapp es X, señor Snelgrove?

—No estoy de humor para preguntas graciosas, señor —dijo el abogado.

—Le aseguro que no tengo el menor deseo de hacerme el gracioso, pero ha prometido usted traer aquí a X y la única persona presente que no esperábamos es el deán. Es natural que pregunte, creo yo.

—Muy natural —dijo el señor Balmer, pues, como abogado, tenía la sensación de que debía intervenir cuanto antes y, además, también estaba un tanto perplejo.

—He pedido al señor deán que nos acompañara hoy —dijo el señor Snelgrove— para que sea testigo de lo que voy a revelar; lo he hecho por un motivo específico que le concierne a él directamente. X comparecerá a su debido tiempo, insisto.

—Muy bien —dijo el señor Balmer—. Creo que ya hemos perdido bastante tiempo y, si no tiene nada que oponer, quisiera puntualizar un par de detalles que todavía no están claros.

Mientras hablaban, Ridley se sentó en su sitio, al frente del escritorio, y Marryat acercó una silla de un rincón y se situó muy cerca de él. Fue una iniciativa bien calculada, porque los dos representantes del *Bellman* podían ocultar las piernas detrás de la mesa; eran ellos quienes ocupaban el lugar del juez, mientras que los dos abogados quedaban ante el tribunal, por así decir. El deán ocupó un sillón un poco separado e inmediatamente empañó la solemnidad del acto sacando una pipa pequeña y maloliente; la encendió haciendo mucho ruido y chupando con fuerza. Parecía la única persona que no pretendía salvar las apariencias.

—¿Se me permite preguntar ahora mismo —dijo el señor Balmer— si tiene intención de litigar con el *Bellman* por difamación?

—Aconsejaré a mi cliente a ese respecto cuando haya terminado la presente reunión —dijo el señor Snelgrove—. No es necesario que le explique que la protección jurídica del honor existe para salvaguardar la reputación de los individuos. No creo que haya ninguna duda sobre la situación absolutamente incómoda en que deja la publicación de ese falso anuncio de boda a la señorita Pearl Vambrace, puesto que puede dar lugar a que sus jóvenes conocidos eviten relacionarse con ella y hasta le retiren el saludo. Para una mujer joven, el bien máspreciado es la buena fama; constituye una gran parte de su dote, no en el sentido legal, sino en el moral. Sin ningún género de duda, este asunto la expone al ridículo, a un gran ridículo tal vez, y a una gran angustia mental. La negativa del *Bellman* a emprender cualquier acción para mitigar el perjuicio que se le ha hecho únicamente empeora la situación, desagradable de por sí, en la que la ha colocado el periódico. Si esto no es difamación pública, me gustaría saber cómo lo llama usted.

—Dudo que lo llamase difamación —dijo el señor Balmer sin inmutarse en absoluto—. Al fin y al cabo, entre jóvenes, es frecuente oír noticias de boda o compromiso matrimonial. Muchas jóvenes lo consideran un cumplido y en caso de que no sea cierto, se ríen y lo olvidan.

—Un anuncio publicado en un periódico no es lo mismo que las habladurías —dijo el señor Snelgrove levantando mucho las cejas y dándose golpecitos en los dientes con las gafas—. Es una mentira con los agravantes de premeditación y

publicidad y con la intención de hacer daño a la víctima y dejarla en ridículo.

—La definición común de difamación no se limita al ridículo al que se somete a la víctima, sino que abarca también el aborrecimiento y el desprecio que fomentan contra ella —dijo el señor Balmer—. No pensará aducir que una travesura pueda dar lugar a algo así ni remotamente, ¿no?

El profesor Vambrace, que había ido poniéndose negro con todo lo anterior, habló con su voz más grave.

—Considero que se ha engendrado aborrecimiento y desprecio contra mi persona —dijo—. Han hecho correr rumores obscenos de la peor especie contra mí. Han llegado a decírmelos a la cara personas que no conozco de nada. Tengo testigos que lo pueden confirmar.

—¿Sería tan amable de dejar esto en mis manos? —dijo el señor Snelgrove a su cliente—. Plantearé esas cuestiones en el momento oportuno.

—Sinceramente, me alegro de que el profesor Vambrace haya hablado —dijo el señor Balmer—. Me gustaría saber a quién se ha difamado, ¿al profesor o a la señorita Vambrace? La señorita no está presente, lo cual me hace pensar que no desea verse mezclada en esta disputa.

—Mi hija no está presente porque no deseo que presencie discusiones de esta clase —dijo el profesor—. Este lugar no me parece apropiado para una joven de su edad.

—¡Ah! Ignoraba que la señorita Vambrace fuese menor —dijo el señor Balmer—. Naturalmente, eso cambia el enfoque del caso.

—No es menor de edad —dijo el profesor—. Es una señorita y tiene derecho a ser protegida de experiencias y compañías desagradables. —Miró a Marryat y a Ridley con el ceño muy fruncido, pero ellos no se dieron por aludidos.

—¿No es menor? —dijo Balmer con mucho asombro—. En ese caso, profesor, ¿me permite una pregunta directa? ¿No es menor de edad pero todavía recibe castigos físicos en su casa?

—¿Lo ve? —estalló Vambrace dirigiéndose a Snelgrove; se levantó de su sitio—. ¡Esos malditos rumores me persiguen por todas partes! ¿Cómo se atreve a hacerme semejante pregunta? —gritó en dirección a Balmer.

—Se la hago únicamente porque me verá obligado a hacérsela en el juicio, si llega a celebrarse —dijo el abogado, imperturbable—. Allí se harán preguntas muy desagradables y será más difícil evitarlas que aquí.

—Siéntese inmediatamente, señor —dijo Snelgrove—. Siéntese y guarde silencio; de lo contrario, abandono el caso en este mismo momento y lugar, ¡se lo advierto! Lo he aceptado solo por ayudarlo a usted, pero no voy a consentir la menor interferencia.

—Si la parte perjudicada es la señorita Vambrace, creo que debería estar aquí, por muy repugnante que pueda resultarle —dijo Balmer—. Si es el profesor Vambrace quien se cree perjudicado, es preciso cambiar el planteamiento. La verdad es que no

acierto a ver en qué ha sido perjudicado el señor Vambrace.

—En los casos de difamación no es necesario demostrar daños y perjuicios —dijo el señor Snelgrove, haciéndose el abogado astuto hasta el final—. Como muy bien sabe, los daños y perjuicios se suponen.

—Se supondrían siempre y cuando el jurado decidiera que el anuncio de boda era difamatorio —dijo Balmer—. No podemos saber cómo interpretará el jurado un caso así. Puede pensar que no era más que una gran broma, y es lo más probable, si su cliente se permite una salida de tono en plena sala.

—No me diga lo que puede hacer el jurado, señor —dijo Snelgrove—, sé tanto de jurados como usted. Lo normal en estos casos es que prevalezca la opinión de la persona razonable.

—¿Pone a su cliente como ejemplo de persona razonable? —preguntó Balmer.

El profesor gruñó, pero Snelgrove lo hizo callar y Balmer aprovechó la ventaja.

—En mi opinión, la persona razonable diría que mis clientes han sido engañados, que en realidad son víctimas inocentes de una broma pesada. Ningún jurado de hombres de negocios los declararía culpables por un error sin malicia. Todos cometemos errores y casi todos somos víctimas de una broma pesada alguna vez en la vida. Le aseguro que mis clientes tienen tantos deseos como ustedes de encontrar al verdadero autor de esta jugarreta.

—Creo que la comprensión del jurado se enfriaría bastante cuando se le explicara la negligencia que han cometido sus clientes —dijo el señor Snelgrove—. Afirman que tienen un sistema de registro por el que pueden saber quién pone anuncios como el que nos ocupa. ¿Por qué no se ha aportado el justificante pertinente? Supongo que porque no lo tienen. A la persona razonable le costaría mucho trabajo justificar la fecha totalmente imposible que figuraba en el anuncio.

—Eso no es nada —dijo el señor Balmer.

—Es posible, pero unido a la falta del justificante de la persona que puso el anuncio, ya es algo más. Y si de verdad existe el registro y de verdad no son irresponsables, ¿cómo es que no saben quién es X?

—Eso lo aclararemos cuando llegue el momento... ante el juez, en caso necesario —dijo el señor Balmer—. Pero hay otra cosa que me gustaría preguntar a su cliente.

—Le prohíbo que conteste, profesor —dijo el señor Snelgrove.

—¡Ah, muy bien! —dijo Balmer—. Si ya lo tienen todo arreglado entre ustedes y él solo habla cuando le dé permiso usted, no me importa, pero la verdad es que me acaba de confirmar una sospecha que tengo: que el profesor Vambrace ha emprendido esta acción con la única idea de llegar a un buen arreglo económico. Ustedes dos van a medias en las ganancias. ¡Esto es un timo!

—¡Jamás se ha puesto en duda mi honor! —gritó el profesor, sobresaltado—. ¡Eso es mentira, una mentira maliciosa y le exijo que se disculpe inmediatamente!

—Me disculparé —dijo Balmer— si me da su palabra de honor de que cualquier cantidad que saque, si llegamos a juicio por difamación, será para obras de caridad,

después de pagar a sus abogados las elevadas minutas correspondientes, claro está.

—¡No diga nada! —ordenó el señor Snelgrove—. ¡No crea que no sé lo que pretende! Está jugando sucio con mi cliente, quiere que ponga en duda su posición o se asuste y no presente la demanda. Su proceder, señor, es una vergüenza para la profesión, ¡y no crea que no hablaré de ello en la próxima reunión del Colegio de Abogados!

El ambiente se había caldeado mucho. Al deán se le había apagado la pipa y de vez en cuando le daba la risa tonta, por la tensión nerviosa. A decir verdad, Marryat y Ridley estaban un poco avergonzados de su abogado; nunca lo habían visto en acción de esa manera.

—Haga lo que considere mejor —dijo Balmer—. Ya estoy harto de esta discusión, que no nos lleva a ninguna parte. Usted dice que es difamación y que mis clientes cometieron negligencia. De acuerdo. Demuéstrelo. Que venga X. ¿Dónde lo ha escondido?

Muy dignamente, el señor Snelgrove se levantó y se dirigió a la ventana. Después de ponerse las gafas para distinguir algo en la calle, se sacó un pañuelo del bolsillo con mucha solemnidad y lo agitó tres veces. A continuación volvió a su sitio y asesinó a Balmer con la mirada; solo rompía el silencio el furibundo silbido nasal del profesor Vambrace.

Pasaron unos minutos incómodos para los seis hombres reunidos en el despacho de Ridley, hasta que la señorita Green llamó a la puerta, la abrió y cedió el paso a Humphrey Cobbler y a Ronny Fitzalan, que entró detrás. Nadie parecía tener nada que decir y nadie habló, hasta que el señor Snelgrove indicó a Cobbler con un gesto que se sentara en una silla, que Ronny, como disculpándose, colocó prácticamente en el centro de la habitación.

—Bien, señor Cobbler —dijo Snelgrove, que parecía la viva encarnación de un abogado de opereta—, me atrevería a afirmar que ignora el motivo de que lo hayamos convocado aquí.

Cobbler sacó del bolsillo de la chaqueta un retal de sábana vieja, doblado y bastante grande, y se sonó la nariz aparatosamente.

—Seguro que se trata de algo agradable —dijo— y me encanta el suspense. Siempre que algún abogado me convoca para cualquier cosa, pienso que es porque alguien me ha legado una gran fortuna. Sea tan amable de decirme las cláusulas lentamente y deje la fabulosa cantidad para el final.

Tenía la voz cargada y estaba pálido. Cerró los ojos y se relajó cuanto pudo en la dura silla que le habían asignado.

—Le aconsejo que no siga hablando en ese tono —dijo el señor Snelgrove—. El asunto que nos concierne puede revestir consecuencias extremadamente graves para usted.

—No se preocupe por eso, que nunca desentono: tengo oído absoluto —dijo Cobbler—. En cuanto a la gravedad, me he levantado de mi lecho de muerte para

acudir aquí principalmente porque el señor Fitzalan es muy persuasivo. En lo único que pienso ahora es en volver a la cama.

—Pero ¡hombre de Dios! —dijo el deán solícitamente—. ¿Ha empeorado desde el domingo?

Cobbler no respondió, pero se sonó como si se le escapara la vida dolorosamente por la nariz.

—Caballeros —dijo el señor Snelgrove—, he aquí a X.

La presentación no produjo el impacto deseado. Ridley y Marryat se quedaron impávidos, Balmer miró un momento a Cobbler y enseguida volvió los ojos de nuevo al documento que tenía en las manos. El deán, que no sabía lo que significaba X, más que un apelativo remotamente despectivo, se asombró un poco. Solo el profesor Vambrace miró al organista con el ceño fruncido, pero como este tenía los ojos cerrados, no lo afectó.

—Seré breve —prosiguió el señor Snelgrove—. Cobbler, ¿no es cierto que el 31 de octubre, el martes pasado, para ser exactos, invadió usted, junto con un grupo de gamberros, la catedral de St. Nicholas llevando licor consigo y que perturbó la paz del recinto? No entraré ahora en la descripción de la perturbación, tan solo hago constar que fue suficiente para llamar la atención de algunos vecinos del templo e incluso la del deán, quien se personó al cabo de cierto tiempo y lo expulsó. Dígame, ¿no es cierto?

—Culpable, mi señor —dijo Cobbler sin abrir los ojos.

—La noche siguiente —continuó Snelgrove— encontró al profesor Vambrace en un lugar público y le dedicó una canción procaz, dirigida a él personalmente, al tiempo que se permitía una serie de payasadas burlescas de borracho. ¿Qué me dice de eso?

—Culpable confeso —respondió Cobbler con indiferencia.

—¡Ah, no! —terció Ridley—. El señor Cobbler no estaba borracho aquel día. Yo estuve con él poco antes y lo sé.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Snelgrove volviéndose hacia él—. Desconocía la existencia de alguna asociación entres ustedes dos. ¿Dónde estaba usted y qué participación tuvo en ese acto infame y vergonzoso contra mi cliente, si me permite?

—No se lo permito —dijo Balmer—. Por favor, señor Ridley, no interfiera. Interrumpe usted el hilo lógico de mi colega.

—No me importa gran cosa que no responda ahora —dijo Snelgrove—. Llegarán el momento y el lugar oportunos y lo interrogaré a usted en circunstancias tales que se verá obligado a contestar, y entonces desvelaremos la relación que existe entre este gamberro desvergonzado y usted. Permítame que le diga que es usted muy obtuso.

—Me opongo a esa insinuación de que soy obtuso por relacionarme con alguien —dijo Cobbler como medio dormido—. Es una palabra que detesto especialmente.

—¡Siga usted así! —dijo Snelgrove, dejándose llevar por un ataque de distinción forense—. ¡Diga todas las impertinencias que se le ocurran! Bien, ahora lo acuso de

que, antes de insultar al profesor Vambrace en el parque, el mismo día en que abusó usted tan escandalosamente de su puesto de organista de la catedral, llevó este texto a insertar en el periódico de su amigo, aquí presente.

Con gran ostentación, el señor Snelgrove sacó de entre sus documentos una hoja muy grande en cuyo centro exacto una secretaria había pegado el recorte del diminuto anuncio de boda, con una nota manuscrita en rojo con letra muy pequeña.

Cobbler abrió los ojos y cogió el papel.

—¡Ajá! —dijo con poco interés—. Conque era así. No lo vi cuando lo publicaron. —Se lo devolvió al abogado y cerró los ojos otra vez.

—¿Y bien, señor? —preguntó Snelgrove—. ¿Qué tiene usted que decir a esto?

—Nada —dijo Cobbler.

—Ahora comprenderá, señor deán —dijo Snelgrove— el motivo de su presencia aquí. Hace ya unos años que defiende usted obstinadamente a este hombre contra quienes hemos entendido quién es y la influencia perniciosa que ejerce en la catedral. Ahora lo ha oído confesar que no tiene nada que decir en su descargo por haber cometido este acto, que considero una gamberrada extrema y una auténtica difamación. Este hombre le ha procurado a usted muchas molestias, así como al profesor Vambrace e hija y, estoy convencido, a la señora Bridgetower e hijo, aunque no tengo plena competencia para hablar en nombre de estos dos últimos. Espero, señor, que por fin abra usted los ojos. Debo añadir que también espero que a partir de ahora considere a su consejero legal algo más que un hombre de paja. Lamento haberlo implicado en tan desagradable situación, pero no parecía que hubiese forma más convincente de demostrárselo. Ahora, señor Ridley, ¿tendría la bondad de informarme de si el *Bellman* tiene intención de emprender acciones legales contra este hombre?

—No —dijo Ridley.

—En tal caso, aconsejaré a mi cliente que las emprenda él contra el *Bellman* y contra Cobbler por difamación y, basándome en el comportamiento de este último con mi cliente en el parque, demostraré que todo se hizo por difamarlo en el más amplio sentido de la palabra. Otrosí, alegaré que su negativa a denunciarlo, como acabamos de oír, es un indicio de que usted sabía que él era el culpable e intentaba protegerlo.

—Pero a mí no me consta que lo sea —dijo Ridley—, es más, me consta que no lo es y puedo demostrarlo.

Abrió un cajón del escritorio y sacó un formulario de color rosa para anuncios clasificados.

—Pero se ha declarado culpable —insistió Snelgrove.

—No es cierto —dijo Cobbler—. Sencillamente, no lo he negado. Ni niegues ni des explicaciones, esa es la regla de oro de mi vida.

—¡Ah, vamos! ¡Eso no hay quien se lo crea! —dijo el señor Snelgrove con mucho desprecio—. Me ha permitido hacerle la pregunta, basándome en pruebas

circunstanciales extremadamente sólidas, y usted no lo ha negado de ninguna forma. Eso tendrá que explicarlo.

—No tanto —dijo Cobbler, todavía con los ojos cerrados—. Tenía curiosidad por lo que diría usted y debo reconocer que, para ser abogado, lo ha hecho de pena. ¡Pruebas circunstanciales! ¡Especulación y rencor, nada más!

El señor Snelgrove se enfadó muchísimo. Se puso rojo como la grana y, como hacía muchos años que no se ruborizaba y apenas recordaba esa emoción, se quedó unos momentos sin habla. El deán aprovechó la oportunidad.

—Señor Cobbler —dijo—, ¿me da su palabra de honor de que no tiene nada que ver con el anuncio de boda?

El acusado se irguió en la silla y se dirigió al deán.

—Por mi honor sin mácula, señor deán —dijo—. Es una simple cuestión de psicología; hago muchas tonterías espontáneamente, sin pensar, no soy un bromista previsor, a menos que se lo parezca por haber permitido que el señor Snelgrove se pusiera en ridículo él solo. Por otra parte, Bridgetower es amigo mío. Además, lamento haber humillado al profesor Vambrace, no tenía verdadera mala intención; lo cierto es que me hizo mucha gracia verlo allí escondido entre los árboles, jugando al veo, veo. Pero lo he pagado muy caro; fíjese qué catarrazo he pillado, con tanto bailar y acalorarme. Por si alguien se alegra, reconozco de buen grado que soy tonto, pero de verdad no me tengo por malicioso ni taimado.

El deán sonrió y asintió varias veces y se aplicó de nuevo a su maloliente pipa. En cuanto al señor Snelgrove, parecía que fuera a sufrir un infarto. Tenía la cara completamente contraída y jadeaba de una forma tan alarmante que Ronny Fitzalan llenó rápidamente un vaso de agua del termo de Ridley y se lo ofreció a su socio.

Ridley miró a Marryat a los ojos como preguntándole: «¿Apariencias salvadas?», y recibió en respuesta una mirada resplandeciente que no dejaba lugar a dudas: «¡Salvadísimas!». Habló el director.

—Estoy seguro de que todos los aquí presentes se alegrarán de conocer al verdadero X —dijo—, y, como creo que en estos momentos se encuentra en el edificio, no será difícil complacerlos. —Tocó un timbre—. Señorita Green, tenga la bondad de pedir al señor Shillito que nos traiga a su visitante.

Hubo unos momentos de espera. Cobbler parecía haberse recobrado mucho y cantaba suavemente, como para sí:

Se dictan los cargos,
están los letrados
y el juez preparados...
¡Terrible espectáculo!

pero se encontró con una mirada fría de Balmer y desistió. Tras recobrar algo de compostura, el señor Snelgrove representó convincentemente la actitud de quien tiene

un as en la manga. El profesor Vambrace, en cambio, se hundió aún más en la melancolía y tenía una expresión imponente y dura como una roca. Aunque Ridley aparentaba tranquilidad y esperanza, por debajo de la mesa no podía parar de mover furiosamente una pierna. ¿Funcionaría su plan? Eran las tres y media, todo debería estar a punto, pero a menudo la gente no es puntual y... Antes de que los nervios lo dominaran del todo, la señorita Green abrió la puerta de nuevo, esta vez, al señor Swithin Shillito, quien cedió el paso a su acompañante, el señor Bevill Higgin.

Shillito se disponía a saludar profusamente a todos y cada uno de los presentes, pero percibió algo en el ambiente que le hizo desistir en el momento en que iba a dirigirse al deán. Habló Balmer.

—No quiero representar un drama aquí —dijo, mirando a su colega—; me limitaré a hacer unas pocas preguntas. Se llama usted Bevill Higgin, ¿no es así?

—En efecto —dijo el señor Higgin con una sonrisa nerviosa. Al ver a los reunidos se había puesto en guardia, y la voz le tembló un poquito.

—Señor Higgin, el día primero de octubre, a lo largo de la mañana, ¿pagó usted por poner en este periódico un anuncio de boda? ¿Este en concreto? —y le enseñó una hoja de papel muy parecida a la que había mostrado antes el señor Snelgrove, con el diminuto recorte pegado en el centro y una notita en azul.

Bevill Higgin tardó un poco en responder y todavía sonreía nerviosamente, pero miró un momento, uno tras otro, a Balmer, a Ridley y a Snelgrove.

—¿Por qué cree que fui yo? —dijo.

—Porque hemos encontrado el justificante de pago en ese álbum de recortes de su propiedad que lleva en estos momentos bajo el brazo —dijo el señor Balmer.

—¿Y por qué lo relaciona conmigo? —dijo Higgin—. ¿Acaso está a mi nombre?

—El texto del anuncio está escrito aquí de su puño letra y lo podemos demostrar.

—No lo reconozco. Mi letra es igual que la de otras muchas personas. Me gustaría saber por qué me han hecho venir y por qué me interrogan de este modo.

—Porque lo hizo usted.

—Demuéstrelo. Supongo que es abogado. Sabe que lo que está diciendo es difamación. No tiene usted ni una sola prueba material que me relacione con ese hecho. Si se trata del texto de un anuncio, alguien lo habrá firmado. ¿Qué nombre consta en el justificante?

—Firmó usted con un nombre falso.

—¡Ah, sí! ¡Qué fácil! ¡Se hace lo que sea por tener un chivo expiatorio! ¡Pues a mí no me va a pillar! Seguro que no tiene el justificante.

Ridley levantó la hoja de color rosa del cartapacio, donde la tenía escondida y la agitó en el aire.

—La tenemos, señor Higgin, y lo tenemos a usted —dijo—, y también tenemos una testigo (no hará falta que le diga su nombre) que, en caso necesario, está dispuesta a declarar que usted le confesó que era el autor de este anuncio. No se moleste en negarlo. Lo tenemos, señor Higgin. Señor Snelgrove, profesor Vambrace,

permítanme que les presente a X.

Tampoco en esta ocasión se produjo el efecto deseado, porque al volverse todas las miradas hacia Bevill Higgin, su rostro, normalmente sonrosado y luminoso, se tiñó de rojo oscuro, se transformó en una máscara de amargura y el hombrecito, a la vista de todos, emitió un gemido penoso y rompió a llorar, tanto, que las lágrimas le rodaban por las mejillas hasta la gastada chaqueta azul de sarga; tanto, que el señor Marryat y Ronny Fitzalan, profundamente cohibidos, dejaron de mirarlo. Lloró una eternidad que duró unos noventa segundos. Lloró hasta que se le formó una visible bola de mocos en la punta de la nariz, que se balanceó en el aire pendiente de un hilo fino, pero no se llevó las manos a la cara ni cerró los ojos. Se abandonó al llanto como un niño culpable; era la viva representación del fracaso, de la vida modesta pero digna, de la desesperanza de la madurez. Los gemidos pusieron horriblemente nervioso a Ridley y, en el momento en que iba a gritar al hombre, a decirle que se lo perdonaría todo, pero que dejase de llorar, el señor Swithin Shillito sacó del bolsillo superior de la chaqueta un pañuelo muy grande, muy limpio y blanco, y se lo ofreció a Higgin al tiempo que recogía diestramente el oscilante hilillo de moco que le pendía de la nariz. En ese momento, Fitzalan quitó al señor Snelgrove el vaso de agua, que todavía tenía entre las manos, y se lo dio al pobre hombre. En menos de dos minutos de lágrimas, Higgin logró disolver por completo la rigidez de almidón de sus jueces.

El señor Snelgrove fue el primero en reaccionar; pensando con rapidez de abogado, enseguida vio la oportunidad de recuperar el terreno perdido con Cobbler. Atacó.

—¿Se declara culpable?

Higgin asintió sin dejar de secarse los ojos, pero no dijo nada.

—En tal caso, por fin tenemos a X —dijo Snelgrove mirando en torno como quien triunfa por fin sobre la estupidez y la zafia ignorancia de los demás. Prosiguió con mucha ironía—. Ahora, señor Higgin, tal vez no tenga inconveniente en explicar los motivos que lo impulsaron a publicar el anuncio.

Higgin balbució unas palabras con una voz todavía cargada de llanto.

—¿Cómo dice? —lo interrumpió el señor Snelgrove llevándose una mano a la oreja—. No lo oigo. Hable alto. Cuéntenos su versión.

Higgin habló de nuevo, un poco más alto, pero Snelgrove negó de nuevo con un gesto.

—Dice que solo era una broma, señor Snelgrove —terció Ronny Fitzalan.

—¡Una broma! —exclamó Snelgrove, casi susurrando de horror—. ¿Tiene usted la menor idea del mal que ha hecho, alma de cántaro? ¿Del perjuicio que ha causado a mi cliente, el profesor Vambrace? ¿Se hace usted cargo?

—Nada más lejos de mi intención que molestar al profesor Vambrace —dijo Higgin, atragantándose un poco con un gemido—. Ni siquiera tengo el placer de conocerlo.

—¡Dios me asista! —exclamó el profesor. Era una expresión rara, tratándose de

un agnóstico confeso, pero le salió espontáneamente.

—Si la broma, como lo llama usted, no era contra mi cliente, ¿qué esperaba conseguir? —preguntó el señor Snelgrove.

—Permítame puntualizar que, en este asunto, yo también represento a personas perjudicadas —dijo el señor Balmer—. En nombre del *Bellman*, señor Higgin, le pregunto lo siguiente: cuando puso el anuncio, ¿era usted consciente de que estaba implicando a este periódico en un fraude y posiblemente en un acto de infamia? ¿Se le ocurrió pensarlo?

Higgin negó con la cabeza.

—¿Se da usted cuenta de que en estos momentos está a punto de ser llevado a juicio tanto por mi cliente como por este periódico? —preguntó el señor Snelgrove—. ¿Qué me dice? ¡Hable! No estoy dispuesto a tener que soportar más lágrimas. No me dejaré afectar por el llanto, no, en absoluto. Delo por seguro.

Higgin levantó la cabeza y habló con más control que antes.

—Era solo una pequeña broma —dijo—. No creí que fuera a tener consecuencias graves. Solo quería fastidiar un poquito al profesor Bridgetower, pero nada más.

—¿Y por qué motivo incluyó a mi hija en la broma? —preguntó el profesor Vambrace amenazadoramente.

Higgin soltó una débil risita y se sonrojó.

—Le aseguro, señor, que no lo hice con mala intención —dijo.

—¿Conoce usted a mi hija?

—Solo he tenido el placer de ver a la señorita Vambrace en una ocasión, en la biblioteca de Waverley. Es una joven encantadora.

—¿Quería gastar una broma al señor Bridgetower y a la señorita Vambrace? —preguntó Balmer.

—Sí, señor.

—¿Y a nadie más? ¿Nada que ver con el profesor Vambrace?

—¡Oh, no! ¡Se lo aseguro!

—Creo que también quería gastármela a mí —dijo Gloster Ridley—, y creo que sé por qué. Fue porque no quise publicar ni pagarle por unos artículos sobre usted que pensaba escribir en este periódico. ¿No es así?

—¡Oh, no, señor Ridley!

—¡Oh, sí, señor Higgin! Lo hizo para vengarse de mí, ¿no?

Higgin guardó silencio, pero se le escapó una sonrisita nerviosa que enseguida desapareció.

—Si lo hizo por vengarse de mí, ¿también quería vengarse del señor Bridgetower y de la señorita Vambrace? ¿Lo hizo por vengarse del profesor Vambrace?

—No, se lo aseguro. No había visto al profesor hasta ahora.

—Entonces, quería vengarse de mi hija —dijo Vambrace—. ¿Y por qué quería gastar una broma tan vil a mi hija, sinvergüenza?

Higgin guardó silencio de nuevo, pero volvió a exhibir la sonrisa implorante y

cohibida de quien se esfuerza por esquivar otro latigazo.

—¿Es que le hizo algún desprecio en algún momento? —preguntó Ridley—. ¿O tal vez el señor Bridgetower?

Higgin no dijo nada, pero los miraba a todos con la sonrisa implorante, cada vez más mermado y abyecto.

—¿Debemos entender que todo ese asunto no ha sido más que por pura malicia? —preguntó el director.

Hubo una pausa más larga y, por último, a Higgin se le borró la rastrera sonrisa de la cara y asintió.

Nadie dijo nada, hasta que el señor Marryat rompió el silencio.

—Bien, ¿qué vamos a hacer, entonces? —dijo.

—La malicia es una acusación muy fea —dijo el señor Snelgrove—, rara legalmente, pero horrible. La ley nos enfrenta a cosas detestables, cosas que repugnan a las personas decentes, pero pocas son tan aborrecibles como la malicia.

—Pero ¿está tipificada en la ley, siquiera? —Para asombro de todos, la pregunta era del deán Jevon Knapp, que se había quedado en su rincón sin llamar la atención.

—Es un delito muy difícil —dijo el señor Balmer—. ¿Recuerda lo que le dije sobre la malicia, señor Ridley? No me he encontrado nunca con un caso de malicia pura.

—¿Y no será porque pertenece a mi jurisdicción, y no a la suya? —dijo el deán—. A mí no me parece un delito tan horrible como a usted, señor Snelgrove, quizá porque la veo con mayor frecuencia, o quizá, diría, porque la reconozco con más facilidad que usted. De todos modos, es bastante horrible, sí. En el Libro de Oraciones hay una jaculatoria dedicada a la malicia en especial, para que el Señor nos libre de ella, que se lee el primer domingo después de Semana Santa: «Líbranos, Señor, de la levadura de malicia para poder servirte siempre en esta vida con sinceridad y verdad». El autor conocía muy bien la naturaleza de la malicia, que actúa como el fermento: se mueve, se hincha y transforma cuanto la rodea. Si pretenden aislarla mediante una ley, es posible que no se deje. ¿Quién puede separar la levadura de la masa, una vez mezcladas ambas? Sin embargo, si se aprende a identificarla por el olor, es mucho más fácil. Se encuentra, por ejemplo, en acusaciones infundadas contra personas que nos desagradan. Puede causar mucho sufrimiento y pesar en muchos aspectos inesperados. Incluso he llegado a ver algún resultado bueno, pero imprevisto. Con todo, lo que invade la malicia nunca vuelve a ser como antes. Le aseguro que siempre encontrará sumamente difícil separar la levadura, desde el momento en que empieza a actuar. No es mi intención predicar fuera del púlpito, pero dudo que alguno de los aquí presentes podamos afirmar sin titubeo que nunca nos haya tocado la levadura de la malicia, ya sea en el pasado lejano, ya sea ayer.

Las posibles réplicas al deán serán siempre objeto de conjeturas, pues, tan pronto como terminó de hablar, llamaron otra vez a la puerta y la señorita Green hizo pasar a Solly y a Pearl. El profesor Vambrace se puso de pie como movido por un resorte.

—Pearl —dijo, y señaló a Higgin—, ¿conoces a este hombre?

La pilló desprevenida, pero al cabo de un momento habló:

—No, padre —dijo—. No lo he visto en mi vida.

—¿Qué dice usted ahora? —preguntó el profesor a Higgin.

—Una confusión —dijo él—. Creía que la señorita Vambrace era una joven fuerte y de baja estatura, con el cabello rojizo.

—¡Dios mío! —exclamó Solly—. ¡Te ha confundido con Tessie Forgie! —Y, para asombro de todos, Solly y Pearl rompieron a reír.

—Aunque en circunstancias normales me alegraría de verlos —dijo Ridley—, debo pedirles que esperen fuera unos minutos. Como ven, estamos celebrando una reunión importante y, si no han venido a intervenir, espero que no se ofendan si les pido que se retiren.

—Hemos venido a intervenir —dijo Solly—. Por supuesto, sabemos de qué tema están tratando. Hemos venido a pedirles que no lleven el caso a juicio ni desmientan el anuncio hasta dentro de una semana al menos. Necesitamos tiempo para hablar de varias cuestiones importantes.

—¿Qué quiere decir eso exactamente? —preguntó el profesor Vambrace.

—Creo que salta a la vista —dijo el señor Marryat—. Quieren decir que, al final, es posible que se casen. Lo sé solo con verlos.

Pearl se acercó a su padre.

—Por favor, ahora no digas nada —le rogó—; lo hablaremos esta noche.

Fue un momento crítico. El profesor se puso negro, pero, por primera vez en una semana, su hija deseaba hablarle con afecto. Le había puesto las manos en las solapas de la chaqueta. Súbitamente inspirada por una sabiduría profunda, se puso de puntillas y lo besó en los labios, cosa que hacía muchos años que no hacía.

La expresión del profesor no pareció relajarse mucho, pero adoptó un gesto de nobleza, casi de paz. Con ojos brillantes, dijo:

—Por supuesto, no daré un paso más hasta que trate el asunto pormenorizadamente con mi hija.

—Bien, entonces, aquí termina el caso —dijo el señor Balmer al tiempo que se levantaba y empezaba a recoger sus papeles.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Snelgrove, que nunca había entendido muy bien las emociones ajenas y todavía estaba rumiando el discurso del deán sobre la malicia, preguntándose si se había referido a él en particular en algún momento.

—Porque si estos dos jóvenes se han prometido o se van a prometer, no hay difamación en el anuncio. La justificación es una defensa perfecta. Por otra parte, tampoco creo que demandar a este hombre tenga mucho sentido —dijo el señor Balmer mirando a Higgin.

—Lo único que tengo en el mundo son nueve dólares con veinticinco centavos —dijo Bevill Higgin, hablando con dignidad por primera vez en toda la sesión.

—Permítame que le recuerde, amigo mío, que la pobreza no exime de culpa a los

aficionados a las gamberradas públicas. Se ha librado usted por los pelos y tal vez nunca vuelva a tener tanta suerte.

Tras pronunciar tan ominosas palabras, el señor Balmer se despidió de Ridley y Marryat con un gesto de la cabeza y se marchó.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Higgin.

Ridley asintió. El hombrecito había recuperado un poco su habitual desenvoltura y miró alrededor como para despedirse. Nadie le sostuvo la mirada. Por último, se dirigió al señor Swithin Shillito y le tendió la mano.

—¿Lo llamo dentro de unos días? —dijo.

—No, señor Higgin —dijo el anciano caballero—. En adelante, ni la señora Shillito ni yo estaremos nunca en casa para recibirlo a usted.

Bevill Higgin se puso sus gastados y remendados guantes y se marchó.

El profesor Vambrace y el señor Snelgrove bajaron las escaleras a poca distancia del deán.

—¿Necesita un coche, profesor? —dijo el abogado—. Fitzalan lo acercará con mucho gusto a donde necesite.

—Prefiero andar, gracias.

—¡Qué asunto tan extraordinario! Habría jurado que Cobbler era el culpable. Tenía la acusación en la punta de la lengua, pero, lógicamente, en nuestra profesión, aprendemos a ser cautelosos; sencillamente, le expuse la posibilidad. En cuanto al otro individuo... es más que despreciable. Con todo, siento una profunda indignación por usted, profesor, una profunda indignación.

Ya estaban en la acera y el profesor miró a Snelgrove de frente con su más pura actitud de primo de Mourne y Derry.

—Señor, su indignación es un servicio que se puede comprar y mañana se le habrá pasado. En cuanto a la mía, le aseguro que es mucho más duradera. Tenga la bondad de mandarme la minuta tan pronto como le convenga.

El profesor se alejó y dejó al señor Snelgrove con dos palmos de narices. De todas maneras, aunque Vambrace había hablado de indignación, se marchó con la cabeza muy alta e incluso con una sonrisa de orgullo en la cara. Había recuperado a su hija; hablaría con ella esa misma noche. Sí... incluso tal vez hablara con el joven Bridgetower. En realidad, nunca había tenido nada que reprochar al muchacho.

Cuando alcanzó al deán y lo adelantó, lo saludó quitándose el sombrero con un gesto grande.

—Un día precioso, singularmente precioso, señor deán —dijo—. Este año disfrutamos de un otoño espléndido.

Fuera del edificio del *Bellman*, Solly y Pearl estaban subiendo al cochecito inglés

cuando Cobbler se acercó corriendo.

—Dejadme ir con vosotros —dijo.

—Vamos a dar una vuelta por el campo. Te dejamos en casa con mucho gusto.

—No, no, no quiero que me dejéis en ninguna parte. Voy a dar una vuelta con vosotros.

—Es que tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

—Ya lo sé. Os echaré una mano.

—Son asuntos privados.

—No para mí, seguro. No para vuestro viejo amigo. Seré de gran ayuda. Dejadme ir.

—No nos ayudarás ni nada que se le parezca. Además, tienes un constipado de miedo. Tienes que irte directo a la cama.

—De eso nada. La reunión me ha dado fuerzas. Os habéis perdido lo mejor, cuando el rancio de Snelgrove quiso señalarme con el dedo: creía que el anuncio lo había puesto yo. Las ansias de pensar mal de mí le oscurecieron el entendimiento por completo, aunque me temo que lo provoqué. Muy feo por mi parte, pero no pude resistirme. Va a estar una temporada sin molestarme.

—Cobbler, la señorita Vambrace y yo queremos estar solos. ¿Lo entiendes?

—Es lo peor que os puede ocurrir. Os pondréis a darle vueltas y os agobiareis el uno por el otro. Me meto en el asiento de atrás.

Y así lo hizo.

—Te llevo directo a casa —dijo Solly alejándose del bordillo.

—Si lo haces, me asomo a la ventanilla y me pongo a gritar: «Solly Bridgetower ama a Pearl Vambrace», y no paro hasta que lo sepa todo el mundo. Estás advertido.

—¡Por Dios que eres capaz!

—Lo soy, no te quepa la menor duda. Quiero ir a dar una vuelta. Estoy en una fase del catarro que requiere un paseo por ahí. Cruza el puente.

Solly giró por una calle. Pasaron por delante de la casa del deán en el instante en que la señorita Puss Pottinger subía aprisa las escaleras. Cobbler sacó medio cuerpo fuera por la ventanilla y la saludó.

—¡Hola, señorita Pottinger! ¿Va a enterarse de las novedades? ¡Soy libre! ¡Libre! ¡No tengo ni una mancha en mi reputación! ¡Adiós! —Se metió de nuevo en el coche—. Me gustaría ser una mosca y posarme en la pared cuando el deán hable con ella —dijo—. El amigo está hoy muy inspirado con la malicia; seguro que a la tiíta Puss se le atragantan el sándwich y la tarta.

Cobbler se quedó tranquilo en su sitio hasta que salieron de la ciudad y nadie dijo nada. Sin embargo, en cuanto cruzaron el río, se inclinó hacia delante y se plantó sonriente entre Solly y Pearl.

—Bien —dijo—, ahora, a lo nuestro. ¿Cuándo vais a anunciar la boda? O tal vez debería preguntar cuándo vais a confirmar el anuncio prematuro de Higgin. Oye, Bridgetower, ¿por qué te ha lanzado la pulla a ti?

Solly le contó sucintamente su primer encuentro con Bevill Higgin.

—¡Vaya, vaya! —dijo el organista—. Y creyó que la señorita Vambrace era Tessie Forgie. ¿Por qué se confundiría?

—Supongo que ocupó mi mesa el día que yo tenía libre y que no le dejó usar la biblioteca o algo así —dijo Pearl—. Es muy estricta con quienes no le parecen importantes.

—¡Asombroso! Ese tipo es muy impulsivo y taimado, creo yo. Quiso daros una lección por desairarlo. ¡Pobre desgraciado! Me da lástima.

—Yo, lo mataría —dijo Solly.

—¡No, hombre, no! Dentro de poco se lo agradecerás. Y dentro de unos años, cuando te sientes a la puerta de tu cabaña rodeada de rosales, mirando a tus nietos mientras se revuelcan por la hierba, dirás: «¿Qué habrá sido de Bevill Higgin, que tan dulces recuerdos me trae porque nos unió a ti y a mí?».

—Oye, Cobbler —dijo Solly—, a ver si te metes esto en la cabeza: no nos hemos prometido; puede que lo hagamos, pero todavía no lo hemos hecho. Tenemos mucho de que hablar antes de pensar en dar ese paso, conque haz el favor de no decir sandeces. Nos avergüenza.

—Mis queridos niños, solo quiero ayudarlos. Muchas parejas, cuando van a prometerse, creen que antes tienen que hablar de muchas cosas. ¡Es una pérdida de tiempo! Olvida lo que dije la otra noche de que la señorita Vambrace no te convenía, Solly. Me equivoqué. Se me ha caído la venda de los ojos. Se ve la mano del destino en todo este embrollo, y no solo eso; desde que a Higgin se le ocurrió tan brillante idea, el destino ha ido dejando huellas de su paso por todas partes. Señorita Vambrace... ¿o puedo llamarte Pearl?

—Prefiero que me llames Veronica —dijo ella.

—¡Qué idea tan sabia! Eso es muchísimo mejor. Bueno, Veronica, ayúdame a hacer entrar en razón a este muchacho. Estoy seguro de que tú, con tu entendimiento emocional infinitamente superior, sabes que esta boda estaba predestinada. Créeme, he visto a muchas parejas de prometidos y sé que, en cuanto deciden casarse, se ahorrarían tres cuartas partes de tiempo con solo dejar de hablar y de crearse dificultades absolutamente ficticias. Te gustará la vida de casada, ya lo verás. Puedes ayudar a Solly con Heavysege.

—¡Ah! Esa es una de las dificultades —dijo Solly—. He dado pasaporte a Heavysege. Esta mañana me encontré por casualidad con el doctor Sengreen y de improviso, espontáneamente, le dije que lo dejaba porque tenía un proyecto: quiero escribir una cosa original mía; le dije que quería ser creador de Amcan, no su embalsamador. Supongo que tenía que haber tenido más tacto, pero... ¡demonios! Sin embargo, para que Veronica no pague las consecuencias, no puedo casarme hasta que lo escriba y sepamos si será un éxito o un fracaso.

—¡Iluso! —dijo Cobbler—. Con el primer libro no triunfarás. No hagas depender tu boda del éxito de un libro ni de la muerte de tu madre ni nada por el estilo. Lo

primero es lo primero. Cásate y lánzate cuanto antes al jaleo de tener hijos, cargarte de seguros, muebles y demás accesorios de la vida doméstica. Sobrevivirás, como millones de personas, y en el fondo, debajo de todo el basurero de deberes, respetabilidad y rutina, si te hallas entre los afortunados, tal vez encuentres la piedra preciosa de la felicidad. Lo sé muy bien por experiencia propia y te aseguro por mi honor que vale la pena intentarlo. ¡Vamos! Sabes cómo va a terminar todo. Sea como sea, te dejarás llevar por el instinto, igual que los demás, cuando se trata de las decisiones verdaderamente importantes de la vida. ¿Por qué no te diviertes un poco a su costa y olvidas las tonterías que tendrás que decir para darle una apariencia de acto razonable, prudente y aburrido?

Siguieron un rato en silencio y, de pronto, Pearl volvió la cabeza para mirar a Cobbler.

—Creo que tienes razón —dijo—, y espero que siempre seas amigo nuestro.

Por una vez, Cobbler no respondió y pasó el resto del trayecto sentado atrás, cantando muy agradablemente en voz baja.

Cuando terminó la reunión, Gloster Ridley se quedó a solas con el señor Marryat.

—Bien —dijo el director general—, espero que con esto se dé el asunto por zanjado. ¡Cuántas complicaciones trae este trabajo! Y casi siempre es por la importancia que se da la gente. De todos modos, hemos salvado las apariencias en todo momento, ¿eh?

—En efecto —dijo Ridley—, incluso creo que hemos ganado un poco más de prestigio con algunos. Vambrace se ha despedido como un auténtico ser humano, sin duda. Tuvo el detalle de reconocer que cualquiera puede caer en un malentendido.

—¡Desde luego! —dijo Marryat—. ¡Cada vez que me acuerdo de la actitud que tenía la semana pasada, cuando vino aquí...!

—Sí, pero a Snelgrove no le pareció apropiada para la ocasión.

—¡Ese sí que se ha puesto en ridículo sin ayuda de nadie! En fin, tengo cosas que hacer. —Y con esas palabras, Marryat se marchó.

Nada más salir él se coló en el despacho otra persona que aguardaba en la puerta. Era el señor Swithin Shillito.

—Jefe, no sé qué decirle.

—No sé, señor Shillito; tal vez sea mejor no decir nada.

—No, no; tengo la sensación de ser en gran medida culpable de lo sucedido. Al fin y al cabo, fui yo quien le presentó a Higgin. De no haber sido por eso, tal vez no habrían sucedido cosas tan desagradables. Tengo muchos defectos, no es necesario que me lo recuerde. Quizá cuando me vaya se diga que uno de ellos era la generosidad ciega. Solo quería ayudar un poco a ese pobre hombre, por lealtad para con un paisano británico, comprenda. Sin embargo, me he dado cuenta de que en nuestro oficio solo se puede ser fiel a una cosa: al propio periódico y, por supuesto, al

jefe. Me he equivocado, lo reconozco espontáneamente y hasta de buen grado. A pesar de la edad que tengo, todavía sé reconocer las tonterías que hago; pero mezquino, me parece que no; no, eso no.

—Por favor, no es necesario que se considere culpable de nada —dijo Ridley—. Todos cometemos errores y el suyo estuvo inspirado por la generosidad, sin la menor duda. Señor Shillito, aprovecho la oportunidad para comunicarle que nuestro editor está pensando en jubilarlo a usted. No, por favor, no se oponga. El señor Warboys no quiere de ninguna manera que siga usted atado a la rutina diaria ni un día más, y yo estoy completamente de acuerdo con él. Le diré confidencialmente que está preparando un banquete en su honor y, con la veteranía que tiene usted, sabrá perfectamente que en esas ocasiones siempre se recibe un regalo. Tengo entendido que será un banquete de gala, incluso asistirán el alcalde y algunos periodistas en representación de la prensa de otras ciudades. Se celebrará entre Navidad y Año Nuevo. Seguro que querrá usted preparar un discurso; lo que más complacería a todos, en mi opinión, sería un artículo de despedida en su estilo característico, si me permite la sugerencia.

Era el despido, pero envuelto en seda y ribeteado de armiño; Carcamal Plomo lo sabía y reaccionó en consonancia. Habló de generosidad, de vínculos duraderos, de esperanzas de que el *Bellman* se acordara de él siempre que pudiera ser de alguna utilidad, de la gran consideración en que tenía al señor Warboys y de lo mucho que admiraba al jefe.

—Guardaba esperanzas —concluyó— de poder continuar en activo hasta la próxima convocatoria del claustro de la universidad. Habría sido un inmenso placer escribir un editorial con ocasión de su doctorado honorífico.

—A decir verdad —dijo Ridley—, prefiero que no me lo concedan. Puede ser un obstáculo para un director en activo. Cuando me llegue la hora de la jubilación... bueno, tal vez entonces la universidad quiera hacer algo por mí. Pero lo he pensado seriamente y, si me lo ofrecieran ahora, no lo aceptaría, aunque se lo agradecería. También le agradecería a usted que transmitiera lo que acabo de decir a las personas interesadas, por ejemplo, a la señora de Roger Warboys.

—Confíe en mí —dijo el señor Shillito, y dio media vuelta para marcharse.

—Otra cosa, Swithin —dijo Ridley, llamándolo de nuevo. Era la primera vez en todos los años que llevaban juntos que lo llamaba por el nombre de pila, y le sorprendió un poco que le saliera de la boca con tanta dulzura—. No he querido enseñar el resguardo a los abogados por un motivo que puede interesarle a usted. Está firmado con un nombre falso.

Entregó el papel al anciano. El nombre que figuraba al pie con toda claridad era el de Swithin Shillito. Hubo una pausa mientras el buen hombre lo asimilaba.

—Tenía que haberme dado cuenta de que ese individuo no era un verdadero caballero —dijo con dignidad, y salió del despacho.

Ridley se sentó ante el escritorio. La tarde tocaba a su fin; no tenía ganas de

trabajar, pero era muy pronto para irse a casa. ¿Qué iba a hacer allí? Dentro de un rato llamaría a la señora Fielding y procuraría que lo invitase a cenar. Entre tanto, saboreó la dulce emoción de la renuncia. Había deseado el doctorado agotadoramente, hasta el dolor. Sin embargo, desde hacía dieciocho horas, sabía que no necesitaba ese honor para acallar la voz de la conciencia. Se había librado de la culpa.

La señorita Green entró sin hacer ruido y dejó en la mesa un ejemplar de la edición de tarde del *Bellman*. El director lo cogió y lo hojeó distraídamente. Ciertamente, «es la silla del barbero, que sirve para todos los traseros...». Ahora que había pasado el jaleo, quizá encontrara unas horas para preparar la conferencia Wadsworth; estaba más resuelto que nunca a escribir un buen artículo. «Para los respingones...». ¡Pobre señora Little! ¡Pobre Constanca Lectora, que había ido tan temprano a hablar con él, cuando todavía estaba en la cama, temblando por la gran noticia que le llevaba sobre Bevill Higgin, que significaba la destrucción de su ídolo y del tito Bev de Pachito, y todo por defender al *Bellman*! Tanto es así que en un momento determinado casi llegó a sospechar que la mujer albergaba sentimientos personales respecto a él. «Y para los planos...». Ese muchacho, Rumball, se merecía un aumento de sueldo. Había demostrado mucho sentido común al descubrir el resguardo. La fidelidad era una gran virtud en los periodistas... no, no; estaba pensando igual que Carcamal Plomo. «Para los gordos...». Nunca podría llegar a apreciar al profesor Vambrace, pero, de la misma forma que un director no puede permitirse el lujo de tener muchos amigos, también debe tener mucho cuidado con no utilizar su poder injustamente y perseguir a sus enemigos hasta más allá de la tumba. Rápidamente abrió el cajón del escritorio que se cerraba con llave y sacó la nota necrológica de Walter Vambrace, la que había preparado la semana anterior en un acceso de cólera. Devolverle su forma anterior era un trabajo confidencial, tanto que no podía dejarlo siquiera en manos de la señorita Green, modelo de discreción; lo haría personalmente antes de salir del despacho. En el momento en que colocaba una hoja de papel en la máquina de escribir para rehacer la nota, sonó el teléfono. ¿No estaría en su puesto la señorita Green? Al tercer timbrado levantó el auricular.

—¿Diga?... Sí, ya... Sí, por supuesto, con mucho gusto... Pero ¿está completamente seguro de que ninguna de las dos familias tiene nada que objetar?... ¿Me lo garantiza? ¿Para mañana por la mañana?... ¿Y hablará usted con el deán inmediatamente?... Bien, en ese caso, ¿pueden pasar los dos por mi despacho mañana, en cualquier momento, para firmar el impreso? Comprenderá que tome precauciones, ¿verdad?... Y permítame que le dé la enhorabuena... ¡Ah, es usted muy amable!... Adiós.

Volvió de nuevo a la máquina y, lentamente y con precisión, escribió:

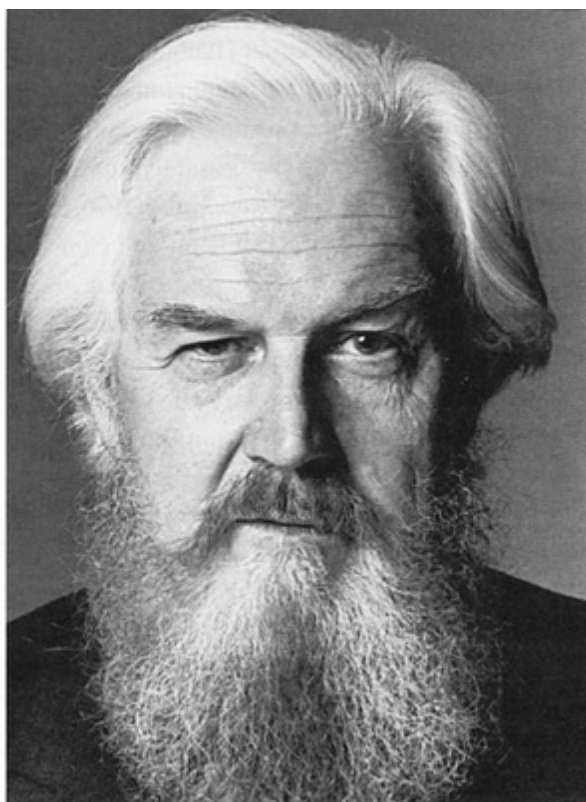
El profesor Walter Vambrace y señora se complacen en anunciar el próximo enlace de su hija, la señorita Pearl Veronica, con el señor Solomon

Bridgetower, hijo de la señora Bridgetower y del difunto profesor Solomon Bridgetower, vecinos de esta ciudad. La ceremonia se celebrará en la catedral de St. Nicholas en fecha que se anunciará próximamente.

Y debajo, en rojo, escribió: «Componer, pero no insertar hasta que dé el visto bueno personalmente».

Se quedó un rato mirando lo escrito y añadió: «Con cargo a mi cuenta».

¿Por salvar las apariencias? No, no; le pareció que era lo mínimo que podía hacer.



ROBERTSON DAVIES (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro que él mismo produjo fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía Salterton*: *A merced de la tempestad* (1951), *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía Deptford*: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish*: *Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación.

Además de novelas, Davies es autor de una treintena de libros entre cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos.

NOTAS

[1] Jack Charman, 1913, aprox. [*Cuando estemos solos esta noche*]. <<

[2] Roy Hud W. [*La colilla de mi viejo puro*]. <<

[3] George Fromby [*Si no te gusta el material no lo sobes*]. <<

[4] *Crujidos de primavera.* <<

[5] Música de Frederick Clay, letra de W. G. Wells, basada en *Lalla Rookh*, de Tomás Moro. James Joyce la utiliza en *Dublineses* y en *Finnegans Wake* [*Os cantaré canciones de Arabia*]. <<

[6] *Duerme ahora el pétalo carmesí*, poema que, con música de Mychael Danna, forma parte de la banda sonora de *Vanity Fair*. <<

[7] Recógete querida mía, y deslízate... / Deslízate en mi seno y piérdete en mí. <<

[8] Porque Dios te hizo mía / te venero... <<

[9] *Créeme, si todo ese encanto juvenil*: tonadilla popular irlandesa con letra de Thomas Moore. <<